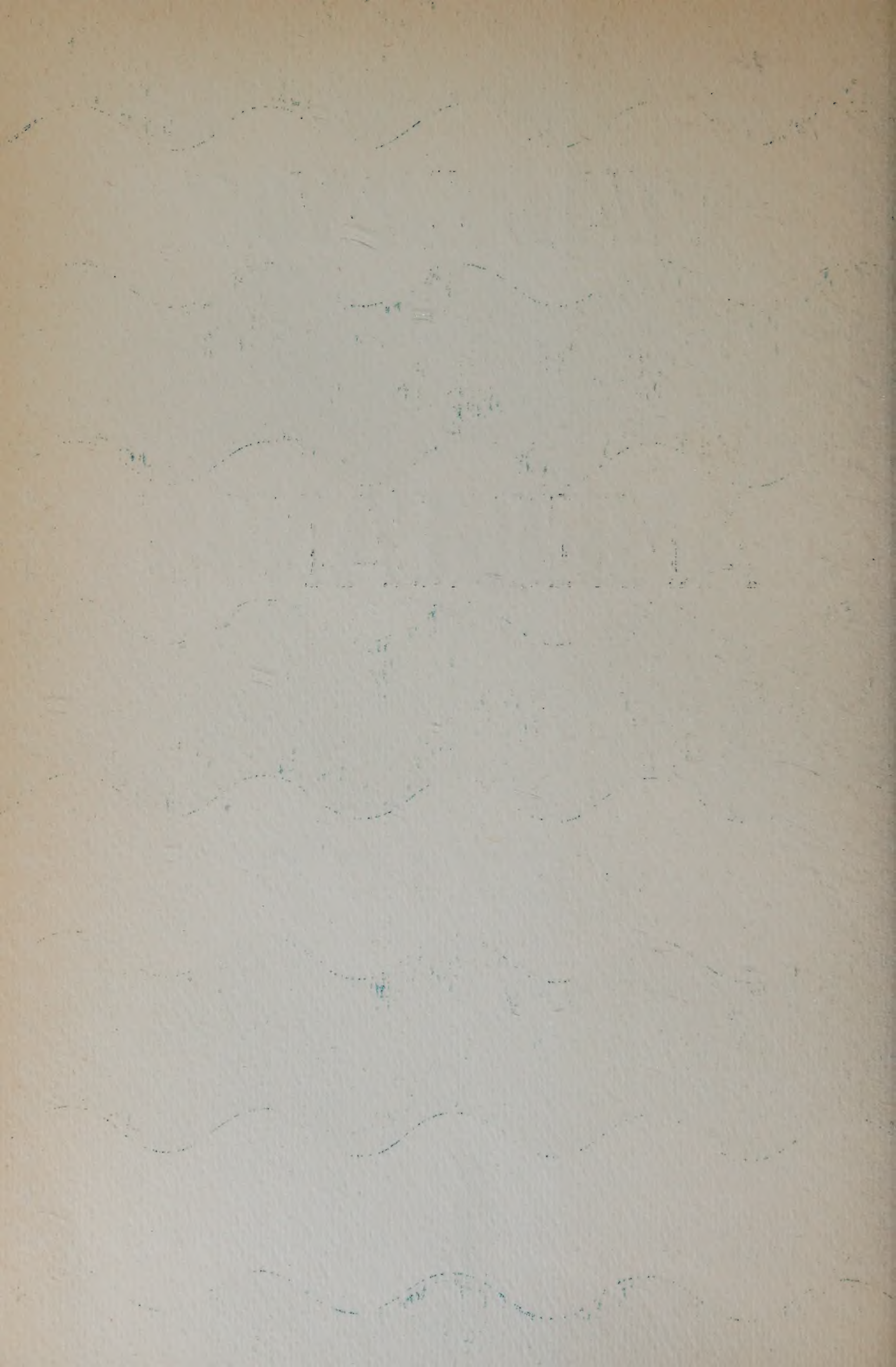
S

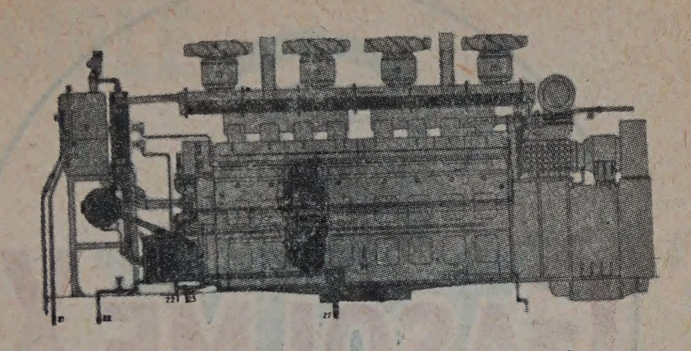
OS

MEXICO

4



BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA



ALGUNOS VOLUMENES FUNDAMENTALES

		PRECIO DEL EJEMPLAR
2	Código de reglas AAR 1954	$ 35.00
7	Manual de conservación motor Diesel 252-B-SP	15.00
16	Instructivo para el montaje de ruedas en los talleres	0.50
21	Indice de estaciones de los ferrocarriles mexicanos con su altura sobre el nivel del mar, división, kilómetro, estado y municipio	2.00
25	Arte de nivelar y alinear vías. Recomendaciones prácticas para los mayordomos de cuadrillas	7.50
26	Manual del taller de conservación de carros de ferrocarril	30.00
28	La locomotora Diesel eléctrica, locomotora "Alco" de 1600 H.P. y equipo de freno RL-24	30.00
32	Manual del corte y soldadura	10.00
37	Terminal del Valle de México. Reportaje gráfico	5.00
38	Terminal del Valle de México. Informe técnico	5.00

		PRECIO DEL EJEMPLAR
42	S.N.C.F. Ferrocarriles Nacionales de Francia. Anuario Ferrocarrilero 1954	$ 15.00
43	S.N.C.F. Ferrocarriles Nacionales de Francia. Anuario Ferrocarrilero 1955	15.00
44	Departamento de Vía. Riel existente en las líneas del Sistema hasta el 31 de diciembre de 1955	4.00
46	Apuntes históricos sobre los ferrocarriles de la República Mexicana, por Mariano Téllez Pizarro	6.00
48	Manual del sistema de frecuencia portadora de 3 canales, tipo Lenkurt 33A	5.00
49	Instructivo sobre algunos aparatos relacionados con el funcionamiento de locomotoras de vapor y diesel y recomendaciones sobre el uso de los mismos, por Alejandro Díaz Cortés	10.00
50	Bibliografía Mexicana de Ferrocarriles, por Jorge Gurría Lacroix	15.00

Revista FERRONALES, número mensual	$ 3.00
Suscripción anual Para Ferrocarrileros	12.00
Suscripción anual Para el público	18.00

DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19

MEXICO, D. F

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020


EL ACERO INVISIBLE...
NO NECESITA EL ACERO MANIFESTARSE A LOS OJOS, PARA COMPROBAR SU VALOR COMO ELEMENTO DEL PROGRESO.
OCULTA, MODESTAMENTE, SIN OSTENTACION, CUMPLE SU COMETIDO EN LA ESTRUCTURACION DE TODAS LAS GRANDES OBRAS QUE REQUIEREN UN "ALMA BIEN TEMPLADA".
Y AUN INVISIBLE, SALTA A LA VISTA LA IMPORTANCIA DEL ACERO COMO MATERIAL IMPRESCINDIBLE EN LA CRECIENTE EVOLUCION DE MEXICO.
ACERO MONTERREY
"ACERO MEXICANO PARA EL PROGRESO DE MEXICO"
FA-4-56
COMPAÑIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.
OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.
PLANTA: CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.



Vea su programa "BATEY" con Paco Malgesto los JUEVES a las 22:00 horas, por XEW - TV Canal 2.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVI VOL. XCIV

4

JULIO - AGOSTO
1957

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1957

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. • MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4 Julio-Agosto de 1957 Vol. XCIV

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

Pág.

MANUEL MESA A. El país donde hoy es mañana . . . 7

ALFONSO REYES. Los nuevos caminos de la lingüística . . . 39

GUILLERMO DÍAZ DOIN. Evocación de la Segunda República . . . 50

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA. Insurgencia de la Nueva América . . . 57

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

LEOPOLDO ZEA. Rusia al margen de Occidente . . . 67

NICCOLÁ ABBAGNANO. El existencialismo como filosofía de lo posible . . . 86

MIGUEL BUENO. ¿Qué es una introducción a la filosofía? . . . 104

PRESENCIA DEL PASADO

La antigüedad del hombre americano.

I

JUAN COMAS. El hombre fósil en América . . . 123

II

DICK EDGAR IBARRA GRASSO. El paleolítico inferior en América . . . 135

Pág.

Sergio Golwarz. Breve historia del diálogo . . 176
Luis Leal. Unamuno americanista 183

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Gabriel Pradal. La paloma y el leopardo . . 193
Allan Lewis. El teatro épico. Bertolt Brecht. "La buena mujer de Setzuán" 208
Alfredo Pareja Diezcanseco. El ensayo en la literatura ecuatoriana actual 232
Juan de la Encina. Crítica de arte, de Baudelaire a Malraux 246
Martha Mosquera. Manuscrito en el espejo . 256

Libros y Revistas. Por Mauricio de la Selva . . 267

●

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

Liu Huei Su. Intérprete en español de la Asociación Popular de las Relaciones Culturales con el Extranjero 32
Snan Chin un lou. Campesino de la región de Cantón . . . . „
Campesinas de la minoría Yi, del sur de China . . . . „
Niña campesina 33
Campesina de la región de Cantón . . . . „
Dos hachas de mano de Viscachani 160
Cuatro toscas bolas arrojadizas, de Viscachani . . . . „
Piezas varias de Viscachani 161
Puntas de lanza de Viscachani . . . . „
Puntas de lanza de Viscachani . . . . pág. 175

Nuestro Tiempo

EL PAÍS DONDE HOY ES MAÑANA

UNA VISION DE CONJUNTO

Por *Manuel MESA A.*

La llegada a Pekín, después de largo viaje en aeroplano (México, Montreal, Gander, Escocia, Amsterdam, Zurich, Praga, Moscú, Irtkusk) es desconcertante. Aterrizamos en el campo aéreo como a las 6 de la tarde, después de volar sobre la inmensa llanura de color ocre, con centenares de aldeas dispersas en el campo desolado. La entrada a la ciudad por una carretera bien pavimentada y plantada de árboles, sorprende por la multitud de gentes que entran y salen, los más en bicicletas; otros conducidos en triciclos, que han substituido al antiguo carro de mano que era jalado por los hombres; otros en carretas de dos ruedas de automóvil, sobre las que está montada una plataforma de madera y sobre ésta una especie de gran canasta de mimbre, que va llena de diferentes materiales y artículos: carbón y arena, tejas y ladrillos, leña y madera, legumbres y frutas, etc., tirada por dos animales, un caballo de mayor alzada que la bestia pequeña, generalmente un burro, que por delante y hacia un lado ayuda a la primera a jalar la pesada carga. El conductor va sentado por delante de la canasta vestido de azul como los transeuntes y, a veces, camina a pie arreando los animales; y ya en plena ciudad, el hormiguero humano, espera y aborda los autobuses y tranvías. El aeródromo queda distante de la ciudad más de media hora en automóvil, hasta el hotel donde nos alojamos. Hemos atravesado una muy amplia avenida, con camellón central plantado de árboles; hemos cruzado la gran muralla de la ciudad —destruida para dar paso a la avenida— y transitado por calles más angostas, repletas con los habitantes de Pekín, vestidos todos de azul oscuro, que a esas horas del anochecer dan un tono lúgubre a las calles. La mayoría de las casas son bajas, de un solo piso, con muros y tejados grises, esos tejados chinos tan

característicos, aunque también descubrimos muchos modernos edificios, de 6 y 8 pisos, que evidencian la obra de construcción moderna, la cual ha de sorprendernos después en todas las ciudades que visitamos. La hora y el color del paisaje, la irregular construcción de la ciudad tan heterogénea y tan dispersa, la uniformidad en el vestir de las gentes, la modestia y simplicidad de los transportes humanos, repito, da una impresión desconcertante. No hay el lujo de los automóviles caros, no hay el derroche de luz en el alumbrado, no hay el adorno de los escaparates, en otras ciudades repletos de artículos superfluos y de lujo. Los árboles de las calles están desnudos de hojas y también grises y, en fin, el color y olor de humo que hay en el ambiente, a quienes estamos acostumbrados al brillante sol, nos deprime.

Sin embargo, la entrada al moderno hotel de 6 pisos donde nos alojamos cambia la anterior impresión súbitamente. Se trata de un hotel amplio, muy limpio, en cuyo gran hall percibo el olor de los cerezos florecidos, que están plantados en grandes y bellos macetones de porcelana, con sus delgadas ramas formando figuras diversas. Los cuartos del hotel son amplios, con modernos muebles, modestos pero de buen gusto están muy bien calentados, y el baño, con todos sus servicios, me hace recordar las descripciones que viejos viajeros me habían hecho sobre la primera y discretísima súplica que hacían los camareros, de guardar en el tradicional adminículo lo que para la agricultura china representa el más preciado abono.

Después de quedar instalados y tomar el reparador baño, subimos al restaurante para comer. Nuestro anfitrión es el director de la Universidad Agrícola de Pekín, un hombre más o menos de 50 años, muy amable y muy cortés, quien nos recibió en el aeródromo y por medio del intérprete nos ofrece la comida. Brindamos con él vino de uva chino, demasiado dulce para mi gusto, servido en pequeñas copas y nos cambiamos frases amables de congratulación, por la amistad de México con China, por la paz entre los hombres, por la grata estancia en este país, que nos brinda su hospitalidad sin reserva alguna.

Así entramos a Pekín el 30 de diciembre de 1956. Dos semanas de visita habían de darnos a conocer la vida de esa enorme ciudad, no sólo enorme por la superficie que ocupan sus diferentes y dispersas zonas, sino también por el número de sus habitantes. Las apiñadas casas habitación de un solo piso,

con tejados de dos aguas, sin puertas ni ventanas y sólo un pequeño portón de entrada, adornadas algunas con esculturas puestas como guardias, leones o tigres estilizados y otras figuras chinas; los callejones comerciales con apiñados y minúsculos almacenes de variadísimas mercancías, también de un solo piso, con cornisas ornamentadas con esculturas de animales, forman los barrios populosos, separados por amplias avenidas bien pavimentadas, y en muchas de las nuevas calles, edificios modernos muy bien proporcionados, con altas ventanas verticales y motivos de arquitectura china: Una gran portada, aleros con tejas de color, vidriadas, frisos con motivos también chinos o bien una cornisa. Los modernos arquitectos no han incurrido en la imitación extralógica de los mexicanos, al importar ese estilo que llaman funcional, de pisos que parecen cajas de zapatos sobrepuestas o esos otros de puras ventanas de cristal. El hotel donde nos hospedamos, un hospital que está al frente, los bellos edificios del Instituto de las Nacionalidades, los grandes y modernos teatros, la Universidad, las oficinas públicas, los centenares de edificios de apartamientos para los obreros en las grandes fábricas; todo lo que se construye al presente, revela el buen gusto, la armonía que se conserva en sus ciudades, lo mismo en Pekín que en las otras que visitamos. En Chungkin, por ejemplo, se ha construido un hotel muy importante, en cuyo centro existe una gran sala para reuniones populares que está cubierta con una cúpula de estilo y dimensiones semejantes a la del Templo del Cielo. En Kunmín y en Hansow también se han construido hoteles, que armonizan con el ambiente arquitectónico y lo mismo puede decirse de los edificios de las fábricas y los destinados para habitación de los obreros.

Los medios de transporte son peculiares y variados, pero insuficientes. Los triciclos que han sustituido al antiguo carro tirado por los hombres, seguramente que son millares los que circulan en las calles de Pekín, transportan a los habitantes, pero además otros muchos usan bicicletas y hay tranvías, autobuses y algunos automóviles. Claro, no vimos un solo Cadillac y los automóviles que ocupamos durante nuestras visitas, eran polacos, soviéticos, ingleses o checoslovacos. Las carretas de que hablé antes, de dos ruedas tiradas por animales, también circulan en las grandes avenidas, lo mismo que en las carreteras. En el hotel, muy de madrugada, me despertaba el tropel de los caballos y las mulas que tiran de ese medio tan común en el trans-

porte. Pero lo que más carácter, mayor movimiento da a las ciudades, es la multitud de los transeuntes, el hormiguero humano vestido uniformemente de azul, que congestiona las calles, sobre todo esos callejones comerciales donde también hay artesanos y vendedores ambulantes. La multitud que se mueve y que trabaja con evidente laboriosidad, sin prisas ni precipitaciones, sin algarabía —todos demuestran ser amables y corteses lo mismo en Pekín que en Shanghai, en Kunmín que en Hanshow, en Nankín que Hankow y en todas partes crea un ambiente de intensa actividad.

Nuestro primer contacto con la multitud lo tuvimos en las visitas a la Ciudad Prohibida y el Palacio de Verano, durante los días último del año y primero del actual, que por ser festivos dedicamos a pasear. En los grandes patios del Palacio Imperial, en los amplios, altos y suntuosos pabellones que ahora son museos; en los jardines del Palacio de Verano; una multitud de gentes admiraban con nosotros los tesoros de arte que guardan esos edificios; muebles tallados de maderas preciosas, pinturas en seda de exquisita y fragante inspiración en los paisajes, cerámicas arqueológicas, lacas, porcelanas, todo lo que durante milenios hicieron millones de manos esclavas, era religiosamente admirado por esa multitud, lo mismo por los pocos viejos que aún portan la larga túnica negra y por ciertas ancianas que llevan los pies desfigurados, que por los jóvenes —hombres y mujeres— que visten el pantalón y el abrigo azul bien acolchonados y los soldados uniformados con flamante traje de color caqui rubicundos y robustos, que por los niños que son un verdadero encanto. Si el patrón de vida de una población puede apreciarse por su aspecto exterior, por su vestido y estado físico, el de los habitantes de Pekín revela, en general, ser satisfactorio. La miseria que antes era lacra pavorosa, cuando en Shanghai se levantaban de las calles todas las mañanas, los que morían de inanición, se ha transformado en evidente bienestar social, evidente lo mismo en los millones que pueblan y circulan en Pekín y Shanghai, que en las demás ciudades, donde repito los niños dan un espectáculo alentador. No vimos uno solo desnutrido o famélico, todos muy robustos, vestidos de vivos colores, con sus abrigos acolchonados, parecen esos muñecos que se hacen para rodar sin que se rompan. Cuando en el campo visité algunas cooperativas agrícolas, la chiquillería se amontonaba alrededor del coche en el cual llegaba;

tenía que llamar la atención con mi aspecto de extranjero y mi indumentaria tan extraña en aquel país, en ciertos casos el chofer se veía obligado a salir del automóvil para hacerlos a un lado, e insisto que nunca vi uno solo que no estuviera rozagante, algunos vestidos pobremente y otros muy sucios, pero rubicundos y sonrientes.

Otras visitas nos permiten apreciar aspectos más interesantes de la vida. Los talleres de las cooperativas que forman los artesanos que tallan el marfil, que imprimen grabados, que hacen lacas, cloissoné o flores y frutos artificiales, nos demuestran que el empeño del Estado no sólo alienta el desarrollo de la gran industria, sino además tiene interés en conservar y alentar las artesanías tradicionales de la China secular. Maravilla conocer la habilidad y laboriosidad de estos artistas, que con las manos y finas herramientas pulen y tallan la madera y el marfil, decoran los variados artículos de laca y cloissoné y con primor extraordinario hacen flores y frutas de seda y cera, que aun al tacto parecen naturales. Los talleres de estas cooperativas son todos muy modestos, se encuentran entre el intrincado laberinto de los callejones de Pekín, donde los obreros trabajan en condiciones que ameritan mejorarse en cuanto a espacio, comodidad y luz. Resulta evidente que muchas de las labores podrían mecanizarse, pero la obra personal del artesano tiene que ser manual para dar al artefacto el valor artístico que no puede tener el producto industrial. Cuando se ve a estos obreros, casi ensimismados en la delicada tarea de tallar en el marfil árboles y flores diminutas, personas ricamente ataviadas y casas con tejados y celosías de complicada composición; cuando se ve que los grabadores dibujan con finos estiletes el bosque de bambúes o los paisajes fantásticos con riscos y montañas, con flores y aves raras y dan a la figura humana la expresión de encantadora laxitud; cuando las milagrosas manos con pinzas delicadas van pegando en la lámina de cobre de un tibor el fino alambre que dibuja las peonías o el paisaje tropical, que después ha de recibir el esmalte fijado al fuego; cuando la paciencia increíble del obrero talla la laca roja que se ha formado con capas sucesivas de una goma vegetal; cuando se comprueba, así, lo que los hombres son capaces de hacer, causa envidia no poder dedicarse a un trabajo semejante de abstracción y concentración artística. Los obreros que forman estas cooperativas no son numerosos, su labor está remune-

rada en relación con la tarea personal de cada quien. Perciben en promedio, como mínimo 60 yuanes al mes —el yuan equivale al presente a 43 centavos de dólar— y si este ingreso se compara con el de 80 que tienen los obreros de una fábrica textil, que visitamos también en Pekín, se comprueba que no hay gran diferencia entre lo que gana el artesano y el obrero industrial. Sería lamentable que el desarrollo económico de China desterrara estas artesanías y tan el gobierno socialista lo ha comprendido así, que las estimula como se estimula la labor de los demás artistas. Cada cooperativa recibe crédito del Banco del Estado para adquirir sus materiales y una institución estatal concentra y vende en los mercados interior y exterior, los artículos que son tan estimados en el mundo entero.

La pasmosa admiración que despertó la labor de estos obreros chinos, es mayor cuando se conocen los milenarios monumentos que se levantaron en épocas remotas —la Gran Muralla, el Templo del Cielo, la Ciudad Prohibida, el Palacio de Verano, las 13 tumbas de la dinastía Ming, los templos tatoístas de Kunmín, las pagodas de Hanshow y Nankín— y cuando se visitan las modernas obras que al presente están creando en aquel país un mundo nuevo.

El embalse de 200 km.^{2} que forma una presa a 100 km. al norte de Pekín, con captación de 2,270 millones de m.^{3}, inaugurada apenas en 1954, para librar de las inundaciones a esa capital y a otras ciudades más al sur y que genera con una planta de tres turbinas 70.000,000 de kilovatios hora, servirá, además, para hacer un centro hospitalario para los habitantes de Pekín y el ingeniero a cargo de la obra me aseguraba con certeza: "si regresa usted dentro de 7 años, encontrará estas montañas cubiertas de bosques", las montañas ahora desnudas —sin un solo árbol— que forman un cañón impresionante por el que va subiendo la vía del ferrocarril, también recientemente construida, que tiene 80 kilómetros desde Pekín hasta la presa, con 65 túneles y que se prolonga hasta Ulan Bator.

El puente de 1,500 metros de largo, que está por terminarse sobre el río Yangtsé, a inmediaciones de Hankow que unirá las vías de comunicación de esa parte central del país y donde se está construyendo una importante planta para fabricar máquinas herramientas. Un domingo por la tarde visitamos esta flamante instalación, cuyos edificios son muy am-

plios, sólidos y de bella arquitectura. Algunas de las unidades de la planta ya están en operación, enormes salas con decenas de tornos, fresadoras, martillos de vapor, etc. Liu, nuestra intérprete, una chica chaparrita, de unos 22 años, contestaba con orgullo vanidoso a nuestras preguntas: "Sí, es maquinaria hecha en China". En efecto, muchas de esas máquinas tenían marcas que así lo demostraban, aunque otras eran soviéticas. Cerca de esta planta, a la orilla de un gran lago, se construye un parque para solaz de los obreros, una de las primeras preocupaciones del Estado socialista, el bienestar y recreo de los hombres que trabajan. Cuando en la mañana de ese domingo visitamos el puente en construcción sobre el río Yangtsé, José Luis Ceceña consideraba que la inversión hecha en las magníficas casas para los obreros era antieconómica, si después de 1957 cuando se termine el puente, no van a tener utilización. Me atreví a replicarle lo que para algunos economistas es una herejía económica: ¿Qué importaría el costo de esa inversión, si los trabajadores habían vivido con higiene y comodidad durante todo el período que tardara la construcción y, por lo mismo, dando el máximo de su productividad, además de adquirir en ese tiempo el hábito de una vida mejor? El hombre, su felicidad, es lo que importa más y no el lucro o la ganancia, única preocupación del empresario capitalista que hace estas obras en nuestros países, con el mínimo de inversión destinada a la comodidad de los obreros. Recordaba en esta discusión, que cuando Almazán —como contratista de los gobiernos revolucionarios de México— hacía las obras del Ferrocarril del Sureste, los trabajadores vivían en la manigua de Tabasco en galeras de palma, expuestos a contraer el paludismo y en condiciones infrahumanas.

Visitamos en Shanghai una fábrica de turbinas hidroeléctricas y de vapor, ampliada y modernizada con flamantes máquinas, muchas de ellas también de fabricación china. El director gerente, muy joven, había sido obrero en ella desde su adolescencia, cuando la empresa era privada antes de la liberación. Su sueldo sólo de 200 yuanes mensuales, demuestra la equidad de los salarios, comparado con el promedio del de los obreros, que es de 80, diferencias que en nuestros países son irritantes entre el ingreso de los trabajadores y los directores, siempre discutido y mermado por el patrón, aumentado para éste con todas las gratificaciones que se conceden por Navidad

y Año Nuevo. La actitud de ese muchacho, amable y sonriente, me cautivó. Mientras recorríamos la fábrica llegó la hora de comer, había sonado la llamada al descanso, y por los megáfonos comenzó a oírse música para amenizarlo. Por cierto, se tocaba en los momentos que platicaba con el gerente, el Ave María de Gounod. Cuando se enteró de que yo era agrónomo tuvo empeño en mostrarme los jardines y el parque que se construye en los alrededores de la fábrica para que los obreros vivan mejor. "Dentro del socialismo" —me decía— "lo que importa es el hombre, no es el lucro lo que promueve el desarrollo económico, sino el propósito de lograr para todos el máximo bienestar". A pesar de que a Celia Calderón —la pintora que formaba parte de nuestra delegación— le pareció una impertinencia que yo pidiera al gerente que nos llevara al comedor, él accedió con beneplácito. Allí me mostró los platos que se servían ese día como almuerzo: uno de carne de puerco con un huevo montado, con valor de 14 centavos de yuan, dos más con verduras, 8 centavos cada uno y, además, el arroz blanco que es el pan y el té. Cuando salimos del comedor y nos despedimos, los obreros se amontonaron a nuestro alrededor, mostrando gran satisfacción cuando les dijo el Director que éramos mexicanos, de visita en China para conocer el país. Uno de ellos pidió entonces a la intérprete que nos dijera que al regreso lleváramos un saludo a los obreros mexicanos. Todos los que nos rodearon eran jóvenes, todos estaban muy bien vestidos, con el traje azul de algodón, todos batieron palmas para despedirnos y no vi una sola cara que no rebosara satisfacción.

También en Shanghai, un día muy frío y lluvioso, nos llevaron a conocer dos barrios de la populosa ciudad, uno viejo y miserable y el otro moderno, que nace como uno de tantos proyectos de transformación. Debido al fuerte resfriado que padecía, cuando llegamos al primero decidí no salir del automóvil, pues caía densa lluvia menuda y el médico me había prohibido salir del hotel. El auto quedó estacionado en un callejón de escasos tres metros de ancho, sin pavimento, con minúsculas casas de madera a uno y otro lado, verdaderas chozas, aunque de ningún modo eran los tugurios de nuestras colonias proletarias. Cerca de una hora permanecí en espera de los compañeros que salieron a recorrer el barrio y a hablar con sus habitantes. El automóvil había quedado frente a la puerta de un

cuarto donde una mujer preparaba la comida. Eran tres grandes manojos de legumbres: uno de espinacas, otro de una variedad de cebollas muy delgadas y largas y el último de algo así como una col pequeñita de hojas muy verdes extendidas. La mujer, menudita y diligente, limpiaba con minuciosidad cada hoja y, después, lavaba las verduras cambiando el agua. Un trabajo que tardó todo el tiempo que yo pude observarla, indispensable antes de ser cocidas las legumbres, que nunca se comen crudas por la clase de abono que se emplea para cultivarlas. Había, además, en la mesa, un gran trozo de tocino, de manera que si a esto se agrega el arroz que nunca falta, puede apreciarse lo que era el almuerzo de esa familia de Shanghai, habitante de los barrios más bajos. Terminada la visita, nos llevaron al barrio moderno, donde amplias calles bien pavimentadas y arboladas separan las unidades de los edificios de 6 pisos de ladrillo rojo, muy bien construidos, rodeados de jardines. En cada unidad hay departamentos de diferente dimensión. Me fue imposible contarlos pero en automóvil recorrimos el barrio durante cerca de media hora. Claro que el problema de la vivienda no está aún resuelto, ni en Shanghai, ni en Pekín, ni en Chungkín, ni en Kunmín, pero en todas estas ciudades pudimos observar la febril obra de construcción de esos edificios que están cambiando la fisonomía de las ciudades.

Al regresar a Pekín, visitamos, entre otras cosas, una fábrica de tejidos de algodón de cien mil husos, con 2,436 telares hechos en China, de 5,000 obreros, siendo mujeres el 65%, y una producción de 340,000 metros diarios de telas de algodón, preferentemente esa tela azul que es la que visten los habitantes en la época de invierno. Confieso que yo nunca había visto una fábrica textil tan grande y tan flamante y si recordamos que de acuerdo con el último censo industrial de 1945, se registraron en México 715,862 husos en todo el país, se apreciará la importancia de esa fábrica moderna de Pekín. Las grandes salas donde están instaladas las diversas unidades de cardadoras, hiladoras, telares, etc., perfectamente limpias, bien calentadas e iluminadas. Cada obrero atiende 24 telares y no hay esa aglomeración de máquinas y gentes que se encuentra en otras plantas industriales. Casi todo el trabajo está mecanizado y sólo el tren de máquinas que recibe el algodón en greña, para ser transportado a las cardadoras, está alimentado a mano. Cuando pregunté a la muchacha ayudante del gerente general, quien nos

mostraba la fábrica, si ese trabajo no era así inconveniente, me aseguró que pronto sería mecanizado. Ustedes pueden ver las muestras de la tela que allí se fabrica, sólo para surtir el consumo de los habitantes de la región de Pekín, donde además hay otras dos fábricas también para telas de algodón, una de ellas para estampados. La visita a esta fábrica terminaba al atardecer de un día con sol que parecía anunciar la primavera. Salimos a los jardines que rodean los edificios de apartamientos y nuestra guía nos preguntó qué más queríamos ver, si no deseábamos conocer la guardería infantil. Sugerí que prefería visitar las habitaciones de los obreros y con beneplácito nos llevaron, primero, a los departamentos para solteros, donde cada cuarto de amplitud suficiente para 6 de ellos, tenía calefacción central, luz eléctrica y esmerada limpieza. Llamó mi atención que las habitaciones eran iguales a las que había visto en la Universidad Agrícola de Pekín. En cada piso había una sala de baños, lavabos y excusados, en perfectas condiciones sanitarias. Después visitamos un edificio de departamentos para familias; en el que entramos tenía dos recámaras, comedor, cocina y baño, con muebles modestos pero cómodos. Una señora nos atendió con amabilidad, hizo que el niño nos saludara, nos sirvió té y pude darme cuenta del confort y limpieza que imperaba en las camas, con colchones, almohadas y mosquitero.

Admiramos en Nankín el monumento en memoria de Sun Yat Sen construido, en un gran parque, mucho más grande que el de Chapultepec, con arboledas recién plantadas, abundando el "platane" que es tan común en la zona mediterránea de la Europa occidental. Llegamos a una glorieta donde está una puerta monumental de mármol blanco, con tejado chino de color azul cobalto. Frente a ella se abre una avenida muy amplia, plantada a ambos lados con hermosos pinos. Al fondo, una escalinata monumental lleva al primer pabellón, también de mármol blanco y tejado azul, donde espero encontrar la urna funeraria. Pero no es así. Como en las tumbas de los emperadores de la dinastía Ming a ese pabellón sigue la gran escalinata, que sube a la falda de la montaña, donde se encuentra enterrado el padre de la República China. En un pabellón más pequeño, cuadrangular, con columnas de mármol y el techo simulando un artesonado de madera, decorado con mosaicos que hacen dibujos semejantes a los que se encuentran en el Palacio Imperial.

Al centro del salón, sobre un pedestal muy sobrio, está la estatua de Sun Yat Sen, con su indumentaria china y bajo las manos un libro. Es una escultura hecha en París en el año de 1930 por un escultor polaco llamado Landdoski. Allí depositamos la corona que llevábamos con la siguiente inscripción: "Los amigos mexicanos de China al gran revolucionario". Sin embargo, el cuerpo está enterrado en otro salón contiguo, circular, con bóveda y una balaustrada que forma un círculo igual a la tumba de Napoleón en los Inválidos. Abajo y en el centro, está el mausoleo, un simple féretro, y sobre él la escultura de Sun Yat Sen, tendido, con las ropas de civil y las manos cruzadas en el pecho. El monumento en su conjunto tiene proporciones tan grandes como grande fue la obra de quien inició la Revolución China en 1911. Las montañas inmediatas al monumento están recién reforestadas y me informan que ha sido la obra de todo el pueblo, después de la revolución, pues durante la guerra habían sido talados los bosques despiadadamente, por las tropas de Chiang Kai Shek. Como todas las cosas hechas por los chinos el monumento a Sun Yat Sen es de grandes proporciones, de impecable sobriedad y se destaca en el paisaje natural del bosque y las montañas. Desde ellas se ve el panorama de Nankín, el lugar que fue elegido por el revolucionario para reposar en la eternidad.

Pero no sólo obras materiales se realizan en la China Popular. La obra cultural en todos los órdenes es preocupación del Estado y en cada una de las diferentes ciudades que pudimos visitar, encontramos manifestaciones artísticas de gran calidad. La ópera y el teatro, la danza y la pintura, el circo y la acrobacia, nos deleitaron cada noche que permanecimos allá. La ópera de Pekín, la maravilla que aquí no pudimos ver, es casi imposible de describir. Se trata de un espectáculo que es al mismo tiempo ballet y acrobacia, que diálogo y canto, acompañado de una música que a los occidentales nos suena muy extraña. Lo que más me impresionó es la magnificencia y suntuosidad del vestuario, unos trajes fantásticos de ricas sedas, turbantes prodigiosos y máscaras que dan diferente carácter y expresión a los personajes. No hay más decoración que un gran telón de fondo, de color uniforme —verde, azul o negro— y tampoco tiene el escenario otros muebles que en ciertas escenas una mesa y algunas sillas. La acción de los artistas es variada, su expresión tiene manifestaciones diversas que destacan o su-

gieren las diferentes emociones con maestría singular. A veces, basta el paso o el ademán para expresarlas, pero la extraña música con intervalos acompaña ciertas frases o actitudes. El argumento de las obras no tiene complicaciones, son cuentos de sencilla ingenuidad, viejas historias de batallas, nada que implique morbosidad y menos que tenga propósitos de propaganda política o social. Algunas de estas óperas comienzan a modernizarse como se moderniza el teatro, pero es tan arraigada la tradición milenaria del teatro chino que ha de perdurar. Tiene un refinamiento sin paralelo en otra civilización.

Cuando estuvimos en Pekín hubo un certamen de danzas populares y tuvimos la oportunidad de admirar las que son un verdadero prodigio de expresión artística, con movimientos de acrobacia sin igual. En una de ellas, los hombres bailaban portando un largo tambor, al son de una música muy original, casi hecha con sólo los redobles de aquél. Muy varonil y muy ágil, sin nada que recordara los bailes populares de otros países y la figura principal en esa danza era un muchacho que portaba una gran bandera de seda roja, que tremolaba con especial habilidad. En Nankín visitamos una exposición de pintura contemporánea, expuesta en las grandes salas de un edificio moderno. Siguen y seguirán pintando los chinos, dentro de su milenaria tradición, paisajes fantásticos, pájaros y flores, todo hecho con delicados dibujos, con finas líneas, de interpretación muy sutil. Cuando en Pekín visitamos en las salas del Palacio Imperial el museo de pintura, hice la observación que desde las más remotas épocas, a través de las diversas dinastías, muchos siglos antes de nuestra era, los chinos han pintado a la naturaleza con fragante y siempre objetiva inspiración, con colores siempre tenues y completa armonía. En ninguna época aparece al desnudo la figura humana y los artistas contemporáneos que exponían en Nankín siguen fieles esa rica tradición.

La obra educativa le merece al Estado preferente atención. Visité con Celia Calderón el Instituto de las Minorías Nacionales, un plantel donde estudian jóvenes de ambos sexos de todas las regiones del país, que tienen idioma y cultura diferentes a la Ham. Se trata de una modernísima institución, en la que los jóvenes que no lo saben aprenden a leer y escribir el idioma chino y su propia lengua. La instrucción que reciben los alumnos, todos internos, corresponde a la primaria y secundaria, aunque se da especial atención a la lectura y escritura de cada

lengua y dialecto y también a la educación política. Todos reciben cursos de marxismo-leninismo, de geografía e historia y del movimiento de liberación. Se trata de unificar al país sin que las minorías nacionales pierdan su propia cultura. Hay en uno de los diferentes edificios que forman el Instituto, salas destinadas a los diversos cultos religiosos, una de ellas para los tibetanos, donde está el retrato del gran soberano de ese país grabado en seda y sobre los altares esculturas y ofrendas diversas; también los budistas, los mahometanos y los tatoístas tienen sus salas de oración. Lo anterior demuestra, tanto como la visita que hice al gran templo de los Shadas, que en China no hay persecución religiosa, sino al contrario tolerancia absoluta, aun en los planteles educativos organizados por el Estado socialista.

En todas las ciudades que visitamos encontramos nuevos teatros y museos, las casas llamadas de cultura y, por ejemplo, en Shanghai, lo que fue el gran hipódromo para fomentar el juego es ahora un gran parque popular y lo que era el galgódromo un enorme teatro. En fin, que todas las instituciones y manifestaciones de cultura reciben la ayuda gubernamental y su labor figura como principal en los planes de desarrollo económico social.

Tales fueron las cosas más interesantes que pudimos ver en nuestra gira de cinco semanas, pero muchas más las impresiones de pasmosa admiración que nos causó comprobar que China vive y realiza, como lo dice el Deán de Canterbury, una nueva era creadora. Son 600 millones de hombres y mujeres que trabajan para sí, la mayor y mejor riqueza de la tierra, el más valioso recurso natural y son ellos los que en China están creando un mundo nuevo. En lugar de los palacios Imperial y de Verano, la Gran Muralla, el Templo del Cielo y tantas otras cosas admirables, que durante milenios levantó el pueblo, ahora está logrando el desarrollo económico, con una mística de auténtico mejoramiento social. Nada impedirá que esa nación siga haciendo lo que parece milagro a quienes sufrimos la explotación irrestricta del capitalismo. Una reflexión se impone: si bajo el sistema capitalista es el egoísmo el que domina entre los hombres, es porque la explotación del hombre por el hombre incuba y alienta los sentimientos y la conducta para sacar ventajas de los demás, pero bajo el socialismo, aquél se sustituye por el altruismo, cosa que no quieren creer los que du-

dan que el ser humano sea perfectible. Mucho falta por hacer aún en China, existen graves problemas por resolver, pero nada es imposible para el esfuerzo creador de la especie humana. Es verdad que la amenaza de la guerra representa un peligro y podrán frustrar los esfuerzos del pueblo chino, pero mi visita a ese país me ha dado la convicción que ni con la bomba atómica ha de impedirse que la liberación, lograda con sacrificios sin paralelo en la historia de la humanidad, consolide el espectacular desarrollo económico que por todas partes pudimos ver. China es el país donde hoy es mañana, el mañana que por el Oriente ha de llegar, como aurora que anuncia un mundo mejor.

Y en especial la reforma agraria

LA geografía agrícola de China tiene contrastes que obedecen a su variada orografía, hidrología y climatología. Territorio inmenso que ocupa, como ustedes saben, una gran proporción del continente asiático, cuando se recorre en avión o en barco por el anchuroso río Yangtsé o en ferrocarril, ofrece al viajero múltiples observaciones e impresiones. Cuando desde Irtkust se vuela hacia Ulan Bator para llegar hasta Pekín, el paisaje ofrece, primero, la desolada planicie de la Mongolia Interior, en el invierno cubierta de nieve en toda su inmensidad, confundida en el horizonte con el también color blanco del cielo. No hay un solo árbol, ni el menor rastro de vida humana, y cuando más al sur se atraviesa una zona montañosa, muy quebrada, con pequeños restos de bosques de pino, pienso si no habrán sido los millones de hombres quienes durante milenios agotaron ese recurso natural para calentarse, construir sus casas y sus muebles. Durante el invierno todo es blanco, blanquísimo y traspuesta la zona montañosa, la llanura sin fin se extiende a todo lo ancho del horizonte que abarca, sin ningún accidente, los 360 grados. Todavía más al sur, después de volar sobre pequeñas montañas, va apareciendo el color de la tierra labrada, acotada por canales y caminos, poblada por centenares de dispersas aldeas y, por último, Pekín ocupa una extensa planicie uniforme en su homogeneidad de tierra cultivada durante milenios.

El viaje en avión desde Pekín hasta Kun Min, cerca de la frontera con Birmania, nos permite conocer la parte central del

territorio. El avión no vuela a gran altura —se trata de uno de sólo dos motores— de manera que se pueden distinguir los árboles y los caminos y las casas de las aldeas, pero no hay manifestación de actividad humana. Primero el paisaje es semejante al de la Mongolia Interior, cuando al iniciar el vuelo las nubes descubren la inmensa planicie desolada, cubierta de nieve, pero pronto volamos sobre un macizo montañoso, de cerros no muy altos, que contemplo atónito al ver que las terrazas dibujan las curvas de nivel, tal como si fuera un plano topográfico. La nieve destaca todos los detalles y pasma considerar el trabajo para formarlas. Lo mismo en las barrancas más profundas, que en las cimas más quebradas, igual que en las laderas más empinadas, todo está minuciosamente labrado. Algunas terrazas deben ser de escasos dos metros de anchura, casi no hay pulgada de terreno que no esté aprovechado. Aún más sorprendente, es darse cuenta que no hay poblados, que los campesinos han de llegar allí desde muy lejos, para cultivar la tierra plana que han formado con sus manos. Cuando termina el macizo montañoso, vuelve a extenderse la infinita llanura, todavía cubierta de nieve. En ella se ven millares de pequeñas aldeas, dispersas por todos lados, apenas separadas unos cuantos kilómetros. El espectáculo es excepcional y sólo demuestra la altísima densidad demográfica. ¡Cómo pueden vivir tantos millones de gentes, sólo se explica por el aprovechamiento máximo de la tierra disponible, el suelo que se ha formado artificialmente, y por la frugalidad del pueblo chino!

Después de aterrizar en Chungkín, cuando continuamos el vuelo y pasamos la llanura, vuelve a levantarse el terreno, pero aquí las montañas ya no están cubiertas de nieve y algunas de las terrazas son represas que detienen el agua. No hay otro país —salvo el Japón— que pueda presentar un paisaje semejante. Las líneas de los bordos que forman las terrazas dibujan todas las figuras, sin una sola línea recta. Fajas circulares que ondulan siguiendo las curvas de nivel de las terrazas, casquetes esféricos que se suceden desde lo alto hacia lo bajo de los valles, pequeños lagos de formas caprichosas, separados por el verde de los cultivos, los cuales también cubren los bordos de las terrazas. Hasta llegar a Kunmín seguimos admirando la colosal obra humana que significa modificar la orografía y a medida que avanzamos más al sur aumenta el color verde, de varias

tonalidades, según son los cultivos, aunque también hay bosques de pino y macizos de bambúes.

De Kunmín regresamos en avión a Chungkín, en el alto río Yangtsé y de allí a Hankow en pleno centro de China, volando sobre impresionantes cordilleras, de altas cimas y profundas cañadas, en partes cubiertas de bosques de coníferas y en otras por completo denudadas. Ya para llegar a Hankow atravesamos varias veces el río Yangtsé que forma amplios meandros y junto con el Amarillo arrasaba periódicamente todos los sembradíos, dejando la desolación y la muerte. La tierra del valle de ese río es arcillosa, de color amarillo, sin una sola piedra, completamente plana, carece de pastos y de bosques y en su mayor extensión está cultivada. Desgraciadamente, debido al invierno, no pude ver los campos cultivados.

En Hankow nos embarcamos para seguir el curso del río Yangtsé hasta Nankín, durante casi 36 horas y las márgenes del río son por completo planas y casi desprovistas de árboles. Pequeñas eminencias quiebran la línea del horizonte en ciertos tramos y al observar lo que transportaban las embarcaciones —materiales de construcción, carbón, troncos de bambúes— considero que toda actividad agrícola está suspendida por el invierno. Desembarcamos en Nankín y seguimos nuestro recorrido por ferrocarril, primero a Shanghai y después a Hanshow. El paisaje cambia por completo en las inmediaciones de estas dos ciudades, se trata en la primera de los terrenos planos que ha formado el aluvión de la corriente del río Yangtsé, muy profundos, muy fértiles y, claro, por completo planos. Los campos de cultivo, sin embargo, están fraccionados en pequeñas parcelas, separadas algunas por canales, cultivadas cerca de Shanghai con verduras y otras conservando todavía a fines del mes de enero los varejones del algodón. Hanshow se encuentra en una zona de orografía muy variada, en parte montañosa, es la tierra de la morera y del té, del arroz y del algodón, de clima tropical y húmedo, que contrasta con el frío y seco de la región de Pekín.

Para regresar a esta capital hacemos el recorrido en ferrocarril durante 24 horas y las del día me permiten observar, una noche después de haber salido de Shanghai, que la tierra en esta zona oriental de China es también desértica, en parte montañosa, pero como en todos lados, está intensamente cultivada. Las terrazas en los lugares montañosos, las grandes tablas en las par-

tes planas, desnudas de arbolado, aunque a uno y otro lado de la vía del ferrocarril, confirmo que la obra de reforestación es muy importante. Muchos árboles plantados en hileras, en algunas partes, como los vi en las carreteras inmediatas a Pekín, con el tronco enrollado con una cuerda tan gruesa como una reata para protegerlos seguramente de la helada y el maltrato de los animales. En otros casos, para resistir el vendaval, apuntalados con troncos de bambúes cuidadosamente amarrados. En las partes montañosas, también hay terrazas y es general la reforestación en todos los lugares donde los terrenos no son de cultivo.

Lo que así recorrimos en gira de sólo dos semanas, me permitió conocer parte de las tres grandes regiones agrícolas de China, donde se ha implantado la reforma agraria. La primera incluye el área al norte del río Amarillo, que ocupa la mayor parte del noreste y noroeste de China, cerca de la mitad de su territorio. Al este de las montañas de Kingán y Taiján predomina el llano, al oeste de estas mismas montañas gradualmente se levanta el altiplano, con algunas cuencas rodeadas de cadenas montañosas. A pesar de su altitud relativamente alta y baja presión atmosférica, se levantan tres cosechas en dos años, el suelo de esta región es fértil, especialmente en el noroeste y los terrenos de labor suman cerca de 47 millones de hectáreas, aunque se estima que puedan ponerse en cultivo 67 millones más. La parte oriental recibe suficientes lluvias durante el verano, pero la primavera es en general seca. En la occidental la precipitación es insuficiente.

La segunda región agrícola está limitada por el río Huai al sur y el Amarillo al norte. Tiene principalmente terrenos planos, su clima es más caliente que la primeramente citada y recibe suficientes lluvias. Se levantan tres cosechas en dos años o tres en cinco. Los dos grandes ríos antes citados, de los cuales depende la vida de los habitantes, han formado los fértiles terrenos sedimentarios y son fácilmente regados. El trigo es la principal cosecha que representa el 40% de la producción total del país, cultivo que se alterna con siembras de maíz y sorgo, en verano. La mayor parte del área de labor en esta región —cerca de 19 y medio millones de hectáreas— se cultiva con cereales y la menor proporción con plantas industriales como el tabaco.

La tercera región se encuentra al sur del río Huai y las

montañas de Chinling y de Pailun, que en parte atravesamos en aeroplano. Incluye el valle del río Yangtsé y el sur de China y abarca la tercera parte del territorio. Topográficamente es una región compleja, principalmente formada de colinas, pero también cuenta con llanuras, mesetas, cuencas cerradas y montañas. Las principales llanuras las forman los deltas de los ríos Yangtsé y el Perla, conocidos como el habitat de los peces y el arroz. A pesar de que sus suelos, rojos y amarillos principalmente, dejan mucho que desear, el clima es excelente. Las cosechas se levantan dos y aun tres veces en un año, pues los ríos antes citados con todos sus afluentes, humedecen toda el área. El cultivo es intensivo y la agricultura es la más desarrollada del país. Más del 60% de la superficie está regada, es allí donde se produce el 90% del arroz y las plantas que se cultivan en rotación con este cereal dan muy buenos rendimientos.

El Tíbet, incluyendo la región de Chandó, no figura en las tres regiones agrícolas antes citadas. Tiene un área de 772,000 kilómetros cuadrados y una población de 1.270,000 habitantes. Por varias razones su agricultura es muy atrasada y está aún por hacerse el estudio científico de ese enorme territorio, que figura en los mapas agrológicos como una verdadera cima, el techo de ese continente. Representa una reserva potencial agrícola de incalculable valor.

En este inmenso territorio de condiciones tan variadas, se ha realizado en poco tiempo una profunda reforma agraria. Como es bien sabido el feudalismo imperó en China durante muchos siglos, así como también las potencias imperialistas —primero Inglaterra y Francia, después el Japón y los Estados Unidos— sojuzgaron a esa nación, imponiéndole entre otras cosas, el tráfico del opio. Cuando se conocen los relatos espeluznantes de lo que hacían los terratenientes feudales con los campesinos, parece increíble que la explotación del hombre por el hombre alcance tales excesos de crueldad e ignominia. Cuando uno se entera de lo que hicieron en ese pueblo los invasores extranjeros, se justifican y explican todos los excesos revolucionarios. En Shanghai y Pekín, por ejemplo, las llamadas zonas internacionales estaban cercadas con alambres de púas y había letreros que decían: "Se prohibe la entrada a los perros y los chinos". Cuando se admiran esas colosales obras materiales levantadas

con la fuerza única de los hombres durante las largas y diferentes dinastías, cuando el asombro pasma al conocer el fastuoso lujo de los emperadores, quienes para divertirse hacían cavar lagos artificiales y construir montañas para levantar en ellas sus palacios, se entiende y comprende todo lo que ha hecho ese mismo pueblo durante la cruentísima lucha por su liberación e independencia. Hace cerca de 15 años conversé aquí en México con Ana Louise Strong, la autora de *China en Armas,* y me impresionaron sus relatos de lo que hacían y valían los líderes campesinos. No esperaba entonces poder comprobar personalmente el triunfo de la causa agraria, que ella tenía la convicción de que se lograría a pesar de todos los obstáculos. La larga y cruenta lucha del pueblo tuvo como desiderátum la entrega de la tierra a los campesinos, base de su liberación e independencia. En la Gran Marcha, esa epopeya que ha de figurar en los anales de la historia humana como una de las más heroicas, las fuerzas de Mao Tzetum, entregaban la tierra a quienes la trabajaban, demostrando en esa forma cómo se cumplían las consignas del Partido Comunista, de confiscar las propiedades de los terratenientes y organizar a los campesinos para el libre disfrute de los terrenos de cultivo, los que ellos habían trabajado sujetos a la usura, a la expoliación más despiadada. Fue empeño decidido durante la Gran Marcha demostrar lo que la Revolución significaba y ninguno de los jefes revolucionarios se convertía en terrateniente, como ha sido tan común en nuestra reforma agraria. Al triunfo de la revolución, cuando Chiang Kai Shek tuvo que irse a refugiar a la isla de Taiwan —donde ahora lo sostienen las fuerzas norteamericanas— se expidió la ley que había de consolidar la reforma agraria. Sin embargo, en cada aldea o poblado se constituyeron verdaderos jurados populares para decidir el reparto equitativo de la tierra, para juzgar y condenar a los terratenientes que merecían castigo por sus iniquidades —aun para liquidarlos— y también para establecer las bases del trabajo. Hay relatos que demuestran cómo la reforma no fue impuesta desde arriba por los dirigentes y menos condicionada a procedimientos judiciales engorrosos. Desde abajo, los mismos campesinos fueron transformando la estructura del régimen agrario. En las asambleas populares sesionaban sin descanso, discutían las condiciones y conducta de los terratenientes y con plena justificación se fueron estableciendo e imponiendo las reglas del reparto.

La agricultura secular de China se ha caracterizado por el trabajo en pequeñísimas parcelas. Los terratenientes detentaban la propiedad de grandes extensiones, pero el campesino, en general, trabajaba la tierra personalmente como aparcero, sujeto a condiciones onerosas, siempre endeudado con el terrateniente. En muchos casos, también tenía que dar trabajo gratuito al amo, como compensación al disfrute de un palmo de tierra donde aplicar su fuerza de trabajo para obtener el sustento. La unidad de medida de los terrenos de cultivo, el Mu, que equivale a un 16avo. de hectárea, es un índice del régimen minifundista en la tenencia de la tierra. Los campesinos medios y aun algunos ricos, sólo cultivaban unos cuantos mus, esas parcelas que vi desde el avión tan simétricamente escalonadas. El trabajo en ellas ha sido siempre hecho con herramientas de mano, de manera intensiva aprovechada la tierra de cultivo, siempre fertilizada ésta con el llamado abono natural que devuelve lo que el cuerpo humano no aprovecha.

Los campesinos pobres y los peones representaban del 50 al 70% de la población rural en la vieja China. Constituían ellos el proletariado y semi-proletariado del campo, que aceptaron la dirección de los miembros del Partido de la Revolución, manifestando gran actividad no sólo en la revolución democrática burguesa iniciada en 1911, sino también en la revolución socialista. Después de la proclamación de la República Popular se consagraron tres años enteros en esa obra, movilizando a fondo las masas campesinas, despertando plenamente su conciencia de clase, en particular la de los campesinos más pobres e incorporando al movimiento a las mujeres. Muchos de los campesinos pobres y peones han pasado a ser campesinos medios, pero debido a la escasez de tierra a cada uno corresponden como término medio sólo tres mus de terreno de labor —cerca de un quinto de hectárea— y en muchos lugares de las provincias del Sur únicamente un mu o unos cuantos "fenes" —un mu igual a 10 fenes—, de manera que del 60 al 70% de la población rural —igual que antes de la liberación— son campesinos pobres o de las capas inferiores de los campesinos medios.

Si se siguiera dentro de la economía individual, cultivando tan pequeñísimas parcelas, los anhelos de lograr una vida mejor resultarían irrealizables, pero la mayoría de los campesinos se han organizado en cooperativas de producción agrícola. Inmediatamente después de la reforma agraria fueron creadas las

brigadas o equipos de ayuda mutua que son el embrión del socialismo, el medio para iniciar de abajo hacia arriba el movimiento de cooperación. Mantenida la propiedad privada de los medios de producción, un grupo pequeño de familias se unen para hacer en común ciertas labores, tal como en nuestras comunidades de indígenas el desmonte y quema del "tlacolol" o la cosecha del maíz se hace en esa forma. Como resultan evidentes las ventajas de la ayuda mutua, las familias organizadas en equipos representaban ya en 1952 el 40% del total en toda China, proporción que ascendió en 1954 cerca del 58%, constituyendo alrededor de la mitad organismos de carácter permanente.

Sobre esta base inicial comenzó el desarrollo sistemático de las cooperativas agrícolas de tipo inferior. En ellas, todas las labores se hacen en común, pero se mantiene la propiedad privada de la tierra, a la cual se abona una renta. Estas cooperativas de tipo elemental, que implican la aportación de la tierra en calidad de acciones y una administración unificada, eran sólo poco más de 300 al final de 1951, mas como representan una etapa superior a los equipos de ayuda mutua han aumentado hasta alcanzar la cifra de 970,000 en 1955 con 17 millones de familias campesinas.

La última etapa en la organización la representan las cooperativas de tipo superior. En ellas toda la propiedad de los medios productivos, incluyendo la tierra, es colectiva, y todo el trabajo se realiza en común, distribuyéndolo en brigadas de hombres y mujeres, que son dirigidas por los campesinos con mayor experiencia y capacidad. Según los cálculos hechos en junio de 1956, de los 120 millones de familias campesinas que hay en China, 110 millones o sea el 91.7% han ingresado a las cooperativas agrícolas: 35 millones en las de tipo inferior y 75 millones en las de tipo superior.

Lo que distingue este proceso de organización, es el énfasis que los dirigentes chinos ponen en lo que es una condición esencial: el convencimiento personal, la educación eficaz que da por resultado la espontaneidad y voluntad de cada grupo social para trabajar en esa forma. Insisto en destacar que el movimiento no ha sido impuesto desde arriba, sino promovido desde abajo, tal como se proyectó en México constituir en 1925 y 1926 a las sociedades cooperativas de crédito ejidal, cuando se fundaron los primeros bancos de ese nombre. Desgraciadamente

para la integración de la reforma agraria mexicana, esos propósitos se frustraron. Funcionarios y empleados irresponsables, politiqueros y politiquillos de toda laya, han desnaturalizado y prostituido aquel y posteriores esfuerzos de organización —como los de las colectivas ejidales— y al presente lamentamos y tememos que no llegue a consolidarse el régimen agrario que impuso nuestra revolución. ¿Por qué en México aconteció así y en China no hay peligro siquiera de que se desvirtúe la organización cooperativa? Primero y fundamentalmente, porque se ha liquidado el latifundismo feudal. Con excepción de las más apartadas provincias donde no ha sido posible transformar el régimen de tenencia, como en el Tíbet y las pequeñas regiones habitadas por las minorías nacionales, donde la reforma se ha implantado fue total la entrega de la tierra a los campesinos. No hubo ni habrá indecisión ni traición al propósito de crear una nueva estructura para el aprovechamiento de la tierra. En segundo lugar, a que existe y existirá un Partido Revolucionario, vigilante y celoso para mantener, cuidar y alentar el desarrollo de la agricultura. Además, porque los dirigentes —Mao Tze Tum a la cabeza y tantos otros— son hombres de auténtica convicción revolucionaria y, por ello, de propósitos y conducta insobornables. Ni sus peores enemigos, entre ellos Chiang Kai Shek, se atreven siquiera a dudar de su honradez revolucionaria. Nadie, ninguno de ellos, se ha convertido en seudo-pequeño propietario y todos tienen una moral revolucionaria ejemplar.

Voy a transcribir un párrafo del informe del Comité Central del Partido al 8º congreso, celebrado apenas en septiembre de 1956, para apoyar mis observaciones e impresiones: "Por lo que se refiere a la cooperación agrícola, tenemos que continuar aún la política de voluntariedad y provecho mutuo, para atraer a las cooperativas a las pocas familias campesinas que han quedado fuera, así como para impulsar a las cooperativas de tipo inferior a convertirse en cooperativas de tipo superior. Pero debemos adoptar una actitud de paciente espera y no tolerar ninguna coacción ni imposición. Ahora, la cuestión más urgente es la de asegurar que éstas, más o menos un millón de cooperativas ya existentes, hagan todo lo posible por aumentar la producción y los ingresos de sus miembros. Algunas de ellas que fueron organizadas apresuradamente tienen que solucionar con urgencia bastantes cuestiones que han quedado por resolver, o mejorar su presente forma de organización. La mayoría

de estas cooperativas carecen aún de experiencia para dirigir la producción colectiva de decenas o centenares de familias campesinas. El Partido tiene la obligación de ayudar a los dirigentes de las cooperativas a adquirir esa experiencia lo más pronto posible. En muchas se han preocupado demasiado de los intereses colectivos y de la administración colectiva, ignorando erróneamente los intereses individuales, la libertad individual y las economías auxiliares de sus miembros. Esos errores deben ser corregidos en breve plazo. Para desarrollar eficazmente la iniciativa que manifiestan en la producción los miembros de las cooperativas, así como para consolidar la organización de éstas, hay que observar firmemente el principio de dirección democrática, diligente y de estricta economía, y reforzar incesantemente la educación ideológica de los miembros de las cooperativas en el espíritu del socialismo y del colectivismo".

Desgraciadamente, durante nuestra estancia en China sólo tuve oportunidad de visitar tres cooperativas agrícolas, una en las inmediaciones de Pekín, de tipo superior, constituida por 317 familias campesinas. Llegamos a la pequeña aldea por carreteras asfaltadas, un pueblito con sus casas dispersas donde entrevistamos al jefe de la cooperativa, un muchacho que por su tipo físico podría ser mexicano, a quien acompañaban dos jóvenes mujeres, una de ellas la contadora. Nos informan que todos trabajan colectivamente, lo mismo hombres y mujeres, formando equipos de trabajo que dirige un técnico; que cultivan principalmente maíz y soya, durante el verano por ser los terrenos de temporal y no de riego, siendo los rendimientos de aquél de 1,920 kilos por hectárea y los de la soya de 8 toneladas por la misma unidad. El trabajo se retribuye de acuerdo con el desempeñado por cada uno de los miembros de la cooperativa, calificado por puntos que se asignan a cada tarea, parte en dinero y parte en especie, es decir, con una proporción de las cosechas, principalmente las de verduras, que forman parte importante de la alimentación. Funciona al mismo tiempo que la cooperativa, una de crédito, que abona a los depositantes campesinos el 0.4% anual y cobra un interés por los préstamos de 0.6%; también tienen organizada una cooperativa de consumo, la cual vende los artículos a los precios corrientes de Pekín y las utilidades se distribuyen según son las acciones de sus clientes.

Por ser invierno los campos están sin cultivo y, por lo mismo, no puedo darme cuenta de cómo se hacen las labores.

Sin embargo, me informa el jefe de la cooperativa que usan semillas seleccionadas y fertilizantes y que los barbechos se hacen, en parte, con tractores, por la estación de máquinas que depende del Estado. En las inmediaciones de la casa donde nos reciben hay grandes arcinas de paja y también ahí está la campana que llama a los campesinos a las horas de trabajo y de descanso. Parte importante de los ingresos de éstos los representan las llamadas actividades secundarias, es decir, el transporte de las cosechas y de los materiales de construcción a la ciudad de Pekín, el trabajo en las carreteras y en los grandes hornos de ladrillo y teja que se ven por todas partes.

Otra de las cooperativas que visitamos fue en las cercanías de Kunmín, una aldea situada en terrenos planos rodeados de colinas erosionadas, de color rojo, y sin árboles. Los campos de cultivo están formando terrazas, de mayor tamaño que las de los lugares montañosos y sembradas totalmente de haba, que nos informan consumen fresca y seca, lo mismo los hombres que los animales; hacen tallarines con la harina y las cáscaras de las semillas sirven de forraje. Para trillar el haba utilizan una piedra en forma de cono truncado, que mueven con los animales y después avientan lo trillado para limpiar las semillas. La mayor parte de las labores se hacen a mano, pero se usan arados de dos rejas y dos ruedas, jalado por ganado carabú. La cooperativa cuenta con 610 vacas, más de 1,000 cabras, 1,207 cerdos y 13 caballos. La extensión total de los terrenos de la cooperativa es de 12,236 mus y cada equipo labra como máximo 400 mus, cultivando los más pequeños sólo 30. La superficie asignada a cada individuo mide 7 mus y los grupos o brigadas de trabajo se forman de 20 a 30 individuos. A dos individuos se asigna el cultivo de 3 mus de haba y uno de trigo y de maíz. Para cultivar las verduras, cada familia atiende un décimo de mu que se cultiva en forma individual y sus productos se consumen por la misma o se venden libremente en el mercado. Nos informan que el ingreso total de la cooperativa es de 390,000 yuanes al año, que como fondo de acumulación para inversiones se reservan 14 mil y que el Estado ha hecho préstamos a la cooperativa por la suma de 20,000 yuanes, a una tasa de interés de 0.4 y medio por ciento. Por otra parte, la aldea tiene el servicio de un médico y varias parteras, quienes trabajan también como campesinas, y cuenta con una clínica para los enfermos graves. Los campos

cultivados demuestran cómo es intensivo el trabajo, no hay una sola mala hierba entre las plantas, los canales de riego están perfectamente limpios y las pequeñas parcelas más bien parecen ser las de un jardín. Esta observación la hago en todas partes, cuando en automóvil nos transportan a los diferentes lugares.

En las inmediaciones de Shanghai visito la cooperativa denominada "Vanguardia No. 2" organizada apenas en enero de 1956. Me reciben los dirigentes de la misma, en local que me recuerda, por su modestia, al de los comisariados ejidales mexicanos. Los muebles son escasos, pero en las paredes están pegados carteles de enseñanza y propaganda agrícolas, indicando en forma objetiva las ventajas de los modernos sistemas de trabajo. Mientras me sirven y bebemos té, someto a los dirigentes de esa cooperativa a un largo interrogatorio. Me informan que antes de la reforma agraria había en ese lugar terrenos del Estado, de los campesinos y los que eran alquilados a los obreros que vivían y trabajaban en la ciudad; que se pagaba como renta por un mu el valor de 16 kilos de arroz, pero que siempre han cultivado legumbres y flores; que los campesinos propietarios en su mayoría tenían en promedio dos y medio mus; que sólo se alquilaban el 10% de los terrenos representando los del Estado el 20%. La cooperativa cultiva en la actualidad 5,035 mus y están organizadas 58 familias, siendo la población total de 4,970 y 1,922 los campesinos —hombres y mujeres que trabajan—; están organizados en 42 grupos de trabajo y cada uno se forma de 30 a 60 miembros, que cultivan los más pequeños de 70 a 80 mus y los más grandes hasta 150; 20% de los terrenos de cultivo son regados por bombeo, con dos bombas eléctricas transportables y 40 de madera que se mueven con los pies, una de ellas me fue mostrada por los dirigentes de la cooperativa, después de enseñarme la de motor que tenían instalada para regar verduras, de las cuales se siembran 104 especies diferentes: habas, coles chinas, coles comunes, lechugas, espinacas, soya, etc., cultivan muy poco maíz que sólo consumen en forma de elote, y durante todo el año se mantienen bajo cultivo los terrenos: los mejores dan cuatro cosechas al año y, por término medio, sólo tres; el 5% de los terrenos se labra con tractores y el resto con implementos de mano. El Estado tiene establecida una estación de 32 tractores, que labra los terrenos del barrio o zona donde se encuentra la cooperativa que yo visité; pagan dos yuanes por cada mu de tierra labrada y se

emplean arados de discos de 3 a 5 rejas y rastras modernas. Para las labores manuales usan azadas y rastrillos de 3 dientes, poseyendo cada campesino sus propias herramientas. Cada grupo o brigada de trabajo se divide las labores señalando las más ligeras a las mujeres y los viejos; un hombre limpia en promedio en una jornada de trabajo la quinta parte de mu cuando la labor se hace a mano, pero cuando se usa la azada, se puede limpiar un mu y medio en el cultivo de espinacas; la cosecha se hace por jornadas, pero otras labores se hacen con tareas de determinada superficie. Cada grupo elige a su jefe, quien trabaja como todos los demás y un campesino con mayor experiencia agrícola es el responsable de dirigir el trabajo. La jornada es de 10 horas durante el verano y de 6 a 7 horas en invierno.

El recorrido que hago por los campos de esta cooperativa, sirve para darme cuenta de cómo están meticulosamente cultivadas las minúsculas parcelas, separadas las diferentes tablas de mayor extensión por canales donde corre el agua, conectados los de mayor anchura y profundidad con las derivaciones de las corrientes que forman los ríos Yangtsé y el Perla, que desembocan cerca de Shanghai. Usando como medio de transporte unas canoas, llega hasta los campos de cultivo el abono natural, que se deposita en una especie de tinajas colocadas en los bordes de los canales; allí fermentan las materias fecales y después de una o dos semanas, el agua negra se distribuye en los sembradíos. Como dije antes, nunca las verduras se comen crudas y se limpian con toda meticulosidad antes de cocerse. Entre los campos cultivados y en forma dispersa veo las casas habitación de los campesinos, muy modestas, tendida al sol la ropa de cama y los vestidos, algunas buenas colchas y edredones, y en algunos lugares secándose al sol grandes rebanadas de nabo. Cuando termino mi visita atravieso una parcela, donde los campesinos están cosechando zanahorias, casi gigantescas, como de 40 y 50 centímetros de largo y unos diez centímetros de grueso. De preferencia mujeres están haciendo esta labor y en grandes canastos van empacando la cosecha, seguramente para ser transportada al mercado.

Que la situación agrícola ha mejorado en China es evidente. Desde hace cuatro y aun cinco mil años, muchas plantas fueron conocidas y han sido cultivadas. Naturalmente, a



Liu Huei Su. Intérprete en español de la Asociación Popular de las Relaciones Culturales con el Extranjero.



uan Chin un lou. Campesino de la región de Cantón.



Campesinas de la minoría Yi, del Sur de China.



Niña campesina.



Campesina de la región de Cantón.

través de este largo período los campesinos han acumulado rica experiencia, pero cruelmente explotados antes de la liberación, nunca tuvieron manera de llevar una vida decorosa. Con sólo primitivos implementos de mano y métodos muy atrasados, tampoco pudieron nunca beneficiarse con los recursos naturales del territorio. Mientras tanto, la desforestación y el descuido en el aprovechamiento del agua, agravaron los efectos de las inundaciones. Como lo dice un viejo proverbio chino: "Que tendremos calamidades es cosa segura; la sola pregunta es cuál de ellas sufriremos este año".

La proporción de la utilización de la tierra fue, en consecuencia, muy baja. Los datos registrados en el año de la liberación —1949— demuestran que la tierra cultivada total fue sólo de algo más de 97 millones de hectáreas, o sea cerca del 10% del territorio nacional. En esa época cuando menos 100 millones de hectáreas de tierra de labor quedaban sin utilización. Los bosques cubrían solamente el 5% del área de China, cuando 268 millones de hectáreas cuando menos de terrenos forestales, no tenían un solo árbol. En cuanto a terrenos pastales, extensas estepas con muy buenos pastos nunca fueron visitados por los pastores. La distribución de los cultivos era también inapropiada. Los terrenos a lo largo de la corriente media y baja del río Amarillo son los más adecuados para el algodón, sembrándose más esta planta en las márgenes del río Yangtsé. Los suelos del noreste de China son muy buenos para el arroz, pero en su mayor parte se sembraban con gramíneas menos deseables. Los rendimientos declinaban año con año. El máximo de producción de granos en los días antes de la liberación fue de 150 millones de toneladas y en 1949 la producción había bajado en 25%. El registro anual de la producción de algodón antes de 1937 —el año de la guerra de resistencia a la agresión japonesa—, fue de 850,000 toneladas pero en 1947 casi descendió a la mitad o sean 445,000 toneladas. La producción de seda, té, aceite de Tung, bayas y frutas cayó de un 50 a 80%. Además, todos los productos bajaron de calidad, y China, a pesar de ser un país agrícola, tenía que importar una gran parte de los granos y algodón que necesitaba. Estaba aún imposibilitada para dar las materias primas demandadas por su industria ligera a pesar de estar tan poco desarrolladas.

Desde la fundación de la República Popular la reforma

agraria; el mejoramiento de la técnica —durante sólo tres años, de 1952 al 54 el gobierno dio a los campesinos más de un millón de aperos para animales de trabajo e implementos agrícolas—; la conservación del agua y la plantación de bosques protectores; los tremendos esfuerzos para controlar los ríos en los últimos siete años —en escala desconocida en toda la larga historia de China—; el incremento del área regada —un total de cerca de 6 millones de hectáreas de 1949 a 1955— y las facilidades para regar 24 millones de hectáreas más, que han librado a los campesinos de la amenaza de la sequía; cerca de 7 millones de hectáreas plantadas con árboles, superficie ésta más de 9 veces mayor a la total plantada durante el gobierno del Kuomintang, además de cerca de 5 millones de hectáreas declaradas en veda para lograr su reforestación; toda esta gran obra, realizada por el régimen actual, ha determinado que los rendimientos irrisorios de 1955 hayan aumentado en 27% comparados con 1949. La superficie bajo cultivo ha llegado a un total de 107 millones de hectáreas, un aumento de 10.060, 000 hectáreas comparada con el mismo año de 1949. La producción de las principales cosechas está muy arriba de los máximos de los días previos a la liberación. En 1955 la cosecha de granos fue 20% y la de algodón 70% más altas. Las oficinas que registran la producción agrícola total, me proporcionaron los datos siguientes: Superficie cultivada en hectáreas, de ..... 97.880,000 en 1949 a 111.850,000 en 1956. El volumen de la producción de las siguientes plantas, en millones de toneladas fue:

	1949	*1956*
Arroz	48.650	84.120
Trigo	13.810	24.120
Otros granos	35.800	53.380
Papa	9.840	21.870
Soya	5.090	10.290

Por lo que toca a la ganadería, en 1949 se registraron 43.940,000 cabezas de ganado vacuno y en 1956, 66.660,000 y de ganado porcino 57.750,000 en 1949 a 87.920,000 en 1953.

Algunos ejemplos son reveladores de los altos rendimientos logrados por las cooperativas. En una de ellas perteneciente a la provincia Hopei, cerca de Pekín, el rendimiento medio en 33 hectáreas de maíz, fue de 6,254 kilos por hectárea en

1955. En 146 hectáreas sembradas con trigo en otra cooperativa de la provincia Shansi, el rendimiento medio fue de 3,066 kilos por hectárea en 1956, elevándose en el mejor lote a 6,724 kilos. En la región autónoma de Sinkiang Uighur —el extremo noroeste del territorio que limita con la Unión Soviética—, un grupo de soldados que se ocupan de poner en cultivo de riego unos terrenos, cosecharon en 1954 2,688 kilos de trigo de primavera por hectárea y de maíz y arroz en 1955, 3,907 y 6,724 kilos respectivamente. En el noreste de China el establecimiento de facilidades de riego, lograron en 1956 rendimientos en el cultivo de arroz de 3,362 kilogramos por hectárea, con un máximo de 8,942 kilos, igual al que se obtiene en el delta del río Yangtsé. En 1955 el promedio en el rendimiento de cereales en la región agrícola comprendida entre el río Amarillo y el Yangtsé fue para el conjunto de ellos de 1,401 kilos por hectárea, pero en ciertos lugares mucho más alto. En la provincia Shantung —sobre la costa oriental— el rendimiento de trigo fue de 1,344 kilogramos por hectárea, al que se suma el de maíz de 4,707 kilogramos cultivado en alternación con aquél. En la región de la desembocadura de los ríos Yangtsé y Perla la producción de cereales fue en promedio de 2,688 kilos por hectárea y para el arroz se proyecta alcanzar en 1967 un máximo de 5,379 kilos, cambiando el sistema de una sola siembra anual por la de dos. La generalización de este sistema en los alrededores del lago Taid en la provincia Kiangsi, no menos de 3,778 cooperativas lograron una producción media de 4,700 kilos por hectárea.

Los datos anteriores fueron publicados en una revista de Pekín y en una publicación en inglés que da un resumen de las noticias más importantes, leí que el profesor Li Ching-han de la Universidad Popular de China había terminado una investigación realizada entre 30 familias campesinas típicas de las inmediaciones de Pekín, encontrando que el ingreso real de ellas había aumentado en 40%, comparado con los datos obtenidos de un estudio igual hecho en 1926. Se trata de familias de campesinos pobres y medios, compuestas de un hombre y su mujer, dos niños y un pariente anciano, quienes consumen 900 kilogramos de granos durante el año; la mitad de arroz y harina de trigo y el resto de maíz, mijo y sorgo. Muchas de las familias más pobres no podían alcanzar este bajo patrón de vida, pero al presente consumen 1,000 kilogramos al

año de cereales, 6 décimos de los cuales son de arroz y de harina y los 4 restantes de otros granos. La cantidad de verduras consumidas ha aumentado 4 y 5 veces, las cuales se comían antes saladas y ahora principalmente, frescas. Con excepción de los días festivos que se celebraban tres veces durante el año, la mayor parte de las familias no consumían carne en el pasado. Lo anterior, dice el profesor Li, a pesar de que casi todas ellas creaban cerdos. Ahora comen carne de res, pescado, pollo y pato, así como carne de puerco y los huevos que ponen sus gallinas se les dan a los niños.

Por otra parte, cada familia usa de 4 a 5 veces más telas y mejores anualmente. En el pasado, con excepción de las medias y zapatos hechos en casa, sólo podían obtener lo más esencial de ropas de segunda mano en los mercados de la ciudad. Al presente, escogen cuanto quieren de lo que se vende hecho en los almacenes. En una sola aldea el 90% de las familias tenían zapatos de cuero o con suelas de hule. El promedio de las familias de 5 miembros vive en una casa de tres cuartos, cultivan flores y verduras en la parcela de tierra que poseen, las ventanas tienen vidrios, y estufas de fierro calientan la habitación. Los armarios están llenos con juegos nuevos de porcelana y algunas familias aun tienen bicicletas.

Antiguamente sólo los niños de los terratenientes y campesinos ricos iban a la escuela y ahora todos los de edad escolar asisten a ella; y los adultos tienen oportunidad de estudiar. Algunas casas cuentan con radios, es común que asistan al cine y al teatro y todas las cooperativas agrícolas tienen su propio club.

Las estadísticas y las publicaciones de la prensa pueden considerarse muy optimistas y, en general, muchas gentes juzgan que con ellas sólo se trata de hacer propaganda. Sin embargo, las impresiones personales y objetivas que yo tuve en la gira que hicimos alrededor de China, me demostraron que el mejoramiento económico-social de los campesinos es evidente. En Kunmín, por ejemplo, visitamos la exposición agrícola, que en esos días se celebraba en esa lejana ciudad del sur de China, instalada en su mayor parte en barracas formadas con petates, que era de lo más completa. En muchos pabellones había maquetas que mostraban la provincia de Yenan en todos sus aspectos: la topografía, los suelos, el clima, la localización de los diferentes cultivos, la importancia de la ga-

nadería, la distribución de las lluvias, las obras de riego, los caminos, etc. Las plantas y semillas, las frutas y legumbres, las fibras y productos industriales, el té, el tabaco, la morera, todo estaba presentado y las cifras de producción y rendimiento demostraban constantes avances en los diferentes años. Mas no era una simple exposición de lo que hay en el territorio sino de lo que se debe hacer para mejorar la técnica agrícola. Los campesinos más humildes, algunos con ropas muy pobres, tomaban nota y observaban con interés lo que objetivamente se exponía sobre mejores métodos de cultivo, conservación de los suelos, formas de podar los árboles y cuanto puede aconsejarse a los agricultores para mejorar la técnica agrícola. Nos encontramos con un agrónomo que hablaba inglés, quien me dijo haber escrito varios libros sobre el tabaco y cuando lo califiqué como un especialista en ese cultivo negó serlo. Nada hacía falta en esa exposición agrícola. Una sección estaba destinada a la maquinaria agrícola, con modelos rudimentarios de implementos y máquinas que pueden hacer los campesinos; la explotación de los bosques, la reforestación y la defensa del suelo también se mostraba en maquetas muy ilustrativas; además, en un pabellón especial la riqueza pesquera de la provincia y los métodos para mejorar las especies en el hermosísimo lago que está en el valle, donde se asienta Kunmín. La exposición terminaba con las salas destinadas a mostrar los aparatos que registran los fenómenos meteorológicos, la formación de las nubes y la caída de las lluvias, así como también los proyectos de riego y demás obras de ingeniería que se estaban realizando en esa provincia.

La multitud que recorría la exposición no era la de las gentes ociosas que concurren a las ferias agrícolas de esta metrópoli. Muchos, repito, tenían aspecto de ser campesinos y la mayoría observaban con interés cuanto estaba allí expuesto, todo presentado con detalles, predominando el material objetivo y no los letreros y las fotografías.

Cuanto pudimos ver y saber sobre la organización agrícola de China, me demostró que la reforma agraria no se ha limitado a la entrega de la tierra, sino que se está integrando con toda la acción y los servicios para consolidarla. La importancia del crédito agrícola se ha reconocido y una institución del Estado refacciona a las cooperativas, impartiendo los créditos indispensables para el mejor aprovechamiento de la

tierra. Basta saber y comprobar que el interés anual que se cobra por los préstamos es de sólo 0.5%, para apreciar el interés especial que se tiene para alentar la promoción agrícola. Posiblemente los economistas podrán considerar que ese tipo de interés representa un subsidio para la agricultura, pero si se considera que ella es la actividad económica más importante en China, se justifica que el Estado que opera en los créditos no con los propósitos de lucro que la banca privada tiene, fije los intereses que permitan el mayor progreso agrícola. Por lo demás, como dije antes, también a las cooperativas de artesanos se conceden préstamos con igual interés y esto sólo demuestra lo que se puede lograr en un régimen cuya preocupación principal es el auténtico desarrollo económico y el bienestar social de una nación. En México, como en los demás países de esta parte occidental del mundo, se censura con acritud a los gobiernos que han osado sacrificar recursos en la ayuda eficaz para las clases económicamente débiles, pero jamás esas personas consideran un subsidio, ni menos que sea un despilfarro, gastar millones y millones de pesos en obras materiales de lujo o en dejar pasar y dejar hacer, lo que la explotación capitalista representa: acumulación y concentración de la riqueza en unas cuantas manos. En la China de hoy, como en todo país socialista la preocupación principal es la de lograr de verdad el bienestar de un pueblo y si ese pueblo es como el chino, en su mayoría de campesinos pobres y medios nadie tiene reservas para hacer no importa cuántos sacrificios para elevar su nivel de vida y, con ello, promover de modo auténtico el desarrollo económico que jamás se ha de lograr cuando sólo se trate de producir y más producir, cuando la distribución del ingreso impide a la mayoría consumir lo que se produce.

LOS NUEVOS CAMINOS DE LA LINGÜÍSTICA *

Por *Alfonso* REYES

SEÑORES académicos:

Señoras y señores:

"Conócete a ti mismo" —aquella máxima del antiguo Oráculo que Sócrates hizo suya para siempre y con la que andaba por las plazas, las calles, los gimnasios de Atenas, confrontando a todos con sus propias imágenes como se haría con un espejo— es precepto que se enuncia muy pronto y que se cumple, si llega a cumplirse, con dificultad y paciencia. Don Antonio Castro Leal, de quien acabamos de escuchar tan sanas doctrinas, ha representado para mí el consejo de Delfos, en las páginas de noble aleccionamiento con que ha seguido mi carrera. Quiero decir que, a través de sus palabras, en ocasiones creo haber ganado algunos palmos en esta ardua senda del conocerme a mí mismo. Con todo, confieso que hoy, como en otros casos anteriores, los rasgos con que me ha pintado —llevado de su cordialidad y benevolencia— más bien adulteran y engrandecen mucho mi imagen. Pero no podemos remediarlo: cada uno ve a los demás a través de su lente o prisma y a veces les atribuye lo que él trae consigo. Ya he contado por ahí que, al encontrarse el dulce panameño Darío Herrera con el tempestuoso Díaz Mirón, exclamó: "¡Este hombre es una paloma!", mientras Díaz Mirón, por su parte, exclamaba: "¡Este hombre es un león!"

Leer los versos de don Carlos Pellicer es un deleite consumado. Oírlo recitar sus versos es ya un transporte a las zonas de la belleza suficiente. Y si estos versos son los que el poeta mismo, en su desbordada generosidad, ha querido dedicarnos, entonces los versos de Carlos Pellicer vienen a ser un altísimo premio: casi perturba toda posible expresión de gratitud, y de

---

* Discurso pronunciado por su autor en su toma de posesión como Director de la Academia Mexicana de la Lengua.

tal modo nos ennoblece que ni siquiera deja ya fuerzas para el envanecimiento y el orgullo. No podía yo comenzar mis tareas bajo mejores augurios: al emprender la jornada, más afortunado que el Cid, sólo he visto "la corneja diestra". Don Antonio Castro Leal, sumo prosista, y (aun cuando él no se halle aquí en persona) don Carlos Pellicer, sumo poeta —quienes, a lo largo de muchos años, me han acompañado con una amistad que va más allá de las letras y que tanto me honra y me complace—, ahora me traen de la mano, como buenos padrinos, hasta este sitial en que ha querido instalarme la confianza, seguramente desmedida, de mis ilustres colegas. Pues lo cierto es que, a pesar de tan risueños auspicios, me confieso muy desigual para esta empresa, agobiado de gratitud y al mismo tiempo atemorizado. Dificulta singularmente mi desempeño el suceder a nuestro inolvidable Alejandro Quijano. Querer imitarlo sería ridículo: igualarlo, imposible. Me domina la impresión de que estoy ocupando un lugar que es suyo y no me corresponde, y reflexiono con melancolía en que él ni siquiera pudo ya disfrutar de esta casa, que tanto deseó para la Academia.

Se le ha llamado con justa razón Quijano el Bueno: pero, además de su bondad y sus prendas harto conocidas —simpatía, caballerosidad y rectitud, inteligencia nada común, exquisita cultura—, poseía alguna virtud indefinible que acaso supera las explicaciones racionales, una como electricidad atractiva, un don natural para convertirse en centro y apoyo de las energías sociales. Pues las sociedades, en efecto, necesitan organizar sus fuerzas en torno a estos hombres así dotados y como predestinados a servir de puntos de conexión y referencia. La desaparición de Alejandro Quijano afecta lo mismo a los suyos, a sus amigos, a sus colegas, que a la sociedad mexicana en conjunto y deja una zona oscura en el espacio, un hueco en la retina.

Por suerte esta Academia está en condiciones de gobernarse por sí misma, y la función que aquí me compete habrá de reducirse a no estorbar las actividades de los señores académicos y a adoptar las normas que ellos mismos quieran fijarme y que ellos mismos se han fijado. La relación con las Academias afines, el posible canje de publicaciones, el desarrollo de la naciente biblioteca, en que convendrá juntar poco a poco la obra completa de todos los académicos mexicanos pasados y presentes, tal vez algunas contribuciones a la preparación del siempre

anhelado léxico de términos técnicos y científicos, al Diccionario Histórico ya emprendido por la Academia Española, al Diccionario académico de la lengua vigente, sobre todo en lo relativo a mexicanismos que habrán de ampliarse, de corregirse o suprimirse, el cambio de servicios con instituciones culturales, el cubrir las plazas vacantes y demás labores de este orden establecen el cuadro mínimo de actividades que ni siquiera necesitan ser descritas o expuestas en un programa especial. Nuestras normas dependen de la naturaleza misma de nuestra institución: es decir: de su historia y de sus funciones. La historia de nuestra Academia ha sido trazada al inaugurarse este recinto, y de mano maestra, por el Secretario Perpetuo don Alberto María Carreño, y no vamos a repetirla ahora. Las funciones de esta Academia no pueden resumirse mejor que recordando su misión de guardia vigilante y su cuidadosa atención para el desarrollo de la lengua; y todo ello aparece en los numerosos trabajos aquí y fuera de aquí presentados por tantos doctos maestros como honran esta casa. Será preferible que no intentemos competir puerilmente con lo mucho y bueno que ellos nos han dicho al respecto. Será mejor que mudemos la perspectiva y hablemos, por ejemplo, de la lingüística general, remontándonos por sobre esta lengua castellana que es nuestra inmediata incumbencia, aunque sólo sea para dar algunas indicaciones en materia que va pareciendo insondable conforme se apuran sus extremos.

Los nuevos caminos por donde hoy discurre la lingüística aún no se han abierto al público, para decirlo pronto y mal, y son más bien privilegio de los especialistas. El estudio de la lengua posee una respetable antigüedad. Olvidemos los orígenes, y callemos sobre los aspectos más conocidos de la cuestión, si es que queremos ajustarnos a los términos de esta charla brevísima.

Durante el siglo XIX, tal estudio participó naturalmente del entusiasmo reinante por las teorías evolucionistas, que entonces comenzaron a derramarse por todos los meandros de la ciencia, y el resultado fue la estupenda edificación de la lingüística histórica y comparada, cuyos primeros vagidos se dejaron oír en el *Catálogo de las lenguas,* publicado en 1784 por el español Hervás y Panduro, pues el *Glossaire comparatif des langues de l'Univers,* publicado por orden de Catalina de Rusia y al que Salomón Reinach atribuye la prioridad, sólo apareció

tres años después. En adelante se aplica a estos trabajos un método que alguien ha llegado a equiparar con lo que fue el telescopio para la astronomía. A las lucubraciones a puerta cerrada, en que se solicitaba de la esfinge que, a fuerza de insistencias estériles, revelara sola sus enigmas y nos dijera cuál era el secreto de una lengua, sucede la aristotélica comparación de lo semejante con lo semejante, de las "simpatías y *dispatías*" (valga el helenismo), con lo que al instante comenzó a adelantar el conocimiento.

De aquí algunas valiosas generalizaciones, singularmente sobre el principio de regularidad en el cambio de los sonidos. Pero la atención de los estudiosos se concentró en el grupo indoeuropeo y en los pormenores de su historia, que fueron pacientemente hacinados. De un modo general, no se procuró entonces una teoría de la lengua, salvo por parte de algunos individualistas, cuyo esceptismo, por lo demás, preparó la ruta al método analítico del presente siglo: método estimulado también por la necesidad de asomarse a algunas de las llamadas "lenguas nativas", ajenas al grupo indoeuropeo, a las semíticas, y a otras más que cuentan con larga tradición exegética y literaria. A la vez, en el estudio de las lenguas se fue abriendo paso una intención filosófica, que tiende a considerar el lenguaje como uno de los pocos sistemas fundamentales de formas simbólicas. Las relaciones funcionales compartieron entonces la atención antes exclusiva para las conexiones históricas. Se interrogó mucho más a fondo que nunca la inadecuación, que no ecuación, entre la arquitectura del habla y el discurso lógico; se investigó la densidad subjetiva y emocional que las lenguas traen consigo y que aún se revela en paralogismos y otros sobresaltos ajenos al puro razonamiento. En suma, la vida entera del lenguaje, con todas sus arbitrariedades y caprichos, fue objeto de examen respetuoso, como lo es para la botánica el arbusto silvestre, aun cuando carezca de las elegancias del rosal criado en los jardines.

En estos senderos, apenas transitados desde hace unos ocho lustros, la cooperación internacional, tan preciosa para el desenvolvimiento de las ciencias modernas, se vio entorpecida, y a veces completamente atajada, como consecuencia de las dos guerras. Pero se han logrado ciertas conquistas, se han trazado firmemente ciertas doctrinas.

En fecha todavía cercana, la lingüística ha podido ser ad-

mitida, con carta de ciudadanía cabal, como uno de los elementos que contribuyen a la soñada unidad de la ciencia. Y, lo que es más, se ha llegado a la novísima aplicación de la lógica simbólica y las matemáticas a las cuestiones del lenguaje, adoptándolas así en la vasta familia que, más o menos de cerca, obedece aproximadamente a la rienda de las ciencias exactas. No exageremos el punto, pues el lenguaje no es sólo una agencia intelectual, de transmisión, información o comunicación, sino también todo lo demás que saben la estética y las letras, y las razones del corazón que la razón no conoce. Pero se ha esclarecido el hecho de que, en una proporción apreciable y desde luego para sus funciones prácticas, el lenguaje se mueve según procesos más regulares de lo que antes se sospechaba y que, en realidad, está gobernado históricamente por un orden preexistente y propio, el cual sin cesar se mantiene al par que se renueva. En contraste, los organismos vivientes tienden a caer en el desorden y, como dice Schroedinger, "se van acercando a aquel peligroso máximo de entropía que es la muerte". Los hechos lingüísticos, que son actos correlativos y conscientes de la actividad cerebral, pueden, en cambio, determinarse estadísticamente hasta cierto punto.

De suerte que la materia de las viejas gramáticas vino primero a corregirse y complementarse por la lingüística histórica y comparada. Poco a poco, la morfología, la semántica y la fonética se erigieron en objetos de investigación especial, y pronto apareció ese nuevo interés filosófico de que antes hablábamos. Y, todavía más recientemente, los descubrimientos en otros reinos (el trabajo cerebral, las máquinas calculadoras electrónicas), así como el empleo de técnicas estadísticas y otras apenas ahora desarrolladas, han traído luz inesperada al estudio de la lingüística. Examínese, como el ejemplo más a la mano de estas investigaciones, el opúsculo de Yen Ren Chao sobre *La significación del lenguaje,* publicado en 1956 por el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos de nuestra Universidad Nacional, y compáreselo con el tratamiento tradicional que se concedía a estos problemas.

Por supuesto que, para ser completos, hay que sumergir el estudio lingüístico en el estudio general de las comunicaciones humanas, pues ya lanzados por este camino, unos conocimientos tienen que enlazarse con los otros, como cuando Sor Juana hallaba puentes o metáforas explicativas rumbo a las verdades

teológicas en sus meditaciones sobre la música. El estudio general de las comunicaciones humanas tentó alguna vez mi curiosidad, en cierto ensayo que puse bajo la evocación de Hermes, dios de los comercios o cambios en todos los sentidos del término. Allí me detuve un instante a considerar el "rayo adánico" de Lacordaire o comunicación mística anterior aún a la palabra, y también la mímica (y un poco la mímica animal cuando es expresiva, como la famosa danza de las abejas), pues el lenguaje parece una mera especialización hablada de la mímica, sin que esto signifique caer en las extremosidades de aquellos que todo querían sacarlo de la onomatopeya. Me detuve un poco, asimismo, en los ademanes, señas y señales de todo orden (¡hasta hay, pase el disparate, "lenguas silbadas"!), en los ideogramas y jeroglifos, las pasigrafías de que nos dan muestras los alfabetos de banderines y las marcas de las carreteras, y muchas cosas más que no es del caso exponer y ni siquiera enumerar. Para dar idea del tono adoptado en aquel viejo ensayo, copio aquí dos párrafos:

> Cuenta Herodoto que Darío, al cruzar el Íster (Danubio), dejó a su retaguardia jonia cuidando un puente, con orden de esperar su regreso cierto número de días, al cabo de los cuales podían darlo por perdido, cortar el puente y regresar a sus bases. A este fin, les entregó una correa con tantos nudos como días contaba el plazo de espera. Aquí el uso de los nudos era un signo aritmético inmediato, era la aplicación del mismo principio que Robinsón aplicaba en su isla, o el del preso que marca con rayas en el muro los días de su cautiverio. No así en los quipos peruanos, rama horizontal con lazos de distintos colores y anudados de diverso modo, en que los lazos representan una verdadera inscripción y se descifran como una clave. Primero se los empleó para contar, y luego se desarrollaron al punto de comunicar decretos enteros. Lo propio acontece con el *wampum,* sartas de conchas de los hurones o los iroqueses. La barra con muescas suele otras veces significar cómputos aritméticos, el monto de una deuda y la fecha de su cumplimiento; y partida longitudinalmente en dos, constituye un par de documentos, uno para el acreedor y otro para el deudor, que reunidos nuevamente en uno verifican, por coincidencia de ranuras, la autenticidad del convenio.
>
> El signo más elemental es el objeto que por sí mismo se aplica a la acción sugerida: un hacha, la guerra; una pipa cargada, la paz, la conversación amigable. Menos claro ya aquel mensaje

de los escitas a los persas: un ave, un ratón, una rana y cinco flechas; lo cual aparentemente significaba *(pues otros lo entendieron como un mensaje de sumisión):* "No intente combatirnos quien no sea capaz de remontarse como el pájaro, esconderse bajo tierra como el ratón o cruzar los pantanos como la rana, porque lo aniquilaremos con nuestras flechas". Cuando estos mensajes no consisten ya en el objeto, sino en la pintura del objeto, comienza el jeroglifo.

(Hermes o de la comunicación humana)

Podríamos añadir, a título de ornamento, el caso de los tejos marcados que usan los guerreros aqueos para sortear el honor de combatir con Héctor, y el mensaje mortal que llevaba consigo Beleforonte (algo así como: "Al recibo de la presente, darás muerte al portador") y que, por lo visto, él no era capaz de descifrar. Y, por cuanto a las relaciones entre la aritmética y los signos comunicativos, podríamos recordar a Descartes, quien presintió en la matemática una manera de pensar que nace del lenguaje, así como su lejano contrincante, Vico, desarrolló la doctrina de la fantasía en el lenguaje.

Si hoy volviéramos sobre aquellos temas, nos agradaría consagrar un capítulo a los recursos que se han inventado para escribir (o inscribir), conservar y transportar de un país a otro todo el movimiento de un *ballet,* recursos en que —si no me engaño, y aunque hay antecedentes que datan, con Beauchamps-Feuillet, de fines del siglo XVII— descuella hoy el sistema llamado *Labanotation* ("labanotación", por referencia a su inventor Rudolf Laban), lúcidamente expuesto hará un par de años por Ann Hutchinson, y que parte de algo como una estrella de los vientos, acompañada de signos convencionales y fáciles para fijar los pasos, saltos, quiebros de cintura y cabeza, avances y retrocesos, acciones de tronco y extremidades, enlaces entre los distintos personajes, y demás figuras de la danza; es decir, la coreografía como la define el Diccionario académico: "arte de representar en el papel un baile por medio de signos, como se representa un canto por medio de notas".

Además, si hoy volviéramos sobre aquellos temas, no habría más remedio que esforzarnos por explicar esa difícil teoría —ha venido a llamársela Teoría de la Información—, la cual se propone medir la cantidad de información contenida en un mensaje (por ejemplo, las señales telegráficas de cualquier

orden) y buscar los símbolos capaces de emitir y traducir los mensajes o señales del modo más económico posible —concepto de economía física, por supuesto— sin perder un adarme de la información transmitida; extremos que resultan análogos para la telefonía, la radiodifusión, la televisión, el radar y, en suma, para las mismas comunicaciones escritas u orales, puesto que, en el trato humano, todo parte del lenguaje y vuelve al lenguaje.

Si queremos una prueba sobre los peligros de un mensaje y cómo puede alterarse en la transmisión (lo que llegó a ser un "juego de trinchera", ya que no "de salón", durante la Guerra No. 1), lo encontraremos en las estrofas 46 a 63 del *Libro de Buen Amor,* donde el regocijado Arcipreste de Hita nos cuenta el diálogo a señas ("señas de letrado"), entre un rústico romano y un sabio griego, donde cada uno entendió otra cosa y, mientras el sabio quedó satisfecho de que el romano había admitido la teoría de la Trinidad, el "ribaldo" o rústico se alejó furioso y dándose por agraviado ante las que tuvo por amenazas de su interlocutor. El cuento recuerda la disputa de Panurgo y Taumasto en Rabelais; se lo descubre por primera vez en ciertas glosas jurídicas de los siglos XII o XIII; reaparece en el diálogo medieval de *Plácidas y Timeo;* en los argumentos de Forcadel, rival de Cujas (Tolosa, siglo XVI); y todavía lo emplea Nebrija, entre otros, siempre con intención satírica y para azotar a los ignorantes.

Finalmente, y al sumergir el estudio de la lengua, como hemos dicho, en el estudio general de las comunicaciones humanas, no conviene olvidar la modulación de la voz, que escapa a la mera estructura del lenguaje, y sobre lo cual ofrezco dos ejemplos que casi son dos chascarrillos:

1) Un padre lee, indignado, este telegrama de su hijo:

a) (Tono autoritario): ¡Estoy arruinado, mándame dinero!
Y comenta, lamentándose: ¡Hijo irrespetuoso! ¡Si al menos me hubiera telegrafiado así!:
b) (Tono implorante) ¡Estoy arruinado, mándame dinero!

2) En una comedia andaluza de los Álvarez Quintero, que cito de memoria, aunque aseguro que he respetado lo esencial:

—Y qué ¿ha llovido en el cortijo?
—Pues verá usted, señorito:

a) (Tono menor): Como llover, llover, lo que se llama llover, sí ha llovido.

b) (Tono mayor): Ahora que, como llover, llover, lo que se llama llover, no ha llovido.

Pero recobremos el hilo de nuestro asunto. La Teoría de la Información se apoya en el cálculo de probabilidades y en la estadística matemática, y aunque ha partido de un principio práctico en apariencia (ingeniería de las transmisiones), trasciende a la ciencia pura, por donde se desborda al fin sobre las ciencias humanas, interesa al criterio histórico de la prueba o testimonio, a la teoría del conocimiento, y toca el lindero de la filosofía, donde será cuerdo que se detenga. Jurgen Ruesch y Weldon Kees, por su parte, rondando los límites de esta teoría, acaban de consagrar un sugestivo ensayo a la "comunicación no verbal, o notas sobre la percepción visual de las relaciones humanas". Piden allí auxilio a las conclusiones de la lingüística, la antropología, la sociología, la psiquiatría, el psicoanálisis, la semántica, la matemática, la cibernética o "gubernática" de las máquinas, y la neurofisiología. ¡Ay, que ante este alud de consideraciones científicas la vieja lingüística romántica parece la imagen de la penuria, aunque también de la heroicidad! ¡Ay, que la lingüística va dando la espalda a los escritores y pronto se refugiará en los laboratorios atómicos! *(Cum grano salis).*

Por supuesto que estas sublimidades lingüísticas andan ya muy lejos del trato concreto de la lengua que a los escritores incumbe. Pero, aun sin salir de nuestro ámbito, da grima pensar que todavía corren por ahí manuales de gramática en que se habla de la "analogía", palabra y concepto pitagóricos, heredados de los remotísimos siglos en que aún se pensaba que existe una armonía secreta y necesaria entre el objeto y la palabra con que se lo nombra. De lo que ya hacía donaire Proclo, observando que, si existiera tal relación mística, Aristocles no hubiera podido llamarse Platón, ni Tirtamo hubiera podido llamarse Teofrasto. Como si dijéramos, que don José Martínez Ruiz no hubiera podido firmarse "Azorín", cuando se le antojó hacerlo, sin incurrir en alguna violación de carácter sacro. Y adviértase que estas vejeces se conservan aún por los días en que ya la gramática ha alcanzado, con la escuela danesa, ese desarrollo que le permite mudarse del orden normativo al orden llamado "estructural".

No quiere esto decir en manera alguna que la ley lingüística sea la arbitrariedad, lo que supondría una palmaria contradicción con lo que antes expusimos. Ya se entiende que la censura contra la tesis de los analogistas sólo se refiere a la doctrina sobre el origen o creación del lenguaje, no al lenguaje ya creado. Pues aquí hay, desde luego, aunque no una relación mística, sí algo como un convenio respecto a lo pactado o establecido, sea consciente o inconscientemente y las más veces por difuso arrastre secular. Si en el instante teórico de la creación verbal (su símbolo puede ser el instante en que Adán dio nombre a los animales) fue dable llamar "vino" al pan o viceversa, después del bautismo ya no queda más que llamar al pan "pan", y al vino, "vino", para dar un nuevo sesgo a la frase hecha.

Por supuesto también que, si en los usos prácticos del lenguaje hay cierta indiferencia, que en algo recuerda la indiferencia anterior al bautismo, el rigor va aumentando —aunque no sea ya la armonía mística que soñaban los analogistas— según nos acercamos a los usos que llamaremos teóricos: la filosofía, las ciencias, las letras, la poesía. En efecto, en los usos filosóficos y científicos del lenguaje, habrá que ceñirse al concepto de la adecuación, propiedad, exactitud (que va desde la palabra precisa, pasando por el tecnicismo estereotipado, hasta la fórmula matemática); y en los usos del lenguaje artístico —letras, poesía— habrá que apegarse a la intención expresiva, prefiriendo éste o el otro término por múltiples razones de corrección léxica y gramatical, así como de valor estético (fundamento de la "estilística"); y en los usos teórico-prácticos, que por una parte atienden al encanto del habla y, por otra, a su eficacia persuasiva (en suma, la retórica o arte oratorio como lo define la antigüedad clásica), aún habrá que tomar en cuenta asimismo la oportunidad y la conveniencia social. Todo ello significa una fuerza atractiva mayor o menor entre el objeto y su nombre, fuerza que podrá mudar de un caso a otro, según las mil circunstancias que lo envuelven y le dan su carácter, pero no por eso deja de existir. Y en este sentido elástico y sometido a las distintas utilidades del momento y a ese *sí sé qué* llamado el gusto, es admisible todavía aquella vieja lección sobre las palabras *nobles* e *innobles,* expuesta, después de otros, por Casio Longino, secretario de la reina Zenobia de Palmira en el siglo III de nuestra era, o quien haya sido el autor del precioso tratadito *De la sublimidad.* ¿Queremos, de paso, algún

ejemplo sobre la variabilidad en el grado de nobleza de las palabras? Pues veamos cómo el popularísimo nombre de "Juana" queda dignificado por el solo hecho de haberlo incrustado en sus sonetos el licenciado Tomé de Burguillos, o cómo el vulgarísimo de "Francisca Sánchez" queda como trocado en oro por haberlo acomodado Rubén Darío en un gracioso endecasílabo.

Pero, se preguntará el paciente auditorio, ¿corresponde todo esto al programa de la Academia? ¡Oh no! Aquí nadie prescribe sus obligaciones a nadie, ni estamos formulando programas, y ya los señores académicos honran sobradamente a nuestro país y a nuestra habla entregándose a las inspiraciones de su propia minerva. Yo sólo he querido desahogar ciertas inquietudes que han provocado en mí algunas lecturas recientes, aprovechando para ello la ocasión que me proporcionaba este acto, y así, con toda intención y muy de caso pensado, borrar un poco mi persona entre consideraciones abstractas, ya que, por desgracia, el carácter mismo de esta sesión la exhibía demasiadamente.

Señores académicos: muchas gracias. Muchas gracias, señoras y señores.

EVOCACIÓN DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

Por *Guillermo DIAZ DOIN*

HACE algo más de un cuarto de siglo, el 9 de diciembre de 1931, fue promulgada la Constitución de la Segunda República Española. Las Cortes constituyentes, después de una labor agotadora e ininterrumpida, sancionaron el Código político del nuevo régimen.

Ahora, a veinticinco años de distancia, evocamos aquel acontecimiento, exentos de pasión, con espíritu sereno, y la perspectiva histórica con que lo contemplamos nos permite llegar a la conclusión de que la proclamación de la República fue el desenlace lógico de un proceso determinado por las torpezas, culpas e injusticias cometidas por Alfonso XIII. Los españoles, en aquella coyuntura, no teníamos otra alternativa, y esa fue la razón de que nos pronunciásemos en favor de un régimen de derecho, en que el titular del poder no podía ser otro que el pueblo. No nos quedaba, ni nos queda, otra solución, pues la experiencia falangista confirma la necesidad de superar todo sistema político basado en el personalismo y la arbitrariedad. Debemos luchar sin pausa y con denuedo, dentro y fuera de la patria sojuzgada, por el restablecimiento de las instituciones democráticas destruidas por Franco con la ayuda de fuerzas mercenarias, la colaboración de las potencias fascistas y la pasividad incomprensible de las democracias occidentales.

A fin de refrescar la memoria de los olvidadizos, a la par que deducir las consiguientes enseñanzas de aquella experiencia, vamos a recordar la forma en que se proclamó la Segunda República, examinando, al propio tiempo, cuáles fueron las causas que determinaron el cambio de régimen.

El caso de la revolución española del 14 de abril de 1931 es, sin duda, algo más singular. El acontecimiento se produjo en una forma sorprendente. Constituye uno de los hechos más extraordinarios en la vida política de los pueblos. España

dio ejemplo de civilidad al mundo, realizando una gran revolución por medios pacíficos. El cambio de régimen, la mudanza radical de las instituciones, la ruptura de la continuidad del ordenamiento jurídico-político, se cumplió por la voluntad mayoritaria de la nación, expresada libremente. Se llevó a cabo en una forma incruenta, sin el menor derramamiento de sangre. Sin el menor esfuerzo, como un hecho natural, se pasó de la monarquía a la república, produciéndose, sin violencia, lo que Mirabeau denominaba con una expresión muy suya, la "subitaneidad del tránsito". Los que tuvimos la suerte de ser testigos del acontecimiento, todavía estamos asombrados de que, de un modo tan suave y pacífico, sin brusquedades, un régimen secular cediese tan fácilmente el paso al nuevo. Fueron unos momentos inolvidables que no se borrarán nunca de la imaginación de cuantos los presenciamos. Fue el despertar de un pueblo a una nueva vida política. Floración de esperanzas contenidas en los pechos, después de un período de ridícula y denigrante dictadura. El azul del cielo de Madrid era más intenso que nunca. Por las calles próximas a la Puerta del Sol, verdaderos ríos humanos, afluían al ombligo político de España, el ministerio de la Gobernación. La transmisión de poderes de la monarquía caduca y desacreditada al naciente régimen, se hizo con una normalidad que a algunas gentes les parecía imposible. Todo el mundo estaba asombrado de tanto sentido político.

Pero, si queremos explicarnos el porqué de ese acontecimiento, y lógicamente no consideramos que el mismo se produjo por generación espontánea sino como el resultado y culminación de un proceso que se había iniciado algunos años antes, será necesario que nos remontemos a una fecha concreta: el 13 de septiembre de 1923. Ese día tuvo lugar la quiebra del régimen constitucional español, que databa del siglo anterior, más exactamente del año 1876. Alfonso XIII, para superar todo un cúmulo de dificultades y problemas que tenía planteados como consecuencia de su ingerencia *personal* en el gobierno, recurrió a un medio drástico, el de implantar la dictadura, a fin de imposibilitar la exigencia de responsabilidades, que se le venía encima como consecuencia del desastre de Anual en 1921. En la fecha más arriba indicada, 1923, el general Primo de Rivera, Capitán General de Cataluña a la sazón, fue el protagonista aparente de uno de los clásicos pronunciamientos que salpican la historia de España del siglo XIX. Digo apa-

rente, porque en realidad fue el monarca el inspirador del golpe de Estado, y el general no fue otra cosa que una marioneta manejada por el primero.

Ciertamente, Alfonso XIII, por ese acto, volvía al régimen absolutista, y, al decretar la disolución de los cuerpos colegisladores, prescindió por completo del sistema constitucional, o de pacto entre el rey y el pueblo, resultante del proceso desarrollado durante el siglo decimonono, en el que uno y otro se habían disputado recíprocamente el predominio. La experiencia de la dictadura primorriverista duró más de seis años y se caracterizó por lo ridícula y lo grotesca, al propio tiempo que por el afán de organizar un sistema político basado en el partido único, que se denominó "Unión Patriótica" y se inspiraba en el modelo mussoliniano. Finalmente, el rey, en enero de 1930, cansado de aquella postura política, decidió desplazar a Primo de Rivera del gobierno y entregar el poder al general Berenguer, hasta ese momento jefe de su Casa Militar. Con ese viraje, Alfonso XIII se proponía volver al régimen constitucional violado el 13 de septiembre de 1923, pero su intento no tuvo éxito, y, después de un período en el que la mayoría de los políticos no se prestaron a secundar los planes del monarca arrepentido, se desembocó en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931.

En aquel lapso que va del 28 de enero de 1930, fecha en que fue eliminado del poder Primo de Rivera, al 13 de abril del siguiente año, distintas personalidades de la mayoría de los partidos políticos del antiguo régimen se negaron a prestar su concurso al rey para normalizar la vida constitucional del país. Sánchez Guerra, monárquico, pero de convicciones democráticas, pronunció entonces su famoso discurso del teatro de la Zarzuela, en el que, después de parodiar la conocida frase del duque de Gandia, con motivo de su conversión, "no serviré más a señor que se me pueda morir", propugnó la convocatoria de unas elecciones constituyentes. Alcalá Zamora, por su parte, en un acto público celebrado en Valencia, rompió con el rey y se declaró abiertamente republicano. A su vez, don Ángel Ossorio, firme todavía en sus convicciones monárquicas, aconsejó, para salvar la institución, la abdicación de Alfonso XIII. Finalmente, fueron los llamados constitucionalistas, entre los que figuraban hombres de tan notoria significación como Santiago Alba y Melquiades Álvarez, los que opi-

naron que la única fórmula conveniente era la reunión de unas Cortes Constituyentes para que, a través de ellas, el pueblo, en última instancia, decidiese acerca del signo político del régimen. Tan sólo una minoría de monárquicos tradicionales siguió adicta a Alfonso, y se mostró dispuesta a secundar sus planes, acompañándole en los estertores de su reinado.

El último intento de salvar la monarquía, cuyos fundamentos jurídico-políticos había destruido el propio rey con su golpe de Estado, fue realizado de acuerdo con una fórmula sugerida por el maquiavélico conde de Romanones, quien, tratando de eludir el problema político de fondo planteado a la sazón en España y que consistía en establecer las responsabilidades de Alfonso XIII por su actuación personal, al margen de la Constitución, aconsejó, y así se hizo, la conveniencia de celebrar unas elecciones municipales, en las que, dada su naturaleza puramente administrativa, se podría tantear el estado de la opinión pública, sin abordar directamente la gran cuestión de la forma de gobierno y de la conducta del rey. Pero, sin embargo, las izquierdas españolas aprovecharon la coyuntura y, a pesar de la intención y del propósito de Romanones, plantearon el problema político esquivado, y los sufragios depositados en las urnas tuvieron indudablemente el carácter de un plebiscito. En aquellas elecciones, el país, en forma expresa y unánime, condenó categóricamente la conducta dictatorial del rey, dando la victoria a los candidatos presentados por la República. Se podría decir que los sufragios expresaron la indignación nacional frente a la política anticonstitucional y eminentemente personal desarrollada por Alfonso XIII a partir del año 1923. Era, nada menos, que la manifestación de *la voluntad de orden* del pueblo, en contraposición al comportamiento subversivo del monarca. Fue una revolución pacífica para restablecer el predominio de la ley frente a la arbitrariedad. Por los hechos referidos, pudo producirse el milagro de que, como dijo el jefe del gobierno en aquellos momentos históricos, el almirante Aznar, "España se hubiese acostado monárquica y al día siguiente se hubiese levantado republicana".

Cuarenta y ocho horas después de las elecciones, el 14 de abril, ante el ímpetu de los votos republicanos, la ciudadela regia no tuvo más remedio que rendirse. Tras laboriosas negociaciones y de una entrevista memorable, celebrada en casa del doctor Marañón, entre el conde de Romanones y don Niceto

Alcalá Zamora, se convino el traspaso de poderes y se le dio al rey un plazo, que expiraba a la puesta del sol de aquel mismo día, para abandonar Madrid camino del exilio. Así ocurrió, y aquella tarde el último de los Borbones emprendió su viaje rumbo a Cartagena, donde, al amanecer, se embarcó en una nave de guerra, que zarpó inmediatamente en dirección a Marsella.

El gobierno provisional de la República asumió el poder aquella luminosa tarde de abril, en el ministerio de la Gobernación. Los nuevos gobernantes llegaban a los puestos de mando como resultado de unas elecciones municipales, limpiamente celebradas y en las que el pueblo emitió su sufragio sin la menor coacción. Con unas simples papeletas, se había derribado el trono secular restaurado en Sagunto por la espada del general Martínez Campos. Una dinastía que reinaba en España desde el comienzo del siglo XVIII, y que había atravesado y superado muchas vicisitudes, caía como un castillo de naipes, al soplo demoledor de unos votos libremente emitidos. ¿Cabe ejemplo más edificante de lo que puede la voluntad popular en determinados momentos de la historia? Nada menos que toda una revolución acababa de hacerse *pacíficamente, sin insurrección y sin hecho violento y de fuerza.*

El gobierno republicano comenzó a actuar inmediatamente como régimen provisional, asumiendo las funciones soberanas, que indudablemente emanaban de su condición revolucionaria. Obró quizás con un exceso de juricidad, lo que a la postre resultó perjudicial para la vida y consolidación del nuevo orden político. Tal vez pareció olvidarse en algunos instantes que el cambio político operado significaba la ruptura total de la continuidad con las instituciones y las leyes monárquicas. Tanta juricidad sólo sirvió para coartar las facultades revolucionarias, y por ende constituyentes, del gobierno provisional, con el lastre de las disposiciones del régimen que acababa de derribarse. El gobierno se dio un estatuto jurídico, en virtud del cual establecía los derechos y las garantías de los ciudadanos así como, al propio tiempo, delimitaba la órbita de sus plenos poderes durante el lapso del proceso constituyente. Era una especie de autolimitación de sus, por otra parte, omnímodas facultades revolucionarias, y que ejercía con todo título, con carácter transitorio, por representar en aquel momento el poder supremo, hasta que la nación, mediante el sufragio, expresase su voluntad soberana y originaria de todo ordenamiento jurídico-

político. Naturalmente, sin pérdida de tiempo, al cabo de pocas semanas, considerado abierto el proceso constituyente, se convocaron unas Cortes para que redactasen una constitución que plasmase la voluntad del pueblo español. Exactamente, tres meses después de labrada su sesión inaugural, y Alcalá Zamora, presidente del gobierno provisional, pronunciaba un elocuente discurso, en el que, entre otras cosas, manifestó que el cambio de las instituciones se había producido "sin derramamiento de sangre y con toda honestidad".

Inmediatamente el Parlamento Constituyente se abocó a la tarea de elaborar la Carta Orgánica. Se nombró la correspondiente comisión de constitución, integrada por diputados de los distintos partidos políticos de la Cámara, y que presidió el eminente penalista. Luis Jiménez de Asúa. Después de un laborioso trabajo, las Cortes, en menos de cinco meses, redactaron, aprobaron y promulgaron la Constitución del 9 de diciembre de 1931, que representa, en muchos aspectos, un modelo ejemplar, por sus previsiones en materia de derechos y garantías individuales y en el orden social y económico, como asimismo por la organización y funcionamiento de los diferentes poderes.

¿Qué conclusiones sacamos ahora, después del cuarto de siglo transcurrido, de aquella experiencia constituyente? Serían muchas, desde luego, y su simple comentario requeriría más de un artículo, lo cual desbordaría el marco que nos hemos trazado. Pero, no obstante, aunque en forma esquemática, consignaremos algunas. En primer término, uno de los errores en que se incurrió, fue la premura y la urgencia. El proceso constituyente se desarrolló a un *tempo* rapidísimo. En sólo veinte días se elaboró el proyecto parlamentario. ¿Puede, ciertamente, en tan breve lapso, prepararse serenamente un proyecto de Constitución, que, según frase acertada de Jiménez de Asúa, es "la vestidura político-jurídica de un pueblo, es la garantía de las conquistas logradas y es una traba contra la arbitrariedad de los gobernantes?" Indudablemente no. Luego se sufren las consecuencias de tales premuras. Verbigracia, el exceso de parlamentarismo y la debilidad del poder ejecutivo. Con más tranquilidad y menos prisa, se hubieran superado estas cosas, que cito sólo a título de ejemplo. Debe, pues, tomarse nota que el proceso constituyente, tanto en su fase previa y preparatoria como en su etapa convencional, tiene que ser sereno, reflexivo,

sin apremios y desarrollarse de acuerdo con el refrán de "vísteme despacio que voy de prisa".

Otra de las experiencias obtenidas, es la de que el gobierno, durante el lapso que medió entre el instante en que asumió el poder y la entrada en vigencia de la Constitución, obró con excesivos escrúpulos, preocupado en todo momento por *el afán de juricidad.* Esto trabó, en cierto modo, la revolución. Se olvidó que, en muchos aspectos, aquélla debió ser hecha por el gobierno, mediante decretos-leyes. Luego la Constitución hubiese traducido dichas reformas, incorporándolas, en letra y espíritu, a su texto. Ello hubiera requerido que el período anterior a la discusión parlamentaria hubiese sido mayor, para dar lugar al gobierno provisional a que fuese convirtiendo en realidad, ejecutivamente, los postulados revolucionarios.

Las experiencias apuntadas y otras que podrían agregarse, pero cuya consideración alargaría demasiado este artículo, deberán ser tenidas en cuenta, cuando llegue el momento, por los hombres que acometan la tarea de restablecer las instituciones republicanas. Constituyen reparos interesantes y fundados, pero que, sin embargo, no afectan en absoluto a la grandeza del experimento realizado en España hace un cuarto de siglo para establecer y consolidar un régimen basado en la democracia, la libertad y la justicia. ¡Que los hombres que en un futuro próximo hayan de regir los destinos de la Tercera República no olviden esas experiencias y, puedan, gracias a ellas, implantar definitivamente en nuestro país un sistema político y económico acorde con los tiempos que vivimos!

INSURGENCIA DE LA NUEVA AMÉRICA

Por *Fernando* *DIEZ DE MEDINA*

A propósito de un artículo del senador brasileño Assis Chateaubriand, publicado en el primer número de la edición internacional de *O'Cruzeiro.*

"LA América Latina y el Principio de la Cooperación" —sostiene el senador Assis Chateaubriand, en un brillante artículo que leímos con vivo interés porque atañe al destino general del continente.

El vibrante llamado del publicista brasileño reposa en dos ideas angulares: aproximación política de nuestros pueblos, y apertura de los mercados nacionales al capital europeo y norteamericano, única fuerza —a juicio suyo— capaz de compensar nuestra inmadurez social y nuestra adversa geografía. Ideas muy respetables, ciertamente, pero también muy discutibles según el ángulo de enfoque. No es lo mismo hablar de acercamiento desde Río de Janeiro que desde La Paz; ni soportar la presión capitalista de inversiones cuando en algunos casos se trata de economías orgánicas, y en otros de economías subdesarrolladas o en formación.

Es que América, la nuestra, la del Centro, la del Sur, es un mosaico de pueblos, de costumbres, de diversidades económicas, que no es dable medir con una sola vara.

Las dos ideas fundamentales del senador Chateaubriand, van seguidas por dos negaciones inadmisibles para quienes conocen la realidad viva de América: el repudio de la posición nacionalista, y el "mito del aborigen", afirmaciones extremas en labios de un conductor de opinión continental.

Vamos por partes.

¿Qué entendemos por aproximación, cómo deben cooperar las naciones americanas?

Lo primero que exigen nuestros pueblos, lo primordial

para nuestra conciencia de hombres libres es la igualdad de trato. Porque no basta el principio jurídico de que los Estados son iguales entre sí; hay que cristalizar esa conquista democrática con los hechos. Prescindamos, por ahora, dado lo escabroso del asunto, de la sutil hegemonía política, de las presiones económicas que ejercen los grandes contra los chicos. Mal inevitable —mal necesario diría el senador Chateaubriand —que nadie puede contener, porque pertenece a la biología convivencial de las naciones. Pero aun soslayando el fondo del asunto, surge la pregunta: ¿aproximación o sometimiento?

En las conferencias continentales —políticas, económicas o culturales— se advierte nítidamente tres frentes: el que forman los EE.UU., Brasil y Argentina, casi siempre unidos por su posición de líderes con mayor potencial financiero; el de las naciones de fuerza media —por ejemplo Venezuela, Colombia, Chile, Perú, Uruguay—; y el núcleo de los pueblos menores, como Bolivia, Ecuador, Paraguay, naciones centroamericanas, etc. México, el cuarto de los cuatro grandes del continente, a nuestro juicio el más americano de los pueblos de América, porque en su suelo la libertad es un dogma y la conciencia de lo fidedigno resiste victoriosamente el doble asalto de Europa y Norteamérica, juega un papel especial: es el abanderado de la Nueva América, la que anhelamos construir desde la propia interioridad, sin desprecio por la marejada inversionista ni por las técnicas de Occidente, mas con primacía de las necesidades vitales de nuestros pueblos, que no quieren ser ya caricaturas tropicales de civilizaciones vetustas, sino creadores de cultura con predominio de sus formas seculares de pensamiento y de acción.

Aproximarse, bien. Pero en igualdad de trato, en equidad de relación. La "rebelión de los pueblos débiles" de que hablara un ensayista colombiano, es hoy un hecho indiscutible. No queremos capitanías oficiosas. En el plano internacional, quien aspire a comandar, debe hacerlo en función auténtica de conductor: respondiendo por ese mando, sintiéndose servidor antes que piloto de una vida en común.

Si avanzamos a la meta de los Estados Unidos del Centro y los Estados Unidos del Sur, que sea por el camino de lo veraz y de lo justo.

La era de los continentes que avizora Chateaubriand, exi-

ge, previamente, un sistema ético, una moral internacional que sirva de soporte a la gran edificación material que se avecina.

Entre pueblos como entre hombres, respetos guardan respetos. Esa "tolerancia recíproca" que se preconiza como el mejor instrumento de coexistencia entre naciones, exige que hablemos y obremos verdaderamente entre iguales. Avasallamiento, no. Entendimiento leal, sí.

En cierto sentido, la geografía conforma la política. Hay una América atlántica y otra América pacífica. ¿Pero se ha dado su valor adecuado a la América de las tierras interiores? Allí no están los grandes estuarios, las urbes populosas, las economías industriales que abren las compuertas de la civilización; sin embargo allí subyacen las incalculables energías de un futuro próximo. Tuvo razón Sarmiento —viejo profeta— cuando opuso la provincia a la ciudad. Esta era de masas, de campesinos despertares, ha de llevar la fuerza pánica a las urbes. El hombre telúrico tendrá nuevo sitio junto al hombre intelectualizado. Y sólo de estas migraciones silenciosas, de estos vastos desplazamientos multitudinarios, de este doble juego demográfico de la periferia al centro y de las tierras interiores al límite distante, surgirá en plenitud la América futura, la que está ya en principio de insurgencia: ansiosa de libertad política, de independencia económica, de soberanía de la persona con todos sus atributos de vida y pensamiento.

¿Aproximar gobiernos, acercar capitales, intercambiar economías? No basta. Es más urgente que los pueblos se conozcan entre sí. Por ejemplo: que jóvenes brasileros vengan a padecer con nosotros absorbiendo las dificultades de nuestra reforma agraria, para comprender y transmitir la dura y valerosa enseñanza de este movimiento de liberación campesina que trasciende al continente. Por ejemplo, también: que jóvenes bolivianos vayan al Brasil y se saturen de ese espíritu territorial que levanta ciudades en la selva.

Las políticas nacionales no se hacen —no se deben hacer— hoy desde los gabinetes. Otean, extraen sus líneas conductoras del mundo vivo de su totalidad física y espiritual. No hay revisión política valedera, donde no hay revisión sociológica. Es el hombre de América el que dictará sus propias formas políticas y sociales.

Ciertamente: el aislamiento en el mundo actual es suicida. En esto Chateaubriand tiene razón. Pero aproximarse sin per-

derse. Esto es lo que pide la Nueva América, patria natural de libertad y personalidad.

Tocante a la tarea fertilizante de los Puntos IV privados y de las estructuras financieras internacionales que apunta el senador brasileño, sería materia de otro artículo. Baste una observación: muchos nacionalistas de la América del Sur aceptamos y agradecemos la cooperación económica, cuando ella viene en términos justos. Lucro, amistad, equidad no se excluyen. Se trata sólo de encontrar el punto medio entre economía y política, para no convertir a naciones débiles en semifeudos coloniales. Desarrollo orgánico del potencial económico con ayuda extranjera, sí. Enajenación de soberanía y explotación incondicionada de materias primas, no.

Esto no supone jacobinismo. Es más bien razón de vida, americanismo práctico. O en otros términos: libertad con dignidad. Cooperación económica sin absorción.

Pasemos a las negaciones.

¿Por qué hablar de un "raquitismo nacionalista" si el pluralismo político y la diversidad de evolución social, no admiten similitudes de juicio en materia de doctrina?

Cabe aquí el distingo: no es lo mismo el "nacionalismo" europeo que el "nacionalismo sudamericano", ni como filosofía política, ni como sistema de vida. Allí la actitud imperialista, agresiva, totalitaria, negadora de la dignidad humana; aquí la filiación cristiana y democrática, que defiende los valores materiales y espirituales sin desmedro del individuo ni exclusión de lo extranjero.

Verdad que algunas veces la posición nacionalista desemboca en la deformación dictatorial, enfermedad típica de pueblos jóvenes y viejos, mas ello no justifica la crítica radical y general. El paralelo entre "nacionalismo y comunismo" a que alude el senador brasileño, está fuera de lugar respecto al marco sudamericano. Al contrario: la prédica nacionalista conduce, precisamente, a la democracia de hecho. No juzguemos el mal circunstancial, los abusos de poder que acarrearon la Revolución Mexicana, el "Novo Orden" en el Brasil, o el "Justicialismo" en la Argentina. Males fueron y sería inútil defenderlos. Pero nadie podrá negar que sin Villas y Zapatas, sin Vargas y Perón, América no viviría el siglo XX sino el XIX.

El enfoque es, pues, al revés: aun con sus errores, el nacionalismo, válvula de escape a la explotación colonial de

adentro y de afuera, ha servido para evitar que estas comunidades nacientes deriven hacia la oclocracia comunista.

Análogamente, el socialismo centro o sudamericano, no es lo mismo que el socialismo científico, dogmático y cerrado, clasista de los occidentales. Descontados yerros y defectos, gobiernos tuvo nuestra América, de tendencia social, francamente constructivos. Por ejemplo Cárdenas en México, o Paz Estenssoro y Siles Zuazo en Bolivia. Toda la masa nacional los sigue y los respalda, no por consigna o por presión, sino por instinto de vida, por decisión conciencial, ligado el interés de las mayorías a la intuición de sus conductores.

Chateaubriand teoriza desde un gabinete, sin advertir que la política es hoy problema de muchedumbres, necesidad vital, distinta para cada pueblo y circunstancia de su acontecer histórico.

Que la democracia es el gran ideal común de América, aceptado. Esto no impide que cada grupo nacional escoja su propia y transitoria modalidad política. La idea nacional —en el siglo XX y en nuestra América— no es "hermética" ni puede serlo. Es de orden abierto, una etapa para avanzar a una organización mejor. Y mientras existan mayorías analfabetas, privadas de acceso a los elementales medios de vida de la civilización, seguirá siendo anhelo y cifra, el instrumento de realización más positivo de los pueblos en crisis de crecimiento.

Queremos libertad política, interdependencia económica con dignidad, equilibrio social. Cierto que las "instituciones libres" tonifican a los pueblos. ¿Pero de qué libertad, de qué institucionalismo normativo hablaremos a las muchedumbres, si la madurez de las sociedades sólo se alcanza cuando política y economía superan el liberalismo desaprensivo y la hipertrofia plutocrática?

Recordemos la aguda profecía de Toynbee: "llegará tiempo en que existan estados nacionalistas y socialistas al mismo tiempo". La mejor distribución de la riqueza, la aproximación de las clases por un "status" económico, la idea nacional como método de acción frente a los colonialismos comerciales, es casi un derecho a la vida que ninguna teoría doctrinal puede negar a nuestros pueblos en formación.

Aquello del "mito del aborigen" suena a ligereza si no fuera desafío. Debemos recogerlo.

América —la del Centro, la del Sur— fluye de tres venas.

La hispano-lusitana-europea; la indígena; la mestiza resultante del choque de las dos primeras. Todo ello soporta, hoy, la presión económica, técnica y cultural de la civilización norteamericana. El hombre del continente no se explica sin los tres ingredientes: occidental, autóctono, criollo o mestizo.

Es posible que Brasil, país excesivamente grande, aún muy joven, ignore todavía su ancestral genealogía. Pero naciones tiene la América insurgente —México, Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Honduras— que con todo su ímpetu de progreso jamás podrían renegar del abolengo nativo. No es que postulemos una América india, la regresión a un pasado abolido. Absurdo. Tampoco el mestizaje encontrado. Menos, aún, el trasplante aluvional. Ni sólo Europa, ni sólo el mestizo, ni el indio sólo. Más bien un fermento compuesto, una hoja tridentada. La unidad de tres que hacen uno. De uno que sólo se explica por tres.

Juárez, el mexicano; Sarmiento, el argentino; Darío, el nicaragüense; ¿habrían sido posibles sin la genialidad aborigen latiendo por sus venas?

Libertad, cultura, en cierto modo vinieron de fuera. Suelo, raza, tradición, formas arquetípicas de vida prosperan desde adentro. Y no se insista demasiado en el molde cosmopolita, que del mucho imitar derivan hibridismo y decadencia.

No todo ha de ser rascacielos, puentes, fábricas, usinas de energía, literatura comercial. El hombre inédito de América —que todavía no le conocemos ni entendemos bien— es el misterio mayor de la grandiosa integración futura. Debemos romper el sello milenario y abrirnos para el mundo, como apunta Antenor Orrego, pero el esclarecimiento definitorio no será sólo empresa de investigación y ciencia; hará falta también una información precisa, el conocimiento de nuestra plural diversidad, una cierta sensibilidad de juicio y sentimiento que brote del drama lancinante de nuestras sociedades en retraso.

Río de Janeiro, San Pablo, Buenos Aires por bellas y vastas que sean, no alcanzan a integrar la autenticidad de América. Hay mucho atrás, más profundo, desconocido casi, que escapa a la visión rápida y superficial de los "magazines".

Esto es lo que debe hacer meditar al senador Chateaubriand. Y si *O'Cruzeiro* quiere ser "un desafío al desierto" que separa a los pueblos de América, debe comenzar por re-

correr sus arenas paso a paso, con abnegación y sacrificio, con "amore", con pasión de comprender.

Porque no hay forma más elevada de conocimiento que el don de amar, de acercarse con humildad a lo que se quiere conocer.

Porque el único denominador común y posible para estos pueblos que viven en soledad y recíproca ignorancia, es la amistad desinteresada.

No con frases bellas, mas con hechos nobles se ha de construir la Nueva América.

Y la mayor nobleza será abolir mayorazgos y primogenituras en la sociedad continental. Fraternos entre iguales. Nada más que la verdad. Nada menos que toda la verdad. Sólo así seremos dignos del futuro grandioso que soñó Bolívar, nuestro Padre.

Aventura del Pensamiento

RUSIA AL MARGEN DE OCCIDENTE *

Por *Leopoldo ZEA*

19. *Pueblos baluarte del Mundo Occidental*

FUERA de la historia, al margen de la Cultura Occidental y lo que la misma significa en la modernidad, van a quedar pueblos que se consideran a sí mismos como occidentales, aunque sean rechazados en sus pretensiones. Son estos pueblos los que tienen un interés especial para nuestro estudio, por la semejanza de su situación con la América en su relación con el Mundo Occidental. Se trata de pueblos fronterizos, situados en los márgenes del llamado Occidente. Pueblos, sin embargo, que se sienten parte de este mundo, sus avanzadas en el mundo no occidental y sus baluartes en los ataques de este mundo contra el Occidente.

Pueblos fronterizos en los que se confunden y mezclan hábitos y costumbres occidentales con hábitos y costumbres no occidentales. Pueblos que jugaron un gran papel en la defensa de la Cristiandad cuando la misma se vio amenazada por otros pueblos de cultura distinta. Pueblos que se consideraban y se consideran como parte integrante de la historia de Occidente, de la Historia. Una Historia en la que les había tocado el papel de baluartes defensivos frente a los múltiples ataques que en el pasado habían lanzado contra el Occidente Cristiano pueblos no occidentales. Pueblos baluarte que habían logrado, con su sacrificio, mantener las fronteras de Occidente; esas fronteras a partir de las cuales el Occidente se había lanzado a la conquista del Mundo. Pueblos que a fuerza de estar en contacto con pueblos no occidentales, ese contacto directo que no alcanzaba al resto de los pueblos occidentales, habían adquirido —se habían contaminado, pensarán los occidentales— muchos de los hábitos, costumbres y modos de ser de esos pueblos. Hábitos y costumbres que les capacitaban para triunfar en su

---

* Capítulo del libro: *América en la historia,* de próxima publicación.

difícil lucha u obligada convivencia con los pueblos que golpeaban las fronteras del Occidente.

Rusia, en el oriente del Mundo Occidental y España en el extremo sur del mismo Mundo son los pueblos que en el pasado sirvieron de frontera y defensa de Occidente. Tanto el uno, como el otro, frenaron en diversas ocasiones los ataques que contra el Occidente lanzaron pueblos de origen oriental. En sus tierras se libraron batallas que fueron decisivas para la Cristiandad y, por lo mismo para el futuro del Mundo Occidental. Mogoles, tártaros, turcos, árabes y moros fueron frenados y expulsados de las fronteras de Occidente gracias a la tenacidad de los pueblos que defendían estas fronteras en Rusia y en España. Pueblos que, pese a su gran diversidad de los pueblos del occidente de Europa se sentían parte de esa Europa, parte de ese mundo cristiano-occidental. Pueblos que al defender con tanto ahinco el mundo cristiano de que se sentían parte representaron en el mismo la Ortodoxia. La Ortodoxia frente a Roma y la Ortodoxia frente al Protestantismo. La Ortodoxia rusa y la Ortodoxia española son expresiones de la preocupación de estos pueblos por formar parte de la Historia de Europa, la Historia de Occidente, como defensores y abanderados de su cultura, defendiendo expresiones de ésta, no sólo frente al exterior, sino también frente al interior, frente a la heterodoxia europea. Y ésta ha sido también su desgracia; la razón de su anacronismo en esa historia que marcha de heterodoxia en heterodoxia.

Rusia, por su ortodoxia bizantina, como España por su catolicismo, quedaron fuera de la marcha de la Historia de Occidente cuando éste inició su nueva marcha negando su pasado cristiano como una experiencia que, por haberlo sido, no tenía necesidad de repetir. En esta etapa Rusia se vio obligada a reajustarse a la nueva marcha, a occidentalizarse, abandonando un pasado que ya nada decía al Occidental. En cuanto a España, ésta se empeñó en mantener la permanencia de un mundo que el Occidente ya había asimilado y, al empeñarse en esto, quedó, anacrónicamente fuera de una historia en la cual había querido formar parte principal como paladín de un mundo que habiendo sido europeo ya no era sino parte del pasado de Occidente.

Por su lado, los pueblos directores de la Cultura Occidental, se resistirán a aceptar dentro de su comunidad cultural e histórica a pueblos que por muchas razones encontraban distin-

tos, más semejantes a los pueblos que habían golpeado o golpeaban sus fronteras, o anacrónicos. Para los directores de los pueblos que se consideraban el eje de la Cultura Occidental Rusia y España eran ajenas a ese mundo. Para ellos el Oriente empezaba en las fronteras rusas, así como el África empezaba en los Pirineos. Rusia y España serán vistos como pueblos ajenos a la que podría llamarse comunidad europea u occidental. Lejos de aceptárseles en esta comunidad serán hostilizados para obligarlos a mantenerse en sus fronteras. Unas fronteras de las cuales no habrán de moverse, ni hacia el Occidente, ni hacia el Mundo no Occidental, una vez que se ha decidido la incorporación de este mundo al Occidente. Es más, se dará, o se tratará de dar a Rusia y a España el mismo trato que el Occidente ha dado a los pueblos no occidentales. Se tratará, o de someterlas a su influencia o al menos de neutralizarlos, cuando lo primero no es posible, como sucedería con Rusia.

Rusia y España, al expanderse el Occidente sobre el Mundo, serán también objeto de agresiones diversas para eliminarlas como fuerzas políticas en un mundo cuyo dominio no se quiere compartir. "Los rusos —dice Toynbee— recordarán al Occidente que su país ha sido invadido por tierra por los ejércitos occidentales en 1941, 1915, 1812, 1709 y 1610".[73] En cuanto a España que en los inicios de la Modernidad, esto es, del Mundo Occidental, en el siglo XVI, había jugado un papel que pudo ser decisivo para su historia, una vez desplazada del tablero que formaban los intereses de ese Mundo y arrinconada tras de su frontera en los Pirineos, será también agredida por el Occidente en 1810 por Napoleón, en 1898 por Norteamérica y en 1936 por Alemania e Italia con la complicidad del resto del Mundo Occidental. Sin embargo, tanto Rusia como España, pese a todos los obstáculos, se empeñarán por participar en una Historia y un Mundo del cual se consideran parte. Un empeño semejante al de los pueblos iberoamericanos, como veremos más adelante. El mismo empeño en nuestro tiempo del resto del mundo no occidental, pero sabiéndose originalmente occidentales, herederos de la misma cultura de que es fruto el Mundo Occidental.

---

[73] A. Toynbee, *El Mundo y el Occidente,* Madrid, 1953.

20. *Rusia y el Occidente*

TOYNBEE, de acuerdo con la tesis de que el Occidente ha logrado enredar en sus mallas económicas y políticas al Mundo, pero no su alma —esto es, a las diversas culturas que los forman— ve también en Rusia un mundo culturalmente distinto al Occidental; un mundo que para salvar esta alma cultural se ha visto obligado a occidentalizarse en forma relativa y parcial. En opinión del filósofo de la historia inglés, la gran preocupación rusa ha sido mantener ese espíritu cultural heredado, defendiéndolo de su posible destrucción por obra de la acción occidental. "Durante cerca de mil años —dice—, Rusia no ha pertenecido a nuestra civilización occidental sino a la civilización bizantina, una sociedad hermana, descendiente, como la nuestra, de la grecorromana, pero, a la vez, independiente y distinta de la nuestra. Los miembros rusos de esta familia bizantina siempre han desplegado una fuerte resistencia ante las amenazas de ser dominados por nuestro mundo occidental, y hoy siguen mostrando esa misma resistencia. Para salvarse de ser conquistados y asimilados coactivamente por el Occidente, se han visto obligados una y otra vez a hacerse dueños de nuestra técnica occidental. Esta *tour de force* se ejecutó al menos dos veces en la historia rusa: primero por Pedro el Grande y luego, nuevamente, por los bolcheviques".[74]

Aquí Toynbee pone el acento, para considerar a Rusia como parte del mundo no occidental, en lo que habíamos llamado anacronismo, esto es, en su pertenencia a la llamada Civilización Bizantina, con independencia del tronco común de que es parte. Un mundo aparte del Mundo Occidental como lo puede ser, aunque sin tanto anacronismo, la Cristiandad, aunque el Occidente sea una continuación histórica de la misma. El mismo anacronismo representado también por España, por la España católica, en relación con el Mundo Occidental como expresión de la Modernidad que la ha vencido y relegado al pasado, a la historia. Sin embargo —como se verá más adelante— tanto Rusia como España, una vez que han tomado conciencia de su anacronismo, tratarán de adueñarse, no sólo de la técnica, sino del espíritu occidental para actuar dentro de un mundo del cual se saben parte. Su gran preocupación no será tanto defender una cultura heredada como vencer su anacronismo

[74] A. TOYNBEE, *La civilización puesta a prueba*, p. 204.

poniéndose a la altura de los tiempos. Aunque estos tiempos signifiquen la ruptura con esa herencia o su negación, sino no es posible su conciliación como lo que la Cultura Occidental, de la que se saben parte, ha llegado a ser. Tal es lo que ha intentado Rusia, España y la América Ibera: romper con un pasado que resulta anacrónico y es un obstáculo para su incorporación a la historia que ha seguido el Occidente. Claro que ese pasado, por anacrónico que sea, no se borra, no se elimina así sin más, sino que sigue formando parte de los pueblos que lo han recibido, como parte de su personalidad, caracterizándolos, distinguiéndolos de otros pueblos; como se distinguen unos individuos de otros, sin que esta distinción implique su eliminación de una comunidad determinada. Desde luego Toynbee parte de este hecho cuando dice: "El régimen actual de Rusia sostiene haber realizado un limpio corte con el pasado ruso —no quizá en todas las exterioridades menores, pero sí al menos en la mayor parte de las cosas que importan—. Y el Occidente aceptó de los bolcheviques que han hecho lo que dicen. Hemos creído y temblado. La reflexión empero, sugiere que no es tan fácil repudiar la propia herencia. Cuando tratamos de repudiar el pasado éste tiene, como ya sabía Horacio, un modo disimulado de volver sobre nosotros bajo una forma apenas disfrazada".[75]

En efecto, en la Rusia actual, como en la España que lucha por occidentalizarse y en los países de la América Ibera que intentan lo mismo, se hará patente ese pasado, esa herencia que aun no ha sido asimilada, como el Occidente ha asimilado la suya, aunque sea la misma. El problema para estos pueblos será el pasar, de un salto, el salto de unos años, el trecho histórico que el Occidente ha realizado en varios siglos. Hacer por revolución lo que el Occidente ha hecho por medio de una evolución natural. Se trata así de pueblos occidentales, marginalmente occidentales, que, por una razón o la otra, se vieron obligados a apartarse de la natural evolución de la Cultura Cristiana Occidental en Cultura simplemente Occidental o Moderna, plantándose en un recodo de la misma; defendiendo expresiones de ella que, a la larga, habrían de convertirse en anacrónicas. Pero este atraso, este anacronismo frente a la marcha de la evolución de la cultura o civilización Occidental, no va a ser propia de estos pueblos; aunque se haga más patente en ellos

[75] *Op. cit.*, pág. 202.

por representar los extremos de la misma. Los pueblos europeos que han dado origen a la Cultura Moderna, a la Cultura Occidental propiamente dicha, Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, no han evolucionado tampoco en forma pareja por ese camino. De los cuatro pueblos ha sido Inglaterra la que mejor ha representado la evolución de esta cultura; la que mejor ha expresado a ese Mundo Occidental, mientras los otros se han visto rezagados o han ido a la zaga de esa evolución. El mismo rezago en que ahora se encuentra Inglaterra y todo el Mundo Occidental europeo en relación con la América sajona, Norteamérica, que ahora se ha transformado en líder del Mundo Occidental, en la máxima expresión y desarrollo de la Cultura Occidental. Un mundo dentro del cual ahora Europa resulta anacrónica, con un anacronismo consciente que se hace patente en su afán por preservar, defender, lo que llama Cultura Europea, cultura que ya no es, propiamente, lo que se llama Cultura Occidental. Una Cultura que ahora vuelve sus ojos a ese pasado cristiano que la Modernidad creyó haber dejado atrás.[76] Mundo europeo que ahora, como el resto del mundo, se ve también envuelto en las mallas políticas, y económicas, y teme verse envuelto en las mallas culturales del Mundo Occidental del que fue un pasado y ahora es presente Norteamérica.[77]

Así, no se trata, como piensa Toynbee al hablar de Rusia, de una relativa occidentalización para salvar el alma de la cultura rusa, sino de su plena occidentalización. "A fin de salvarse de ser totalmente occidentalizada por la fuerza —dice Toynbee—, tiene que occidentalizarse en forma parcial, y en ello tiene que tomar la iniciativa si quiere estar segura de occidentalizarse a tiempo y mantener dentro de ciertos límites el desagradable proceso". "¿Se puede conseguir adoptar una civilización ajena parcialmente sin ser arrastrado —pregunta Toynbee—, paso a paso, a adoptarla totalmente?" Pero, podríamos contestarle, ¿no es esto lo que ha pretendido Rusia? ¿No esto, también, lo que han pretendido y pretenden pueblos en situación semejante a la rusa, como España y la América Ibera? Precisamente, su gran problema ha sido y es, incorporarse plenamente a esa cultura utilizando diversos medios, concretamente el de la educación o la fuerza. Los dirigentes políticos y culturales de estos

---

[76] *Cf. Comprendre,* Núms. 10-11 sobre "Puissance et Culturé: Le Nouveau Continent", Venecia, 1954.

[77] Véase el Capítulo VIII de este libro en el que se analiza más ampliamente esta situación.

pueblos se han empeñado en su occidentalización plena utilizando todos los medios, inclusive el de la violencia que obliga. Una violencia que consideran necesaria para un fin que a la larga ha de ser la negación de la misma. El terror o la dictadura como instrumento de democratización de un pueblo que por razones ajenas a su voluntad ha permanecido anacrónico a la evolución que ha llevado a otros pueblos a la democracia.[78] Conciencia sobre el anacronismo tomada por una minoría; pero una minoría activa dispuesta a que su pueblo salve en pocos años la distancia que el Occidente ha recorrido en siglos. Occidentalización que no tiene como meta defender un pasado ya anacrónico sino situarse en un presente al que se debía haber llegado por vías de evolución normal. No se trata, como en el caso de los pueblos orientales, dueños de una cultura distinta a la Occidental, de aferrarse a una cultura aunque para ello sea necesario adoptar una técnica occidental, tal y como sucedió en el Japón; tampoco se trata de renunciar a una cultura para adoptar otra, como puede ahora suceder con otros pueblos como China, la India, Birmania, etc.; de lo que se trata es de ponerse al día, a la hora, de una cultura de la que se saben parte; al día en una cultura dentro de la cual se saben en atraso.

Ese mismo atraso que, lejos de ayudar a vencer el Occidente en pueblos bajo su predominio, ha sido mantenido como instrumento de subordinación. El Occidente, dice Toynbee, en sus relaciones con Rusia ha tratado siempre de subordinarla a sus intereses aunque ante los ojos occidentales parezca lo contrario. "En Occidente nos parece que Rusia es el agresor, y en realidad tiene todo el aspecto de serlo cuando se la mira con ojos occidentales". "A ojos rusos, las apariencias son precisamente lo contrario. Los rusos se consideran las perpetuas víctimas de la agresión de Occidente, y, en una perspectiva histórica más extensa, quizá haya para el punto de vista ruso una justificación mayor de lo que podríamos suponer". El Occi-

[78] En una reunión de las Naciones Unidas el Ministro Soviético Vishinsky declaraba que la URSS era una Democracia, declaración que era objetada por la representante norteamericana, la Sra. Roosevelt. El ministro soviético pidió a la Sra. Rooseevlt le hiciese una definición de lo que entendía por democracia; ésta le dio la clásica definición de "The greatest good for the greatest number". A esto contestó Vishinsky diciendo que era la misma idea que sostenía la URSS sobre la democracia, pero con un agregado: "The greatest good for the greatest number, *whether they like it or not*".

dente ha invadido territorio ruso diversas veces. "Es verdad que, durante los siglos XVIII y XX los ejércitos rusos también marcharon por suelo occidental y pelearon en él, pero llegaron siempre como aliados de un poder occidental contra otro en una contienda local de Occidente. En los anales de la milenaria lucha de dos cristiandades, parecería que lo más frecuente ha sido que los rusos fueron víctimas de la agresión y los occidentales, en cambio, los agresores". ¿Cuál es el porqué de esta permanente agresión? Toynbee, siguiendo su idea sobre pugna entre civilizaciones, aunque éstas sean cristianas, considera que esta hostilidad se debe a la obstinación rusa en una civilización extraña al Occidente. "Los rusos han provocado la hostilidad de Occidente al adherirse obstinadamente —dice— a una civilización extraña y, hasta la revolución bolchevique de 1917, esta 'señal de la bestia' rusa fue la civilización bizantina de la Cristiandad Ortodoxa oriental". ¿La hostilidad no es más bien el temor a que Rusia tenga razón en los asuntos que el Occidente considera como propios? Rusia ha sido un pueblo insubordinable para el Occidente; pero hay más, es un pueblo que, además, se consideró en el pasado y se considera en el futuro con derecho a entrar en esos asuntos de Occidente, en los problemas de Europa que considera más propios que los de Asia, por ejemplo. Y cuando interviene en el Oriente, o en otras partes del Mundo, lo hace en función con esa su preocupación por participar en los asuntos de Occidente. No se trata tanto de la lucha de una civilización contra otra sino de una lucha interna que acaso, como piensa también Toynbee, tenga sus raíces en la división de la Iglesia Cristiana. Un problema de ortodoxia y heterodoxia, de hombres que se consideran tienen la razón contra hombres a quienes falta esta razón. Y en esta pugna, como ya se apuntó antes, Rusia, al igual que España, ha estado del lado de lo que considera la ortodoxia, del lado de lo legítimo en un asunto que es común al Occidente y a Rusia. No se trata tanto de imponer una civilización, de hacerla prevalecer sobre otra, como pudo suceder en la lucha entre el Islam y la Cristiandad, como de tener razón, la Razón.

¿Razón sobre qué? Razón sobre los problemas y asuntos de Europa o de Occidente. Asuntos sobre los cuales sólo se consideran con derecho a opinar y a actuar franceses o ingleses e, incidentalmente algún otro pueblo europeo, como supuestos herederos de la Civilización Occidental. Asuntos sobre los cuales también se ha empeñado Rusia en intervenir como parte de esa

civilización, como otra de sus supuestas herederas. La pugna no es así por imponer una determinada civilización, sino por la primacía dentro de ella, es una pugna por el derecho de primogenitura. Ayer: Roma o Moscú; ahora: Washington o Moscú. Toynbee, aun poniendo en duda este derecho de Rusia, no deja de reconocer el fondo de esta lucha cuando dice: "Nosotros los 'francos' (como nos llaman los bizantinos y los musulmanes) creemos sinceramente que somos los herederos elegidos de Israel, Grecia y Roma —los Herederos de la Promesa, aquellos, en consecuencia, que son dueños del futuro". "Los bizantinos hacen exactamente lo mismo, salvo que se otorgan el improbable derecho de primogenitura que, según nuestra concepción occidental es nuestro. Los herederos de la Promesa, el pueblo cuyo futuro es único, no son los 'francos' sino los bizantinos". "Cuando Bizancio y Occidente están en desacuerdo, Bizancio siempre tiene razón y el Occidente se equivoca. Resulta evidente que este sentido de la ortodoxia y del destino, que los rusos recogieron de los griegos bizantinos, es tan característico del actual régimen comunista de Rusia como lo fue del régimen cristiano ortodoxo oriental que le precedió". "El marxismo es, sin duda, un credo occidental, pero un credo occidental que pone en aprietos a la civilización occidental". "Un credo que permite al pueblo ruso conservar intacta esa tradicional condenación rusa de occidente mientras sirve a la vez al gobierno ruso como medio para industrializar a su país a fin de salvarlo de ser conquistado por un Occidente ya industrializado, es uno de esos providencialmente adecuados dones de los dioses que caen naturalmente al regazo del Pueblo Elegido".[79]

¿Se trata únicamente de defenderse ante la conquista de Occidente o de algo más? Rusia pretende algo más que defenderse, pretende, y eso lo muestra la historia, especialmente la historia actual, ser el agente por excelencia de esa civilización o cultura occidental en el mundo. Los problemas que debate, no son problemas propios de Rusia, sino propios del Mundo Occidental. En nuestros días son los problemas que el Mundo Occidental ha originado con su industrialización y expansionismo. Rusia, precisamente, se presenta al Mundo como el pueblo que ha resuelto esos problemas, como el pueblo que ha encontrado la solución adecuada a la lucha de clases a que ha dado origen la

---

79 *Cf.* A. Toynbee, "La herencia bizantina de Rusia" en *La Civilización puesta a prueba.*

industrialización y al nacionalismo que ha originado la expansión occidental. La pugna es así una pugna por derechos, una pugna por tener la "razón". La pugna por ver quién tiene más derecho y razón para intervenir en los asuntos del Mundo, de ese Mundo a que ha dado origen el Occidente. Ayer, en tiempo de los zares y del predominio de Inglaterra y Francia, la pugna era por la influencia en Europa; ahora lo es por la influencia en un mundo que ha sido occidentalizado, europeizado en su casi totalidad. Y hoy, como ayer, el Occidente sigue negando a Rusia razón y derechos para intervenir en un mundo que considera el Occidente como su exclusiva.[80]

21. *Eslavismo frente a Occidentalismo*

¿FRENTE a qué trata de tener Rusia razón en sus pugnas con el Occidente? ¿En dónde está la heterodoxia del Occidente frente a la Ortodoxia de Rusia en el Mundo Moderno? Rusia está de acuerdo, acepta y asimila los valores del mundo moderno: las instituciones y técnicas occidentales; pero hay algo en que no está de acuerdo. Algo que señala en el Occidente como una gran falla, como una mala interpretación, como una heterodoxia. "Tanto para el marxista ruso como para el eslavófilo ruso y el cristiano ortodoxo ruso. Rusia es la 'Santa Rusia' —dice Toynbee—, y el mundo occidental de los Borgias y la Reina Victoria, del 'Ayúdate a ti mismo' de Smiles y de Tammany Hall, es uniformemente herético, corrompido y decadente".[81] ¿En qué consiste esa herejía, corrupción y decadencia de Occidente? En el abandono que se ha hecho del hombre, contestarán los rusos. En el Occidente la técnica no está al servicio del

[80] Ahora son los Estados Unidos de Norteamérica, como líderes del Occidente que se oponen a la expansión de Rusia en el Mundo. La última oposición se ha hecho en el Medio Oriente, en países que se encuentran en las fronteras de la URSS y no en las de los Estados Unidos. El Presidente Eisenhower en el texto en el que justifica la intervención norteamericana en el Medio Oriente liga la actitud de su país con la que siempre había tenido Europa frente a Rusia cuando dice: "Hace mucho tiempo que los gobernantes rusos tratan de dominar el Medio Oriente. Tuvieron los zares los mismos anhelos que ahora tienen los bolcheviques". En aquella época, como ahora los EE. UU., Europa se opuso a este dominio manteniéndolo ella misma, "vacío" que ha dejado en nuestros días y, con él, la necesidad, por parte del Occidente, de que el mismo sea llenado por una nación Occidental.

[81] TOYNBEE, *Op. cit.*

hombre, al servicio de la Humanidad, sino al servicio de unos cuantos y privilegiados individuos. Y esto es un pecado contra Dios, la Humanidad y la finalidad de esa misma técnica de la cual se siente tan orgulloso el occidental. Aquí está la raíz de la herejía: en ese individualismo que justifica todo.

Alexander Herzen, que había conocido la Europa de mediados del siglo XIX, hablaba ya de sus experiencias en este mundo al mismo tiempo que señala sus fallas, fallas de un individualismo que llega a lo inhumano. Herzen admira a este mundo, admira su técnica y sus éxitos; pero está contra su uso, la utilización que del mismo se hace. "La caballerosa conducta, el encanto de los modales aristocráticos, los austeros principios del Protestantismo, la orgullosa confianza en sí mismos de los ingleses, la vida lujosa de los artistas italianos, el burbujeante intelecto de los enciclopedistas, la tenebrosa energía de los terroristas; todo esto se ha disuelto y transformado en un todo complejo de diversas convenciones reguladoras de la burguesía. Todos los partidos y las sombras de opinión en este mundo burgués se han dividido gradualmente en dos campos: por un lado la burguesía propietaria, que se rehusa obstinadamente a dejar sus monopolios; por el otro la burguesía sin propiedad, que quiere apoderarse de la que la tienen; pero a la cual falta fuerza para hacerlo. Esto es, por un lado, avaricia; por el otro, envidia". "La atmósfera de la vida europea es pesadísima y muy intolerable en aquellas partes donde estas condiciones prevalecientes se han desarrollado a su máximo, y ellas son las más ricas y las más industrializadas. Esa es la razón porque es menos asfixiante vivir en cualquier parte de Italia o España que en Francia o en Inglaterra".[82]

La Europa Occidental que ha sabido cómo dominar a la naturaleza, que ha descubierto los más altos valores de la libertad y la democracia ha olvidado, también, el espíritu cristiano que pondría estos valores al servicio del hombre, de todos los hombres; y no sólo de una minoría de ellos. Rusia, al igual que España, se considera guardián de ese espíritu que ha olvidado la Europa Occidental y trata de conciliarlo con los nuevos valores occidentales. Es este espíritu el que opone a Europa y es en su nombre que la enjuicia. Europa Occidental se ha apartado del camino del hombre. Del camino de todos los hombres que se hace patente en el pueblo. El pueblo ha sido olvidado

---

[82] *Cf.* Richard Hare, *Russian Literature,* London, 1947, p. 4.

por la Europa Occidental. El pueblo nada sabe de los grandes progresos técnicos ni de las grandes realizaciones de la auténtica libertad y democracia. Rusia no había olvidado a éste y por tal razón, se considera llamada a un gran destino. Rusia tenía que hacer en el mundo lo que la Europa Occidental había olvidado hacer en él a pesar de sus grandes aportaciones al progreso. De esta manera surge el movimiento eslavófilo que es, al mismo tiempo, una combinación de universalismo, en un sentido humanista, y nacionalismo, en el sentido de ser la nación rusa la llamada a realizar este humanismo.

El eslavófilo era anti-occidental, pero no anti-europeo, pues él se consideraba a sí mismo un europeo. Anti-occidental por ser el Occidente de Europa el que había olvidado su raíz auténticamente europea; esa raíz que sí se hallaba en el cristianismo; pero europeo en el sentido de considerarse el más auténtico de los representantes de Europa, de esa Europa de cuyos valores se había ido alejando el Occidente.[83] Frente al eslavismo ruso surgirá el occidentalismo que pretende lo mismo, pero por la vía que se inicia una previa incorporación de la técnica que ha descubierto la Europa Occidental; técnica que permitirá a Rusia fortalecerse materialmente para poder contar como elemento decisivo en los destinos de Europa. Es el camino de Pedro el Grande y el camino que más tarde tomarán los comunistas. La misma meta, pero por dos vías distintas. Una vía era religiosa, la otra racional, la meta: la reivindicación del hombre en el pueblo, como su máxima expresión. Era ésta la ortodoxia rusa, frente a la heterodoxia occidental que había olvidado al hombre. De los eslavófilos decía Alexander Herzen lo siguiente: "Eslavofilismo, no como una teoría o una doctrina, sino como un sentimiento indignante, como una oscura memoria e instinto de la masa".[84] Y sobre los occidentalistas decía: "Extranjeros en casa, extranjeros en el exterior, echados a perder para Rusia

[83] Situación semejante a la que ahora se va haciendo patente entre los hombres de cultura europeos en sus inevitables relaciones con los Estados Unidos de Norteamérica. Un país que ha heredado y realizado la Cultura Occidental en su más alta expresión hasta el grado de dominar económica y políticamente a Europa en la forma como ésta había dominado al Mundo No-Occidental. Ahora los hombres de cultura europeos enjuician a Norteamérica y su cultura como una cultura ajena a Europa, como una cultura que podría llegar a ser una amenaza a la vieja cultura europea ligada, en esta ocasión, con su pasado Cristiano y Grego-Romano. *Cf. Comprendre,* núm. cit.

[84] R. Hare, *op. cit.,* pág. 1.

por prejuicios occidentales, echados a perder para Europa por hábitos rusos, eran inteligentes, pero inútiles y se malgastaban en una vida artificial, halagando sus sentidos, en un intolerable desfile de egotismo".[85]

La gran preocupación rusa de ayer, como la de ahora, era tomar el liderato en la marcha de Europa, ayer; del Occidente, ahora. Ese liderato al que no tenían ya derecho naciones de la Europa Occidental que habían olvidado su misión humanista al hacer del hombre un simple instrumento al servicio de otros hombres. Este espíritu de Rusia lo hace patente Dostoiewsky en el discurso conmemorativo de la muerte de Pushkin. "También nosotros —dice— tomamos el genio de las naciones extranjeras y así mostramos nuestra presteza y predilección para la unificación universal humana de todas las ramas de la gran raza aria. Sí, *el destino de Rusia es ser super-europea y universal*. Para ser un real ruso, un completo ruso, tal vez sólo sea necesario convertirse en hermano de todos los hombres. A todo esto se le llamó eslavofilismo; y a lo que llamamos occidentalismo es únicamente una gran, aunque históricamente inevitable, equivocación. Para el ruso Europa y los asuntos de la gran raza aria le son tan queridos como los asuntos de su país natal, porque nuestros asuntos son aquellos de todo el mundo. Esto puede parecer arrogante, pero nosotros estamos destinados a pronunciar una nueva palabra en la historia humana". ¿Cuál es esa palabra? ¿Cuál es la misión que Dostoiewsky sueña para su Santa Rusia? ¿El dominio del mundo, el dominio de la naturaleza, tal y como lo realiza la otra Europa, la occidental? No, dice el gran escritor ruso: "No estoy hablando de proezas económicas, o del poder de la espada o de la ciencia. Hablo solamente de la hermandad de los seres humanos. Es absurdo afirmar que nuestra pobre y desordenada tierra no puede nutrir una misión más elevada hasta que haya adoptado la estructura social y económica de Europa. Los genuinos tesoros del alma, en su esencia al menos, no dependen del poder económico".[86] Esto último era el meollo de la divergencia entre eslavófilos y occidentalistas. Divergencia que resolverán los comunistas en la forma como en el pasado trató de resolverla Pedro el Grande: haciendo de Rusia una potencia europea, occidental y mundial, capaz de contar en la marcha de un mundo europeizado u occidentalizado.

---

85 *Op. cit.*, pág. 3.
86 Citado por R. HARE en *op. cit.*, págs. 18-9.

Una potencia económica, política y militar; pero con una meta que trasciende a sus intereses nacionales, que es lo que ha caracterizado siempre a las potencias occidentales, para adoptar metas supra-nacionales, super-europeas, super-occidentales, universales. De un universalismo que más se asemeja con ese pasado europeo, abandonado por el occidente, que con el que sostendrá éste a partir de su expansión sobre el mundo. Comunismo frente a Individualismo. Dos tipos de humanismo en pugna: el que pone el acento en las relaciones del hombre con los otros, con la comunidad; y el que lo pone en los valores del individuo, la personalidad y la libertad. ¿Ortodoxia frente a Heterodoxia? ¿O simplemente expresiones del mismo hombre en pugna consigo mismo? Una parte del Occidente que éste olvidó en su crecimiento que ahora se le enfrenta para hacerle tomar nueva conciencia obligándole a un nuevo reajuste en la situación que ha originado.

22. *Pugna por el liderato occidental*

Los esfuerzos de Rusia, como los esfuerzos de España y los países iberoamericanos, por incorporarse al Mundo Occidental encontrarán, como ya se anticipó, grandes obstáculos por parte de un mundo que no está dispuesto a permitir una competencia desventajosa, ni menos, como en el caso de Rusia, a ser desplazada del liderato de un mundo que considera su hechura. Por lo que se refiere a Rusia, el historiador ruso Danilevsky escribe, en 1869, en pleno régimen zarista, un libro titulado *Rusia y Europa,* en el que se hace historia de los esfuerzos realizados por Rusia por incorporarse a la comunidad europea, una comunidad que considera propia, y los esfuerzos que hace esta misma Europa para eliminar a Rusia de su historia, de esa historia que los países occidentales hacen en Europa y en el Mundo.

"Europa —dice Danilevsky— no considera a Rusia como una parte propia. Europa ve en Rusia y en los eslavos en general algo completamente extraño a sí misma, y al mismo tiempo algo que no puede ser usado como mero material para ser explotado en beneficio de Europa de la manera que Europa explota a China, la India, África y gran parte de las Américas, un material que Europa puede modelar según su propia imagen... Europa ve en Rusia y en el eslavismo no sólo algo extraño, sino

una fuerza enemiga, un principio que le es opuesto". Por eso Rusia y el Eslavismo han sido siempre odiados por todos los grupos europeos, lo mismo da que sean conservadores que liberales; todos ven en ella al enemigo, al posible competidor. "No importa que los intereses dividan a Europa —sigue diciendo Danilevsky—; todos sus partidarios se unen en su animosidad hacia Rusia. En esta animosidad, los clericales europeos se dan la mano con los liberales, los católicos con los protestantes, los conservadores con los progresistas, los aristócratas con los demócratas, los monárquicos con los anarquistas, los rojos con los blancos, los legitimistas y orleanistas con los bonapartistas". ¿Por qué? Nada ha hecho Rusia para provocar este encono. Todo lo contrario; Rusia en lugar de buscar su expansión sobre Europa, como muchas veces ésta lo ha intentado sobre Rusia, no ha hecho sino defender los intereses de Europa cuando dentro de la misma han surgido peligros que la amenacen y frente a Europa no ha hecho sino defenderse. "De esta manera, la composición del estado ruso, las guerras que llevó a cabo, los objetivos que persiguió y, especialmente, la situación tan favorable, a menudo repetida, que Rusia podría usar para su engrandecimiento y que no aprovechó, todo tiende a mostrar que Rusia no es un poder ambicioso inclinado a la conquista. Especialmente en época reciente —dice Danilevsky—, Rusia sacrificó muchos de sus más evidentes, de sus más justos y legítimos intereses, en favor de los intereses europeos, a menudo conduciéndose intencional y respetuosamente, no como un organismo autosuficiente, teniendo en sí mismo una justificación para todos sus esfuerzos y acciones, sino como un mero instrumento de los intereses europeos". Entonces ¿por qué ese odio?, se pregunta, ¿por qué esa desconfianza hacia Rusia? ¿Por qué nos rechaza Europa?

El porqué lo supone Danilevsky fundado en viejos e inconscientes prejuicios tribales de pugnas por un determinado predominio. "Por mucho que busquemos las razones de este odio de Europa hacia Rusia —dice—, no podremos encontrarlas ya en esta o en aquella acción de Rusia o en otros hechos racionalmente comprensibles. Nada hay consciente en este odio del cual Europa no puede dar cuenta racionalmente. La causa real yace más profunda. Yace en las insondables profundidades de las simpatías y las antipatías tribales, que son una especie de instinto histórico de los pueblos que los conducen (pres-

cindiendo, aunque no contrariando, su voluntad y conciencia) hacia un fin desconocido para ellos".[87] Lo que sucede es que se ha confundido el género con la especie. Rusia, como los países de la Europa Occidental son especies de un gran género, especies de una cultura que es universal, "es el área de la civilización germano-romana... o la civilización germano-romana misma". "Rusia, afortunadamente —dice Danilovsky— o desgraciadamente, tampoco pertenece a Europa o a la civilización germanorrománica". Rusia no formó parte del Sacro Imperio Romano de Carlomagno, tampoco aceptó el Catolicismo ni el Protestantismo. No sufrió la opresión de la escolástica, no conoció la libertad de pensamiento que creó la ciencia moderna. Rusia es algo de más allá de este pasado de esa Cultura Europea, otra expresión de ese pasado común. Algo que no ha sido contaminado, que no ha sido corrompido. Expresión de algo que podrá volver a todo el mundo occidentalizado, cuando esa corrupción haya terminado. Esto último se hará patente en la lucha que va a continuar Rusia por el liderato de Europa, el Occidente y el Mundo. Es el espíritu que se hace patente en el poema de Mayakovsky sobre la Revolución Comunista Rusa:

> "Suena en la calle la marcha de la Rebelión,
> Pasando sobre las cabezas de los orgullosos,
> Nosotros, la inundación de un segundo diluvio,
> Lavaremos el mundo como una nube que estalla".[88]

Rusia ha sido así, a pesar suyo, un pueblo al margen de la Historia y Cultura Europea u Occidental. Un pueblo que, al igual que otros en su situación, ha tratado y trata de ser un elemento activo *en* esa cultura y *de* esa cultura. En varias ocasiones ha sido el baluarte o cojín de la defensa europea frente a fuerzas de carácter oriental; pero nunca se le ha permitido ser un agente de esa cultura europea, un agente como lo han podido ser Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania en el mundo no Occidental. No se la ha permitido intervenir en los asuntos europeos de otra manera que al servicio de algunos de ellos, ni en la expansión del Occidente sobre el Mundo. Es más, cuando Rusia ha tratado de representar al Occidente en

---

[87] Ampliamente citado por Pitirim A. Sorokin en su libro *Las filosofías sociales de nuestra época de crisis,* Madrid, 1954.

[88] *Cf.* B. H. Sumner, *Historia de Rusia,* México, 1944.

el Mundo Occidental, dada su especial situación en el mismo; cuando ha tratado de expanderse en este mundo a la manera de los ingleses, franceses, holandeses, portugueses y norteamericanos, se ha visto frenada inmediatamente. Pitirim Sorokin, sociólogo y filósofo de la historia rusa, actualmente profesor en la Universidad de Harvard, dice: "La totalidad de la historia política de Europa no indica ninguna actitud o sentimiento de parentesco hacia Rusia. Europa ni aun permitió a Rusia actuar como agente de la civilización europea en el Oriente o en cualquier otra parte. Tan pronto como Rusia intenta desempeñar este papel —ya sea en Turquía, Persia, el Cáucaso, en la India, China o cualquier otra parte—, al momento Europa veta tal acción y comienza una guerra fría o caliente contra Rusia, aliándose con países no europeos ni cristianos como Turquía, Persia y China, o aun con grupos o tribus incultas y salvajes".[89]

Sin embargo, pese a esta oposición, Rusia ha hecho varios intentos por formar parte de ese mundo que le rechaza, por contar en los destinos del mismo. Los más destacados de estos intentos son los ya señalados: el representado por Pedro el Grande entre los siglos XVII y XVIII y la Revolución Comunista que se inicia en 1917. Pedro el Grande para transformar a Rusia en una potencia europea capaz de contar en los destinos de Europa y capaz de hacer valer su derecho a ser un agente del Occidente en el Mundo no Occidental, adopta la tecnología Occidental y el espíritu irreligioso de que hacía gala la Europa de su época. Establece también e inicia algo que la misma Europa va a seguir como modelo: el "Despotismo Ilustrado", para obligar al pueblo ruso a adaptarse a las nuevas costumbres occidentales y a su técnica. La meta, ya se dijo, poder participar como potencia occidental en el tablero político de Europa y en su historia.

Por lo que se refiere a la Revolución Comunista de 1917, es ya sabido que se apoya en una doctrina de origen occidental. Una doctrina pensada frente a problemas propios de la Europa de mediados del siglo XIX y al desarrollo de los mismos en el futuro: el marxismo. Problemas que han originado las

---

89 *Cf. Op. cit.* Aquí ha seguido el Occidente la misma política que siguió en su expansión sobre el Mundo buscando alianza con las fuerzas feudales y negativas que se oponían a un cambio en este mundo. *Cf.* Capítulo III de este libro.

nuevas técnicas europeas; los problemas que ha originado el industrialismo en Europa. Problemas que en el siglo XX aun no se planteaban en Rusia con la agudeza que se planteaban en la Europa Occidental. Rusia, en este aspecto, en el de la industrialización, se encontraba en un gran atraso al iniciarse una Revolución que debió haber tenido una cuna occidental como Alemania. Sin embargo, los líderes de la Revolución Rusa han adoptado el marxismo como doctrina revolucionaria para la situación propia de Rusia y lo transforman en un motor ideológico de la misma. Rusia, que se encontraba en una etapa de carácter rural, salta con la Revolución a una etapa que trasciende la misma etapa en que se encuentra Europa. Rusia no sólo se industrializa, sino que, además, se presenta al Mundo como el ejemplo de una sociedad que ha resuelto los problemas que el industrialismo y el capitalismo plantean al Occidente.

Así puede decirse que Rusia no sólo intenta incorporarse, una vez más, al Mundo Occidental, a su Historia; sino que, se anticipa en él; se quiere incorporar, pero como adelantada del mismo. Se anticipa en la solución que de acuerdo con el marxismo deben darse a los problemas del Mundo Occidental. De esta manera se presenta Rusia como líder de una nueva Europa, como líder de Occidente en su marcha hacia el progreso. Un progreso que ya no puede marchar por el viejo camino liberal. Los líderes rusos se empeñan en crear en su país —en un país que aún se encontraba en una etapa rural, alejado de las técnicas occidentales— una nación que ha de ser modelo de las que surjan en el futuro; una sociedad con todas las ventajas de la técnica occidental; pero sin los problemas sociales que la misma ha originado en el Occidente. Un Capitalismo; pero sin capitalistas; un capitalismo para la comunidad. Es de sobra conocida la admiración de la Rusia Soviética por los Estados Unidos, el actual líder de ese Mundo Occidental en la pugna por el dominio de un mundo ya occidentalizado. Admiración que se hace patente en las palabras de José Stalin cuando dice: "El sentido práctico norteamericano es, ...el contraveneno contra la 'charlatanería revolucionaria', y el arribismo fantástico. El sentido práctico norteamericano es la fuerza indomable que no conoce ni admite barreras, que destruye con su tenacidad práctica toda clase de obstáculos, que no puede por menos que llevar a término una obra una vez empezada, aunque sea poco importante, y sin la cual no es

concebible una labor constructiva seria". Pero, y aquí aparece el ortodoxo recordando la verdadera finalidad de todo sentido práctico, frente a la desviación que el mismo ha sufrido en los países occidentales. "Pero el sentido práctico norteamericano puede degenerar siempre en un practicismo mezquino y sin principios, si no va asociado al ímpetu revolucionario ruso". Esto es, si no va asociado a la idea de convertir ese esfuerzo en un instrumento al servicio de la comunidad, del pueblo, de la mayoría". "La asociación del ímpetu revolucionario ruso con el sentido práctico americano: en eso reside la esencia del leninismo",[90] concluye Stalin. Admiración que se ha trocado en nuestros días en una competencia por el dominio de la técnica para la guerra y para la paz con el uso de la energía atómica. Una carrera de competencia cuya meta final es el liderazgo de la Cultura Occidental que se ha extendido al mundo.

90 J. STALIN, *Fundamentos del Leninismo*, México, 1934.

EL EXISTENCIALISMO COMO FILOSOFÍA DE LO POSIBLE *

Por *Niccolá ABBAGNANO*

I — *El gran libro*

COMENZARÉ con una hipótesis fantástica. Imaginemos que en alguna parte del mundo existe un gran libro, un libro en el cual todo esté dicho y escrito, en lo que atañe a la salvación y a la felicidad de los hombres. Sabemos que cada uno de nosotros puede encontrar en este libro una indicación, precisa e infalible, para todos sus asuntos, ya sean de grande o pequeña importancia; ahí pueden encontrarse indicaciones precisas e infalibles tanto sobre los propios negocios como sobre la propia felicidad, sobre la vida y sobre la muerte de uno mismo o de las otras personas, sobre la paz y sobre la guerra, sobre el valor de la ciencia o de la religión y, en general, sobre el saber humano; en una palabra, sobre todo aquello que pueda interesarle al hombre y pueda servirle de orientación. Indudablemente la existencia de este libro nos sería por demás útil y cómoda; pero podemos suponer también que la lengua y los caracteres en los que este libro está escrito no sean del todo claros y accesibles; que sólo sea legible aquí y allá, pero no enteramente, y nunca de una manera que excluya la duda de que la lectura pueda ser diferente. Podemos, entonces, avanzar más o menos en la lectura de algunos capítulos; en otros, lo leído se tornará dudoso, y en otros lo que podamos leer será poco o nada. En todo caso probaremos en la vida las indicaciones y las sugerencias del libro y si la prueba sale mal volveremos a las páginas de éste para leer mejor y entender lo que verdaderamente dice y pretende de nosotros. Y así continuaremos tras tentativas, errores, relecturas, recaídas en los errores, progresos y regresos, siempre en la confianza de que el libro nos ofrece el camino se-

* Del libro inédito titulado *Filosofía de lo posible,* que próximamente publicará el Fondo de Cultura Económica.

guro e infalible para todos los asuntos de la vida, aunque nuestra confianza se vea siempre puesta a prueba.

Extraño libro, diréis. Y tendréis razón. Pero si este libro existiera, ¿cuál sería la condición de nosotros, los hombres? Respondo: exactamente la que es, la que podemos ver o diagnosticar por nosotros mismos. Pocas cosas ciertas y estas pocas nunca están completamente al abrigo de la duda o de la posibilidad de duda. El bienestar, la seguridad, la paz, la felicidad y todo lo que llamamos "valores" y que dan sentido y gusto a la vida (es decir, la belleza, el bien, la verdad) siempre son inciertos y cambiantes, porque el gran libro nunca se deja leer claramente, o bien porque lo que leemos no logra iluminarnos del todo. Tratamos de conservar los bienes que tenemos y de aumentarlos. Pero nuestros intentos en este sentido no siempre se logran y, en todo caso, ninguno de ellos ofrece, al comienzo, una absoluta garantía de éxito. Estamos obligados a arriesgar; a veces, el riesgo será razonable porque se nos presentará desde un principio con una gran probabilidad de éxito; otras veces será mayor, pero siempre será menester afrontarlo ya que nunca nos será dada una garantía infalible de éxito. La fe misma es un riesgo de este género; a cada instante puedo perderla y, para conservarla, debo permanecer vigilante. Por lo tanto, la seguridad que me da es semejante a la que un ejército armado tiene en su propia invencibilidad; la de conservar sus armamentos y aumentarlos y perfeccionarlos continuamente para poder así ser invencible y creerse tal. Y es un riesgo el amor, que puede transformarse en odio o, peor aún, apagarse en la opacidad de la indiferencia. Tal es nuestra condición y tal sería la de los hombres que dependiesen en su vida y en su destino de la lectura de un gran libro enigmático.

Adelantemos un poco más en nuestra hipótesis. Supongamos que un cierto número de personas se especializan en la lectura del gran libro y se vuelven más capaces que otras para leerlo. Probablemente lograrán ver alguna cosa que se les ha escapado a los otros; insistirán en sus descubrimientos y los presentarán como decisivos. Supongamos que estas personas sean llamadas "filósofos". Muy probablemente, dadas las dificultades de lectura del gran libro, no estarán de acuerdo entre ellos. Algunos creerán haber encontrado la clave única y definitiva, y poder leerlo todo. Cada uno de ellos pretenderá la infalibilidad de su lectura y naturalmente chocará con la pre-

tensión igual de los demás. Otros, en cambio, tomando en cuenta el contraste entre estas diversas lecturas, cada una de las cuales pretende ser infalible, dirán que el libro es completamente incomprensible, que nada puede leerse y que por tanto las pretendidas lecturas son todas iguales, es decir, todas igualmente falsas. Pero quizá existirán otros que dirán que el libro es poco más o menos lo que habíamos supuesto en un principio, es decir, que no se presta a una lectura única, total, definitiva; y que por lo tanto lo que logramos leer ahí ha de ser controlado por una segunda, por una tercera y por una enésima lectura sin que jamás podamos llegar a una lectura única y definitiva, que haga inútiles las lecturas posteriores.

Claro está que mientras los primeros dos grupos de filósofos nos disuaden de toda lectura posterior del gran libro (los primeros porque creen que nos han ofrecido la lectura definitiva, los segundos porque creen que toda lectura es imposible), el tercer grupo de filósofos, en cambio, nos impulsará continuamente a leer y releer el libro. Para éstos, en efecto, lo que cada uno de nosotros pueda leer nunca será ni una lectura definitivamente verdadera, ni una lectura absolutamente falsa; sólo será una lectura que tiene que ser probada por una posterior, pudiendo ser desmentida, confirmada o modificada por ésta. En otros términos, estos filósofos nos indicarán un camino mucho menos cómodo y mucho más trabajoso; pero en compensación será un camino en el que habrá menos ilusiones y desilusiones. Por motivos que quedarán claros o a lo largo de esta obra llamaré a este último grupo de filósofos, filósofos existencialistas.

2 — *La libertad*

TAL vez ya sea inútil deciros, a estas alturas, que la ficción del gran libro de la que partimos no es una pura ficción; el gran libro existe, es el mundo, la realidad, o como dicen los filósofos con palabra solemne, *el ser,* al que el hombre, desde que está sobre esta tierra, jamás ha dejado de interrogar para saber qué es, qué debe ser, qué debe hacer y qué debe aguardar. Las páginas del libro que tratamos de leer somos nosotros mismos o son las otras personas, las cosas que nos circundan, los bienes que queremos procurarnos, los ideales o los valores en los que creemos. Leemos y releemos estas páginas para apresar su

significado y para convertir este significado en guía de nuestra vida. Pero si la escritura de estas páginas es como la hemos supuesto, si es de por sí incierta, problemática, no prestándose a una lectura única y definitiva, la única actitud que, aun quitándonos la ilusión de lo definitivo y la exaltación optimista que puede procurarnos, nos libera de peligrosos engaños y de amargas desilusiones y nos permite afrontar con ojos abiertos, y por tanto en las condiciones más favorables, las incertidumbres de la vida, es la que he bosquejado como propia de los filósofos existencialistas. Tratemos, entonces, de comprender con precisión lo que dicen.

En primer lugar, es evidente que la condición que ellos consideran como propia de nosotros, los seres humanos, es por demás incómoda, pero presenta algunas ventajas. La primera, y quizá la única, ventaja es ésta: que nosotros somos libres. La incertidumbre de los caracteres en los que está escrito el libro del mundo es la razón por la cual todo lo que nosotros hacemos en cualquier campo de nuestro ser mismo, es decir, lo que nosotros somos, no está dictado de manera precisa e infalible por dichos caracteres. El libro nunca nos ilumina completamente, esto es verdad, y por ello ni siquiera nos dirige nunca completamente, no nos obliga a ser y a hacer lo que hacemos y somos. Es evidente que si pudiésemos leerlo completo, todo quedaría determinado y causado por él; pero puesto que no podemos leerlo todo, siempre nos queda un margen por el cual podemos ser o actuar de un modo o de otro: un margen de elección, un margen de posibilidades indeterminadas. Pero puesto que este margen no está localizado en este o aquel renglón del libro, o sea en este o aquel punto de la realidad que nos interesa, nosotros somos durante toda la lectura y, por lo tanto, a lo largo de toda nuestra vida, *libres*. Libres, pero con una libertad *sui generis,* limitada, condicionada, mezclada. Pensad un momento. Ninguno de nosotros *puede ser,* indiferentemente, todo lo que quiere, por ejemplo, artista, filósofo, santo u hombre de negocios, o si se quiere estas cosas y otras, todas al mismo tiempo. Las páginas del libro no nos dicen todo, pero sí nos dan alguna indicación; y si no tenemos en cuenta estas indicaciones será como arar en el mar. No puedo ser y hacer todas las cosas indiferentemente, debo darme cuenta de mis posibilidades reales, pero puedo darme cuenta más o menos y también engañarme sobre éstas; y aun sin engañarme puedo seguir-

las y desarrollarlas en una dirección más que en otras (y aquí puedo equivocarme de nuevo); y, en fin, puedo hacer de mi vida un éxito o un fracaso o, como es el caso más común, un éxito a medias, una *aurea mediocritas.* Ninguna de estas alternativas está asegurada desde el principio, pero algunas me dan más confianza que otras. Mi libertad consiste en elegir entre ellas de la manera que considero más acertada en cada caso; siguiendo fielmente mis elecciones y no abandonándolas sino cuando el engaño es evidente. Según estas elecciones mi personalidad tomará una actitud u otra, tomará este o aquel cariz, este o aquel carácter; pedazos y fragmentos de ella deberán ser abandonados en el camino antes de que alcance una cierta forma relativa y una cierta consistencia estable. Pero aun en este punto de logro y de éxito, la seguridad inherente a mi personalidad misma no será absoluta: aún será menester vigilar y luchar para mantenerla tal como ha logrado ser; tendré que evitar recaídas, errores, desviaciones, que pueden poner en peligro las mejores características que la constituyen. Habrá de continuarse la lectura y relectura del libro.

Ésta es la libertad humana, muy diferente, ciertamente, de la que podríamos suponer como propia de una divinidad omnipotente, la que evidentemente tendría la libertad de darse todas las perfecciones posibles. Muy diversa también de aquélla que un gran humanista nuestro del 400, Pico de la Mirándola, atribuyó al hombre cuando hizo decir a Dios: "No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, a fin de que como libre y soberano artífice de ti mismo te plasmases y te esculpieses en la forma que hayas escogido".

Ésta sería la libertad infinita, omnipotente, creadora; no la libertad de los hombres. La libertad humana es mucho más reducida ya que es una posibilidad de elección dentro de límites muy estrechos. Lo que nosotros podemos ser y hacer está siempre delimitado por condiciones que nosotros mismos no hemos creado, sino que son sugeridas por el libro del mundo. Y, sin embargo, aun dentro de estos márgenes, nuestra libertad es real y es una libertad terrible. De ella depende, en última instancia, el bien y el mal del mundo, puesto que al mal, por limitada que sea nuestra elección, siempre podemos decirle *"no"*, y al bien siempre podemos decirle *"sí"*. El bien y el mal dependerán siempre en cierta medida de este no y de este sí.

Una libertad tan limitada, subordinada a condiciones y a

impedimentos de todo género, es la libertad propia del hombre. Y éste es el gran tema del existencialismo contemporáneo, en torno al cual gravitan las diferentes tendencias de este movimiento filosófico.

Tratemos de tomar conciencia.

3 — *Lo posible*

La libertad de la que como seres humanos estamos dotados, y que, por lo que he dicho, debe ser considerada como el aspecto fundamental de nuestra humanidad, es siempre una libertad de elección limitada que continuamente nos pone frente a diversas alternativas. Es evidente que toda elección supone un cierto número de alternativas posibles o al menos consideradas como tales.

Cada uno de nosotros supone en cada momento poder hacer esta o aquella cosa, poder asumir esta o aquella actitud, esta o aquella línea de conducta. El poder hacer o el poder ser constituye la condición indispensable para que cada uno de nosotros lleve a cabo sus elecciones y tome sus decisiones. Comunmente nadie se coloca en un camino que piensa no poder recorrer; pero es claro que, a menudo, en la valoración de lo que nos es y no nos es posible, nos engañamos y, por lo tanto, nos vemos llevados en cierta medida a no considerar ya como posible lo que antes nos parecía tal y a tomar en consideración otras posibilidades. Esto sucede en todos los asuntos humanos ya sean insignificantes, pequeños, cotidianos o por lo contrario importantes, decisivos o, como suele decirse, históricos. Pero el punto que quiero subrayar aquí es solamente éste: libertad significa elección y elección significa posibilidad.

Nunca se insistirá lo suficiente sobre el gran alcance que el concepto de posibilidad tiene en el existencialismo y en general en la filosofía contemporánea. No me refiero aquí al desarrollo del análisis técnico de este concepto. Sin embargo puedo mostrar con algún ejemplo oportuno cómo se inserta en todas nuestras palabras y en todos nuestros actos, constituyendo de algún modo el resorte de todos los asuntos humanos. Si yo afirmo por ejemplo "en este lugar se encuentra el objeto X", entendiendo por objeto X una silla, una mesa, una lámpara, o cualquier otra cosa, todo lo que quiero decir es que yo puedo ver el objeto en cuestión, puedo tocarlo, servirme de él para el

uso al que está destinado, cambiarlo de lugar, tal vez venderlo, modificarlo, etc. Es al conjunto de estas posibilidades de ver, tocar, utilizar, etc. a lo que me refiero con la afirmación de que existe este determinado objeto y si otra persona no se contenta con mi afirmación o desconfía de ella, no habrá otra manera de verificarla que ponerla en la misma condición de poder tocar, ver, etc., el objeto, recurriendo a las mismas posibilidades de que yo eché mano en mi afirmación. Fácilmente se comprende que toda afirmación análoga se deja explicar del mismo modo: será distinta la naturaleza de las posibilidades proyectadas pero aún se tratará de posibilidades. Si por ejemplo se dice, "Sócrates es sabio", se atribuyen a Sócrates ciertas posibilidades de investigación, de orientación, de iluminación y en general de actitudes frente a la vida y al mundo que no son las propias de todos sino exclusivas de aquellos a los que otorgamos el título de sabios. Las afirmaciones hechas por la ciencia no presentan un carácter diferente. El conocimiento científico en general no es otra cosa que la posibilidad de llevar a cabo ciertas afirmaciones y de obtener ciertos resultados. Reglas, normas, máximas, órdenes, todas son posibilidades en este sentido: posibilidades a las que reconocemos un valor especial y, a veces, una dignidad superior, aunque sean siempre sólo posibilidades. En efecto, no existe norma, regla u orden que no pueda ser infringida o acatada; lo que quiere decir que toda norma, regla u orden abre frente a nosotros una alternativa que nos permite la elección. Las proposiciones de la matemática, al ser aplicadas a los usos de la vida, se vuelven reglas en este sentido: por ejemplo: $2 + 2 = 4$ es una regla que nos dice que cuando tenemos por un lado dos objetos y por el otro dos más podemos y debemos considerar estos objetos, todos juntos, como cuatro; pero es evidente que la regla puede infringirse y es infringida de buena fe por quien no sabe contar o de mala fe por quien, deshonestamente, quiere sacar ventaja. Las reglas que rigen la conducta de los negocios son simplemente aquellas que definen la posibilidad de obtener resultados deseables; de la misma manera que las reglas del arte de la construcción son las que hacen posibles que las construcciones se mantengan de pie y sirvan al fin propuesto. Es claro que por grande que sea el privilegio y la dignidad otorgada a ciertas posibilidades en comparación con ciertas otras, las posibilidades permanecen como son, es decir, como posibilidades, ni más ni menos. Un precepto moral o

religioso, por ejemplo, un mandamiento del Decálogo, no hace más que indicar una posibilidad de acción o de comportamiento que con buenas razones se considera superior a las otras. "No matarás", "No hurtarás", son preceptos que sin lugar a dudas están fuera de cuestión, pero que no hacen más que indicar ciertas acciones posibles. En efecto, no imposibilitan las acciones contrarias que infringen los preceptos mismos. Por el contrario, su violación es, desgraciadamente, continua y cotidiana, lo que quiere decir que son posibilidades que hacen un llamado a la "buena voluntad", es decir, a la elección bien orientada de los hombres.

Se dirá que esto no siempre es verdad y que existen afirmaciones que significan una necesidad y no una posibilidad. Si se dice por ejemplo "los cuerpos caen", esto expresa un hecho necesario que no puede dejar de verificarse. Pero la realidad de esta proposición, como de muchas otras que se refieren al mundo natural, no son más que *reglas de previsión,* que hacen posible prever el curso de un cierto acontecimiento. Y, como todas las reglas, pueden ser infringidas. Por ejemplo, los asistentes a una sesión de espiritismo observarán fenómenos de levitación que infringen la regla expresada en aquella proposición. No tomo partido, naturalmente, respecto a la realidad o irrealidad de estos fenómenos. Digo, solamente, que proposiciones semejantes expresan reglas, es decir, posibilidades de previsión o de comportamiento que, como todas las otras reglas pueden ser infringidas. La conclusión de estas consideraciones puede resumirse así: cualquier cosa que sienta, piense, haga o diga, el hombre se encuentra frente a un "puede ser" que le abre la alternativa de una elección. Sobre el *puede ser* se funda la entera existencia humana. Esta existencia no es otra cosa que un *puede ser.*

4 — *Lo posible y sus aspectos negativos*

Con este reconocimiento hemos llegado al punto central del existencialismo en cuanto filosofía. Las diferentes manifestaciones del existencialismo se encuentran en este punto, a partir del cual comienzan, por otra parte, sus divergencias. Todas están de acuerdo en reconocer que la existencia humana es un conjunto de posibilidades y que por lo tanto no puede ser comprendida en su conjunto y en sus determinaciones particulares,

más que como posibilidad. Tratemos, ahora, de darnos cuenta del significado y del alcance de este reconocimiento.

Lo que se nos ofrece solamente como posible *puede* realizarse, pero puede también *no* realizarse. Toda posibilidad tiene, por así decirlo, dos aspectos inseparables el uno del otro: un aspecto *positivo* que refleja algo real, logrado o deseable; y un aspecto *negativo* que refleja algo ideal, no logrado y no deseable. De vez en cuando podemos ser llevados a considerar, con mayor atención, uno u otro de estos dos aspectos, y más a menudo, naturalmente, el positivo; pero el otro aspecto existe siempre y es ineludible. Consideremos por un instante los *proyectos* pequeños y grandes de que está formada (tejida) nuestra vida cotidiana: proyectos de trabajo, de negocios, de amistades, de vida familiar, de estudio, de investigación, de diversión, etc. En todos estos casos proyectamos desarrollar, de una cierta manera, una actividad nuestra cualquiera, en vista de ciertos resultados que consideramos deseables. Pero es claro que cada uno de estos proyectos no es otra cosa que una posibilidad o un conjunto de posibilidades para el futuro y que, por lo tanto, su futura realización, aunque al comienzo se presenta bajo los mejores auspicios, nunca es cierta e infalible. Algunos podrán en un cierto momento considerarse realizados, pero aun se propondrán como proyectos para el porvenir, dejarán de nuevo abierto el acceso a la incertidumbre; otros no se realizarán; otros se realizarán de una manera diferente de como se habían previsto, siendo difícil establecer hasta qué punto se han realizado efectivamente. En todo caso, su carácter decisivo, lo que los distingue y los convierte en proyectos humanos, es su incertidumbre radical, su aspecto negativo: la posibilidad de que no se realicen.

Pero hay más. Lo que existe sólo como posible puede a cada instante *no ser.* Si la existencia humana es en su conjunto un posible, la posibilidad de no ser la acompaña y la define. Esta posibilidad de no ser es lo que todos entendemos con la palabra "muerte". La muerte no es, desde este punto de vista, la conclusión de un ciclo, un término, un fin, un hecho localizado o localizable en un momento dado y que por lo tanto caracterice a ese momento y no a los otros. Es, en cambio, una posibilidad siempre presente en la existencia humana, una posibilidad que condiciona todas las manifestaciones de ésta. *El poder morir* que cada uno de nosotros refiere no sólo a sí mismo

sino también a los otros, es el fundamento, a veces oculto, de actividades, pensamientos, afectos, cuidados, solicitudes de todo género. Piénsese por ejemplo en la cantidad de trabajo y de actividades diversas a que los hombres están directa o indirectamente obligados para el cumplimiento cotidiano de sus menesteres. Es evidente que tal cumplimiento sería inútil, mucho menos necesario o revestiría una forma completamente distinta si los hombres pudiesen no morir: en ese caso, en efecto, el no satisfacer a las necesidades mismas no produciría consecuencias fatales. Afectos, cuidados, preocupaciones están igualmente condicionados, la mayoría de las veces, por la continua posibilidad de la muerte, que le incumbe al hombre. Esta posibilidad se refleja luego en todas las actividades, las empresas y los proyectos humanos, amenazándolos en su realización y continuación, agregando así un nuevo riesgo al que es inherente a su carácter de proyectos, es decir, de posibilidades en el porvenir.

Estas sencillas consideraciones, cuyo peso todos pueden entender puesto que se desprenden de ciertas características de la experiencia humana que son fáciles, y no conviene olvidar, muestran cómo el concepto de lo posible usado como es usado por el existencialismo, para interpretar la existencia humana en su conjunto, no permite llegar a conclusiones muy tranquilizadoras o consoladoras acerca del destino de la existencia humana en el mundo. Por lo que he dicho, es fácil entender que el existencialismo difícilmente puede presentarse como una de esas filosofías que exaltan al hombre, a su destino y a la realidad en que vive, que adornan esa realidad con los colores más atractivos y que pretenden mostrar que el camino del hombre en el mundo le está garantizado ciento por ciento y que, por lo tanto, los ideales, los valores y los principios en los que cree, están destinados a un triunfo infalible. Contra estas filosofías el existencialismo piensa que eso es falso y trata de aclarar polémicamente la inestabilidad, los contrastes, los aspectos negativos y desconcertantes que la existencia ofrece en cuanto que siempre es, aun en lo mejor de ella, posibilidad del mal, del error y de la nada. De esta actitud polémica deriva sus aspectos más crudos, amargos y a menudo desolados, la literatura que se mueve en el clima del existencialismo y de ahí que el adjetivo existencialista haya pasado a designar en el uso corriente (en verdad vago e impropio) toda forma de atención que se dirija a los aspectos más oscuros, desconcertantes y negativos de la vida.

5 — *El existencialismo negativo*

La filosofía del existencialismo se reduce en la mayoría de sus expresiones a esta actitud polémica. Su atención está dirigida con mayor frecuencia al aspecto negativo de las posibilidades que se ofrecen al hombre y lo constituyen. En el siglo XIX el precursor de esta filosofía, el danés Sören Kierkegaard, definió claramente la fuerza paralizante de lo posible. Su vida está dominada por un episodio que a un hombre normal puede parecerle incomprensible y de escaso significado, pero que tuvo para él una importancia decisiva. Se comprometió con la muchacha que amaba y que le ofrecía todas las garantías posibles para una unión feliz; después de algún tiempo, sin ningún motivo particular, logró que se rompiera el compromiso y renunció al matrimonio. ¿Por qué? Porque fue paralizado por la consideración de las posibles consecuencias de su acto. Choques, incomprensiones, contrastes de personalidad, inadecuación a los deberes y a las exigencias del matrimonio, y por lo tanto, infelicidad, error, pecado, son cosas que pueden surgir en el curso de la vida matrimonial. Kierkegaard no tuvo, por lo que sabemos, motivos especiales para temer las consecuencias del matrimonio más que otra persona; pero vio y anticipó claramente la pura posibilidad y esta pura posibilidad fue suficiente para impedirle la vida matrimonial. En un libro famoso describió, con extraordinaria claridad, esa forma especial del miedo que es la angustia. La angustia no es el miedo en el sentido común del término, porque el miedo siempre es sugerido por un peligro preciso, reconocible. Es solamente el "sentimiento de lo posible". Es decir, es el sentimiento que acompaña a la consideración del aspecto negativo y nihilizante de todas las posibilidades que se nos ofrecen: tanto la del matrimonio como la de cualquier otro proyecto, iniciativa o trabajo en que podemos empeñarnos.

Sin embargo, es evidente que la consideración unilateral del aspecto negativo de nuestras posibilidades, si se la piensa radicalmente, tiende a anular el carácter propio de las posibilidades mismas, es decir, a negar que sean posibilidades. Si frente a todo proyecto o iniciativa eventual tomo en cuenta únicamente los riesgos y los peligros que le son inherentes o que lo amenazan a cada instante con reducirlo a la nada, el proyecto o la iniciativa así considerados me parecerán ya no digo posibles, sino completamente imposibles. En otros términos, nos

encontraremos paralizados y, como Kierkegaard frente a su proyecto de matrimonio, abandonaremos y consideraremos imposible todo proyecto que, cuando menos a primera vista, se anunciaba como posible. Y lo abandonaremos no por motivos particulares, es decir, porque un examen más maduro de ese determinado proyecto nos haya convencido de que su posibilidad era sólo aparente, sino solamente por un motivo general e indiferenciado que se aplicará igualmente a todos los proyectos y que desde un principio los hará aparecer como imposibles. Desde este punto de vista, todos los proyectos, todas las posibilidades humanas, estarán reducidas al mismo plano, será inútil valorarlas, compararlas individualmente, elegirlas según la específica posibilidad de realización que presenten, tomando por base criterios que hayan resultado eficaces. Todas las posibilidades se igualarán en su característica común que será la única que tomaremos en consideración: la característica negativa por la cual cada una de ellas *puede no* realizarse. Si se considera esta característica sólo en sí y abstractamente, nos llevará a la conclusión de que tienen el mismo valor, es decir, cero o que tienden a cero y que la elección entre una y otra es puramente indiferente o completamente imposible. Esto es, en realidad, el camino seguido por el existencialismo alemán y por Sartre.

Cuando Heidegger dice que todas las posibilidades humanas en cuanto que se dirigen hacia el futuro proyectándolo, no hacen más que recaer hacia atrás, sobre el pasado, sobre lo que ya ha sido o ya ha sido hecho, afirma la equivalencia de valor de semejantes posibilidades ya que las reduce a verdaderas imposibilidades. De hecho la única elección que se le ofrece al hombre, según Heidegger, es la de comprender o no comprender la imposibilidad de la existencia (es decir, la muerte) pero también aquí, de cualquier manera que se elija, las cosas no cambian, puesto que la imposibilidad de la existencia, ya sea que se la acepte y reconozca, ya sea que se la ignore u oculte, permanece igual. Cuando Jaspers dice que todas las posibilidades humanas están ligadas a una situación de hecho y determinadas por ella, de modo que no hacen más que proyectar hacia adelante esta situación sin poderla modificar, afirma la equivalencia de valor de todas las posibilidades y las reduce a imposibilidades. No puedo ser, querer u obrar más que aquello que yo soy; pero lo que yo soy no es objeto de elección y no me

ofrece otra alternativa posible más que la de continuar siéndolo. También aquí la única elección que me es permitida es la de continuar siendo lo que soy, sabiendo lo que soy, o bien la de continuar siéndolo sin saberlo; pero esta elección (como es evidente) no tiene ninguna consecuencia práctica. En suma, cuando Sartre dice que todas las actividades humanas son equivalentes puesto que están avocadas al fracaso, siendo la misma cosa, en el fondo, emborracharse solitariamente o conducir los pueblos, no hace otra cosa que expresar en la forma más violenta y desconcertante aquella equivalencia de valor de las posibilidades humanas que ya Heidegger y Jaspers sostuvieron.

Debemos subrayar el extraño destino de esta forma del existencialismo que, como Saturno, devora a sus hijos. Surge del reconocimiento de que el hombre vive y respira en un mundo de posibilidades que se ofrecen a su elección y concluye que no existen posibilidades sino sólo imposibilidades y que no hay nada qué elegir.

En otros términos, estas formas del existencialismo, después de haberse servido del concepto de posible como de una palanca para colocar la existencia al nivel de la comprensión, rompen esta palanca y operan como si nunca hubiera existido. El concepto de posible se transforma en las manos de estos filósofos en el de imposible. Pensad, ahora, en la diferencia, más aún, en el abismo, que existe entre estos dos conceptos. Lo imposible es lo necesario (en el sentido más estricto y riguroso del término): frente a él no queda nada por hacer ni por decir. Lo posible es, en cambio, la libertad: frente a él el hombre puede elegir.

6 — *Existencialismo teológico u ontológico*

Por otra parte, sin embargo, no faltan filosofías existencialistas que parecen escaparse, cuando menos a primera vista, a esta alternativa nihilizante. Son aquellas formas del existencialismo que ven en la posibilidad de la existencia una relación con Dios, con el Ser o con el valor, y que ponen el acento sobre la infinitud, lo absoluto, y en una palabra sobre la omnipotencia del otro término de esta relación, para garantizar la relación misma y reconocer a las posibilidades de la existencia un carácter positivo por el cual parecen abrirle al hombre el horizonte de la certidumbre. Ya sea que se conciba a Dios como

misterio que se da al hombre en el amor más que en la especulación racional (Marcel); sea que se lo conciba como Ser totalmente presente a la experiencia interna del hombre (Lavelle); o como valor que se da al hombre en la experiencia moral (Le-Senne), el resultado de estas interpretaciones es siempre el de ofrecerle al hombre la garantía de que las posibilidades de su existencia se realicen de la mejor manera.

La garantía reside en el hecho de que la existencia es siempre relación con un ser (Dios) que tiene por definición, o mejor dicho, es por definición, la posibilidad de cumplir las más altas posibilidades humanas. Las posibilidades humanas son, en otros términos, desde este punto de vista, posibilidades *realizadas* en cuanto que son dadas o concedidas al hombre por el SER mismo que las contiene a todas en su cumplida realización. Entonces el tiempo cesa de ser una amenaza de destrucción, para volverse una condición de realización. El éxito de las empresas humanas está garantizado anticipadamente puesto que, como dice Lavalle, "cada posibilidad está destinada a ser realizada".

Aun cuando un punto de vista semejante pueda parecer alentador, es sin embargo, más la expresión de un piadoso deseo que el resultado de un análisis desprejuiciado de la existencia humana. En realidad este punto de vista no puede ayudar al hombre en ninguna de las situaciones particulares en las que llega a encontrarse. Si significa que todas las posibilidades humanas están indiferentemente destinadas a realizarse, además de chocar contra la experiencia dolorosa del fracaso, de la infelicidad, del dolor, de la muerte, etc., no ofrece ningún criterio para distinguir entre posibilidades, ya que todas, en este caso, serían igualmente sólidas, buenas y felices. Pero si esto significa (como parece ser de acuerdo con el espíritu de quienes la proponen) que sólo *algunas* de las posibilidades humanas están garantizadas en cuanto fundadas en el ser y el valor, ello choca de nuevo, y más rudamente, con la exigencia de un criterio de elección. En este caso, en efecto, es necesario elegir entre posibilidad y posibilidad; ¿pero cómo distinguir, cómo conocer, en los casos particulares, la que está fundada en el ser y en el valor y por lo tanto "está destinada a realizarse", de aquella que no lo está? Todo el discurso aparece como una justificación *post factum* que no ofrece ningún criterio limitativo u orientador en las situaciones existenciales con-

cretas. Aquellas que se realizan son las posibilidades fundadas en el Ser y en el Valor; esta proposición es puramente tautológica. De lo que tenemos necesidad es de saber en cuál aspecto o carácter podemos reconocer, *de antemano,* las posibilidades que se realizan. Y sobre este punto las filosofías existencialistas en cuestión nada dicen.

Lo que dicen, sin embargo, no hace más que relacionarlas a ese existencialismo negativo del que ya hemos hablado. Existen, dicen, posibilidades destinadas a realizarse, es decir, que es imposible que no se realicen y posibilidades destinadas a no realizarse, es decir que es imposible que se realicen. Es evidente que ni las unas ni las otras son posibilidades puesto que, como hemos visto, lo propio de la posibilidad es que no implica nada que haga imposible su realización o su no realización. Lo propio de la posibilidad es que deja abierto el camino tanto a una como a otra cosa, mientras que cuando uno de estos caminos está cerrado, no existe posibilidad sino determinación necesaria. Asistimos aquí, en otros términos, a la misma transformación que el existencialismo negativo ha hecho padecer a la noción de posibilidad, transformándolo en el concepto opuesto de imposibilidad, es decir, de necesidad, que excluye la libertad y la elección. No obstante su carácter vagamente alentador y optimista, estas formas del existencialismo tienen como resultado la misma negación de las posibilidades existenciales llevada cabo por esas formas del existencialismo que parecen negativas y pesimistas. Ni siquiera éste es, pues, un existencialismo *positivo.* Tal existencialismo debe satisfacer dos exigencias: 1) mantener la noción de posibilidad en su doble aspecto negativo y positivo y evitar transformarla en una determinación de necesidad; 2) suministrar un criterio de elección de las posibilidades existenciales ciertamente no infalible, pero válido. ¿Cuál es este criterio?

7 — *¿Existe un criterio de elección?*

¿CÓMO *debe* elegir el hombre? Las posibilidades que se le ofrecen en la incesante proyección en que consiste su existencia, se dejan verdaderamente valorar de un modo que puedan guiar nuestra elección? Y si es así, ¿cuál es el criterio de su valoración?

Claro está que si la existencia humana es un posible que

vive en un mundo de posibles, el criterio de valoración no puede ser extraño a lo posible mismo. No podemos recurrir a otro concepto: simplemente porque *no* lo tenemos. En efecto todo otro criterio o principio sugerido para valorar los posibles será, ahora y siempre, una nueva posibilidad: se ofrecería a nuestra elección, nosotros deberíamos elegirlo, pero podemos también no elegirlo. Luego podemos decir: el criterio para juzgar los posibles y para elegir razonadamente es lo posible mismo. Pero para ser asumido como criterio de valoración de sí mismo, lo posible debe ser reintegrado a los dos aspectos que lo constituyen y no ser reducido ni sólo a su aspecto negativo y nulificante, ni sólo al positivo y realizador. Lo posible es cualquier cosa que *puede ser* o *puede no ser.* El *puede ser* forma parte de su significado como el *puede no ser,* y recíprocamente. No podemos ciertamente escapar al reconocimiento de que toda iniciativa o proyecto humano es aleatorio, de que puede terminar en la nada. El existencialismo rehusa dar al hombre garantías infalibles, rehusa mecerlo en un optimismo confiado que adormecería su vigilancia y lo expondría a todos los peligros. Pero por otra parte el existencialismo debe rehusarse a paralizar al hombre y a clavarlo en la inercia y en el abandono, descubriéndole únicamente el desacierto y el descalabro de todas sus iniciativas. Debe más bien conducir al hombre a la libertad de elección entre estas iniciativas, permitiéndole en cada caso elegir de la manera mejor y más razonable. Debe, por lo tanto, alentarlo o formarse, en cada campo, criterios de valoración y de elección que sin tener la ilusoria pretensión de la infalibilidad, reduzcan las posibilidades del error y sean continuamente susceptibles de mejoramiento.

Estos criterios podrán constituir, como sucede en las ciencias exactas de la naturaleza, técnicas precisas, utilizables con cierto buen éxito, aunque nunca seguras o definitivas; o bien normas o reglas de conducta, como sucede en el campo de las actividades moral, social, política, económica, etc. En todo caso, técnicas, reglas y normas dirigirán al hombre en la elección de las alternativas posibles que se le ofrecen continuamente. ¿De qué modo lo dirigirán? Es decir: ¿cuál, entre las alternativas posibles, le prescribirá elegir? Evidentemente aquellas que, una vez hecho el debido examen, son *realmente* posibles. Lo "realmente posible" es siempre una posibilidad, pero una posibilidad que ofrece una cierta garantía de no manifestarse

enseguida o después de un cierto tiempo como imposible. En otros términos, lo realmente posible es lo que nosotros podemos seguir eligiendo, sin que el haberlo elegido una vez haga imposible la elección ulterior.

No dudo que este criterio en la forma abstracta en que lo he presentado parezca áspero y poco manejable. Sin embargo no es un criterio abstracto sino concreto, y responde a las más diversas exigencias de la vida humana. Consideremos el caso de un hombre o de una mujer que se prepara a casarse con el compañero o la compañera elegido. Lo que esta persona debe preguntarse es lo siguiente: la elección que hago en este momento ¿podré repetirla durante todos los días y los años venideros? Los motivos que me llevaron a la elección ¿me ofrecen una cierta garantía de que continuarán inspirándome la misma? Si esa persona puede responderse, con toda honestidad, sí, al plantearse semejante pregunta, su elección se presenta bajo buenos auspicios. De otra manera, la elección es equivocada, desde el principio. En efecto, un matrimonio logrado es solamente aquel en que después de muchos años, no obstante lo que pueda haber sucedido, las dos personas pueden aún decirse: volvería a hacer esa elección: Es claro que estas dos personas han renovado continuamente su elección, y han mantenido vivos y vitales los motivos que la sugirieron la vez primera. Elegir bien significa elegir en este momento y siempre. Quien ha elegido bien su profesión, su fe política o religiosa, su técnica de trabajo o puede decir la misma cosa: haré en este momento y siempre la misma elección. Pero quien esto afirma ha hecho verdaderamente y vuelto a hacer en el curso de su vida la misma elección incesantemente, que era una elección buena justo porque hacía posibles en éste y todo momento las elecciones ulteriores. Sería fácil multiplicar los ejemplos, pero también sería inútil. Permitidme sólo agregar que lo que nosotros llamamos verdad de un conocimiento, o belleza de una obra de arte, se presta a ser entendido de la misma manera. Un conocimiento verdadero es un conocimiento que puede ser usado, en este momento y siempre, en las circunstancias adecuadas, un conocimiento que no desilusiona, que no lleva a errores irreparables: una posibilidad de elección siempre renovable. Y una cosa bella es, como dice el poeta, "un goce eterno", es decir, una posibilidad de goce que cualquier hombre puede elegir y hacer suya tanto ayer como hoy y quizá también mañana.

Justamente dentro del espíritu de este criterio fundamental he presentado aquí el existencialismo. He presentado esta filosofía no como una doctrina inmóvil en sus dogmas, sino como un esfuerzo de liberación y como una invitación a la libertad y a la elección responsable. En cuanto tal, no se presenta como la única lectura del gran libro del mundo y como la única voz, destinada a acallar o a opacar cualquier otra voz. Sólo pretende establecer las condiciones de un diálogo que se continúa y se desarrolla siempre de un modo más fecundo, porque para el existencialismo esto es la filosofía: un diálogo entre hombres libres.

¿QUÉ ES UNA INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA?

Por *Miguel BUENO*

La finalidad de las obras que intentan efectuar una "introducción a la filosofía", consiste en exponerla de manera que el lector novel, poseedor de cierta cultura general, pueda tener una idea bastante clara de ella. Pero un motivo como éste, sencillo en apariencia, presenta varios obstáculos. El primero está en la naturaleza misma de la filosofía, repartida en infinidad de opiniones, teorías, ensayos, tratados, etc., que impiden sea fácil dominarla desde la primera ojeada. Un segundo obstáculo consiste en que la obra filosófica emplea un vocabulario no siempre conocido del lector en general, pudiéndose afirmar, sin temor a exageración, que es mayor el equívoco ocasionado por el vocabulario, que el surtido por el natural choque dialéctico de las opiniones y épocas donde hay que cifrar necesariamente el progreso de la filosofía. Otro impedimento puede radicar en que la filosofía misma figura ocasionalmente como una reflexión ajena al orden concreto de la vida, siendo, por el contrario, un elemento vital para la existencia del hombre; por esto se ha llegado a opinar —más de una vez— que la filosofía es aquello "con lo cual y sin lo cual, el mundo sigue tal cual".

Pero nada más lejos de la realidad. Si alguna reflexión ha tenido de hecho, y debe tener de derecho, un gran alcance y significación en la vida del hombre, es precisamente la filosofía. El obstáculo para su comprensión no deriva tanto de la filosofía misma cuanto del factor extrafilosófico que actúa en ella, incluyendo el prodigado comentarismo propedéutico; su ensayo corre el riesgo de toda interpretación filosófica, riesgo tan imposible de evitar como inexorable es el cultivo del tratadismo introductorio. Sabiéndolo, no hay otro remedio que compensar a base de claridad en la exposición, y de una absoluta sinceridad en la apreciación de las tesis, la dificultad

intrínseca de la filosofía. Se debe presentarla en una forma que, a pesar de su carácter iniciante, pueda tomarse como un verdadero examen de la materia, con el deseo de exponer *su* "verdad", si es que puede tener alguna; se procurará excogitar el sentido de la filosofía, y formularlo con toda objetividad, pues al hablar de ella no hay nada peor que la falta de claridad y precisión en los conceptos. Es de todo punto importante evitar el empleo de expresiones que, por ayudar a la comprensión de la filosofía, alteren su sentido original. Ahora bien, la imparcialidad y objetividad en los conceptos irá aparejada a un sentido propedéutico, eliminando la presentación del problema terminológico específico, es decir, la cuestión filológico-filosófica que, en último análisis, constituye el ropaje de cada postura, pero nunca la esencia de la filosofía misma. Si además de esta reducción objetiva, su exposición puede ser agradable a la lectura, tanto mejor. En tal sentido es pertinente suavizar algo de su reconocida aridez, pero no producir a cambio de ello un menosprecio en el valor de la filosofía; hay que llevar a cabo una síntesis clara y veraz de la función que tiene el pensamiento filosófico en la historia y la vida del hombre, aunque al buscar dicha síntesis no pueda evitarse el contacto con las fronteras de la interpretación; con ello se traducirá el fondo técnico y específico de cada doctrina, al lenguaje común del hombre cultivado, y cuando el empleo de algún término especial sea inevitable, la inclusión correspondiente se hará previa explicación de lo que significa.

I

ALGO que nos preocupa fundamentalmente es llegar a la esencia misma de la filosofía, para comprender su pleno e íntimo significado. El significado —o significación— es el contenido de un signo, valga decir, la expresión vinculada a una cierta idea que se involucra en el signo y da forma abierta a la expresión. Signo y significación actúan como términos indisolublemente unidos; el signo tiene una significación y la significación corresponde a un signo.

De acuerdo con ello, el estudio de la filosofía se puede verificar de dos formas: la primera consiste en el relato de las doctrinas filosóficas; la segunda quiere una interpretación significatoria de su propio sentido. En la primera se da el signo;

y en la segunda la significación; para llegar a ésta hay que pasar por aquél, o lo que equivale, para comprender el sentido de la doctrina hay que tener primero el enunciado de las tesis, y partiendo de ahí se llegará a la interpretación fiel y auténtica de la filosofía. Un tal estudio ha de ser efectivamente *comprensión* y no sólo *erudición;* el hecho de conocer una doctrina implica la necesidad de interpretarla, exponiendo el motivo íntimo que la produjo y la justifica como un hecho espiritual.

Pero al hablar de interpretación hay que cuidarse del error que brota al amparo del comentarismo filosófico. Es un problema difícil definir hasta qué punto es dable hacer una interpretación cien por ciento real, es decir, una justificación plenamente fiel, que no se reduzca, sin embargo, a la mera transcripción del texto; pero en todo caso no podemos abandonar la idea de que la interpretación debe ser íntegramente fiel a la exposición misma; por regla general, este tipo de trabajos llevan a cabo una síntesis que el comentarista extracta para ofrecer la quintaesencia de cada doctrina. Suponiendo que la síntesis haya sido fiel y objetiva, el problema de la interpretación se eleva al plano de la crítica y se convierte en la apreciación del acierto o desacierto filosófico, para lo cual es indispensable un criterio que oriente el juicio del comentador. Gracias a él se puede ir más allá de la mera información obtenida en el texto y llegar a la idea general de la filosofía, revelando el papel que ha tenido esta idea en cada postura objetivada.

De tal modo, el estudio de la filosofía puede verificarse en tres fases. La primera es la información en el texto. La segunda es la obtención del concepto general de filosofía a través de "las filosofías", que tienen forzosamente un factor común por cuya virtud se les llama "filosofía"; de ahí que cada una sea tan sólo un punto de la trayectoria mucho más amplia que se representa en la historia.

La tercera fase es una aplicación de la anterior, y consiste en verificar el sitio que corresponde a una postura, así como el papel que juega en el panorama general de la historia.

Dichas fases constituyen lo que podríamos llamar genéricamente *"la filosofía"*, esto es, la disciplina que involucra a *"las filosofías";* éstas giran en torno a la multiplicidad doctrinaria que se ha dado históricamente, pero el sentido de *la filosofía,* y el sentido que debe tener el *conocimiento de la filoso-*

fía, no se agota en ellas; ya no digamos en la mera toma de noticia que representa "leer" un texto o su comentario, ni siquiera en la obtención de un concepto general del mismo; hay que aplicar el proceso trifásico anterior al *ejercicio vivo y actuante del filosofar,* a una actitud que llamaríamos "personal", entendiendo en ella la actuación filosófica de una persona en función del proceso mismo, que es radicalmente objetivo e histórico, y de ningún modo "personal" como una ocurrencia que brota y se pronuncia por el mero deseo individual de formularla; a esta actitud cabría mejor llamarla "personalista" y aunque de ese modo personalista se haya expresado más de una filosofía, es factible mostrar que sólo con un fundamento objetivo puede concebirse una doctrina "propia" o "personal", cuya producción encarna el fin último del filosofar.

Por análogo interés que tiene distinguir a la filosofía como *conocimiento histórico* de la filosofía como *ejercicio actuante,* conviene emplear el término de *"filosofía"* para la primera, calificando a la segunda, ya no con un sustantivo, sino con un verbo, puesto que el verbo significa el acto, un realizar, un estar actualizándose. Y el verbo que procede en este caso es *filosofar.* El destino del conocimiento filosófico es actualizarse en el hecho personal (no personalista) de hacer una filosofía viva, de convertir el sustantivo en verbo, de transmutar los hechos en actos. Puede formularse esta idea en el enunciado de que *la misión de la filosofía es transformarse en el filosofar.*

Tal conclusión se vincula estrechamente con el genérico anhelo de "introducir a la filosofía", que en forma actuante y reflexiva es un "introducirse en el filosofar". *Introducirse,* porque nadie más que uno mismo resuelve, en último término, la tarea de asimilar un hecho cultural; *en,* porque la introducción revela un acto de internación y no la mera actitud tangencial de estar "junto a"; y *filosofar,* porque la introducción misma refleja aquella actualización de la filosofía donde radica el significado del verbo "filosofar". Quien no esté poseído por la ingente necesidad de actualizar un conocimiento, de asimilarlo y hacerlo trabajar en la vida, no podrá creer que se haya introducido en el filosofar, por más abundante que sea su documentación o lúcida y brillante su memoria. La "filosofía" está apartada del "filosofar" por un abismo muy hondo y

difícil de suprimir. Y no es tanto la anchura —relativa al fin— cuanto la profundidad del abismo, lo que impide a veces que la filosofía pueda convertirse en el filosofar; no es la necesidad de aprender muchas doctrinas, sino el imperativo de profundizar en su significado, lo que dificulta que en cada conocedor de la filosofía haya un auténtico filósofo. Y cuando este hecho se remite al problema de la pedagogía, no puede menos de pensarse cuán lejos se hallan de cumplirla aquellos textos que prosiguen en la tradicional costumbre de hacer la exposición de una teoría sin develar el espíritu que la anima. Ni siquiera evita permanecer en la mera tangente ideológica el tratado que acompañe a la exposición misma una amplia referencia biográfica, bibliográfica e histórica, aunque ella determine un factor sumamente ilustrativo para la materia y prepare en buen grado su comprensión.

Con todo esto, y en pocas palabras, se puede concluir que la introducción filosófica es el comentario de los problemas y sistemas que integran la disciplina, abordándola con un criterio objetivo para obtener de ella una lección concreta. Su primera etapa brinda la presentación de las herramientas con que se ha trabajado en la historia, mientras que la segunda concluye en la construcción de un nuevo instrumento para intentar la obra personal. Con esto llega a la adopción de una postura, cuya base implica el criterio personal a que nos hemos referido antes, siendo inmanente a la perspectiva y disposición para incorporar las tesis dadas con anterioridad, a la práctica y realización de un ejercicio propio.

El trabajo ha de consistir, de acuerdo con ello, en una primera incursión por el mundo de las doctrinas filosóficas, para procurar su ulterior aprovechamiento en la *verbización* (de "verbo", no de "verbalismo") que representa el "filosofar". Consistirá en una captación de sus direcciones fundamentales, con el tratamiento de sus principales problemas. Después de ello se procurará la aplicación *verbante* de la filosofía. La exposición de las tesis debe quedar dispuesta de manera que la proyectada introducción se facilite al grado máximo; pero aún así, la tarea no es muy fácil de llevar a cabal cumplimiento.

La principal dificultad para filosofar radica en la comprensión de la idea interna que hemos cifrado en el *signo* y que se vierte como *significación,* pues sólo en ella puede abor-

darse objetivamente la interpretación de la filosofía misma. Tal vez convenga, para disponer la tarea, armarse de un cierto criterio anatómico y verificar cortes que permitan examinar el cuerpo doctrinario de análoga manera a como el médico examina el cuerpo humano: tiene que estudiarlo en cadáveres, cortando las partes que en vivo son los órganos del sistema. El fin que persigue no se limita al conocimiento del cadáver, sino que tiende a la reconstrucción del organismo como función actuante, para aplicarla después al reconocimiento del hombre vivo. La exposición de las doctrinas filosóficas viene a ser, en cierto modo, como un corte de anatomía en el cuerpo histórico a que pertenece, corte que da la manera de contemplar su estructura interna aunque para ello convierta al texto filosófico en una especie de cadáver aislado del momento histórico y vital que lo produjo. La filosofía es también un organismo vivo, sólo que su vitalidad corresponde al espíritu y, en su campo, es tan delicado como el organismo corporal; debe tratársele con igual cuidado al que se emplea en el examen del cuerpo humano, pues la confusión y los prejuicios, el error o la exageración, repercuten en la enfermedad del espíritu, no menos delicada que las del cuerpo.

Así, con toda la dedicación que esto implica, se puede dar comienzo a la marcha en el filosofar; para ello hay que haber cumplido un primer paso que consiste en la definición de un criterio inicial que habrá de aplicarse ulteriormente a la conquista del objetivo deseado.

II

El supremo concepto filosófico, del cual derivan los demás, es el de *filosofía.* Se han dado de ella innúmeras definiciones; en cada sistema puede encontrarse, como antecedente obligado, un concepto de la filosofía, que va desde los muy imprecisos, como en la primera etapa histórica, hasta las definiciones técnicas de la época contemporánea.

El primer concepto es el de Herodoto (siglo VII a. C.), para quien la filosofía es un continuo aspirar al conocimiento; Thales de Mileto (623-545 a. C.) la consideró como determinación universal del ser. Aristóteles (385-321 a. C.) definió a la filosofía como "fruto de una admiración ante la gran-

diosidad de la naturaleza", como "el saber total que se ha obtenido del saber particular". Ulteriormente, para Santo Tomás de Aquino (1224-1274) es la investigación de la esencia de las cosas, considerada como el saber de Dios que se refleja en el saber de los hombres. Con Descartes (1596-1650) y el racionalismo, la filosofía es el método para demostrar la veracidad del pensamiento, determinando *ipso facto* la naturaleza íntima del ser. A partir de Emmanuel Kant (1724-1804) el concepto de la filosofía se dilata; para el pensador de Koenigsberg es la ciencia que estudia al hombre e investiga la fuente del saber humano, así como la extensión del uso posible y útil de todo el saber, fijando límites al ejercicio de la razón. Guillermo Federico Hegel (1770-1831) la entiende como ciencia del saber absoluto, como determinación del ser en sí, fuera de sí, y para sí, a través de la síntesis dialéctica que yace *ab aeternum* en el proceso integral de la naturaleza y del espíritu. Se puede notar que un concepto como éste difiere bastante del que daba Herodoto, considerando a la filosofía como el mero afán por conocer.

Ahora bien, en torno al concepto general de filosofía caben tres observaciones. La primera es que cada pensador brinda una definición de acuerdo con la idea que tiene él mismo de la materia; pero ello no debe extrañar, pues lo propio sucede en cualquiera otra disciplina, y precisamente la variedad de opiniones hace más rico el panorama discursivo, que sería pobre y monótono si el investigador tuviera que atender a una sola orientación y marchar, por ende, sobre una ruta única de trabajo.

Mucho se ha comentado la variedad de opiniones en la filosofía. Una de ellas sostiene que no ha llegado aún a la conclusión definitiva en su propio campo; sobre esto apuntamos que, independientemente de la superficialidad como la consideran quienes opinan de este modo, el hecho de la diversidad doxográfica es aplicable no sólo a la filosofía, sino a cualquiera disciplina donde intervenga la razón. Si hubiera un acuerdo definitivo sobre la conclusión del pensamiento, no sólo la filosofía habría dejado de existir, sino también la ciencia y la cultura misma, que encuentran en la multiplicidad del pensar, y aun en sus deficiencias y contradicciones, el resorte animador de su continuo progreso.

Pero con esto llegamos a la segunda observación: *la filo-*

sofía ha ido especializándose a medida que transcurre su historia. Dicha especialización es un heraldo de progreso, así como también lo es el contacto que por su propia virtud ha ido estableciendo la filosofía en cada rama de la cultura. Mucho ha tenido que avanzar, más allá del viejo concepto de la reflexión abstracta que descubre "causas primeras" y "fines últimos", para llegar a la investigación actual, que no "descubre" nada en el sentido de la invención pura que se le atribuyó durante largo tiempo, sino revela el sentido de la existencia en cada uno de sus aspectos, precisamente por lo cual ha requerido una profunda especialización que deriva del señalado contacto con el *humus* de la vida, constituido por la "experiencia cultural". Análoga trayectoria ha debido proseguir la ciencia particular, y de aquel "afanarse por saber" en que consistió la filosofía primitiva, a la complicada ciencia filosófica que encontramos en la actualidad, hay una distancia equivalente a la que separa la geometría primitiva, que servía para mediciones elementales de la geometría y la matemática modernas, con toda la admirable estructura de principios y con la reflexión teorética que le ha valido para consolidarse en el más firme terreno de la ciencia.

La tercera y última observación es fundamental: no obstante la variedad de sus definiciones, ha de existir alguna forma de caracterizar unívocamente a la filosofía, indicando lo que poseen de común los diferentes conceptos que se han dado de ella. Y ésta no es sólo una idea posible, sino una conclusión necesaria, puesto que toda "filosofía" se llama así por pertenecer a una única *filosofía,* de análoga manera a como cada "geometría" expresa un momento de la ciencia que es la *geometría.*

Para resolver la cuestión definitoria se acostumbra tomar como punto de vista un criterio que puede ser calificado de netamente empírico, a saber, que la doctrina de referencia ostente el nombre de *filosofía.* Así han evolucionado la mayor parte de los sistemas que figuran en la historia. Desde luego, la mejor aproximación al núcleo interno del filosofar propiamente dicho, se ha logrado principalmente en virtud del concepto teórico que precede a cada obra representativa del moderno tratadismo historiográfico. Pero no podemos menos de pensar en el muy expresivo dicho *"Ni están todos los que son, ni son todos los que están",* cuando leemos algún tratado histórico de

la filosofía. Si ha de cobrar carta ciudadana cualquiera opinión por el hecho de llamarse "filosofía", bien poco se requiere para formar una abundante colectividad. Pero si en ella han de entenderse las doctrinas que revisten un auténtico significado cultural y humano, entonces habrá que realizar un profundo examen del acervo tradicionalmente reconocido para seleccionar aquellas posturas que significan un momento verdadero en la trayectoria ideal y progresiva del pensamiento filosófico. Tal es la norma de una *historia ideal de la filosofía,* frente a la historia real, o mejor dicho, empírica, que engloba a las doctrinas "oficiales" con un criterio de autodenominación, o con la declaración de un cierto problema como objeto de su pretendido tratamiento, independientemente de que sea verdadero o falso problema, y por consiguiente, de que logre, ya no la "definitiva" solución, pero ni siquiera un genuino apunte de la misma.

Por otra parte, el más significativo haber de tesis y problemas filosóficos se halla contenido en la disciplina cultural que lo origina, más allá de la "filosofía oficial", de modo que un agudo historiador se llevaría no poca sorpresa al constatar la magnitud de los problemas filosóficos que se plantean fuera de la "filosofía oficial", y la forma lógica como han llegado a resolverse, independientemente de la "autoridad" en turno. Se puede comparar lo conquistado por la ciencia en el problema de la realidad —naturaleza o vida humana— con lo aseverado en forma muchas veces temeraria por filósofos de renombre, y la comparación orillaría a estos últimos, en más de un caso, a un triste ridículo.

Digamos, para comprender esta realidad, que el más profundo significado de la filosofía radica en la revisión del problema cultural y la fundamentación objetiva de sus tesis, originando una actitud crítica que ocurre más señaladamente en la filosofía moderna; y sin que en la actualidad se haya desterrado totalmente la improvisación, puede afirmarse que por su madurez ha llegado a una mayor cautela en el planteamiento de la cuestión básica del ser, y por ende, en el método para resolverla. Por último, reiteremos que no es dable escapar a la trayectoria que ha seguido la filosofía en su historia real, aun considerando los numerosos errores que se han cometido en ella. Por esto se debe partir de una revisión histó-

rica en la materia, antes de llegar a la interpretación sistemática que hemos dicho.

III

ETIMOLÓGICAMENTE, "*filosofía*" significa "*amor a la sabiduría*", y en tal sentido la entendieron los primeros filósofos griegos, preocupándose por problemas de toda especie del saber. Así fue como la filosofía de la antigüedad constituyó una "opinión" —*doxa*— que englobaba cualquier forma de conocimiento. Quien anhelaba poseerlo era considerado como "filósofo". Más tarde, la inquietud por el saber condujo a la obtención del conocimiento objetivo —*epistemée*— que poco a poco se dilató hasta formar un caudal que ya en la madurez de la cultura griega no podía tenerlo una misma persona, produciendo la especialización del saber en cada tipo de conocimiento. Y así fue como la mera inquietud de opinar llegó a transformarse en el conocimiento concreto.

El factor que determinó tal especialización fue la naturaleza misma del pensar, que fue estableciendo definidamente los motivos de la cultura humana, y recibiendo en cada caso un nombre especial, pues la antigua caracterización del saber en general como filosofía, y del sabio como filósofo, había desaparecido. A partir de una época que no es fácil precisar, llegó la ciencia a constituir una disciplina independiente que podía recibir un nombre propio; igual sucedió con las demás formas de cultura. Produjéronse, el hombre de ciencia, el artista, el político, el jurista, el teólogo, etc., que en rigor no se pueden llamar filósofos, aunque su ocupación incluya de importante manera a la filosofía. Cada uno determinó un avance de la filosofía misma, originando una interrelación filosófico-cultural que ha venido a desembocar en la moderna filosofía de los valores. Pero la formación de disciplinas no implicó la separación de actividades; el apartamiento de las formas del saber, que se desprendieron del tronco "filosófico" original, no motivó que se les abandonara como tales formas del saber, ni que el "sabio" renunciara a filosofar. Por el contrario, determinó la necesidad de mantener la reflexión filosófica en íntimo contacto con la vida humana, afirmándose esta relación a un grado tal que fue inexorable el paralelismo de filosofía y cultura, acentuando la significación de aquélla como símbolo

de la existencia, a lo cual nos hemos referido antes. Los grandes genios de la ciencia, del arte, de la política, etc., han tenido un gran influjo en la filosofía; recíprocamente, ésta ha jugado decisivo papel en la obra de aquéllos. No obstante, ni la ciencia, ni el arte, ni la política, ni cualquiera ocupación de la experiencia concreta, equivale a la filosofía. ¿Por qué se relaciona, pues, con las disciplinas particulares, y en qué se distingue de ellas?

En un principio —como hemos dicho— la filosofía era el afán de conocer, y ulteriormente llegó a significar el saber mismo en su totalidad, formando un tronco del cual se fueron desprendiendo las clases del conocimiento por virtud de su especialización. El papel de la filosofía tuvo que cambiar totalmente. El eje del cambio que operó en ella es la diferencia objetiva entre los tipos del conocimiento —el filosófico, por una parte, y el empírico, por la otra— que localizan la función de universalidad y de particularidad, respectivamente. Si consideramos algún ejemplo de la cultura, concluiremos que se trata de una forma *particular* del saber, y que éste se refiere a un objeto también particular. Así, el objeto de la ciencia natural está en la naturaleza; el de la matemática en los números; la geometría tiene el suyo en el espacio geométrico; el de la política es el Estado; la religión tiene a Dios como objeto de fe, etc. Ahora bien, tanto la ciencia natural, como la política, el derecho y la religión, vieron la luz en la matriz genérica del filosofar, ya que el saber humano se encontraba en plena etapa de formación. En su primer estadio, la filosofía era una reunión de todo el conocimiento, debido principalmente a la falta de conciencia en torno a la específica diferenciación del objeto. Cuando el saber fue evolucionando e integrándose en nuevas formas, cada una demandó su independencia, y así se desprendieron las especies particulares del conocer, constituyendo las ramas de la cultura; a cada una le fue dable circunscribir su campo de acción y definir con toda claridad su objeto en la esfera del mundo real, llegando de este modo a afirmar definitivamente su carácter empírico.

El apartamiento de las ramas empíricas con respecto de la filosofía fue acentuándose cada vez más, hasta no quedar en ella prácticamente ninguna de las especies que había albergado en su origen. Llegó a suceder inclusive, que la filosofía perdiera el pulso y estuviera a punto de fallecer por inanición.

Pero esto suponía que todo el conocimiento debió ser particular, a la manera de la ciencia, y que no hubiera otra clase de conocimiento aparte de él. Sin embargo, al mismo tiempo que se afirmó la particularidad del saber, se fue delineando otro problema que surgía precisamente del conocimiento particular, y que, desde luego, no era el del conocimiento particular mismo, sino el pensamiento y problema de lo universal. El *cómo* y el *qué,* de tal problema, su origen y desarrollo, es concretamente el objetivo de la propedéutica. Afirmamos que la filosofía subsistió por haber descubierto una cuestión universal que no corresponde a ninguna de las disciplinas que se desprendieron de ella, y sí al problema del ser en general, que inicialmente había planteado; por ello es que la primera definición objetiva y accesible que encontramos tiende a caracterizarla como *el saber del conocimiento universal,* a diferencia del conocimiento particular y empírico que corresponde a las disciplinas concretas que se apartaron de ella. Este dato es suficiente para distinguir a la filosofía de otras formas del saber con las que pudo confundirse en la antigüedad.

Respecto a la apreciación de su contenido, es imposible que en unas cuantas palabras se le pueda abarcar siquiera en lo fundamental. Pero un concepto claro es indispensable para indicar su sentido básico, y el que hemos dado satisface los requisitos de claridad y precisión, de tal modo que desempeñará por ahora el papel propedéutico que intentamos darle. Nadie querría comprometerse a formular una definición con carácter definitivo, puesto que la filosofía evoluciona constantemente; pero en medio del desarrollo histórico se pueden ver una serie de elementos comunes, tal como lo hemos afirmado desde un principio, y entre ellos destaca, preponderante, el carácter de universalidad. Es así que la definición misma de la filosofía como conocimiento universal, indica el papel que en cada uno de sus conceptos se ha dado a la materia; pero hay que hacer de ella alguna aclaración a fin de ilustrar ampliamente cuál es su significado.

Se emplea el término "universal" para connotar una *totalidad.* Así se dice que una ley es universal, como la célebre ley física de la gravitación, cuando se aplica a *todos* los cuerpos; de un benefactor universal, cuando su obra ha beneficiado a *toda* la humanidad, etc. De acuerdo con este significado, el conocimiento universal debería ser aquel que comprendiera

a *todos* los objetos. La tendencia de la filosofía es llegar a un conocimiento que se aplique a *toda* la realidad. Pero es, como queda dicho, una tendencia, y no una realización plena, lo cual significa que la filosofía no logra radicalmente el conocimiento universal, y si alguien predicara que lo posee, habría, y con mucho, exagerado. No se ha obtenido jamás un conocimiento auténticamente universal en el sentido de abarcar a todos los objetos, en todo el espacio y todo el tiempo; un conocimiento que valiera universalmente, para siempre y en todo lugar. Sería éste el conocimiento perfecto, que para el hombre se antoja inaccesible. A pesar de ello, la humanidad sigue anhelando el "conocimiento universal", o cuando menos, un conocimiento cada vez mayor, y por ende, que figure más cerca de la universalidad. El instrumento para buscarlo es la filosofía, ya que todas las ramas específicas del saber se han concretado a un objeto empírico. Esto provoca en el hombre un deseo incontenible de aumentar su caudal de sabiduría "positiva" y cada nuevo conocimiento que obtiene se va especializando hasta constituir una disciplina particular que ha de situarse junto a la matemática, a la ciencia natural, a la política, a la religión, y en general, junto a cada materia que se ha desprendido ya del tronco filosófico, no obstante lo cual el valor del filosofar radica en su tendencia a descubrir conocimientos que puedan considerarse universales, o cuando menos, conocimientos que no se han particularizado aún.

Otro factor que puede referirse para caracterizar a la filosofía y definir su esencia, es el hecho de que el conocimiento particular surge del contacto establecido entre el pensamiento y los objetos del mundo exterior. Las ciencias biológicas parten de la observación de los seres vivos; la física estudia los fenómenos de la materia; la sociología se ocupa de la actividad interhumana, etc. La filosofía, en cambio, no se conecta inmediatamente con el mundo externo, a pesar de que su ilusión tradicional ha consistido en llegar a la suprema intimidad del ser; y en esto podemos confesar que dicha ilusión ha dejado el campo a la ciencia particular, que tiene pleno derecho de abordarlo como tarea. Sin embargo, la filosofía misma se sigue preocupando del ser, pero no entabla una relación directa con él, sino que lo ve a través de las conclusiones que la ciencia particular le da en su tratamiento del método experimental; este método tiene gran ventaja respecto a la antigua manera

de postular inmediatamente la universalidad del ser, queriendo resolver con ello el máximo problema del hombre, y sin otra que la mera razón. En contraste con ello, lo que hace ahora la filosofía es recoger el fruto de la ciencia, investigando en ella lo que pueda haber de generalidad, para intentar el ensayo del conocimiento universal. En qué medida logre su propósito, es algo que no tratamos de aclarar por el momento. Sólo procuramos dar la pauta y los elementos necesarios para que el lector se forme un juicio, que tal es el fin de la propedéutica. En todo caso, el punto de vista que se refiere a la particularidad y la universalidad del conocer, debe figurar como base para una exploración en el filosofar que, por su carácter introductorio, reporta la especial dificultad de exposición y síntesis.

La reclamada definición de la filosofía constituye el primero y más importante de sus conceptos. Pero entenderla con claridad requiere que se precisen otros más. La noción de filosofía que hemos dado no debe tomarse como definitiva, ni siquiera como la única posible, pero sí como una definición correcta que puede servir de guía en la faena conductora. El hecho que se toma de base para sugerir tal definición es que todos los filósofos, desde la antigüedad hasta nuestro tiempo, están de acuerdo en que la filosofía busca el conocimiento universal. Así, aunque las diferentes filosofías no estén acordes en lo que respecta a su problema y su método, sí lo están en que *la universalidad es el denominador común del filosofar.* Por lo demás, si el conocimiento filosófico no puede considerarse como absolutamente universal, afirmamos que ha llegado a ser el más general de la cultura humana.

IV

El carácter universal —o universalizante— del pensamiento filosófico se traduce en una corriente general que da origen a doctrinas particulares con tesis y métodos distintos, que emplean un lenguaje variado y no siempre muy preciso, y que engendran una perspectiva sobre cuya multitud de expresiones la conseja popular ha dicho que "los filósofos nunca se ponen de acuerdo".

El panorama de la materia se antoja incongruente y contradictorio a primera vista; pero un examen atento de sus doctrinas puede revelar el sentido general que hay en ellas. Lo

primero en manifestarse es el elemento vinculatorio que las une, tanto en el aspecto histórico como en el sistemático. Aquí encontramos el nudo gordiano de la propedéutica, que llega a la apreciación inquisitoria de la unidad filosófica, o sea la caracterización del elemento común a toda filosofía, y llegamos a concluir que dicha unidad se revela en cada una de las *direcciones* donde la filosofía se desarrolla históricamente.

La primera dirección está en los problemas. Todo problema de la filosofía tiene un objeto, y su estudio da origen a una *disciplina;* en ella se ordena y unifica el conocimiento que le corresponde. De tal manera, el problema de la naturaleza da origen a la ciencia natural, la cuestión artística da lugar al arte, el tema legal es motivo de la jurisprudencia, la fe religiosa encarna en las religiones de la humanidad, etc.

Las disciplinas filosóficas se integran en la doctrina a que pertenecen, y aunque pueden no ser las mismas en diversos casos, hay que constatar, por lo menos, que toda filosofía contiene varias disciplinas. Su número y naturaleza cambia según la postura, pero aún así, y también en ese aspecto, hay un factor permanente que permite englobar disciplinas como la *lógica,* la *ética,* la *estética* y la *ontología,* en el común basamento filosófico; por presentar un tema esencial en su evolución histórica, figuran como *disciplinas filosóficas fundamentales.* Aparte de ellas se mencionan otras, *como la filosofía de la religión,* la *filosofía de la historia,* la *filosofía del lenguaje,* etc., sin que prive un acuerdo unánime para considerarlas en el plano fundamental de las otras. Tiene lugar predominante en la antigüedad —comprendiendo el dilatado período que va desde el ensayismo primitivo hasta mediados del siglo XVIII— la *metafísica,* que prepende a la determinación del ser en general; en ella se refleja la mayor preocupación de los filósofos en tan largo tiempo. Sólo hasta que hubo surgido la especialización del saber en el complejo de las ciencias particulares, se llegó a la verdadera determinación del ser real y concreto, arrebatando a la metafísica su tradicional problema y colocándola en una aguda crisis que, en cierto aspecto, le fue mortal. En cambio, la lógica, la ética y la estética, han mantenido su firme posición y se les admite unánimemente en todas las direcciones filosóficas.

Pero hablar de direcciones en la filosofía es referirse al segundo de sus conceptos fundamentales: *el sistema.* Un sis-

tema filosófico es la unidad de conocimiento que corresponde a determinada postura en un cuerpo de doctrina; dicha unidad se concreta en virtud de cierta idea que se extiende a todo el ámbito del propio sistema. El filósofo no se limita a exponer ideas inconexas, sino que busca la universalidad del pensamiento por medio de un principio general que pueda ser verificado y comprobado en cada parte de su doctrina. Precisamente la genialidad de un pensador consiste en abarcar el gran territorio del conocimiento particular desde un mismo ángulo; allí radica el parentesco que une al pensamiento filosófico y al conocimiento científico: *la filosofía busca el principio universal que pueda aplicarse al conocimiento particular.* El concepto de filosofía queda definido por este principio, y a él se debe que la tarea de iniciación pueda encontrar un sólido apoyo: consistirá en exponer el núcleo de cada sistema, poniendo de relieve su principio fundamental, y llegará al conocimiento particular donde se verifica.

Se deduce, pues, que lo más importante en un sistema es la verificación de su unidad básica en una multiplicidad de objetos. Y esto no sólo corresponde al sistema filosófico, sino en general a cualquier sistema. Por ejemplo, cuando en la vida cotidiana se dice que hay *un* "sistema de trabajo" se supone la existencia de *un* plan que permita abordar la faena con unidad de dirección. Si hay *un* "sistema nervioso" es porque los nervios actúan de acuerdo con *un* centro que determina su unidad. El "sistema educativo" existe porque cualquier aspecto de la educación se halla coordinado por *una* unidad de orientación, y así sucesivamente. De faltar la unidad, no habría sistema, puesto que faltaría el eje estructural que lo constituye. Y de faltar la multiplicidad tampoco habría sistema porque en ella se da el conjunto de elementos donde el sistema mismo se verifica. Así pues, la producción de la filosofía en sistemas garantiza al mismo tiempo su unidad y su pluralidad, el anhelo universal que ha mantenido clásicamente, y la correlación con el elemento fáctico de donde parte, y a donde vuelve por virtud de su afán concretizante.

Por último, la evolución del sistema y de sus disciplinas se efectúa, como toda la cultura, a través de la historia; la filosofía es un producto humano que no se desliga del curso histórico cultural, sino al contrario, parte de él y se emparienta estrechamente con todas sus manifestaciones. El concepto de

filosofía cambia a través del tiempo, en relación con el carácter peculiar de la época en que se origina. Semejante evolución determina el tercero de los conceptos fundamentales, el de *la historia filosófica,* en cuyo trasfondo se desarrolla del pensamiento en la sucesiva permutación de las ideas y sus causas determinantes, con la derivada consecuencia que tienen dentro y fuera de la reflexión filosófica misma. Como su evolución es constante, nunca puede haber un concepto definitivo de la filosofía; si se quiere permanecer fiel y veraz a su auténtica naturaleza habrá que investigar en cada sistema la semejanza y diferencia con otros sistemas, así como la concatenación que se da entre una doctrina y su respectivo antecedente y consecuente cultural. Con ello se edificará un concepto dinámico del filosofar que comprende la dirección general de la materia y el enunciado concreto de sus tesis.

Así se encamina la *introducción a la filosofía.* La forma y disposición de sus temas no es azar ni capricho, sino que traduce la consecuencia lógica de cada uno en la evolución fundamental que le corresponde; cualquier postura, cualquier problema concreto que haya de ser tratado, estará sujeto a la condicionalidad que tan sumariamente hemos establecido en estas páginas.

Presencia del Pasado

LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE AMERICANO

I

EL HOMBRE FÓSIL EN AMÉRICA *

Por *Juan COMAS*

POR lo que se refiere a primates, no se han localizado en América hasta el momento más que fósiles de lemúridos en el Eoceno y como especies vivas están únicamente los monos platirrinos; no hubo ni hay catarrinos ni antropomorfos; deben considerarse como error de interpretación, sin el menor valor científico, tanto el *Hesperopithecus,*[1] supuesto antropomorfo del Plioceno de Nebraska, creado en 1922 a base de un molar que resultó pertenecer a un artiodáctilo del género *Prosthenops,* como el pretendido antropoide cazado por F. de Loys en 1917-20 en la región sur-oeste del lago Maracaibo (Venezuela) y del cual únicamente se conserva una fotografía por haber desaparecido los restos óseos; fotografía que sirvió a G. Montandon para crear su imaginario *Ameranthropoides loysi.*[2]

Estos hechos tienen claro significado desde el punto de vista evolutivo en cuanto a que el Nuevo Mundo haya o no podido ser centro geográfico de origen de los homínidos.

En el mismo sentido, la tesis autoctonista del hombre americano llevada por el paleontólogo F. Ameghino al extremo de afirmar que el origen de la Humanidad fue la región meridional de América del Sur,[3] con su tan conocido como arbitrario

---

* Capítulo del *Manual de Antropología Física* pendiente de publicación por Fondo de Cultura Económica.

[1] OSBORN, H. F., "Hesperopithecus, the first anthropoid primate found in America", *American Museum Novitates,* number 37, New York, april 25, 1922, 5 p.

[2] "Découverte d'un singe d'apparence anthropoide en Amérique du Sud", *Journal Société Americanistes,* vol. 21, pp. 183-195, Paris, 1929.

[3] Entre las numerosas obras de AMEGHINO debe citarse: "Le Diprothomo platensis, un précurseur de l'homme du pliocène inferieur

e imaginativo árbol filogenético[4] no merece hoy más que el recuerdo histórico; investigaciones posteriores hechas con todo rigor y objetividad, y en ese punto debe recordarse la gran obra de A. Hrdlicka,[5] evidenciaron la carencia de una sólida base material a las categorías de *homo* que, a partir de una supuesta cronología pliocénica, imaginó y describió Ameghino,[6] cuya autoridad científica es, por otra parte, bien reconocida en el campo de la paleontología pampeana.

No vamos a referirnos aquí a las distintas tesis en controversia para explicar de dónde y cómo llegaron al Nuevo Mundo sus primitivos habitantes; sólo se trata de ofrecer un breve panorama de los hechos que pueden darnos una idea del momento en que se inició la inmigración y qué características tenían estos primeros pobladores.

Sabemos de la existencia en América del Norte de un período Pleistoceno con diversas glaciaciones e incluso se ha intentado su sincronización con el Pleistoceno europeo. Ello interesa ahora, toda vez que hay unanimidad en aceptar que fue por el estrecho de Bering por donde llegaron en gran número los futuros amerindios.

El mapa adjunto muestra de modo evidente que existió en cierto momento de fines del Pleistoceno la posibilidad material del paso terrestre a través de Bering gracias al descenso del nivel del Océano, con motivo de la glaciación wisconsiniana, aun aceptando la menor de las cifras de cálculo dadas por Daly, Antevs o Flint.[7]

---

de Buenos Aires", *Anales Mus. Nac. Buenos Aires,* vol. 19, pp. 107-209. 1909.

[4] He aquí el filum en línea ascendente: Pitheculites, Anthropops, Homínido primitivo, Tetraprothomo, Triprothomo, Diprothomo, Homo, Homo pampeus, Homo sapiens.

[5] Hace una cabal revisión de los supuestos hallazgos pliocénicos y pleistocénicos en América:

"Skeletal Remains suggesting or attributed to Early Man in North America", *Bull. 33, Bureau of American Ethnology,* Washington, 1907, 113 p.

"Early man in South America, *Bull. 52, Bureau of American Ethnology,* Washington, 1912, 405 p.

"Recent discoveries attributed to Early Man in America", *Bull. 66, Bureau of American Ethnology,* Washington, 1918.

[6] Castellanos, A., *Ameghino y la antigüedad del hombre sudamericano,* Rosario, Arg., 1937, 146 p.

[7] Martínez del Río, P., *Los Orígenes americanos,* 1952, pp. 47-49.

Los estudios glaciológicos en América del Norte sobre todo en cuanto se refiere al período Wisconsin, y más concretamente a su última culminación (Mankato), parecen coincidir en que el noreste de Siberia y Alaska no estuvieron en ningún momento bajo un casquete glaciar continuo y que, por ejemplo, el valle del Anadir, la península de Seward y la cuenca del Yukon se mantuvieron libres de hielos en toda época. Ello sería una nueva prueba en cuanto a la posibilidad material de migraciones terrestres desde Asia a América durante este período. Por otra parte Hrdlicka y otros investigadores no creen que la vía de tránsito fuera terrestre, una vez atravesado Bering, sino que más bien utilizaron la costa pacífica en su desplazamiento hacia el sur. Sea una u otra la realidad, el hecho es que los estudios geo-climáticos no aportan ningún dato que pudiera imposibilitar tales inmigraciones en esa época.

No hay pleno acuerdo respecto a la cronología del Wisconsin, y tampoco en cuanto a la determinación del número de sus culminaciones e interestadios; las más recientes investigaciones, tanto geológicas como de determinación cronológica, permiten concluir que este período ha tenido una duración mucho menor que la supuesta anteriormente y que llegó a calcularse en 70,000 años; en la actualidad se considera que la iniciación del Wisconsin tuvo lugar hace unos 25,000 años; además su correlación con el Würm presenta un *décalage* bastante sensible, es decir que mientras en Europa se había llegado ya al post-glacial seguía en América del Norte perdurando el final del período Wisconsiniano.[8]

---

[8] Información amablemente facilitada por nuestro distinguido colega el Dr. P. Bosch Gimpera, de un trabajo en preparación titulado "Las glaciaciones americanas y europeas en relación con el problema del poblamiento". Ver también:

Antevs, E., "Geologic climatic dating in the West", *American Antiquity*, vol. 20, pp. 317-335. 1955.

Flint, R. F. and M. Rubin, "Radiocarbon dates of pre-Mankato events in Eastern and Central North America, *Science*, vol. 121, No. 3149, pp. 649-658, Washington, 1955.

Libby, W. F., *Radiocarbon Dating*, The University of Chicago Press, 1955.

Mooser, F., S. E. White y J. L. Lorenzo, *La cuenca de México. Consideraciones geológicas y arqueológicas*, México, 1956, 51 p.

Suess, H. E. and M. Rubin, "U. S. Geological Survey Radiocarbon Dates", *Science*, vol. 121, No. 3145, pp. 481-488, Washington, 1955.

En forma esquemática y aproximada pudieran representarse el Wisconsin y el post-glacial del modo siguiente:

		iniciación
Post-glacial o Reciente	Meditermal	5,500 años
	Altitermal	7,000 „
Wisconsin	Mankato	9,000 años
	Cary	11,000 „
	Tazewell	16,000 „
	Iowa	25,000 „

Ahora bien, ¿desde qué momento tenemos pruebas fehacientes de la presencia del hombre en América?, ¿en qué consisten tales pruebas?

Los nuevos métodos de determinación cronológica, sobre todo el C_{14}, permiten ahora ser mucho más concretos que antes a este respecto.

Por razones bien comprensibles disponemos de muchos más documentos líticos, y culturales en general, que de restos óseos humanos. Por lo que se refiere a los primeros (y aun siendo sólo de interés marginal para nuestra exposición) deben citarse algunos tipos de cultura precolombina con su cronología aproximada, ya que ello confirma sin discusión la existencia del hombre aun cuando carezcamos de su presencia material en el mismo período.[9]

La cultura lítica de Sandia Cave (New Mexico) descubierta en 1935 en el nivel más inferior de dicha cueva corresponde al período de clima benigno que precedió al Mankato, o sea al segundo interestadio Wisconsiniano que siguió al Tazewell o sea hace más de 12,000 años.

De la cultura tipo Folsom descubierta por primera vez en 1926 en la localidad de ese nombre (New Mexico), y atribuida al pleistoceno tenemos:

---

[9] Los trabajos de Flint, Rubin, Libby y Suess citados en la nota anterior, y además:

Wormington, H. M., "Ancient Man in North America", *Denver Museum of Natural History, Popular Series,* No. 4, Denver, 1949, 198 p.

Sellards, E. H., *Early Man in America. A Study in Prehistory,* University of Texas Press, Austin, 1952, 211 p.

Martínez del Río, P., 1952, pp. 109-213.

Clovis (New Mexico)	de 10 a 13,000 años.
Lubbock (Texas)	7,933 a. C. ± 350 años.
Lindenmeier (Colorado)	No menos de 10,000 años.
Gypsum Cave (Nevada)	8,505 a. C. ± 340 años.

Cultura Cochise (Arizona y New Mexico) encontrada en 1926:

Sulphur Spring	entre 8 y 7,000 años.
Bate Cave	5,931 a. C. ± 310 años.

En México hasta fecha muy reciente se carecía de trabajos y materiales que confirmaran la presencia de culturas en períodos positivamente antiguos; y ello pese a que desde la segunda mitad del siglo XIX se han hallado y descrito instrumentos líticos supuestamente antiguos.[10]

En realidad tenemos como pertenecientes al pleistoceno: los 6 artefactos líticos asociados al mamut de Santa Isabel Iztapan (1952) en capas de la Formación Becerra del Valle de México, y a los cuales se calcula edad aproximada de 10,000 años.[11]

En Tequixquiac fueron recogidos en 1949 una punta de sílex y una punta de hueso labradas artificialmente, junto con fósiles pleistocénicos y en la formación Becerra superior que, como ya indicamos corresponde al Pleistoceno superior, sin que hasta el momento se haya determinado fecha aproximada.[12]

La gruta del Oro, en la provincia de Buenos Aires, explorada por O. Menghin y M. Bórmida en 1950[13] dio por resultado el hallazgo de restos líticos cuya antigüedad se calcula en 3,000 a. C., o sea en el Holoceno o Reciente.

En la cueva de Palli Aike (Patagonia meridional) recogió

---

10 Un análisis crítico de estos hallazgos en L. AVELEYRA A. DE ANDA, *Prehistoria de México*, pp. 27-52, México, 1950.

11 AVELEYRA, LUIS y M. MALDONADO KOERDELL, "Asociación de artefactos con mamut en el pleistoceno superior de la cuenca de México", *Rev. Mex Estudios Antropol.*, vol. 13, pp. 3-30, México, 1952.

12 MALDONADO KOERDELL, M. y L. AVELEYRA, "Nota Preliminar sobre dos artefactos del pleistoceno superior hallados en la región de Tequixquiac, México", *El México Antiguo*, tomo VII, pp. 154-161, México, 1950.

13 Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia, provincia de Buenos Aires, *Runa*, vol. 3, pp. 5-36, Buenos Aires, 1950.

Junius Bird en 1938 artefactos líticos junto con restos humanos, de perezoso y caballo; la fecha de C_{14} es de 6,689 a. C. ± 450 años.

El mismo investigador y en la misma época y región exploró la cueva de Fell logrando establecer 5 períodos prehistóricos, cuya cronología es del mismo orden que la de Palli Aike.

Las pocas informaciones de tipo cultural a que nos hemos referido, son suficientes para evidenciar sin la menor duda que el hombre pleistocénico vivió en América del Norte desde épocas anteriores a la culminación del Mankato; y en la parte más meridional de América del Sur por lo menos desde el séptimo milenio antes de Cristo, o sea a los comienzos del Holoceno. En consecuencia puede afirmarse que las primeras inmigraciones fueron anteriores a dichas épocas.

Veamos ahora algunos testimonios óseos confirmando la existencia del hombre prehistórico en el Nuevo Mundo, recordando lo ya dicho en un principio respecto a aquellos hallazgos que una adecuada crítica objetiva ha descartado por carencia de seguridad cronológica y estratigráfica.

Minnesota Man (así llamado aunque se trata de una mujer adolescente) descubierta cerca de Pelican Rapids en 1931, fue descrito por A. E. Jenks como *homo sapiens,* de características mongoloides, correspondiente a capas del Pleistoceno superior. Hubo enseguida controversia respecto a si los restos estaban *in situ* o si habría intrusión, en cuyo caso se trataba de un entierro moderno. El principal contradictor fue Hrdlicka[14] pero también E. Antevs; por el contrario E. Hooton, K. Bryan, P. Mac Clintock y otros sostienen la creencia de la antigüedad pleistocénica de *Minnnesota Man;* pero el problema sigue en pie.

Con el *Browns Valley Man* (Minnesota) descubierto en 1933 junto con artefactos líticos y descrito más tarde por A. E. Jenks,[15] ocurrió lo mismo que con Minnesota Man; mientras unos la consideran de una época que se remonta a los 10

---

[14] JENKS, A. E., *Pleistocene Man in Minnesota. A fossil homo sapiens,* Minneapolis, 1936, 197 p. y 89 láms.

HRDLICKA, A., "The Minnesota Man", *Amer. Jour. Phys. Anthropol.,* vol. 22, pp. 175-199, 1937.

JENKS, A. E., "Minnesota Man: A Reply to a Review by Dr. A. Hrdlicka", *American Anthropologist,* vol. 40, pp. 328-336, 1938.

[15] JENKS, A. E., "Minnesota's Browns Valley man and associated burial artefacts". Memoir 49, *Amer. Anthropol. Assoc.,* 1937, 49 p.

a 12,000 años, en realidad se trata de un cráneo y algunos fragmentos del esqueleto sin características diferenciales respecto al hombre actual, y de edad dudosa, posiblemente postglacial.

En Florida, localidad de Vero, se encontraron en 1916 restos humanos en asociación con fósiles extinguidos; entre 1923-25 se hallaron otros en condiciones similares en la cercana localidad de Melbourne. Ambos hallazgos fueron descritos por Sellards.[16] La controversia sobre la edad de los yacimientos se inició desde el primer momento, y poco a poco se han ido reconsiderando las primeras y opuestas opiniones. Stewart en 1946 hizo nuevo estudio del cráneo de Melbourne;[17] resultando que es dolicocéfalo lo mismo que el de Vero, y no braquicéfalo como había afirmado Hrdlicka. Con posterioridad Heizer y Cook dieron a conocer el análisis de fluorina contenido en los restos humanos de Melbourne comparados con el de mamut y caballo fósil del mismo yacimiento; y concluyen textualmente:

> Los datos, hasta donde alcanzan, son bastante convincentes, y parece por tanto que los restos humanos tienen la misma antigüedad que los de los mamíferos extinguidos. Por tanto, o el hombre de Melbourne es verdaderamente del Pleistoceno, o nuestro método basado en la fluorina da resultados erróneos.[18]

No creemos que sea erróneo el método de análisis de la fluorina y debe aceptarse el dato de contemporaneidad del hombre de Melbourne con los animales fósiles asociados; pero ello no supone una determinación en cronología absoluta. Este resultado ofrece contradicción —por lo menos aparente— con las conclusiones a que llega Rouse fijando a estos restos una

---

16 SELLARDS, E. H., "Human Remains and associated fossils from the Pleistocene of Florida", *Florida Geological Survey, 8th. Annual Report*, pp. 123-160, 1916.

GIDLEY, JAMES W. and F. B. LOOWIS, "Fossil Man in Florida", *American Journal of Science*, 5th series, vol. 12, pp. 254-265, 1926.

17 A reexamination of the fossil human skeletal remains from Melbourne, Florida, with further data on the Vero skull, *Smithsonian Miscellaneous Collection*, vol. 106, No. 10, 1946.

18 HEIZER, R. F. and S. F. COOK, "Fluorine and other chemical tests of some North American Human and Fossil Bones", *Amer. Jour. Phys. Anthropol.*, Vol. 10, pp. 299-300, 1952.

antigüedad máxima de 2,000 a. C.;[19] más adelante volveremos sobre este problema de la cronología.

Podríamos citar otra serie de localidades en Estados Unidos donde se han encontrado restos humanos relacionados, o supuestamente relacionados, con distintos niveles geológicos y arqueológicos: Abilene (Texas), Elm Creek Silts (Texas), Cueva Kincaid (Texas), Valverde County (Texas), Bishop's Cap Peak (New Mexico), Cimarron River (New Mexico), Torrington (Wyoming), Sauk Valley (Minnesota), etc.; pero su estudio detenido no aportaría nuevas informaciones sobre la antigüedad del hombre en América ni tampoco acerca de diferencias somáticas que hicieran sospechar la existencia de una etapa evolutiva anterior a *homo sapiens.*

Entre los restos humanos supuestamente fósiles encontrados en México se incluye:

a) El hombre del Peñón de los Baños, cerca de la ciudad de México, descubierto en 1844; se trata de un adulto, sin ninguna característica física que lo acredite como muy primitivo; rechazado por Hrdlicka, pero defendido por otros antropólogos y geólogos. Es dudoso.

b) La mandíbula de Xico, junto al lago de Chalco, Valle de México. Descubierta en 1893; es infantil. Los datos son insuficientes para poder dictaminar acerca de su antigüedad.

c) Restos de Ixtlán, Jalisco; encontrado cerca del lago de Chapala. Son contemporáneos.

d) El hombre del Pedregal de San Ángel, Valle de México. También contemporáneo.

e) El hombre de Tepexpan; fue descubierto en 1947 por H. de Terra y otros, a 30 km. de la ciudad de México sobre la carretera a Teotihuacán, en clara asociación con mamuts fósiles y en capa perteneciente con toda certeza a la llamada formación Becerra superior, correspondiente al estadio Mankato-Cochrane de la última (Wisconsin) glaciación pleistocénica. De Terra calcula su edad entre 9,000 a 10,000 años a. C.

En un amplio y detenido estudio del *hombre de Tepexpan* nos dice J. Romero que se trata de un varón entre los 55 y 65 años, el cual tiene características de *homo sapiens* y no difiere en nada de los hombres que vivieron en la misma región en

---

[19] Rouse, Irving, "Vero and Melbourne Man: a cultural and chronological interpretation", *Transactions New York Academy of Sciences,* Series 11, vol. 12, pp. 220-224, 1950.

épocas posteriores; juicio que en la misma obra confirman F. Weidenreich y T. D. Stewart.[20]

Lagoa Santa. Es uno de los hallazgos de restos humanos fósiles que más repercusión tuvo, hace más de un siglo, en la historia del poblamiento de América. Se trata de una región del Brasil central, estado de Minas Geraes, donde abundan las cavernas y que fue estudiada ampliamente por el danés P. W. Lund; entre 1835-1844 extrajo de una de estas cuevas llamada Sumidouro, cerca de Lagoa-Santa, restos humanos pertenecientes a unos 30 individuos; estaban asociados a restos de animales pertenecientes a especies tanto extinguidas como actuales.

Ya en 1844 afirmaba el propio Lund que la raza a que pertenecían los cráneos de Lagoa Santa era la que los europeos encontraron en el momento del descubrimiento; es decir *homo sapiens.*

La mayor parte de este material óseo se envió a Copenhague donde fue estudiado por diferentes antropólogos, formándose la denominada *raza de Lagoa Santa,* cuya característica más peculiar era tener cráneos dolicocéfalos e hipsicéfalos, es decir alargados y altos.

Los principales valores métricos medios de dichos cráneos, obtenidos por Hansen y publicados en 1888 son:

Indice horizontal	70.5	(media de 16 cráneos)
Indice vértico-longitudinal .	74.1	(media de 9 cráneos)
Indice vértico-transversal ..	104.9	(media de 9 cráneos)
Indice nasal	50.7	(media de 7 cráneos)
Indice orbitario	86.4	(media de 7 cráneos)

Y los describe como: "dolicocéfalos, hipsiestenocéfalos prognatos, mesofaciales, megasemos, mesorrinos y fenozigios", además tienen cara de forma piramidal debida a la gran separación entre los arcos zigomáticos, cabeza ovoide y frente poco inclinada.

El tipo de Lagoa Santa ha servido a muchos antropólogos como base para la raza amerindia denominada *Láguidos.* Pero estando comprobado que los restos de Lagoa Santa habían sido

---

20 De Terra, H., J. Romero, T. D. Stewart y otros: "Tepexpan Man", *Viking Fund Publications in Anthropology,* No. 11, New York, 1949, 160 p. y 30 láms.

Aveleyra, L., 1950, pp. 53-58.

Martínez del Río, P., 1952, pp. 151-172.

removidos por las aguas, la importancia que en un principio se dio a este hallazgo por estar asociado a restos de especies animales fósiles, fue perdiendo valor, sobre todo en vista de que se han descubierto con posterioridad muchos otros restos humanos asociados también a mamíferos extinguidos.

El hombre de Confins. En la misma región de Lagoa Santa, en la cueva llamada Lapa de Confins, se descubrió entre 1933-37 parte de un esqueleto adulto, extendido sobre el suelo, a 2 m. de profundidad bajo una capa estalagmítica que garantizaba su antigüedad; asociados al esqueleto había también restos fósiles de especies extinguidas. El esqueleto no presenta ningún rasgo especial de primitividad: muy dolicocéfalo, hipsicéfalo, de forma piramidal, prognato, mesorrino, y bóveda palatina elíptica. Muy semejante al tipo medio de Lagoa Santa.[21] En cuanto a su cronología parece corresponder a fines del período pluvial.

Cráneo de Punin (Ecuador); fue recogido en 1923 un cráneo en las proximidades de este pueblo, en la zona central del país, entre capas de cenizas volcánicas de cronología incierta; se considera que el cráneo de Punin presenta características similares al tipo de Lagoa Santa.[22]

Cueva de Candonga (Córdoba, Argentina); en 1943 describió A. Castellanos el hallazgo de una calota infantil, junto con restos fósiles de especies animales extinguidas; dice el autor que se encontraban en la formación geológica Bonaerense superior que llama también Lujanense, y desde luego sus características son de *homo sapiens;* el problema está en la discrepancia de los geólogos y paleontólogos en cuanto a la cronología de las formaciones sedimentarias pampeanas; pero aun aceptando la de J. Frenguelli[23] correspondería a la última glaciación, es decir al Pleistoceno superior.

Cabría repetir aquí lo dicho al hablar de los hallazgos en

---

[21] MATTOS, ANIBAL, "Lagoa Santa Man", *Handbook of South American Indians,* vol. I, pp. 399-400, 1946.

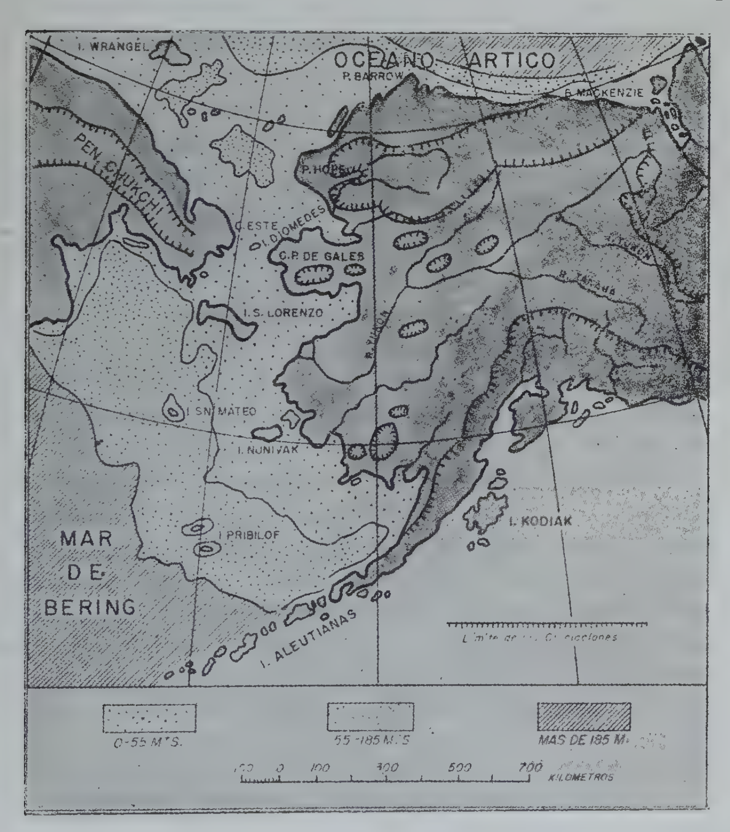
WALTER, H. V., A. CATHOUD and A. MATTOS, "The Confins Man. A contribution to the study of Early Man in South America", in: *Early Man,* pp. 341-348, Philadelphia, 1937.

[22] SULLIVAN, L. R. and M. HELLMAN, "The Punin Calvarium", *Anthropological Papers of the AMNH,* vol. 23, part. 7, 309-324, 1925.

[23] The present status of the theories concerning Primitive Man in Argentina, *Handbook of South American Indians,* vol. 6, pp. 11-17, 1950.

América del Norte, es decir que no parece necesario dar una relación exhaustiva de estaciones arqueológicas que han proporcionado restos humanos de mayor o menor antigüedad, pero siempre de *homo sapiens* y sin certidumbre cronológica de ninguna especie. Para un análisis crítico en ese sentido nos remitimos a los trabajos de K. Stolyhwo y Th. D. McCown.[24]

Hemos visto que uno de los argumentos más utilizados por



Alaska, la Península Chukchi y la región del Estrecho de Bering: se señalan en forma aproximada las profundidades marinas y las zonas cubiertas por los hielos, éstas últimas conforme a Capps.

---

[24] Stolyhwo, K., "The Antiquity of Man in the Argentine and the survival of South American Fossil Mammals until contemporary times", *Indian Tribes of aboriginal America,* edited by Sol Tax, Chicago, 1952, pp. 353-360.

McCown, Th. D., "The Antiquity of Man in South America".

los investigadores que han descrito los hallazgos de restos humanos fósiles en América, es su contemporaneidad con especies animales extinguidas y supuestamente pleistocénicas. El hecho es cierto y conviene hacerlo resaltar aquí, aun habiéndolo ya mencionado en la mayoría de ejemplos citados: restos fósiles de Megalonyx, Bison occidentalis, mamuts, elefantes, camellos y caballos de diferentes especies, Mylodon, Glyptodon, Megatherium, Typotherium, Toxodon, Macrauchenia, Neomylodon, Onohippidium, etc., están asociados a fósiles humanos.

Los minuciosos estudios de geólogos y paleontólogos en todo el continente parecen confirmar el hecho de que tales especies de grandes mamíferos no se extinguieron al final de las glaciaciones, como ocurrió en Europa con géneros similares, sino que sobrevivieron en la primera parte del post-glacial; en consecuencia no hay que "envejecer" los hallazgos humanos, sino "rejuvenecer" los animales fósiles asociados.

Este hecho permite en muchos casos aunar apreciaciones cronológicas aparentemente dispares; tal sería el caso, por ejemplo, de las conclusiones a que llegaron Heizer-Cook y Rouse en cuanto a los restos de Melbourne (Florida), a las que hemos hecho referencia.

La documentación aportada en las páginas precedentes comprueba que si bien el poblamiento de América no es tan reciente como se creyó en cierta época, tampoco se remonta mucho en el Pleistoceno; 20 a 25,000 años como máximo. En términos europeos ello significaría el segundo interestadio del Würm, o sea el Paleolítico superior, caracterizado precisamente por la aparición del *homo sapiens.* Y en América los restos óseos conocidos pertenecen sin excepción a nuestra especie contemporánea. Como señala acertadamente H. V. Vallois el estudio del llamado hombre fósil americano corresponde más bien al antropólogo físico que al paleontólogo propiamente dicho.

Handbook of South American Indians, vol. 6, pp. 1-9, Washington, 1950.

——, "Ancient Man in South America", *Indian Tribes of aboriginal America,* edited by Sol Tax. Chicago, 1952, pp. 374-79.

II

EL PALEOLÍTICO INFERIOR EN AMÉRICA

Por *Dick Edgar IBARRA GRASSO*

Introducción

CREEMOS que para algunos de los lectores incluso el título de este trabajo puede ser una sorpresa, tan difundida está la creencia de que el primer poblamiento de América fue hecho en época reciente y de que todo en este continente corresponde al período Neolítico.

Naturalmente, no contamos entre esos lectores a los amigos de las fantasías, que creen que las civilizaciones indígenas tienen docenas de miles de años de antigüedad y cosas semejantes, los cuales, por otra parte, en la mayoría de los casos no comprenderán siquiera verdaderamente lo que significa "Paleolítico inferior".

Desde casi principios de siglo, en Estados Unidos se fue desarrollando activamente una "Escuela" o tendencia interpretativa, en la cual se negaba totalmente la antigüedad del hombre americano; esa escuela tuvo su principal representante en el investigador de origen checoeslovaco Aleç Hrdliçka, que recorrió el continente viendo y negando sistemáticamente todos los hallazgos que se habían presentado como propios de hombres antiguos de América, ya sean restos óseos o instrumentos.

Luego de ese paseo de crítica, presentó su propia teoría en la cual sostenía que el hombre americano había entrado a este continente, procedente de Siberia por el estrecho de Bering, en el período Neolítico y hace unos diez mil años; todos los indígenas serían básicamente pertenecientes a una misma raza, mongólica, aunque subdivididos en cuatro tipos menores.

En esos tiempos la arqueología prehistórica del Viejo Mundo se había desarrollado altamente, y la antigüedad que se aceptaba al hombre primitivo en esas tierras no bajaba, en las cifras más moderadas, de cien mil años y ya había autores que

llevaban los períodos de origen a no menos de medio millón de años. Los períodos del Paleolítico superior e inferior se estudiaban afanosamente, y los restos industriales (y a veces humanos) correspondientes a esas épocas aparecían por millares.

En América también habían aparecido, pero se procedió a negarlos. Hubo en Estados Unidos otro investigador llamado Holmes, que interpretó las *hachas de mano,* encontradas allá como productos inconclusos de herramientas de tipos más recientes, y ello se aplicó indiscriminadamente a todos los hallazgos americanos que se pretendieron ser de épocas anteriores al Neolítico.

Parecería incluso que la tesis en conjunto pretendía básicamente sostener para América una antigüedad máxima que no sobrepasara las fechas posibles de la interpretación bíblica; para el Viejo Mundo esas fechas habían sido muy superadas, pero siempre parecía bueno tener un lugar de refugio, desde donde, acaso, se podría posteriormente iniciar una reacción.

Nada en América podía ser anterior al Neolítico, según la tesis originaria de Hrdliçka, y por lo tanto no podía haber aquí hachas de mano, propias del Paleolítico inferior, ni tampoco puntas de lanza arrojadiza como las del Paleolítico superior. Para sostener esto se procedió incluso a olvidar la existencia en América, en esos mismos (y en éstos) momentos en que eso se escribía, de pueblos que a la vista tenían una cultura de tipo paleolítico, sin instrumento alguno propiamente neolítico.

Luego fueron apareciendo, bien probadas por estar junto a restos de bisontes fósiles, etc., una serie de puntas de lanza arrojadiza, cuyas formas se asemejaban a algunas del Solutrense, Paleolítico superior, de Europa; Hrdliçka, prudentemente, alargó ligeramente sus diez mil años, concediendo un ligero aumento: hasta unos 15,000 años, y hasta las postrimerías del Paleolítico superior. Esta cifra y esta interpretación se fijó intensamente en los investigadores norteamericanos, y durante muchos años sirvió de regla para juzgar si un autor era serio o no: si sus teorías estaban dentro de esto, era serio, si no un fantaseador.

Aparecieron nuevas puntas, Folsom, Yuma, Clovis, Sandía, etc., pero la fecha dicha ya no fue superada en la interpretación.

La posibilidad de la existencia de un Paleolítico inferior

estaba severa y absolutamente excluida, y lo fue así no sólo en los investigadores norteamericanos sino también en los europeos, que siguieron a los primeros sin examen crítico alguno. En todas las obras sobre el hombre primitivo, el hombre fósil y la prehistoria general, apareció el dato exclusivo de que en América no había ni podía haber, nada que fuese anterior a las cifras dadas.

Incluso se recurrió a la geología y a la glaciorología para demostrar que era imposible que el hombre americano fuese más antiguo de lo dicho: se estudiaron los restos del último glacial en América del Norte y se resolvió que había empezado hace unos 125,000 años y durado en su plenitud hasta hace unos 25,000; desde esta última fecha habría empezado a retroceder y desaparecer hace unos 15,000 años. Naturalmente, durante el período de su existencia, una enorme masa de hielos habría cerrado completamente toda comunicación con Asia, de modo que el hombre americano tenía que haber ingresado a este continente, forzosamente, después de la retirada de los hielos.

Hubo autores a los cuales les pareció mucho los 15,000 años dichos, y redujeron esa cifra a unos 5,000 ó 6,000 años; otros interpretaron que las puntas de Folsom, Sandía, etc., no eran de fines del Paleolítico superior sino del Mesolítico, y les asignaron unos 4,000 años de antigüedad, en contra de los 10,000 que generalmente se les asignaban. Muchos todavía opinaron, o siguieron opinando, como en la primera tesis de Hrdliçka, que todo en América era "Neolítico" y que era herético hablar de cualquier clase de Paleolítico americano.

Haremos aquí una pequeña cita, para mostrar bien esta manía *neolitizante* aun en contra de toda idea lógica y todo conocimiento. En la obra *El hombre prehistórico* de A. Houghton Brodrick, México, 1955, se trata del Neolítico del Viejo Mundo y se le asigna repetidamente 5,000 ó 6,000 años de antigüedad. Luego, al tratar América, se dice:

> La única ruta posible para las inmigraciones hacia América es la del Mar de Bering. Las indicaciones geológicas *por sí solas* colocarían la invasión más reciente hacia 20,000 a. C. Los restos recogidos en las costas de Alaska nos desilusionan, pues no guardan la menor huella anterior al período "reciente" (holoceno)... Los artefactos recogidos en suelo americano son todos

> de tipo neolítico, por lo que puede suponerse que el hombre llegó a América con tradiciones neolíticas (pág. 392).

Verdaderamente no podemos imaginarnos cómo este autor se las arregla para interpretar al primer hombre americano como neolítico y trayendo "tradiciones neolíticas", y viniendo del Viejo Mundo hace 20,000 años, cuando en esa época, según él mismo, faltaban allá unos 15,000 años para llegar al período Neolítico.

A esto conduce trabajar con una idea preconcebida, y a esto se le considera como "seriedad" científica.

Ahora, al final de todo, resulta que las cosas han cambiado extraordinariamente en los últimos años, con el descubrimiento del procedimiento de datación de antigüedades llamado análisis radiocarbónico, o Carbono 14; las cifras máximas que se aceptaban para la antigüedad del hombre americano se han más que doblado.

Al principio todo estaba bien, las puntas Folsom y Yuma dieron diez mil años de antigüedad máxima las primeras y poco más de siete mil las segundas. Todavía en el XXXI Congreso Internacional de Americanistas de San Pablo, 1954, tuvimos que escuchar en contra nuestra esas cifras. Pero luego, las cosas empezaron a descomponerse.

Las puntas Sandía, los materiales orgánicos hallados junto a ellas, dieron una antigüedad de "más de 26,000 años", un yacimiento de Alaska resultó tener más de 20,000 años, unas puntas de Nevada 23,800 años. Ahora, hace menos de un mes, nos llega otro golpe: unas puntas de Lewisville, Texas, han dado una antigüedad de más de 37,000 años.

No hemos leído comentarios sobre esta total transformación ocurrida en la prehistoria americana, por más que suponemos que ha de haber habido ya unos cuantos, que no nos han llegado. Pero lo que nos interesa aquí es la comprobación del nivel comparativo a que se ha llegado con el Viejo Mundo.

Es indudable con más de 37,000 años, en las cifras comunes sobre la fecha del comienzo del Paleolítico superior, o estamos en su mismo comienzo o ya lo hemos sobrepasado, o sea llegamos directamente al Paleolítico inferior. En otras fechas, el comienzo del Paleolítico superior se lleva mucho más allá, hasta unos 80,000 años (en Europa), y en ese caso no habríamos llegado hasta el Paleolítico inferior, pero esas cifras no son seguidas por la mayor parte de los autores.

Por demás, la cifra de "más de 37,000 años" no nos pone un límite en esos 37,000 años, ni en un poco más, sino que el infinito está detrás de ella. Ya también, el haber obtenido esa cifra en un yacimiento dado no significa, en modo alguno, que no existan otros yacimientos mucho más antiguos, cuyos restos no han sido analizados todavía.

I. *Los hallazgos de hachas de mano en América y su negación*

MUY lejos estamos de suponer que las hachas de mano sean el instrumento único o preponderante durante las largas épocas de duración del Paleolítico inferior; por el contrario, creemos que las culturas de lascas han tenido una importancia no menor e incluso, nos parece posible, la existencia de culturas de microlitos ya en este tiempo.

Pero, en la arqueología de Europa lo primero que se descubrió y probó bien que era muy antiguo, hoy decimos Paleolítico inferior, fueron las hachas de mano, por ser el instrumento más grande, tosco y representativo, y naturalmente al estudiarse América se buscó, y también se encontró de casualidad, las hachas de mano. Algunas aparecieron superficialmente, otras en excavaciones y búsquedas especiales.

Hubo un primer momento en que, cuando aparecieron estas piezas, se creyó probada la antigüedad del hombre americano, pero vino después la interpretación dicha de Hrdliçka y de Holmes, y las hachas de mano desaparecieron de la literatura científica americanista.

Uno de los primeros lugares en donde aparecieron las hachas de mano en América fue en el mismo Estados Unidos, en la localidad de Trenton (Nueva Jersey); en la zona se encontraron tres capas sucesivas de cultura, la primera de las cuales, la más superficial, correspondía a los indios históricos de la región; la segunda era una cultura propia de cazadores, que a veces fue interpretada como mesolítica, pero que no parece diferir substancialmente de las que nos presentan otras tribus indígenas de cazadores en América del Norte. Finalmente se encontraron una serie de piezas de cuarcita, entre las cuales varias hachas de mano.

Mucho se ha discutido y negado esta última capa, soste-

niéndose incluso que las piezas provendrían de la segunda cultura dicha, siendo piezas incompletas, no terminadas, que se habrían introducido más profundamente por grietas del terreno. Geológicamente parecerían corresponder a una época en que existía todavía el último Glacial (Wisconsin), pero todas las interpretaciones que aceptan su existencia como una cultura distinta de la segunda, le asignan una antigüedad ubicable en las postrimerías de ese Glacial, o sea, no salimos de los 15,000 años, como mucho.

Otros hallazgos se han hecho en distintas partes de Estados Unidos, California especialmente, Yucatán en México y numerosos lugares de América del Sur.

Trataremos más en detalle estos últimos, ya que conocemos personalmente las piezas principales provenientes de ellos.

En Chile aparecieron hachas de mano en un yacimiento de la localidad de Taltal, hacia el norte. Este yacimiento es un conchal y contenía restos evidentemente de épocas más recientes, mesolíticos y neolíticos. El Dr. Max Uhle estudió el yacimiento y concluyó que esas hachas de mano pertenecían a un Paleolítico inferior americano, cuyos yacimientos puros no habían sido encontrados todavía, a la vez que localmente se trataba de una supervivencia en épocas más recientes.

El tema ha sido posteriormente reinterpretado, negándose la existencia de esa cultura anterior y sosteniéndose que se trata de elementos propios de esa cultura más reciente. Con ello se eliminó la cuestión.

Hace unos tres meses (escribimos el 1º de enero de 1957) tuvimos una gran sorpresa respecto a los instrumentos de este yacimiento. En un breve viaje que hicimos a Montevideo, con objeto de dar unas conferencias, visitamos el museo particular del Sr. Mac Coll, agrimensor, y allí está la colección completa de los hallazgos de Max Uhle en Taltal, incluso una serie de piezas que no hemos visto publicadas. Desconocemos cómo ha llegado esa colección hasta Montevideo.

Hay allí una magnífica serie de hachas de mano, a más de otros instrumentos varios, cuya técnica de trabajo, para nosotros, corresponde indudablemente al Paleolítico inferior; son muy semejantes a las de la Patagonia que trataremos después; en general de tamaño mediano, relativamente delgadas, y hechas con piedras varias, de colores.

Del sur del Brasil, hace tiempo, se han presentado piezas

toscamente trabajadas a percusión, las más típicas de las cuales corresponden a hachas de mano. Lo mismo del Paraguay y del Alto Paraná, en la Argentina. En conjunto, parecen pertenecer a una misma cultura.

Hace ya seis meses hemos tenido también oportunidad de tenerlas en la mano (ya las conocíamos de antes, por habernos sido mostradas algunas por el Dr. Menghin en Buenos Aires). Viajamos a Asunción, a asistir como delegados de Bolivia al II Congreso sobre Lengua y Cultura Guaraní-Tupí, y en el Museo de la Sociedad Científica de esa localidad pudimos admirar un centenar de piezas líticas, todas trabajadas a percusión y muy toscas; entre ellas predominaban las hachas de mano de tamaño más bien grande y de forma no achatada, sino más bien redondeada en su diámetro. Unas cuantas lascas parecían más bien restos de la fabricación de las piezas anteriores que instrumentos fabricados especialmente; también había unos cuantos raspadores grandes y planos y un hermoso instrumento "triédrico", tipo que aparece en Bolivia y el noroeste argentino. Estas piezas provienen, casi todas, de la orilla paraguaya del Alto Paraná.

El Dr. Menghin acaba de publicar un importante trabajo sobre las piedras similares que aparecen del lado argentino, del cual nos ocuparemos extensamente, por lo cual remitimos el tema de esta cultura para más adelante.

En la Patagonia han aparecido hace tiempo piezas similares. También en la provincia de Buenos Aires y en el Uruguay. Uno de los asistentes a una de las conferencias que dimos en Montevideo nos manifestó, después de ella, que poseía más de doscientas hachas de mano, pero no pudimos verlas pues partíamos enseguida a Buenos Aires.

De la provincia de Buenos Aires, partido de Trenque Lauquen, hemos visto más de cincuenta hachas y hachitas de mano; se encuentran en un cajón depositado en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, sin más datos que su presencia y sin que hasta ahora se hubiera efectuado una investigación científica en la zona. Su forma es sumamente curiosa pues semejan una especie de concha de tortuga; propiamente son hachas de mano *unifaciales,* con el bulbo de percusión en el lado plano y con un trabajo hecho bastante toscamente del lado más curvo.

Las hachas de mano de la Patagonia fueron estudiadas y publicadas por Félix F. Outes; son bastante numerosas y pro-

vienen de varios yacimientos, la mayoría superficiales. El más importante de ellos, pues incluso presenta alguna estratigrafía, es el de Arroyo Observación (Gobernación de Santa Cruz); otras provienen de la confluencia de los ríos Chubut y Santa Cruz, Punta Casamayor, Puerto Mazaredo, Bahía Sanguinetti, Cabo Blanco, Río Seco, San Julián, etc. En el yacimiento de Arroyo Observación, además de las hachas de mano se encontraron unas puntas medianas, *amigdaloides,* que parecen hachas de mano pequeñas, y que Outes considera puntas de flecha, cosa con la cual no podemos estar de acuerdo; para nosotros son puntas de lanza.

Una cita:

> Cuando presenté a la sección de ciencias antropológicas del Congreso Científico Latino Americano reunido en Montevideo, los instrumentos procedentes de los yacimientos de la confluencia de los ríos Chubut y Chico, punta Casamayor y San Julián, el único especialista allí presente, el profesor José H. Figueira, opinó que los objetos que provenían del último punto eran evidentemente paleolíticos, aunque expresó sus dudas respecto a los otros, basado en que no presentaban los mismos caracteres externos que los recogidos en La Portada. En contraposición a esta manera de opinar, debo declarar que el señor Adrián de Mortillet, durante sus dos estadías en Buenos Aires (1903), revisó los objetos mencionados, declarando que por su simple aspecto, forma, etc., debían considerarse como cuaternarios. Pero, como ya lo he manifestado, el hallazgo del arroyo Observación disipa las últimas dudas que pudieran abrigarse (F. F. Outes: *La Edad de la Piedra en Patagonia.* Buenos Aires, 1905, pp. 294-5).

La alta autoridad de Mortillet debía haber llamado la atención de los investigadores, tanto más cuanto el hallazgo fue anunciado en la obra *Le Préhistorique* de Gabriel de Mortillet, pero las interpretaciones de Hrdliçka predominaron completamente.

Outes señala las relaciones de las puntas patagónicas con las de Trenton dichas:

> Por mi parte, encuentro de un parecido sorprendente el material que tengo a la vista procedente de los yacimientos paleolíticos de la Patagonia y el que ha sido descripto por Abbott y Wilson.

El tipo amigdaloide de la figura 20 corresponde exactamente a una pieza más pequeña recogida en Trenton, con la particularidad que esta última presenta —como su similar patagónica— intacto en la base el plano de percusión. Los tipos elípticos (figura 5) y ovoide (ejemplar que no he figurado), son también de un parecido que casi llega a la identidad, e igual cosa debe decirse de los ejemplares lanceolados (figuras 13, 17 y 22).

Comparada la técnica de trabajo de los objetos patagónicos con la de los norteamericanos, no encuentro diferencia substancial alguna, salvo una pequeña cantidad de instrumentos de los primeros que ofrecen un retoque limitadísimo. Las dimensiones en ambos grupos, corresponden en la mayoría de los casos y en cuanto a la materia prima utilizada, la gran proporción de jaspe en el instrumental patagónico, está en relación con el uso exagerado de argilita que indican los objetos reunidos hasta ahora en Trenton (Outes, misma obra, pág. 307).

Las conclusiones de Outes son valiosas, y no dejaremos de citarlas:

Mis observaciones sobre el período paleolítico patagónico me conducen a formular las conclusiones siguientes:

I. Por la forma de yacimiento, el tipo de los instrumentos y la técnica de trabajo, los objetos pertenecientes al cuaternario de los territorios patagónicos, corresponden sin excepción a una sola época arqueológica.

II. Comparada la industria paleolítica patagónica con la europea, se encuentra una gran similitud de formas, etc., con la que caracteriza a la época acheulense de la clasificación del señor G. de Mortillet, y que corresponde al período de transición chelleo-mousteriense o sea a los tipos de objetos más perfeccionados del paleolítico inferior. Observo que en Patagonia, la mencionada industria se presenta en formaciones geológicas indudablemente mucho más modernas que aquellas en que se encuentra su similar europea, lo que indicaría un atraso muy marcado en la evolución industrial de las agrupaciones humanas que vivieron en la extremidad sur de América.

III. Comparada la industria paleolítica patagónica con la africana, encuentro una gran similitud con la procedente de las regiones más septentrionales: Egipto, Argelia y Túnez.

IV. Comparada la industria paleolítica patagónica con la de la América del Norte, es sorprendente el parecido con los instrumentos que proceden de los Estados Unidos (Trenton)". *(Idem.,* pág. 309).

Al final del punto II encontramos un punto, el del atraso o retraso de esta cultura, respecto al Viejo Mundo, que sin duda ha servido para que no se tomara en cuenta como se debía a estas puntas.

Como en los casos anteriores, hemos tenido oportunidad de tener en la mano a varias de las hachas de mano presentadas por Outes, ya que están en el Museo Etnográfico de Buenos Aires. Su semejanza con Trenton la hallamos muy grande, y también con las de Taltal. En cambio las de la provincia de Buenos Aires que hemos visto, de Trenque Lauquen, tienen que formar un grupo distinto, y lo mismo, otro grupo, las del Paraguay, Alto Paraná y sur del Brasil.

Más recientemente, en estos últimos años, están apareciendo otra serie de yacimientos con hachas de mano en América del Norte, particularmente en California.

En el suroeste del Estado de Wyoming E. B. Renaud encontró, en los años 1935-9, una serie de yacimientos, superficiales, en los que aparecieron hachas de mano toscas y lascas trabajadas al modo clactoniense de Europa. Naturalmente la negación de su valor fue dada de inmediato por tratarse de yacimientos superficiales, pero el descubridor se inclina directa y puramente por considerar que se trata de una cultura propia del Paleolítico inferior. Sus ilustraciones muestran semejanzas con Trenton y la Patagonia.

En California han aparecido piezas similares. En la publicación *The Masterkey,* Vol. XXVIII, Nº 5, del Southwest Museum de California, encontramos dos artículos sobre ellas, de George F. Carter y Lydia Clements, con bastantes ilustraciones y en ellas se observan numerosas relaciones con nuestros hallazgos de Bolivia, de los que trataremos enseguida. La antigüedad que se pretende para estos hallazgos es directamente que pertenecen al último interglacial, y se abonan numerosas demostraciones y consideraciones en su pro, las cuales no dudamos que los adversarios sabrán deshacer a "su" satisfacción.

En cuanto a las piezas procedentes del yacimiento de Tule Springs, Nevada, cuya antigüedad ha sido establecida en 23,800

años por el Carbono 14, no hemos visto sino la fotografía de un raspador grande y plano, cuya forma y tamaño corresponde completamente con piezas similares del Alto Paraná y de Viscachani en Bolivia.

Todo lo anterior nos pone claramente ante el hecho de que desde hace tiempo se conocía una gran cantidad de instrumentos americanos cuya forma y técnica correspondía con el Paleolítico inferior del Viejo Mundo, y también, con la negación sistemática con que se ha tratado a ese instrumental. La interpretación norteamericana negó, simplemente, que pudiese haber la menor posibilidad de su existencia, y entonces no existieron. Lo que menos se puede decir de esa posición interpretativa es que el pasado americano ha perdido medio siglo de investigaciones a causa de ella.

Ahora, no en Estados Unidos sino en la Argentina, tenemos otra forma de interpretar los mismos hallazgos, la cual igualmente procede a negar su antigüedad. De la misma trataremos extensamente más adelante.

II. *El yacimiento paleolítico de Viscachani (Bolivia)*

En el mes de abril de 1954 hemos tenido la extraordinaria suerte de descubrir uno de los mayores, si no el mayor yacimiento con material de tipo paleolítico que se ha encontrado en América. A la fecha de escribir esto hemos recogido allí más de 9,000 puntas líticas de variadas clases.

El yacimiento se presenta muy destruido por razón de estar arado y erosionado el terreno, y por ello la estratigrafía proporcionada es muy pobre, aclarando que también han sido pobres nuestros trabajos en este sentido pues sólo pudimos hacer cinco pozos.

El yacimiento se encuentra situado en pleno Altiplano de Bolivia, en uno de sus pequeños macizos montañosos internos a mitad de camino entre las ciudades de La Paz y Oruro, en la provincia de Sica-sica del Departamento de La Paz. Su altura es de 3,831.43 metros sobre el nivel del mar. El yacimiento se encuentra situado sobre lo que ha sido ribera de un antiguo lago glacial hoy completamente desecado, lago que ha tenido su desagüe en el actual Poopo o, mejor, en el antiguo lago

Michin. El único que parece haber estudiado algo los restos de este antiguo lago es el geólogo Ahlfeld (en *Geología de Bolivia,* pp. 295-6), que nos dice lo siguiente:

> ...Cerca de Viscachani existen bancos margosos que indican que allí hubo, antes del Lago Michin, la cuenca de un lago cuyo nivel estaba aproximadamente de 100 a 150 m. encima del nivel máximo del Lago Michin.

Es muy poco. De nuestra parte creemos que el lago de Viscachani, aparte de su indudable época originaria muy antigua, ha durado en parte, muy reducido, hasta épocas relativamente recientes y que en sus orillas, acaso pantanosas, se estableció el pueblo cuyos restos tratamos.

La localidad recibe el nombre de Viscachani ("lugar de viscachas", aunque hoy por cierto no parece haberlas), y en el lugar hay un hotel de baños termales y un puesto de correos. El yacimiento queda a medio kilómetro de distancia del hotel.

El yacimiento cubre no menos de diez hectáreas de superficie, con desigual intensidad; se extiende sobre unas laderas y playas antiguas por cerca de cuatrocientos metros de lo que ha sido la antigua costa. En la superficie, hoy toda arada, se encuentran desparramados, como sembrados, infinidad de puntas líticas. Nosotros, por cierto, no hemos agotado el yacimiento.

Los pocos sondeos que hicimos no nos permitieron descubrir una estratigrafía, pero es posible que en otros lugares del yacimiento se conserve algo.

Las puntas halladas corresponden a dos conjuntos muy distintos, los cuales caracterizamos principalmente por las formas que ha tenido el trabajo de la piedra, y sus formas resultantes. Incluso más que de dos culturas creemos que se puede hablar de dos grandes períodos culturales; sobre todo el segundo tipo requiere una serie de subdivisiones.

El primer tipo de puntas líticas, que forma una cultura que hemos llamado *Viscachanense,* se caracteriza por un trabajo de la piedra en golpe de percusión, no presentando ninguna forma de retoque los bordes de las piezas resultantes. Esta técnica en el Viejo Mundo es propia del Paleolítico inferior. Los instrumentos hallados, todos de piedra, son: hachas de mano, grandes y pequeñas, puntas foliáceas en forma de toscas hojas de lau-

rel unas y otras con la base chata, raspadores varios, redondeados y chatos, lascas unifaciales muy toscas, a veces con punta curvada en forma de pico. Una forma especial de las puntas en forma de hoja de laurel dichas presenta una escotadura lateral en la parte inferior, en exacta correspondencia con el primer tipo de las puntas Sandía; con todo, las puntas de Sandía que hemos visto fotografiadas están mejor trabajadas. Hay una serie, abundante, de pequeñas hachas de mano que interpretamos como cuchillos, y otras varias formas de piezas de uso desconocido. Todas estas piezas están trabajadas en cuarcita verdosa, a veces cubierta por una pátina de color ferruginoso.

En conjunto pertenecen al Viscachanense, aproximadamente la mitad de las piezas encontradas, y de ellas mucho más de la mitad son las dichas hojas de sauce (la mayoría rotas). Las hachas y hachitas de mano son unas doscientas. De las hojas de sauce un gran número son de forma completamente "amigdaloide", como pequeñas hachas de mano.

Hay un tipo de instrumentos de esta cultura que todavía nos es un problema, a pesar de su simplicidad: se trata de unas especies de bolas de piedra, muy toscas y deformes, con los bordes gastados por continuas machacaduras; algunas son achatadas y otras propiamente informes. Al principio las interpretamos como *muelas de moler,* por más que no apareció nada que se pudiera tomar por restos de morteros; ahora creemos que, al menos la mayor parte de ellas, pueden ser primitivas bolas arrojadizas.

La segunda cultura de Viscachani corresponde a un tipo ya conocido, la cultura *Ayampitinense* de la región central argentina, estudiada por los Dres. A. Rex González y O. Menghin. Precisamente la estábamos buscando en Bolivia cuando hicimos este hallazgo. Corresponde, por tanto, extenderle el nombre de Ayampitinense con que se conocen sus puntas en la Argentina. Se trata de una cultura de cazadores cuya antigüedad en la Argentina acaba de establecerse en casi 8,000 años antes del presente, por medio del Carbono 14.

Todo está mezclado con lo anterior, en los mismos lugares, revuelto por el arado y la erosión. El objeto típico de esta cultura es una punta de piedra en forma de hoja de sauce, similar a las del Solutrense superior de Francia. Son consideradas allá como puntas de jabalina, no de flechas; estas puntas son de base redondeada, pero también hay otras puntas que forman

como un triángulo muy alargado y que presentan en la base un pedúnculo corto y ancho; el término medio del tamaño de estas puntas es de 5 a 6 centímetros, habiendo unas pocas más grandes y sí muchas más pequeñas; también se encuentran varias formas de raspadores, apicales y laterales. Unas pocas de las puntas típicas de esta cultura, todas rotas, nos muestran la base con un corte en forma de muesca a su costado. El material utilizado en estas piezas es de piedras variadas, con frecuencia de colores, y la cuarcita casi no aparece en ellas. Todas las piezas tienen un fino trabajo de retoque hecho a *presión,* o formas semejantes.

Junto con estas puntas, al menos las tenemos que agregar a ellas provisionalmente, sobre todo por el hecho de presentar la misma técnica de trabajo, aparecen otras puntas sorprendentes: *puntas de Folsom,* en primer lugar; de ellas hemos hallado cerca de una veintena, casi todas rotas; la forma es completamente Folsom, sólo que la estría lateral de las puntas Folsom puras aparece aquí hecha de un solo lado y en tamaño chico.

Otras varias formas de puntas que hay son de tipo que creemos más reciente, incluso algunas que tienen que corresponder ya a los primeros agricultores de la región, pero son muy escasas.

El Ayampitinense, por lo que hemos podido examinar de las puntas reunidas, parece poder subdividirse en tres períodos; en el III de ellos aparecerían las primeras puntas de flecha.

Volviendo al Viscachanense, que es la cultura que aquí nos interesa directamente, lo que más nos sorprendió y llamó la atención de ella al principio fueron las puntas con escotadura de tipo Sandía, y en nuestro primer trabajo sobre el yacimiento llamábamos sobre todo la atención sobre ellas; pero es evidente que, dado su pequeño número, no son ellas las representativas de esta cultura. Las hachas de mano y las puntas en forma de tosca hoja de laurel, sobre todo las amigdaloides, que clasificamos como puntas de lanza, sin duda son sus elementos más representativos y primitivos.

Las hachas de mano son similares en forma y trabajo a las de la Patagonia y Taltal, a más de Trenton, pero se distinguen claramente por ser mucho más toscas y anchas. Con todo no vemos en eso una diferencia fundamental, pues el material utilizado para hacerlas, la cuarcita verdosa, es más impropia para un trabajo fino que las piedras utilizadas en aquellos lugares.

En cuanto a las "puntas de flecha amigdaloides" de la Patagonia, presentadas por Outes, corresponden completamente a nuestras toscas hojas de laurel, que con frecuencia son también amigdaloides, como hemos dicho. Piezas similares hay entre las puntas de Taltal, y ello unifica en una sola capa cultural básica a estas tres zonas arqueológicas.

También en el noroeste argentino han aparecido algunas puntas de este tipo, hechas igualmente en cuarcita verdosa; en el Museo Arquelógico del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, existen algunas. Otras fueron publicadas por E. Boman.

En el sur de Bolivia fue descubierto hace tiempo un yacimiento con piezas de tipo Viscachanense, pero, como de costumbre, fue dado al olvido. Nosotros encontramos una cita sobre esto en la obra de Furon sobre prehistoria, y el Dr. Menghin, a quien escribimos, se encargó de hallar la referencia original. He aquí la transcripción de Menghin:

> ...El único relato más antiguo sobre el descubrimiento de industrias precerámicas en Bolivia que aún conserva cierto interés fue publicado por el geólogo y prehistoriador francés George Courty, miembro de la expedición de Créqui-Montfort y E. Sénechal de la Grange. Fue completamente olvidado, posiblemente por haber aparecido en un lugar poco accesible. Parece útil traducirlo y transcribirlo aquí. Dice Courty:
>
> "En 1903 descubrí entre San Pablo y San Vicente de Lípez, encima del cerro Relave o Relaves, a 4,400 metros de altura, un inmenso taller donde se trabajó cuarcitas negras y verdes; se encontraba en un lugar muy alejado de toda población de indios quechuas. En mi opinión, este descubrimiento tiene una gran importancia, pues los perforadores y especialmente los raspadores, muestran claras analogías con el Neolítico europeo. Los raspadores son espesos, toscos y de retoque bastante grosero.
>
> "Considero la industria del cerro Relave como la más antigua de Bolivia y tal vez de Sudámerica. En Huancane, arriba del cerro Huanco, entre San Vicente y San Pablo, a unos 4,350 metros de altura, existe otra industria lítica muy antigua. Pero en vez de cuarcitas talladas como en Relaves, aquí se trata de sílices jaspoides originariamente procedentes de una roca traquítica. Me reservo establecer un sincronismo entre los períodos prehistóricos de América y Europa. Las industrias de tipo neo-

lítico de Huanco y de Relaves me parecen contemporáneas con nuestras épocas paleolíticas". (Menghin, O. F. A.: *Culturas precerámicas en Bolivia.* En "Runa", tomo VI, Buenos Aires, 1953-54).

Courty, como se le llama "neolíticos" a estos instrumentos, a la vez que los considera contemporáneos al Paleolítico de Europa, siguiendo una interpretación en donde considera la existencia de un mayor adelanto cultural en América; pero, aun en su breve descripción, se advierte que sus yacimientos nos presentan fases semejantes al Viscachanense.

En nuestra interpretación actual, nos hallamos delante de una verdadera cultura del Paleolítico inferior que ha entrado a América no después de los comienzos del último Glacial (Wisconsin), o sea hace unos 70,000 a 50,000 años. Su presencia en Bolivia no corresponde, naturalmente, a esa época inicial del poblamiento de América, pero siempre puede tener hasta unos 20,000 años de antigüedad, en origen local, y habría durado hasta la primera aparición en la zona de la cultura de los cazadores ayampitinenses, hace los 8,000 años dichos. Sin duda habrá habido diversas mezclas entre ambos tipos de pueblos.

También, sin duda, se inventarán pronto argumentos en contra de nuestra interpretación, y se demostrará "a satisfacción" de los oponentes que nuestro Viscachanense es una cultura reciente, a lo más inmediatamente pre-cerámica, pero creemos que los tiempos están cambiando ahora, sobre todo con los "más de 37,000 años" de los hallazgos de Texas, según el análisis con Carbono 14.

Por demás, ya incluso ha habido en Bolivia un "arqueólogo" aficionado que opinó que nuestras puntas viscachanenses corresponden a la última época Aymara antes de la conquista Incaica, y que son toscas porque fueron hechas apresuradamente para defenderse de esa conquista.

III. *Las investigaciones y la interpretación del Dr. Menghin sobre el Paleolítico americano.*

EL conocido investigador Dr. Oswaldo F. A. Menghin desde hace varios años viene ocupándose de la más remota prehis-

toria americana, y, en especial, de la prehistoria patagónica. Su origen austriaco y sus conocimientos y teorías sobre el mismo tema respecto al Viejo Mundo le han dado una base interpretativa previa de conocimientos y teorías, con las cuales indudablemente ha hecho avanzar mucho estas investigaciones, tan decaídas en nuestros países a causa de la influencia de la negativa interpretación norteamericana.

El Dr. Menghin, ya mucho antes de venir a América, elaboró una serie de teorías sobre las culturas más antiguas del Viejo Mundo, y de ellas la que nos importa directamente es la relativa al desenvolvimiento de las culturas con hachas de mano. En vez de la serie clásica de la evolución de los tipos culturales del Paleolítico, para Menghin existieron desde un principio tres vías de evolución de las culturas: las culturas con instrumentos de hueso, las culturas con hachas de mano y las culturas con instrumentos hechos de lascas.

Dejando de lado las primeras (las culturas del hueso, que dan los tipos de culturas árticas), las culturas con hachas de mano, para Menghin, no limitan su existencia al Paleolítico inferior como se acepta en la serie clásica, sino que perduran durante todo el Paleolítico superior en zonas situadas más bien al sur de donde se desarrollaban las culturas de lascas (o ya, de puntas foliáceas) o sea África y el sur de Asia. Además, las culturas con hachas de mano serían propias de pueblos habitantes más bien en zonas boscosas, en contra de los fabricantes de instrumentos de lascas, que preferirían las zonas abiertas por utilizar más bien armas arrojadizas.

Menghin utiliza una terminología propia para designar a las diversas épocas del Paleolítico: el Paleolítico inferior es para él *Protolítico,* el superior *Miolítico,* etc., términos que conviene recordar para ubicar los períodos de nuestras citas.

También, y fundamentalmente, para Menghin, y siempre dentro del conjunto de sus teorías establecidas antes de venir a estudiar en tierras americanas, las culturas con hachas de mano ya desde tiempos muy antiguos (a menos desde el comienzo del Paleolítico superior) pertenecerían a pueblos agricultores; agricultores muy primitivos por cierto, que en cierto modo no serían sino un ligero desarrollo sobre los recolectores de semillas y frutos silvestres; desde luego, sin cerámica, sin piedra pulida, sin tejidos, etc. Esta tesis la ha aplicado ampliamente a su interpretación de los hallazgos americanos.

Haremos algunas citas para explicar mejor sus ideas:

> Cabe poca duda, que la cultura del hacha de mano tuvo su origen en la zona tropical del Viejo Mundo, donde prevalecía durante todo el cuaternario. Esto se debe muy probablemente a la consecuencia del hecho que un instrumento como el hacha de mano era muy adecuado para regiones con abundante flora, práctica para cortar ramas, plantas trepadoras y raíces, y tenía utilidad como rompe-cabezas, arma que en la floresta virgen tiene mayor uso que el dardo, aunque no haya faltado, probablemente, este último... Las culturas puras de lascas se desarrollaron, según las pruebas arqueológicas, en la cinta central del mundo eurasiático. En ellas se destacan las armas arrojadizas, es decir las lanzas, dardos, jabalinas, apropiadas para la vida en la estepa abierta, y además el puñal, en breve, armas provistas de puntas, en contraste con las armas para golpear, preferidas en las culturas del hacha de mano. Por eso hallamos en las culturas de lascas una inclinación muy marcada hacia la producción de fuertes y perfectas puntas de piedra, que faltan en las culturas del hacha de mano. El foco principal de las culturas del hueso debe encontrarse en el norte de Eurasia, y por eso les corresponde una importancia trascendental y singular para América. (Menghin: *El hombre del paleolítico con referencias a América,* en "Anales de Arqueología y Etnología", tomo X, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1949, págs. 24-5).

El significado de esto para la interpretación de las culturas americanas provistas de hachas de mano es que, todas ellas, serían propias no del Paleolítico inferior sino del superior. El Dr. Menghin, mucho antes de venir a América, interpretó una cultura africana del Congo, a la que llamó *Tumbiense* (de Tumba), como representativa de esas culturas agricultoras con hachas de mano, propias del Paleolítico superior, que aceptaba en su interpretación, y lo mismo a la cultura *Bacsoniense* de Indochina. A esas dos zonas las puso en relación con pueblos de raza negra, a la del Congo con negros comunes y a la de Indochina con melanesios primitivos. También, en su interpretación, consideró que esas culturas correspondían al ciclo llamado de "las dos clases matrimoniales" o "cultura de la azada" de la escuela Histórico-cultural, la cual sería una cultura ma-

triarcal primitiva. A las culturas de lascas del Paleolítico superior las relaciona con el ciclo totemístico de la misma Escuela.

Otra cita, más explicativa:

> En mi *Weltgeschichte der Steinzeit*, p. 225 y sigs. escribí lo que transcribo: "Hay en ambas Américas una considerable cantidad de artefactos que pueden calificarse, desde el punto de visto tipológico, como derivados de la cultura del hacha de mano. Por desgracia, es difícil establecer su fecha geológica. Lo único seguro es que no se trata de objetos protolíticos. Tampoco es probable que pertenezcan al Miolítico antiguo, pues no parece que el camino de América estuviera libre de hielo en aquella época. Por lo tanto, estos artefactos podrían pertenecer al Miolético tardío. Por no contarse con la existencia de una cultura miolítica del hacha de mano, la posición histórica de estos restos quedó mal entendida hasta la fecha. Ante todo, desde nuestro punto de vista, se vierte nueva luz sobre un conocido complejo arqueológico americano. Son los hallazgos de Trenton, de los cuales hace poco P. Sarasin se ha vuelto a ocupar detenidamente. En las gravas del río Delaware se halló hace unos decenios cuantiosos instrumentos pétreos, cuya edad y clasificación causaron muchas discusiones, sin que se llegara a una conclusión. Se trata en lo esencial de una cultura del hacha de mano en un estado avanzado. Su descubridor Abbot y muchos otros la consideraron como Acheulense americano. Pero los geólogos negaron la edad cuaternaria de las respectivas gravas. Esa opinión parece prevalecer aún hoy... Pero, sea como fuera, la cultura de Trenton siempre debe ser entendida sólo como ramificación de la cultura del hacha de mano miolítica, aun considerando que posiblemente sobrevivió hasta tiempos recientes. No puede seguirse el conjunto de semejantes complejos arqueológicos de Norteamérica en este libro. Sin duda hay muchos. Y lo mismo vale para la América del Sur. Aquí muchos *sambaquís* contienen una industria que no puede distinguirse del Miolítico con hachas de mano del Viejo Mundo. Desde luego, su edad generalmente se desconoce. Parece, sin embargo, que un yacimiento sudamericano fue datado geológicamente. Cerca del arroyo Observación, que desemboca en la Bahía de Mazaredo en la Patagonia, Outes descubrió en una capa de guijarros de 5 metros de profundidad, separada con claridad de depósitos indios más recientes, dos artefactos paleolíticos; uno de ellos es

una buena hacha de mano. Es difícil conjeturar una edad protolítica para estos objetos, aunque el estrato no pueda datarse exactamente. Tendría enorme importancia para la historia cultural más antigua de América, que las ideas aquí sugeridas pudiesen confirmarse por medio de observaciones precisas". (Menghin: *El Tumbiense africano y sus correlaciones mundiales* en: "Runa", vol. II, Instituto de Antropología, Buenos Aires, 1949, págs. 109-110).

Como vemos, las culturas americanas con hachas de mano en esta interpretación, lejos de ser del Paleolítico inferior pertenecerían al Paleolítico superior final, y serían de pueblos agricultores. Premisa con la que comenzó su estudio.

Menghin acepta, para interpretar las edades Glaciales la teoría del yugoeslavo Milankovitch, basada en correlaciones astronómicas, etc., lo cual significa, en lo que nos interesa, que el último Glacial (Wisconsin) habría empezado hace 118,000 años, y el Paleolítico superior (Aurinaciense) hace 78,000 años, cifras que otros autores reducen a la mitad.

En un principio, aceptó para las puntas Sandía una antigüedad de 40,000 años y para las hachas de mano del Arroyo Observación 26,000 años de antigüedad (*El hombre del paleolítico*, etc., cuadro de la pág. 39 y pág. 47), pero luego redujo, siguiendo la interpretación norteamericana de antes de los análisis con el Carbono 14, la antigüedad de las puntas Sandía a 14,000 años:

Ibarra Grasso recalca la semejanza de las primitivas puntas con muesca lateral con los artefactos análogos que se descubrieron en la Cueva de Sandía en Nuevo México (Estados Unidos), en clara situación estratigráfica. La capa cultural respectiva yace debajo de otra con puntas de tipo Folsom separada de ella por un estrato estéril y está caracterizada por una fauna netamente cuaternaria. La industria del tipo Sandía indudablemente pertenece a una fase cuaternaria que es anterior al final de la última glaciación y se remontaría por los menos a 14,000 años a. C. Por supuesto sería prematuro afirmar —en base a meras correspondencias morfológicas— que el complejo más primitivo de Viscachani sea contemporáneo con la cultura de Sandía. Pero es muy probable una coherencia genética que, dado el indiscutible carácter arcaico del conjunto boliviano, implica ciertas consecuencias cronológicas, aun si contamos con un fuerte desnivel

cultural entre América del Norte y del Sud. (Menghin: *Culturas precerámicas de Bolivia, etc.*, pág. 129).

De los 40,000 años que Menghin aceptaba al principio, a los 14,000 aceptados en 1954 hay bastante diferencia. Ahora tendrá que volverse de nuevo a la cifra inicial, pues el material orgánico hallado junto a las puntas Sandía ha dado, con el Carbono 14, "más de 26,000 años" de antigüedad. A nuestras puntas Sandía les asigna comparativamente, en ese trabajo, 10,000 años, y creemos que al doblarse la antigüedad de las puntas Sandía también se doblan los 10,000 años de Viscachani.

En ese mismo trabajo, el Dr. Menghin, sin explicarlo claramente a lo que nosotros entendamos en sus líneas (pero después nos lo explicó personalmente), separa nuestro Viscachanense en dos grupos culturales distintos, como se ve en el cuadro cronológico que publica. Las puntas tipo Sandía (junto con las puntas en forma de tosca hoja de laurel) formarían una primera y más antigua cultura, las hachas de mano y afines una cultura posterior, a la cual llama Viscachanense. En el cuadro cronológico dicho asigna una antigüedad de unos 10,000 años a la cultura de las puntas Sandía-hojas de laurel, y de unos 6,000 al Viscachanense de hachas de mano. (Al Viscachanense seguiría el Ayampitinense, pero de esa cultura ya no queremos ocuparnos aquí).

En la forma dicha, Menghin obtiene fácilmente que una cultura de cazadores, con lanzas arrojadizas (Sandía-hojas de laurel) ha precedido en el tiempo a una cultura de plantadores con hachas de mano. Luego, a los plantadores los ha sucedido otra cultura de cazadores más desarrollados, los ayampitinenses.

El panorama que se ha formado el autor sobre el Paleolítico americano queda así completo, y a la vez ubicado completamente dentro del Paleolítico superior. En cuanto a las hachas de mano del Arroyo Observación, a las que asignaba .. 26,000 años de antigüedad en 1949, parece haberse olvidado de esa cifra y en todos sus trabajos más recientes declara que las hachas de mano de la Patagonia y la provincia de Buenos Aires son recientes.

Respecto a la fecha dicha de 118,000 años para el comienzo del último Glacial, y las teorías de Milankovitch en general, encontramos en los escritos del Dr. Menghin una inco-

herencia grave: acepta, naturalmente, y reproduce repetidas veces las fechas más recientes, incluso dadas por el Carbono 14, para las épocas del retroceso de los hielos en los Glaciales de Europa, Norteamérica y la Patagonia, que se produce contemporáneamente según esas fechas. Y acepta a la vez la teoría de Milankovitch sobre la duración de los glaciales, *la cual es absolutamente inseparable de la tesis de que los glaciales del norte y del sur no son contemporáneos sino de épocas opuestas.* Ningún arreglo puede haber entre estas cosas, y hay que abandonar o la teoría de Milankovitch o las cifras actuales sobre el retroceso de los hielos.

IV. *El Paleolítico inferior en la Patagonia y en el Alto Perú según el Dr. Menghin*

Nos ocuparemos más detenidamente de dos trabajos del Dr. Menghin sobre culturas que nosotros consideramos de tipo del Paleolítico inferior, pero que él no trata en esa forma, especialmente a la segunda.

En su monografía *Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia* (en: "Runa", vol. V, Buenos Aires, 1952), nuestro autor se dedica a hacer una exposición de las culturas prehistóricas de la Patagonia y la ubicación cronológica que ha logrado darles; es un trabajo valioso pues allí están resumidos sus estudios fundamentales en la zona, merced a los cuales ha conseguido aclarar bastante una zona arqueológica que era propiamente un caos, que nadie tomaba en serio.

Nos describe Menghin una serie de culturas de tipo del Paleolítico superior, con abundantes piezas unifaciales, que ubica hasta los años 9,000 antes de Cristo, y de las cuales no nos corresponde ocuparnos aquí pese a su interés. A varias de ellas las encuentra en parte sobre las varias terrazas marinas formadas por las oscilaciones del último Glacial, lo cual es un punto que tenemos que ocuparnos para la cultura más antigua que nos presenta.

Esta cultura es la *Oliviense;* de ella nos dice:

> Encima de las terrazas marinas cercanas a la estancia Fratzscher pudimos reconocer un complejo cultural aún más antiguo que el *Solanense.* De 10 a 15 km. al norte de Caleta Olivia se

abren unos pequeños cañadones en dirección al Atlántico, los que cortan una terraza que cerca del mar se eleva hasta 50 metros más o menos. Esta terraza ya fue estudiada y descrita por Feruglio. Bajo un manto de cantos rodados aparece un conglomerado con muchos fragmentos de conchas marinas que tiene una considerable extensión hacia el Norte y hacia el Sud. La opinión de Feruglio se inclina a que pertenece al último interglacial, aunque observa que su posición estratigráfica es muy dudosa. Tal vez algo más reciente, pero su altura excluye una edad tardío-glacial. Lo que nos interesa en primer lugar es el hecho que los bordes de estos cañadones y sus pequeños afluentes están cubiertos por una serie casi ininterrumpida de concheros de *Venus,* cuya antigüedad está revelada no sólo por su posición alrededor de 40-50 metros sobre el nivel del mar, sino también por el gran desgaste de las conchillas. Por el momento no es posible datarlos con precisión, pero es seguro que pertenecen por lo menos al último interstadial y aun pueden remontarse al penúltimo. La edad del último interstadial (Gotiglacial) se calcula en 14,500-9,000 a. de C.; la del penúltimo (Daniglacial), en 25,000-18,000. Entre estos límites está la edad de estos concheros (los números indicados representan las fechas máximas según las opiniones de hoy en día). Reunimos un pequeño conjunto de artefactos que son suficientes para evidenciar el carácter especial de esta cultura paleolítica, la más antigua de la Patagonia, de la que tenemos datos seguros. Los elementos industriales más importantes que encontramos son: lascas con y sin retoques marginales, una lasca delgada con retoque casi vertical en un borde cóncavo, raspadores grandes y pesados con retoque fino o grueso, instrumentos espesos con borde dentado curvo y una pequeña hoja amigdaloide con trabajo bifacial primitivo. La materia prima es exclusivamente calcedonia blanca. A esta cultura la denomino *Oliviense.* (Págs. 35-6, obra citada).

Luego de esto, en un amplio cuadro cronológico que acompaña a este trabajo, nos ubica al Oliviense en una antigüedad de 10,000 años, con un signo de interrogación hacia antigüedades mayores.

En la página 41 nos clasifica al Oliviense como un auténtico Miolítico (Paleolítico superior), con acervo de cazadores superiores.

Encontramos en esto varias incoherencias. En primer lugar, el mismo Dr. Menghin nos ha mostrado las piezas perte-

necientes al Oliviense y no nos parecen muy propias de una cultura del Paleolítico superior, sino del inferior, especialmente la hoja amigdaloide; esto puede ser una opinión nuestra, pero lo que importa es lo siguiente:

Si esos concheros, e instrumentos, están sobre la terraza de 40-50 metros, parece que deben ser un poco más antiguos que lo que él dice, como incluso lo indica primero en el texto. También la opinión de Feruglio, que nos cita, ubicando esta terraza en el último interglacial es valiosa para la indicación cronológica, forzosamente más antigua.

Por demás, en la prehistoria de Europa se ubica en el último interglacial a la terraza de 30 metros (también presente en la Patagonia), y a la de 40-50 metros se la coloca en el penúltimo interglacial (Mindel-Riss); nos parece algo extraño que en la Patagonia estas terrazas sean tan recientes. Además, en el mismo cuadro cronológico dicho, Menghin ubica la terraza patagónica de 30 metros ocupando un lugar que va desde Würm II hasta el final del último interstadial, o sea comprendiendo íntegramente el Daniglacial y el Gotiglacial, y a la terraza de 40-50 metros entre el comienzo del último Glacial (Würm I) y el final del antepenúltimo interstadial, en plena época del Paleolítico inferior según su mismo cuadro (unos 118,000-70,000 años de antigüedad según sus cuentas); no comprendemos cómo ubica finalmente al *Oliviense* en una antigüedad de sólo 10,000 años.

Con esta ubicación, tan discordante, de la edad de las terrazas patagónicas y europeas, no nos extraña que al final las fechas de la prehistoria de Europa se eleven a cientos de miles de años, en tanto que para América apenas se cuenten los millares de años.

En el mismo trabajo, nos dice varias veces que las hachas de mano de la Patagonia se encuentran como intrusas en culturas más recientes, evolucionadas, pero no hemos encontrado en él ninguna referencia directa de en cuáles de esas culturas más evolucionadas aparecen. Por demás no dudamos de este hecho, pero lo interpretamos en forma distinta.

El segundo trabajo, a que nos hemos referido se titula: "El Altoparanaense" (en: Revista *Ampurias,* vol. XVII-XVIII, Barcelona, 1955-1956, págs. 171-200). Se trata de una monografía dedicada al estudio de la cultura con hachas de mano propia del Alto Paraná y sus alrededores, o sea Paraguay, nor-

este argentino y sur del Brasil. Ya hemos dicho que conocemos personalmente esta industria por haber visto sus instrumentos en el Paraguay, y por habernos mostrado algunos de ellos el mismo Dr. Menghin.

Hay algunos antecedentes sobre esta cultura, principalmente de un colono alemán llamado Federico C. Mayntzhusen, que publicó dos trabajos sobre ella, pero a los cuales no se le hizo caso. Menghin cita éstos y otros datos, y luego pasa a la descripción de los hallazgos y yacimientos, presentándonos 13 ilustraciones de piezas de este estilo.

Como lo que nos importa aquí son sus ideas generales, comenzaremos con las citas:

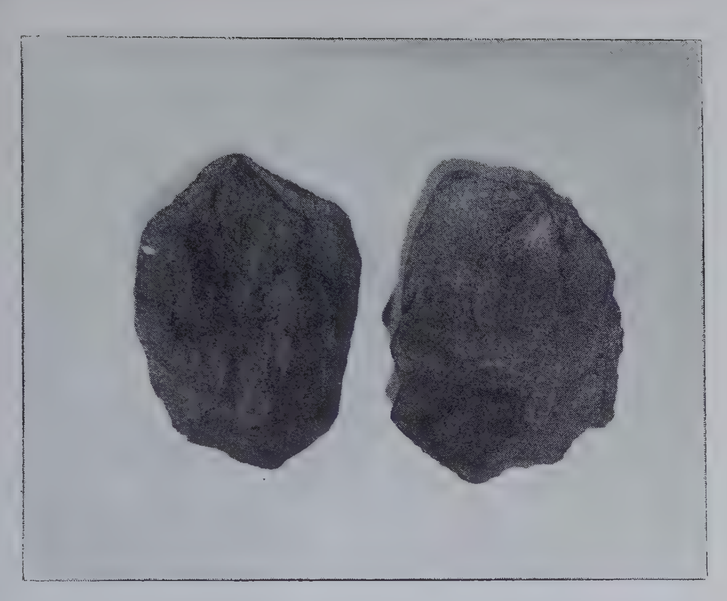
> Misiones goza hoy en día de muchas precipitaciones durante casi todo el año; es una de las regiones más lluviosas de la República. Los ríos arrastran siempre un gran caudal de agua, y el número de los manantiales y suelos húmedos es notable. La altura absoluta es modesta: el cerro más alto, llamado San Pedro, alcanza 468 m. s. n. del m.; las lomas cercanas al Alto Paraná se elevan más o menos a 50-100 m. sobre el lecho del río, que a su vez tiene unos 50 m. de altura s. n. del m. Considerando estas condiciones conjuntamente con la latitud geográfica de la zona, podemos suponer que su clima ya fue suficientemente bonancible en la fase del postglacial temprano, para permitir la existencia de una vegetación abundante, probablemente de sabana húmeda, lo que —según nos informara el doctor Pablo Groeber— se deduce del carácter edafológico del humus de Misiones, aunque probablemente no faltaban arboledas (Wilhelmy, 1952). La floresta virgen que más tarde —tal vez desde unos 4,000 años— iba revistiendo la región del Alto Paraná, en apariencia funcionaba más como conservador del humus ya existente que —en medida modesta— como productor de humus nuevo.
>
> Desde el punto de vista cronológico es de gran importancia la fidedigna observación de muchas personas —comenzando con el mismo Mayntzhusen—, que los utensilios del Altoparanaense comunmente se encuentran hasta unos 50 cm. abajo del humus, es decir, en los estratos superiores de la tierra roja. En las cabeceras del río Yabebirí, cerca de Oberá, aparecieron varias hachas de mano hasta 3 m. bajo la superficie, pero no atribuimos demasiada importancia a esta noticia en razón de ser posible que se trate de un terreno removido por un derrumbe de la ba-

rranca. La profundidad común en la cual se descubren los objetos es completamente suficiente para afirmar que el Altoparanaense se remonta por lo menos al postglacial temprano y, probablemente, a las postrimerías de la última glaciación, es decir, por lo menos a unos 8,00 ó 9,000 años a. C. *(Obra citada* págs. 178-9).

La ubicación del medio ambiente en que se habría desarrollado esta cultura está dada, y también su antigüedad originaria. Su fecha final aproximada, la declara en la pág. 177, en el "milenio segundo a. C.", fecha en la cual el Neolítico se habría difundido en la zona. Personalmente creemos que la primera cifra es escasa y la segunda elevada, pero primero seguiremos con las citas.

Luego de describirnos los tipos de instrumentos, dice:

> Un resultado muy importante que se deduce de esta sucinta clasificación y descripción del instrumental altoparanaense es la enorme diferencia que lo distingue de las industrias líticas patagónicas y pampeanas, cuyo legado arqueológico más antiguo se remonta también al final de la última glaciación. Los más antiguos cazadores superiores de las estepas australes de Sudamérica fabricaban sus instrumentos de piedra, principalmente sobre lascas que destacaban de núcleos más o menos preparados. El núcleo muchas veces fue un guijarro. También el hombre del Altoparanaense se valió de guijarros, pero de una manera completamente distinta: él formaba sus instrumentos del nódulo mismo, no de lascas desprendidas; las esquirlas que se producían en ocasión del trabajo eran para él más o menos un desecho, aunque, por supuesto, no excluía ello una utilización ocasional. Esta técnica se combina forzosamente con el retoque facial, pues solamente de esta manera puede darse a un nódulo la forma deseada, mientras que la lasca no precisa más que una talla marginal" (pág. 183).
>
> . . . Se debe contar con la existencia primero de una estepa, después de una sabana húmeda, fácilmente transitable, con pequeños bosques. Así, el hombre tuvo muchas oportunidades de entrar en relación con los árboles, y para ese objeto precisó grandes hachas de mano, muchas de las cuales, sin duda, fueron enmangadas. Naturalmente, no talaba árboles sin propósitos bien definidos: no se debe pensar en desmontes, pues ese trabajo los primitivos pudieron efectuarlo más fácilmente mediante



Dos hachas de mano de Viscachani, de 13.6 y 13.5 cm. de largo respectivamente.



Cuatro toscas bolas arrojadizas, de Viscachani, la segunda achatada. Diámetro máximo 6.8, 7.1, 7.6 y 7.2 cm.



Piezas varias de Viscachani. 1. Especie de raspador bifacial, diá. 4.9 cm.—2. Especie de buril unifacial, largo 6.8 cm.—3, 4, 5 y 6. Raspadores unifaciales, de 5.6, 5.8, 4.6 y 6.1 cm. de diámetro, los dos últimos cónicos.



Puntas de lanza de Viscachani, las cuatro primeras de base chata y con la punta rota; las cuatro últimas de base redondeada; largo de las últimas: 7.3, 6.6, 7.5 y 7.6 cm.

el fuego, pero sí para la construcción de casas de madera, conjetura nada atrevida si se tiene en cuenta todo lo que ahora sabemos sobre las viviendas del Miolítico y Epimiolítico europeo. El hecho de que los yacimientos del Altoparanaense se hallen a ambos lados del gran río, hace seguro que sabían cruzarlo mediante alguna forma de embarcación, probablemente fabricada de madera. Las azadas y picos del Altoparanaense, sin embargo, difícilmente fueron solamente instrumentos de carpintería; especialmente el pico parece poco útil para el trabajo de la madera, pero sí de la tierra. Muchos especialistas europeos interpretan por ello los picos como instrumentos de minería destinados a obtener el pedernal de las galerías subterráneas. Siempre nos opusimos a esa teoría, y en el Alto Paraná tenemos las claras pruebas de su inexactitud, pues allí como materia prima solamente sirvieron los guijarros y no existía la extracción de meláfido de canteras, pero sí el pico. En consecuencia, éstos tuvieron otra función, tal vez fueron instrumentos para el cultivo, lo mismo que las azadas. Sea como fuere, debemos contar con la posibilidad y hasta probabilidad de que el hombre del Altoparanaense no fue solamente cazador, sino también plantador, aunque de nivel muy bajo... (págs. 184-5, *obra citada).*

La interpretación de que las hachas de mano se enmangaban y que servían para cortar árboles es una interpretación propia del Dr. Menghin; en cuanto a las piezas que llama "picos" y "azadas", en la colección que hemos visto en el Paraguay son una pequeña minoría dentro de un conjunto en que predominan numéricamente las hachas de mano, y las pensamos más bien servían para arrancar raíces comestibles.

En esta cultura hay una especie de *clavas* de piedra, curvadas, que Menghin interpreta como armas arrojadizas de caza y deporte, en lo cual no vemos inconveniente. Luego señala la rareza de la existencia de *puntas* en esta cultura y lo mismo de *raspadores,* agregando que en ambos casos se explica porque no eran cazadores y porque las vestimentas de piel (para limpiar las cuales se precisan los raspadores) no tuvieron importancia en el Altoparanaense. Agrega al final, en forma prudencial, que acaso existieran puntas de lanza hechas de madera y hueso, que desaparecieron con el tiempo y que habría que buscar sus no imposibles restos en las cuevas de la región.

Con lo anterior el panorama local está completo. Procede

ahora nuestro autor a hacer sus comparaciones. En primer lugar, según los trabajos del Prof. Antonio Serrano, acepta la existencia de una fase arcaica en los *sambaquíes* (conchales) de la costa brasilera, y encuentra que allí el hacha de mano es común, por más que siempre tienen algo de pulimento por lo menos en el filo; las interpreta como fases más recientes de la misma cultura. También encuentra abundantes hachas de mano en Minas Geraes.

A las hachas de mano de la provincia de Buenos Aires las incorpora al mismo conjunto, no obstante sus diferencias de forma, y les asigna una antigüedad de "el Postglacial medio, entre unos 6,000 y 2,000 años a. C." (pág. 188). A las hachas de mano de la Patagonia las ubica también en el Postglacial medio y nos agrega que se ligan a la terraza de 10 metros, faltando en cambio en las más recientes (pág. 189).

Pasa luego a Yucatán, México, Estados Unidos, y en todas partes va declarando que las hachas de mano pertenecen a una cultura de plantadores. Las pruebas que aporta son siempre opiniones o suposiciones interpretativas previas, con las que desecha sin más las interpretaciones contrarias. Por ejemplo:

> En lo que se refiere al complejo del hacha de mano en Norteamérica, tenemos que limitarnos a pocas indicaciones. Aparentemente existen muchos focos de esta cultura en los Estados Unidos. Uno importante se encuentra en el sudoeste del Estado Wyoming, establecido mediante investigaciones de campo por Renaud. Descubrió muchos yacimientos superficiales con hachas de mano y lascas de tipo clactoniense. A raíz de estas características morfológicas se inclina a suponer que se trata de industrias protolíticas. Nosotros, por nuestra parte, preferimos, pensar en un Miolítico tardío o Epimiolítico. La definitiva solución del problema no será posible hasta que puedan aducirse elementos de juicio geológicos (pág. 190).

El resumen definitivo de todo esto, es que según el Dr. Menghin las culturas con hachas de mano que aparecen en América corresponden a una cultura de agricultores primitivos, que ha entrado a América por la vía de Alaska, hacia fines del Cuaternario. No nos dice fecha alguna para esta emigración, pero sí dice "Miolítico tardío o Epimiolítico". Agrega también varias veces, que la entrada de estos agricultores se produjo en una época de mejoramiento climático, por ejemplo:

...No es gran cosa el cultivo primordial... Además debemos atender los cambios climáticos en el tiempo glacial y postglacial. El mismo Martínez del Río menciona que hubo períodos que permitieron el cultivo en Alaska. Podría imaginar que tribus miolíticas o epimiolíticas recorrieron el camino desde una a otra región cultivable en el transcurso de pocas generaciones, lo que seguramente no impidió la transmisión de la idea del cultivo... *(El Tumbiense,* etc., pág. 125).

Estamos muy de acuerdo en ese mejoramiento climático Postglacial, pero como recordamos que el mismo se ubica entre el 1,000 y 5,000 antes de Cristo, no sabemos cómo los Altoparanaenses podían haber aprovechado ese mejoramiento climático y llegar al Alto Paraná hacia el 9,000 antes de Cristo.

El 9,000 antes de Cristo corresponde exactamente al último avance del Glacial IV (Mankato, Wisconsin IV), y, según las propias cifras de Menghin, sus agricultores tendrían que haber entrado a América al menos en el interstadial III (Gotiglacial, 14,500-9,000 antes de Cristo) para poder llegar al Alto Paraná hacia el 9,000 antes de Cristo.

Por demás, encontramos que toda esta serie de teorías es una construcción muy bien elaborada teóricamente, pero con muy pocas pruebas y con abierto desacuerdo con una importante serie de hechos. En primer lugar, las "azadas" y los "picos" del Altoparanaense, que verdaderamente no sabemos si son azadas y picos, si han servido para trabajar la tierra debían tener el filo gastado por el continuo rocc con la tierra y nada de eso hemos visto en las piezas que tuvimos en la mano. El mismo dibujo que nos presenta Menghin (Fig. 3) de una azada, presenta un filo bien hecho con pequeños retoques que deberían haber desaparecido por poco que se hubiera usado el instrumento para carpir la tierra, o siquiera para sacar raíces silvestres.

¿Qué diremos de nuestras hachas de mano de Viscachani, de las de Taltal, de las de la Patagonia de Outes y de las de Trenque Lauquen? Ninguna tiene sus bordes gastados con el roce con la tierra, y eso que más de una de ellas por su forma podría ser llamada "pico" o "azada" como lo hace Menghin para las piezas del Alto Paraná.

En otras palabras: no vemos la menor prueba seria para inferir que la cultura que estamos tratando hubiera podido tener una economía agrícola, por primitiva que ella fuera.

¿Que las hachas de mano sirvieron para cortar árboles? ¿Y en el Altiplano y en Taltal, qué árboles se cortaron con ellas?

Por demás, si en el Altiplano de Bolivia y en la Patagonia aparecen hachas de mano del mismo tipo y juntamente nuestras toscas hojas de laurel amigdaloides, nos es forzoso inferir que pertenecían a la misma cultura, sin separar en dos nuestro Viscachanense como hace Menghin. Esa cultura, por las puntas dichas, sería de cazadores inferiores y a la vez tenía hachas de mano.

La cultura Altoparanaense se nos presenta como otra cultura con hachas de mano, en conjunto más primitiva que la de Viscachani-patagónica por la mayor tosquedad de sus instrumentos, sin excluir por cierto que pudiese tratarse básicamente de la misma que, por trabajar sus instrumentos con un material menos apropiado, los hizo más toscos, así como las piezas de Viscachani son más toscas respecto a las patagónicas. Existe en pro de ello la presencia de un instrumento especial, que el mismo Menghin llama "utensilio triédrico" y que aparece igual en el Altoparanaense, en Viscachani y en otra cultura de piezas toscas pero más reciente del noroeste argentino.

Antes de seguir con nuestra crítica, hemos de ver otro aspecto del conjunto interpretativo del Dr. Menghin.

V. *La raza de Lagoa Santa y las hachas de mano en América según Menghin*

ENTRE las razas primitivas que aparecen en la América del Sur, la llamada primero "Raza de Lagoa Santa", después raza Paleoamericana y ahora raza *Láguida,* tiene un destacado papel en la mayoría de los investigadores que se ocupan del tema.

Al principio se encontraron sus restos en Minas Geraes, Brasil, luego se le adjuntaron otros muchos pueblos, actuales y desaparecidos, empezando por los habitantes de los canales magallánicos, etc.; posteriormente el Dr. Imbelloni separó en dos ese conjunto, llamando *Láguidos* a los del Brasil y *Fuéguidos* a los del sur argentino y chileno, aceptando a la vez que un pequeño grupo de Fuéguidos habría habitado también en las costas del Brasil. En la clasificación de Imbelloni estas dos razas serían las más antiguas de América, hecho que para los Láguidos acepta una mayoría de los investigadores.

Para el Dr. Menghin la raza Láguida sería la portadora de la cultura del hacha de mano, con lo que automáticamente quedan transportados a una época más reciente. Igualmente identifica la raza Láguida con los pueblos de la familia lingüística Gê, del Brasil oriental. Con esto los Láguidos quedan como más recientes que los Fuéguidos y Pámpidos (raza Pámpida serían los Patagones, Pampas, Charrúas, e indios chaqueños no agricultores, que en la clasificación racial de Imbelloni ocupan el tercer lugar).

Vamos a las citas:

> Otro aspecto antropológico que debemos considerar es la íntima relación de la raza láguida con las tribus del grupo lingüístico Gê, las que poblaban como capa dominante el sur y este del Brasil antes de la invasión de los Guaraní; a su vez, se superpusieron a los cazadores superiores e inferiores de las razas pámpida y fuéguida, respectivamente. Este hecho es muy interesante con respecto a los problemas etnohistóricos, como veremos en seguida.
>
> La delimitación lingüística del grupo Gê no es muy clara; para no prejuzgar, es preferible hablar del grupo Macro-Gê cuando se quiere unir bajo un mismo nombre todas aquellas tribus poco conocidas o investigadas que posiblemente se correlacionen con los Gê en sentido propio. Estos últimos son sin duda el grupo más importante y numeroso del complejo Macro-Gê. Los Kaingang y Guayana en la zona del Alto Paraná y de Río Grande do Sul hasta San Pablo, parecen parientes cercanos de los propios Gê y varios autores les atribuyen a ellos llamándoles "Gê australes". Es muy indicativo que su distribución originaria coincida evidentemente con el área del Altoparanaense y las industrias afiliadas. Por ello es muy probable que los sambaquís arcaicos pertenezcan a los Gê o Macro-Gê, como también aceptan Willems y Schaden, si bien —como ya hemos indicado más arriba— intervendría otro elemento más antiguo y primitivo de raza Fuéguida, cuyos últimos descendientes se conservan en tribus como los Guayaquí y los Botocudos, que esencialmente son cazadores inferiores... Sea como fuere, lo más importante que se deduce de todos estos engarces arqueológicos, antropológicos, lingüísticos e históricos, es la alta probabilidad que el complejo del hacha de mano del sur brasileño y sus estribaciones de Misiones y Paraguay, ha de combinarse con los Gê. Sus portadores podemos llamarlos Proto-Gê. (págs. 196-7).

En cuanto a la agricultura actual de los Gê:

> ...La caza sin duda juega un importante papel entre los Gê. Sin embargo, todas las tribus pertinentes conocen también el cultivo en forma más o menos modesta. Muy probablemente obtuvieron varias de las plantas que cultivan por otro lado, pero sin duda poseían otras de propias producciones, ante todo una especie de Cissus, no conocida por los Guaraní. También varias especies locales del ñame (Dioscorea, Yams) aparecen en el Brasil oriental. Los Gê del noroeste tienen una palabra común para el algodón, lo que habla en favor de que lo conocían desde hace mucho. El cultivo y la preparación de la mandioca de los Gê muestra rasgos técnicos originales. A raíz de tales hechos, Lowie acentúa la independencia de la agricultura de los Gê. Debe tener gran antigüedad que, desde luego, no puede ser determinada mediante los métodos etnológicos, pero sí en base a evidencias arqueológicas. Pues con todo ello se cierra la cadena de las pruebas de nuestro concepto histórico cultural: el carácter plantador de la cultura de los Gê, cuyos antepasados más antiguos fueron beneficiarios de la cultura del hacha de mano, es a la vez un fuerte apoyo para nuestra teoría del carácter plantador de esta cultura miolítica. Sudamérica, con su desarrollo cultural más simple, atestigua lo que ya vislumbré a base del material mucho menos claro del Viejo Mundo (pág. 197).

Con las palabras anteriores termina la monografía que tratamos, y, como se ve, da por absolutamente probado que Láguidos-Gê y hacha de mano son una misma cosa, pero ocurre que nosotros vemos en ello, todavía, tres cosas distintas.

Antes de tratarlas, veremos otras comparaciones que nos ha hecho antes. En primer lugar, llama la atención sobre la teoría del parentesco de la raza Láguida con los Melanesios, teoría que sustenta incluso el Dr. Imbelloni, Paul Rivet, y otros muchos. Luego nos agrega que la vinculación de los Melanesios con el hacha de mano es manifiesta, y con ello los Láguidos quedan más incorporados al conjunto de las culturas del hacha de mano "miolítica" del Viejo Mundo. Sólo nos falta una cosa, creemos, y es que nos pruebe con la misma facilidad que los Láguidos son de color negro, ya que los autores de la cultura Tumbiense lo habrían sido y lo mismo los de la cultura similar de Indochina, que serían Melanesios.

Iremos por partes ahora. En primer lugar: *nadie ha pro-*

bado hasta ahora que los pueblos de lengua Gê sean de raza Láguida, ni nadie ha probado que los Láguidos sean agricultores.

Parece sorprendente pero es sencillo. Cuando se empezó a estudiar la lingüística de la zona oriental del Brasil, se encontró una gran familia de lengua, la Gê, propia de pueblos que habitaban hacia el interior, y una serie de pequeñas familias y lenguas aisladas, distribuidas hacia la zona costera (aunque la costa misma estaba habitada por los Tupíes).

Ahora bien, como esas lenguas eran muchas y pequeñas, sin importancia, *se tomó todo lo que no era Tupí y se lo juntó a los Gê.* Total los Tupíes los nombraban en conjunto como *Tapuyas* o "enemigos". Así se constituyó la gran familia lingüística Macro-Gê.

No hace muchos años C. Loukotka, y otros pero él principalmente, revisó esta familia y la separó en varios grupos totalmente distintos. A los verdaderos Gê del interior los dejó solos, a los Kaingangs lo mismo y a los pequeños grupos cercanos a la costa los separó en varias familias distintas. Con esto desapareció el grupo Macro-Gê.

Ahora bien, las comparaciones hechas de los cráneos de Lagoa Santa con los del grupo Macro-Gê, con indígenas vivientes de ese grupo, lo fueron exclusivamente con indígenas de los pequeños grupos costeros, y lo mismo con cráneos antiguos provenientes de los sambaquíes. No conocemos que se haya hecho ninguna comparación de los verdaderos Gê del interior, ni de los Kaingangs actuales, con cráneos antiguos tipo de Lagoa Santa.

Pero, "medida una parte se midió el todo", al considerarse como existente a la gran familia lingüística Macro-Gê, se consideró que todos los hablantes de esas lenguas eran Láguidos, y así figuran en los varios mapas que se han hecho de esa raza, por Imbelloni, Von Eickstedt, Canals Frau, etc.

Las fotografías que tenemos de miembros de diversas tribus del grupo Gê del interior nos muestran allí la presencia de dos tipos humanos, uno de los cuales parece un Pámpido bastante tosco y el otro una especie de *mongoloide* de cara muy chata que, en verdad, nos parece de las formas más mongoloides que se presentan en América. Muy lejos estamos de esos Láguidos-melanesoides (negroides) que se nos quiere presentar como representantes de este grupo lingüístico.

Los verdaderos Láguidos serían entonces los pequeños grupos semi-costeros, que no hablaban lenguas Gê, como los Botocudos, entre los cuales habría también Fuéguidos en mezcla.

Los Gê verdaderos sí son agricultores, agricultores primitivos sin cerámica, *pero los pueblos costeros no lo son;* y son de cultura recolectora más que cazadora.

Si quisiéramos aproximarnos ahora a la tesis del Dr. Menghin, tendríamos que suponer que los Gê verdaderos serían, como agricultores, los portadores de la cultura del hacha de mano, pero no lo creemos posible en modo alguno; pedimos una prueba fácil para resolver la cuestión: ¿Si tan útil les era el hacha de mano a estos agricultores primitivos, cómo es que los Gê actuales no la han conservado ni hay noticias de hallazgos en su territorio?

Si los portadores de esa cultura eran los Láguidos costeros, no hay necesidad de más pruebas para concluir que la cultura del hacha de mano no era propia de agricultores, por primitivos que fuesen.

El Dr. M. Bórmida, en un trabajo reciente aún inédito, ha procedido a un análisis exhaustivo de la cultura de los Gê propios, y ha comprobado en él completamente el carácter de agricultores de esos pueblos, y no sólo de agricultores sino correspondientes en su cultura general a el llamado "Ciclo de las dos clases o de la azada" de la escuela Histórico-cultural. Es precisamente a esta cultura que Menghin quiere asignar las hachas de mano, pero la única comparación que nos hace con los Gê verdaderos es para mostrar que los Gê eran agricultores, y que en consecuencia los pueblos con hachas de mano debían serlo. Mas ¿dónde está la prueba de la identidad de ambos pueblos? Todas las comparaciones de instrumentos que nos ha hecho son con los hallazgos hechos en los sambaquíes antiguos, o sea probables restos de verdaderos Láguidos, no de Gê.

Los Gê habitan bastante más al norte y oeste de donde se han hallado hachas de mano. En cambio los Kaingangs, *que no son Gê ni está probado que sean Láguidos,* ocupan aproximadamente la mayor parte del territorio en donde aparecen los instrumentos del Altoparanaense y por el otro lado llegan hasta la zona costera de los sambaquíes. No hallamos impedimenta para suponerlos, con más razón, como descendientes de los portadores de la cultura de hachas de mano, pero hay que probarlo y en mejor forma. Por lo pronto, a pesar de seguir

viviendo en zona de bosques, no hay noticias históricas y etnográficas de que hayan usado hachas de mano, ni son agricultores originariamente.

Interesa también para el problema de las hachas de mano recordar aquí otro problema racial, presentado hace mucho tiempo y también hace mucho tiempo olvidado. No disponemos aquí de las obras originales para citarlas directamente, pero los datos están en un trabajo reciente del Dr. Bórmida:

> Al finalizar Moreno su exposición, tomó la palabra Topinard para aclarar la cuestión relativa a la antigüedad de las piezas y se pronunció en favor de una edad bastante remota; en cuanto al problema raciológico afirmó que pueden distinguirse, dentro de las series del río Negro, por lo menos tres tipos raciales diferentes, *uno de los cuales debe considerarse emparentado con el Neandertal.* (Marcelo Bórmida: *Los antiguos Patagones.* Estudio de Craneología, en: "Runa", vol. VI, Buenos Aires, 1953-54, pág. 8). (El subrayado es nuestro).

Esto ocurría por 1880 en la Sociedad de Antropología de París, y la opinión de Topinard nos parece que no es del todo desdeñable.

Seguimos, misma obra págs. 11-12:

> En 1901 Moreno publicó un trabajo sintético relativo a la antropología argentina en el que resume sus ideas acerca del poblamiento de Patagonia. En la región del Río Negro se habrían superpuesto varias oleadas humanas, a saber: *tipo de Neandertal* y tasmanoide, dolicocéfalos relacionados con el tipo botocudo y con el de los mounds de Río Grande y del Uruguay, tipo fueguino, tipo ona, tipo tehuelche antiguo, tipo tehuelche moderno, Guennaken y, finalmente, tipo huarpe-calchaquí. También afirma la presencia de un elemento papua. (El subrayado es nuestro).

Naturalmente ese elemento *neandertaloide* desapareció pronto en las investigaciones científicas, desde que se negaba la existencia de un Paleolítico inferior en América; sencillamente *no podía haberlo* y se lo eliminó.

Pero nosotros hemos visto a varios cráneos de este tipo, por ejemplo hay tres en el Museo de Historia Natural de Montevideo, y en nuestro Museo Arqueológico de la Universidad

Mayor de San Simón tenemos otros varios, aunque con sus características más atenuadas por la mezcla. El mismo Aleç Hrdliçka se vio obligado a reconocer su existencia en América en época actual, y publicó un cráneo de este tipo de un indio Pie Negro. Naturalmente no reconoció su origen antiguo.

En los estudios hechos en la Argentina este tipo desapareció por completo, o se lo disfrazó con otros nombres. Entre los cráneos típicos que se encuentran en la Patagonia, pertenecientes a los antiguos Patagones (aparte de los cráneos de Fuéguidos y Láguidos que también existen), se reconoce generalmente la existencia de dos formas. El Dr. Bórmida en el trabajo que acabamos de citar las denomina *Ellipsoides patagonicus* y *Platistegoides onensis;* los segundos son de morfología en general más tosca, de cara ancha y altura total baja, platicéfalos. El autor los considera como formas de mezcla entre los primeros e individuos de raza Fuéguida, negando su posible mayor antigüedad.

Los cráneos neandertaloides corresponden a formas muy toscas de este tipo dolicocéfalo.

No estamos en condiciones de decir nada sobre su origen, pero nos parece que un tipo humano morfológicamente tan primitivo no puede dejar de tener relación con los más antiguos habitantes de nuestro continente.

Su presencia, además de en la Patagonia, en Uruguay, Bolivia, Estados Unidos, y posiblemente en otros muchos lugares, creemos que obliga a revisar el concepto dicho de tratarse de una forma mezclada, con Fuéguidos. Para nosotros, interpretativamente, se trataría de una raza de tipo muy anterior a la de los verdaderos Pámpidos, y no sería imposible que originariamente se relacionaran con la cultura de las hachas de mano, al menos en algunas zonas.

Conclusiones

HEMOS hecho una revisión bastante extensa sobre las interpretaciones que se han hecho del material de tipo Paleolítico inferior aparecido hasta ahora en América, y nos hemos encontrado con dos tipos de interpretaciones, ambas igualmente negativas.

En el primer caso, la interpretación norteamericana, se limitó a negar directa y totalmente su existencia, atribuyendo ser

instrumentos más recientes, no terminados y abandonados, las piezas toscas que se presentaron. En el segundo, la interpretación en conjunto del Dr. Menghin, nos encontramos con que se acepta su existencia pero se interpreta esos instrumentos como propios de una cultura de fines del Paleolítico superior o del Mesolítico, eliminando, consecuentemente, también su antigüedad.

Nuestra posición es abiertamente contraria a esos dos tipos de interpretaciones. Debe aparecer en estos días en la revista alemana *Zeitschrift für Etnologie* una monografía en donde creemos demostrar que el primer poblamiento de América se ha producido al comienzo del último Glacial (hace unos 70,000-50,000 años, y sin excluir la posibilidad de un poblamiento todavía más antiguo, por más que dudoso). Ese primer pueblo, o pueblos, llegado a América por esa vía, tendría que pertenecer forzosamente al Paleolítico inferior en su cultura, ya que en esa época no habría comenzado aún el Paleolítico superior. Y esa cultura la vemos en las hachas de mano de Viscachani, de la Patagonia, de Taltal, de Trenton, etc., junto con las cuales irían las primitivas puntas de lanza que aparecen en Viscachani y la Patagonia. Su nivel comparativo sería un Musteriense de bifaciales.

La posibilidad de esa emigración y en ese tiempo está precisamente ofrecida por la presencia del Glacial: los hielos no cerraron el paso al principio (dudamos que lo hayan hecho del todo después, por mucho tiempo) y en cambio, al bajar el nivel del mar por la acumulación del agua helada sobre las masas continentales, el estrecho de Behring terminó por quedar en seco, formando un extenso istmo, por el que pudieron pasar sin la menor dificultad pueblos de ese nivel de cultura.

Si el avance del Glacial llegó posteriormente a cerrar del todo el paso durante algún tiempo, cosa que dudamos, esos pueblos primitivos de América tuvieron tiempo de difundirse por todo el continente y ocupar las regiones más favorables a su tipo de economía. Posteriormente, al abrirse de nuevo el paso de los hielos, si es que necesitó abrirse, entraron al continente nuevos pueblos, ya pertenecientes al Paleolítico superior, verdaderos cazadores. Hacia el sur se corrieron por la zona Andina, expulsando de ella y mezclándose con los pobladores más antiguos; llegaron así hasta la Patagonia, tierra fría probablemente desechada como *habitat* por los pueblos anteriores.

Con todo, los pueblos anteriores no desaparecieron, al contrario, siguieron viviendo tranquilamente en la mayor parte de las regiones que ocupaban antes, y mezclándose a veces con los nuevos vecinos; igualmente adquiriendo de ellos nuevos elementos de cultura. En muchas partes incluso pudieron continuar así, sin dificultades, hasta el advenimiento de los muy posteriores pueblos de agricultura neolítica.

Si los pueblos del Paleolítico superior influyeron culturalmente a los más antiguos, no podemos dejar de lado que también debe haberse producido a veces el hecho contrario, adquiriendo los pueblos más recientes el hacha de mano antigua. Incluso también, los pueblos más antiguos pueden haber reaccionado en algunos territorios y vuelto a ocupar zonas de donde habían sido desalojados, presentándose así en algunos yacimientos una cronología sucesiva aparentemente invertida.

En una situación etnográfica así, se llegó al retroceso completo del Glacial, incluso a un clima mejor que el actual en las regiones del norte, a un *optimum* climático, aceptado por todos los investigadores, y en esa época parece probable el paso de un nuevo pueblo o grupo de pueblos ya pertenecientes a un estado cultural *Mesolítico,* ellos sí con agricultura primitiva (como los *Natufienses* mesolíticos de Palestina), que habrían dejado sus rastros en Cochise (Estados Unidos), aunque no en su época más primitiva, en Huaca Prieta en el Perú, y finalmente habrían llegado a su actual *habitat:* la zona de los Gê, de los verdaderos Gê del interior del Brasil.

En la zona Andina estos pueblos parecen haber dejado una gran influencia, empezando por la división de los *ayllus* en dos mitades y la división social en clases de edad, como existían entre los Incas, cosas que hoy mismo existen entre los Gê, especialmente la tribu Canella.

Es posible que, en más de una ocasión, los primitivos pueblos recolectores puestos en contacto con los agricultores mesolíticos, asimilasen esa agricultura primitiva incluso con más facilidad que lo que lo podían hacer los verdaderos cazadores del Paleolítico superior, ya demasiado especializados en la caza; tendríamos así culturas locales con hachas de mano y agricultura, pero serían formas prestadas y recientes y no originarias como pretende el Dr. Menghin.

El error fundamental del Dr. Menghin parte de su concepción previa, elaborada mucho antes de venir a estudiar a Amé-

rica, y que ha querido probar con los hallazgos hechos aquí. Ello lo llevó a juntar en una sola capa cultural a pueblos tan distintos como los recolectores del Paleolítico inferior y los agricultores mesolíticos.

El Dr. Menghin también parece haberse dejado envolver por la interpretación norteamericana de las fechas recientes. Al principio, como vimos, aceptó algunas antigüedades bastante altas, pero luego todas sus cifras se redujeron a menos de los 15,000 años, cifra máxima *tabú* de pasar de la escuela interpretativa norteamericana. Esto a pesar de que repetidas veces nos habla de que ha debido haber un poblamiento antiguo.

Por demás, reconocemos sinceramente que en favor de nuestra teoría no existen suficientes pruebas indudables, pero sí las hay en mayor número que para las otras tesis. La interpretación norteamericana no se puede sostener ya, y la del Dr. Menghin pierde su punto básico de apoyo en cuanto se separa a los Gê de los Láguidos, pues la prueba de una agricultura original junto con las hachas de mano desaparece.

Los análisis del Carbono 14 han llevado ya la prehistoria de América a más de 37,000 años, y con ello, si no nos encontramos directamente en un período del Paleolítico inferior estamos en sus bordes, y nos parece que en unos pocos años más puede estar resuelta tan importante cuestión. Indudablemente más de un yacimiento con hachas de mano puede dar cifras de antigüedad muy recientes, pero se trataría de las supervivencias de la cultura más primitiva como hemos dicho. Son las fechas máximas las que resolverán la cuestión, al mostrarnos el tipo de instrumentos más antiguos.

Adviértase también que una antigüedad de más de 37,000 años, dentro de la interpretación común que supone que el último Glacial cerró totalmente el paso a toda posible emigración siberiana, obliga a aceptar que los que dejaron esos restos estaban ya en tierras americanas desde antes de que los hielos cerrasen ese paso, en lo cual se concordaría completamente con nuestra interpretación y la fecha dicha.

Por demás, y finalmente, creemos que el problema de la existencia del Paleolítico inferior americano ha sido creado artificialmente, en base a dos elementos: el primero, la escasez de buenos investigadores, y el segundo, la oposición emocional de los investigadores norteamericanos, que han actuado en esto

siguiendo sentimientos de índole irracional, en vez de tener la posición serena que corresponde a los verdaderos investigadores.

Su crítica, sin duda, eliminó muchas fantasías sobre antigüedades falsas, pero también eliminó descubrimientos que pudieron ser valiosos.

En cuanto a la antigüedad de los restos más antiguos del Viejo Mundo, tenemos que confesar que nuestra posición es muy escéptica. Es lástima, mucha lástima, que la escuela norteamericana no se hubiera ocupado allí de criticar un poco. Si se hubiese hecho allá crítica como la que se hacía en América, no creemos que hasta ahora se hubiera aceptado para el hombre primitivo una antigüedad mayor que la del último interglacial (el tercero, Riss-Würm), en tanto que ahora tenemos que se lleva los primeros restos, industriales y óseos, hasta el primer interglacial (Günz-Mindel), y aun a algunos les parece poco. Y esto incluso con fuerte apoyo de la Iglesia, por intermedio de algunos de sus investigadores, la cual, desde que obtuvo la interpretación de que el hombre sí "desciende del mono" pero en cuanto a "cuerpo físico solamente", y sobre este cuerpo físico "Dios sopló" el alma, no se ha quedado atrás en lo que respecta a la mayor antigüedad del hombre, e incluso ha procurado superar las cifras de los científicos.

Nosotros ahora pedimos que se haga esa crítica, que se revise los hallazgos prehistóricos europeos para ver cuáles son ciertos y cuáles corresponden a fantasías y falsificaciones, como la de Piltdown. Nos parece que si hay fantaseadores respecto a la antigüedad del hombre americano, no los hay menos sobre la del Viejo Mundo, principalmente de la vieja Europa. A la mandíbula de Mauer la han hecho pasear desde el último interglacial, donde se la ubicó al principio, hasta el primero donde se la suele colocar ahora, por más que algunos "atrasados" todavía defienden su colocación en el segundo interglacial. En cuanto al período Chellense, donde aparecen las primeras hachas de mano, hoy se lo coloca en forma constante en el primer interglacial (incluso en el primer Glacial) pero nos gustaría saber cómo hacen las hachas de mano de ese período para aparecer sobre la terraza de 30 metros, para formarse la cual (según el millón de años hoy aceptado para la duración del Cuaternario) faltaba más de medio millón de años en tiempos del

primer interglacial. En esa época, sólo podía existir la terraza de 90 metros.

Con lo cual agradecemos profundamente las enseñanzas de la crítica sana, y a la vez lamentamos que los críticos tengan el tejado de vidrio.



Fig. 5. Puntas de lanza de Viscachani, de 6 a 7 cm. de largo.

BREVE HISTORIA DEL DIÁLOGO

Por *Sergio GOLWARZ*

El diálogo, como género literario, tuvo origen helénico y sirvió para exponer diversas teorías y opiniones atribuyéndolas a distintos personajes que las analizan o discuten. Fue un recurso primitivo desde el punto de vista estético, carente de técnica literaria.

Fenelón tenía muy alta idea del género literario dialogado y sostenía que es una lucha en que el lector es espectador y juez. Opinión harto ingenua. Se puede ser juez cuando los personajes defienden sus teorías con el calor o la habilidad que concede el propio interés. En el caso de la exposición dialogada, el autor ahija más o menos veladamente a uno de los personajes, cuyo juicio es el que adquiere mayor fuerza, real o sofística. El lector que carezca de agudo espíritu crítico, no puede ser juez imparcial, puesto que las ideas del autor son las expresadas en forma más atractiva. Es, por tanto difícil, tome partido en favor del antagonista del personaje que expresa el sentir íntimo del que escribe.

Fue, el diálogo, un género muy empleado en las antiguas obras de filosofía, de retórica y en las de enseñanza. Quienes lo cultivaron pretendieron, un poco ingenuamente, no cansar al lector con la monotonía de una simple exposición de ideas, y, sobre todo, mantener dramáticamente su interés y su curiosidad. En varios libros de las Sagradas Escrituras (Génesis, Jueces, Reyes, Job, Ruth, Esther, Tobías, Daniel, etc.) el diálogo ya constituye parte esencial. Lo mismo puede decirse del Nuevo Testamento.

Ejemplos clásicos del diálogo como forma literaria, son los diálogos de Platón y más tarde los de Luciano y Fenelón.

Sin duda alguna, el verdadero maestro del género fue Platón. Son 42 los diálogos que con más o menos fundamento se le atribuyen, pero no todos son obra suya en realidad. Como dudosos conviene señalar: *Hiparco, Teages* y los dos *Alcibíades,*

Primero y Segundo. Son apócrifos: *los Amantes, Minos, Sísifo, Erixias, Clitofón, Demodoco, Axioco, Epinomis, de lo Justo* y *de la Virtud.* Los considerados genuinamente platónicos son en total 26 y se hallan realzados por el elemento cómico y el trágico que les imprimen naturalidad.

Jaeger sostiene que "Platón no escribía para exponer el contenido de su doctrina. Su deseo era presentar al filósofo en el dramático instante de buscar y encontrar, y hacer visible la duda y el conflicto". Los diálogos de Platón fueron evolucionando en su forma hasta convertirse casi en un discurso (Jaeger, *Aristóteles).*

Los diálogos de Platón, por lo general muy apreciados, se destacan por su fuerza y su idealismo vigoroso. Según los críticos, son eminentemente dramáticos y algunos fanáticos opinan que con algo de acción serían dramas acabados. Sostienen que en los diálogos platónicos, la discusión dialéctica alrededor de un problema filosófico —que sirve como centro, y da unidad a la obra—, representa la trama de la obra teatral. Este concepto surge en la mente de los que sienten fanático respecto por todo lo arcaico. Al hallar auténtica belleza en las obras de los antiguos, su admiración se desborda, como si la belleza no hubiera sido también una de las metas de todos los verdaderos filósofos y pensadores. El proceso psicológico que se desarrolla en los predispuestos a la admiración incondicional, es fácil de comprender: gran parte de lo que leen les resulta ininteligible. Con grandes esfuerzos imaginativos, adivinan —o creen adivinar—, un sentido misterioso u oscuro, y cuando de repente encuentran, que además de contener sentido lo que expuso el autor, la forma o la idea es bella, se asombran, se admiran, y desde ese momento están dispuestos a convertirlo en un semidiós. De ahí la fama de muchos antiguos filósofos y poetas: la de los intocables.

Aristóteles también escribió obras en forma dialogada, de ellas quedan sólo fragmentos, que no han sido estudiados profundamente porque los filósofos estiman que mucho más importantes son sus tratados. Se cree que la mayor parte de sus diálogos, fueron de sus primeros años de pensador y que durante el período realmente filosófico de su vida, no utilizó forma literaria propiamente dicha.

En el siglo II de J. C., Luciano de Samosata obtuvo brillante éxito con sus irónicos *Diálogos de los dioses, Diálogos de los muertos* y *Diálogos de las cortesanas.*

Los romanos, que nunca se destacaron por la originalidad de sus procedimientos estéticos, a imitación de los griegos también escribieron diálogos. Son famosos los de Cicerón, *De la naturaleza de los dioses, Del orador, De la amistad* y son no menos importantes los otros diálogos esparcidos en sus *Disputationes Tusculanae* y en su *Somnium Scipionis,* mereciendo especial mención el célebre *Diálogo de los oradores,* atribuido por algunos a Tácito.

En el Renacimiento aparecieron importantes obras de género dialogado, como los *Coloquios de Erasmo.* En los siglos XVII y XVIII los diálogos estuvieron muy en boga en Francia. Sus dignos cultores fueron Fontenelle y Fenelón. Voltaire escribió con habilidad diálogos sobre materias filosóficas y de polémica. Montesquieu el de *Sila y Eucrates,* en el que brillan la imaginación y la profundidad del pensamiento. Dignos de mención son también los *Diálogos filosóficos* de Renán.

En la literatura italiana se encuentran buenos diálogos como *De Vera Sapientia,* de Petrarca, y las colecciones de Torcuato Tasso (1586), Galileo (1632), Galiani (1770) y Leopardi *(Operette morali,* 1825).

En Inglaterra cultivó este género Prior en su *Diálogo de los muertos* y Berkeley, en 1713, en su tratado platónico *Hylas y Philonous.* Las *Conversaciones imaginarias* de Londor son el ejemplo más saliente del diálogo en la literatura inglesa.

En la literatura española los diálogos comenzaron a usarse en la *Celestina,* ya que los del Arcipreste de Talavera (Corbacho) son meros discursos familiares —por lo menos esa es la opinión de Menéndez Pidal.

Entre los diálogos de la literatura española, merecen especial mención los de la pintura por Carducci (1633), el *Coloquio de los perros* de Cervantes *(Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del hospital de la resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del campo, a quien comunmente llaman los perros de Mahudes. . .,* continuación de "El casamiento engañoso" donde el Alférez *sin buscar colores retóricos para adornarlo, ni qué añadir ni quitar para hacerle gustoso,* relata el fantástico "Coloquio de los perros", forma literaria que adopta *"por ahorrar de dijo Cipión, respondió Berganza, que suele alargar la escritura".* La misma explicación la encontramos en el diálogo platónico llamado "Teetetes o de la ciencia" en el que Euclides, dirigiéndose a

Terpsion dice: "Para no entorpecer el discurso, he suprimido las frases: *he dicho, yo decía, conviene, lo negó* y otras semejantes, que no hacen más que interrumpir, etc."

El *Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres,* de Cristóbal de Castillejo es el más notable de los escritos por este autor. Los personajes son: Alecio, detractor de las mujeres y Fileno, defensor galante e ingenioso. La desenvoltura de las coplas del diálogo traspasa en ocasiones los límites de la prudencia y la moral, por lo que sólo se publicaron completas dos ediciones, otras fueron censuradas por la Inquisición que suprimió algunos pasajes. A la obra de Castillejo respondió Juan de Espinosa con otra titulada *Diálogo en laude de las mujeres.*

El Marqués de Santillana también se destacó como dialoguista. El *Diálogo de Bías contra Fortuna* puede considerarse su mejor producción en este género, aunque no alcanzó el renombre que merece, por haber permanecido olvidado hasta los tiempos modernos. Es un poema filosófico de 180 coplas en las que se desarrolla una controversia entre el filósofo Bías y la Fortuna, personaje mitológico. Contiene descripciones como la de los Campos Elíseos, dignas de elogio.

Se distinguió también de manera muy especial Fray Luis de León con *De los Nombres de Cristo,* cuyo estilo, dice Menéndez y Pelayo, es "de calidad superior al de cualquier otro libro castellano", diálogos "que sólo con los de Platón admiten paralelo por lo artísticos y luminosos, aunque en la parte dramática queden inferiores" (Historia de las Ideas Estéticas en España, T. II).

Al hablar del género dialogado es justo recordar los *Diálogos de Cervantes de Salazar,* redactados como manuales de conversación con el objeto de purificar el latín. Se trataba de darle vigor a la lengua moribunda y hacerla apta para un uso más moderno y de acuerdo a los tiempos que corrían.

Cervantes de Salazar imprimió en México los *Coloquios o Manual de conversación* de Luis Vives. Luego escribió sus propios diálogos que fueron traducidos al castellano por García Icazbalceta y publicados en 1875 con el título de "México en 1554". Aunque quedan algunas dudas sobre la completa veracidad de los elogios hechos en estos diálogos de las cosas de México, han resultado un estimable documento histórico. Puesto en el camino de la fácil erudición, no quiero dejar de referirme al *Diálogo de la dignidad del hombre,* de Fernán Pérez

de Oliva que fue terminado por Cervantes de Salazar. Debo citar también el *Diálogo sobre la historia de la pintura en México,* de José Bernardo Couto.

Tampoco puedo evitar la mención de las *Novelas dialogadas* de Benito Pérez Galdós. A mi juicio, en nada se vio aumentado el interés de esas obras por la forma híbrida adoptada por el autor, forma que participa de lo malo de sus novelas y de lo peor de su teatro. Sin embargo, antes que nada, me apresuro a defender la originalidad del argumento de una de estas novelas dialogadas. Con toda falacia se pretende que el asunto ha sido usado por Shakespeare. Nada más falso e infundado. "El Abuelo", que de esa novela dialogada se trata, no se parece ni en el asunto ni en la forma —aunque tal vez en remotos detalles— a "El Rey Lehar" de Shakespeare.

"El Abuelo" es una típica novela por entregas, pero, a pesar de ello, si nos viéramos obligados a hacer alguna comparación, la obra de Galdós saldría beneficiada. La de Shakespeare —autor cuyo genio discutieron Voltaire y Moratín[1]—, sólo expresa estupidez, ceguera moral y desaforada locura, tácitamente dignificadas por el creador de "El Rey Lehar".

Si Galdós deseaba hacer llegar al lector las características de los personajes a través de los diálogos, como dice en el prólogo de "El Abuelo", ¿para qué tantas explicaciones sobre lugar, tiempo, etc.? Y si buscaba la concisión y la brevedad —"como lo exigen nuestros tiempos", según dice también en el mismo prólogo—, ¿para qué los apartes, que suenan tan ingenuos como en un teatro de tiempos pretéritos?

Las novelas dialogadas de Galdós —a no ser por su extensión— se parecen como una gota de agua a otra a su teatro, en el que los numerosos apartes de los personajes influyen para que en nuestros tiempos no sea tomado en serio. El teatro de nuestros días tiende a que absolutamente todo lo imaginado se desprenda del diálogo y de la acción. Provocaría risa un actor que pensara en voz alta, siguiendo las indicaciones del autor. El público no quiere hoy escuchar a los narradores ni admite que se le susurren ingenuos apartes. El teatro moderno quiere parecerse cada vez más a la vida real. Claro que esto es por ahora, no podemos prever cuáles sean los gustos en el futuro y

[1] RODRÍGUEZ MARÍN, discutible traductor, pero entusiasta apologista de Shakespeare, lo reconoce en su prólogo a las obras completas del famoso inglés.

es bien posible que volvamos a utilizar narradores, personajes que piensen en voz alta y hasta el coro del teatro griego. Ya hemos visto en las tendencias ultramodernas de otras artes, que sus cultores no desdeñan arcaicos recursos y que lo moderno resulta lo antiguo... El teatro de ahora, a pesar de algunos intentos de avanzada —entre ellos el monólogo—, no ha perdido el sentido común, al contrario, se ha hecho cada vez más humano, real y parecido a la vida diaria. De ahí la naturalidad del género teatral, que al adoptar el diálogo como forma exclusiva adquiere mayor dramatismo y vivacidad. El diálogo es la médula de la obra de teatro y su forma natural de expresión. En nuestros días todo intento teatral, donde además del diálogo —o en vez de él— se utilice otro medio, ha de resultar necesariamente de un efectismo rebuscado. El género teatral está basado por completo en el diálogo y no puede ser autor dramático quien no posea el arte de hacer hablar con naturalidad a los personajes. Si en el teatro antiguo se utilizaban otros recursos, fue porque la técnica teatral no había llegado aún a su completo desarrollo.

Enorme importancia tiene el diálogo en la novela y en el cuento. El autor que lo domina, ha hecho una conquista importante en la expresión de su arte. Puede juzgarse a un novelista o a un cuentista por la calidad, la categoría, la naturalidad y la vivacidad de sus diálogos. Si a través de ellos se transparenta la psicología de sus personajes, la obra resulta más humana y afectiva, por lo tanto, el autor debe imprimir naturalidad, fidelidad y verosimilitud a las conversaciones, que de lo contrario se convierten en monólogos. En el cuento y en la novela, la trama deja de ser relato y adquiere apenas vida de verdad cuando los personajes dialogan.

Imposible adquirir o aprender una técnica del diálogo. Existen grandes literatos que no dominan ese medio de expresión, y otros, menos famosos, que al utilizarlo demuestran innato talento para su manejo.

Entre los modernos escritores españoles son dignos de mencionarse como maestros del diálogo: Manuel Fernández y González —el de las novelas por entregas—, Alarcón, Pereda, Pérez Galdós —a pesar de que sus novelas dialogadas no me satisfacen como género literario, debo reconocer su habilidad en el diálogo propiamente dicho—, Valera y Fernández Flores. Y entre los americanos: José Eustasio Rivera —algo arbitrario y

pródigo en el uso de los signos, pero a pesar de ello, su diálogo es fuerte, fluido, humano, natural, teatro puro, lleno de vida, luminoso, áspero a veces, fuerte y lo que es más notable, poético sin afectación—, Rómulo Gallegos, Larreta, Güiraldes, Valle Arizpe, José Rubén Romero y Mariano Azuela, este último un tanto desigual en su técnica.

UNAMUNO AMERICANISTA

Por *Luis* LEAL

POR tres largos siglos América fue, para los españoles peninsulares, algo muy lejano y muy vago. La independencia de las colonias americanas a principios del siglo diecinueve no parece haber cambiado el concepto que se tenía de América; ni se deseaba recobrar las colonias perdidas, ni indagar el por qué de la pérdida. Las grandes preocupaciones ocasionadas por la invasión napoleónica y la guerra de independencia no permitían a los españoles analizar e investigar las causas que ocasionaron la desintegración del imperio español. A pesar de que ya desde el reinado de Felipe III empezaba a descuidarse de la administración de las colonias americanas, nadie se preocupaba de la posible pérdida de las Indias, a no ser que fuesen los mismos americanos. "Su misma política —dice el Padre Mier en sus *Memorias*— privará a España de sus Américas si no muda su sistema maquiavélico".

Había de transcurrir casi todo el siglo dieciocho antes de que a los españoles se les ocurriera preguntarse el porqué de la catástrofe. El interés por la vida cultural de América se inicia en España con las *Cartas americanas* de don Juan Valera y la *Antología de poetas hispanoamericanos* de don Marcelino Menéndez y Pelayo, obras sin duda meritorias, pero de reducido interés, siendo dirigidas a los literatos y a los intelectuales, y no al público en general. Lo mismo puede decirse de otros escritores de menor importancia. Fue necesaria la catástrofe del 98 para sacar a los españoles del letargo en que habían caído en cuanto a Hispanoamérica.

Entre los escritores de la generación del 98 Unamuno y Valle Inclán fueron los que se interesaron en conocer las naciones americanas de lengua española; el primero por haber residido su padre en Tepic, México, y haber llevado a España algunos libros americanos, entre otros la *Historia antigua de México* del padre Clavijero —a quien Unamuno erróne-

mente llama "abate italiano"—; el segundo por haber viajado y vivido en México. De los dos, fue Unamuno quien más se interesó en las cosas de América.

¿Y cuáles eran los memoriales que acreditaban a Unamuno como "uno de los pocos, de los poquísimos europeos que se han interesado por el conocimiento de las cosas de América"? Eran ellos el haber leído extensamente libros americanos, el tener amigos hispanoamericanos, el sostener correspondencia con hispanoamericanos, y el haber contribuido con artículos sobre literatura hispanoamericana en varias revistas, tanto en España como en América.

Unamuno nunca visitó América; esto no indica, por supuesto, que no la conociera; la conocía mucho mejor que muchos escritores americanos que habían pasado la mayor parte de su vida en París, de donde escribían sobre asuntos americanos; la conocía, como conocía muchas otras cosas, debido a su penetrante intuición. Los países que se jactaba de conocer a fondo eran Chile y la Argentina; por Chile sentía una profunda simpatía, siendo Chile para Unamuno el país "que tanto se parece en espíritu a mi pueblo vasco". Colombia, en cambio, le parece más española, "un país nuestro, muy nuestro, un país que conocemos como se conoce aquel en que uno se ha criado". Pero este conocimiento es, a pesar de todo, de segunda mano, a través de los libros. Colombia es el país de la *María* de Isaacs, la Argentina el de Sarmiento y Zorrilla de San Martín. Mas no son los libros americanos los únicos que le ayudan a darse una idea de América; el paisaje americano, para Unamuno, es el paisaje de Chateubriand, iniciador en Europa del culto a la grandiosa hermosura del paisaje americano.

Paralelo a esta simpatía por Hispanoamérica corre en Unamuno el desdén que siente hacia sus compatriotas por el poco interés y, sobre todo, por el falso interés que tienen por lo americano. Le duele saber lo difícil que es en España encontrar libros americanos, y le duele saber que la gente no se molesta. El único consuelo —¿es consuelo?— que le queda es saber que en el resto de Europa tampoco se conoce a Hispanoamérica y, lo que es peor, los mismos países americanos "tampoco se conocen los unos a los otros".

Este poco conocimiento que los españoles tienen de América puede ser interpretado como falta de conocimiento de la propia patria; para Unamuno, quien conozca a España bien,

conoce a Hispanoamérica; esta conclusión se deriva de una de sus proposiciones favoritas: la semejanza entre España y la América española. España pertenece más a América que a Europa; España está "más cerca, mucho más cerca de esa América que del resto de Europa, a la que geográficamente pertenecemos". Prueba evidente de esta igualdad es, según Unamuno, el ser don Quijote tan americano como español.

Aquí cabe hacer una pregunta: ¿en qué consiste esa igualdad entre España y las naciones hispanoamericanas? En ser los hispanoamericanos españoles por su raza, su lengua y su cultura, heredado todo de España. Los hispanoamericanos, entre más originales y diferentes quieran ser, más españoles resultan. Esta es la tesis principal de Unamuno, y la prueba con infinidad de ejemplos. Le parece una presunción el querer demostrar que se ha borrado en América la huella de la cultura española, "tanto en lo que tiene de malo, que es mucho, como en lo que tiene de bueno, que es poco".

La influencia de las razas y las culturas indígenas es para Unamuno casi imperceptible en la cultura hispanoamericana. En México, por ejemplo, "a pesar de que apenas habrá mejicano que no lleve algo de sangre india en las venas, la tradición de cultura es española". En los criollos resalta lo español andaluz, extremeño y castellano "casi por todo, y casi por nada lo guaraní, quichua o araucano". En cambio, Unamuno no duda de la influencia de la sangre negra, la que ha dado "un tono especial a ciertas naciones en que abundaron los esclavos africanos". Para ser justos con el autor diremos que Unamuno no niega por completo la influencia de los factores indígenas, mas le parecen de mucho menos peso de lo que generalmente se les atribuye.

Sin perder de vista el factor racial, analicemos la notable pintura que Unamuno nos da del criollo; y tiene que ser del criollo, representante de lo español en América, y no del mestizo, representante de las culturas indígenas, o más bien, de la mezcla de las culturas.

El criollo ha heredado los defectos y las virtudes del español peninsular. Entre los vicios, ha heredado la envidia, el pernicioso vicio de la envidia. La mayor plaga de América —y también de España— es el juego, el juego sobre el tapete verde. Aquí nos parece que Unamuno debe de haber tenido en la mente la tremenda pasión de Facundo, tan bien pintada por

Sarmiento, aunque no lo menciona. Los hispanoamericanos, como los españoles, presumen de imaginativos, siendo, en verdad, más palabreros que imaginativos. Aunque tienen la facilidad para rimar —característica también española— les falta el espíritu poético, y también, precisamente por la falta de espíritu poético, carecen de eso que se llama el espíritu práctico. La anterior paradoja, superfluo es decirlo, es característica de Unamuno. Y no hay que confundir, añade, el espíritu poético con el espíritu literario, espíritu que se manifiesta en los hispanoamericanos en lo frívolo, lo vanidoso y el enamoramiento de lo superficial. Relacionado a la falta de espíritu práctico, lo es la falta de idealidad, "que tiene postrados a los pueblos hispanoamericanos, incluso el español".

La supuesta inferioridad del criollo, sobre todo cuando la aceptan los mismos hispanoamericanos, nunca deja de ser combatida por Unamuno, quien cree firmemente en su igualdad —sobre todo con los españoles—, siendo Hispanoamérica, como nos dice, una continuación de la España del siglo dieciséis, "y en ciertas regiones, en parte de Colombia, verbigracia, aún más fielmente que esto". Esta defensa de la igualdad de los americanos podría atribuirse al hecho de ser Unamuno vasco, lo que le impide defender la superioridad de una región de España sobre otra. Pero Unamuno va más allá de la defensa de la igualdad del criollo; critica la actitud histórica de España por haber aceptado durante la época colonial el concepto de la superioridad peninsular y el derecho de gobernar a los americanos por el hecho de ser superiores. No se protestaba, nos dice, "cuando se afirmaba que el español peninsular era superior al criollo americano, o al mestizo, o al indio filipino, tan españoles entonces como los nacidos en la Península de padres peninsulares". Esta igualdad, como ya hemos visto, es debida a la lengua, la religión y las instituciones españolas. Pasemos a hablar de estas semejanzas.

Lo que verdaderamente da el sello de hispanidad a los hispanoamericanos es la lengua que hablan, siendo la lengua "la sangre del espíritu; se piensa con palabras, y todo aquel que piense desde niño en español, pensará a la española, créalo o no, sépalo o no lo sepa, y aunque no corra ni una sola gota de sangre española en sus venas". Por lo tanto, para Unamuno, el factor racial es secundario; el factor lingüístico es el más importante. Y no hay esperanza que con el tiempo lleguen a for-

marse en la América española lenguas distintas brotadas del español como los romances del latín, a no ser que los pueblos americanos pasen por un período de barbarie como aquel por el que Europa pasó a la caída del Imperio romano.

Unamuno, sin embargo, hace una diferencia entre el lenguaje hablado y el lenguaje escrito; el lenguaje hablado por los hispanoamericanos se diferencia del lenguaje hablado en España mucho menos de lo que creen los que no han estado en España. Hasta cierto punto, en el español de América hay más unidad que en el español hablado en España, siendo que en Hispanoamérica todas las naciones "hablan el castellano, pese a argucias, muy uniforme, mientras aquí subsisten el vascuence, el catalán y el gallego".

Si acaso existe alguna diferencia entre el español de España y el de Hispanoamérica, se encontrará en el español escrito, en el español de los literatos. Esto es lo que llama Unamuno el lenguaje criollo, el lenguaje nacional, y de ningún modo, como generalmente se cree, el habla popular. El español que se escribe en España y el que se escribe en América se distinguen un poco por los neologismos inventados por los escritores mismos; esto se nota más en la lengua de las clases acomodadas, la lengua de la política, la banca, el deporte. Como ejemplo de lenguaje criollo nos presenta Unamuno el estilo del argentino Manuel Bernárdez, estilo rico y pintoresco, pero no afrancesado ni afectado. Critica en los escritores hispanoamericanos, sin embargo, el error de creer que muchas palabras y giros son americanos, cuando en realidad no lo son; "de cada cien veces que un americano añade a una frase la coletilla de 'como decimos por acá' puede decirse que las noventa y nueve la aplica a frases que se usan tanto aquí como allá". A la vez, muchos españoles, al oír hablar a los hispanoamericanos, se mofan o les corrigen giros y vocablos que son muy españoles. Estos errores son debidos al poco conocimiento mutuo; ni los españoles peninsulares conocen los regionalismos de su propio país, ni los hispanoamericanos conocen el habla popular de Castilla.

Unamuno, por supuesto, aconseja a los españoles que acepten las contribuciones lingüísticas de América y que no traten de imponer el casticismo. Le parece dañosísimo y disparatado "el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura... La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no

menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder... la hermandad espiritual".

Intimamente relacionado al problema de la lengua lo está el de la literatura, y es aquí donde Unamuno sobresale en su crítica. Como ya el problema ha sido estudiado,[1] sólo nos limitaremos a anotar algunas observaciones generales.

Afirmando su tesis de la igualdad entre España y la América española, nos presenta Unamuno la literatura hispanoamericana como profundamente española, no encontrando la influencia de los Estados Unidos en la literatura mexicana, ni la italiana en la literatura argentina, ni la alemana en la de Chile. Lo único que encuentra es, por supuesto, la influencia francesa. Y es precisamente por esta influencia francesa, por esta tendencia a imitar lo francés, que Unamuno rechaza el modernismo. Lo ataca, a la vez, por su "neutralidad frente a la patria, su poco o ningún calor patriótico, su ignorancia de la historia, su vacuedad liriconovelesca ... [sus] superficialidades versallescas, [su] gorgeo de canario enjaulado".

El afirmar Unamuno que la literatura hispanoamericana sea profundamente española no implica que no tenga carácter propio. Concede que existe cierta originalidad e independencia, "pues decir que los literatos hispanoamericanos no se distinguen sustancialmente ni forman, en el fondo, nada diferente y aparte de la literatura española, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma, en el fondo, nada aparte de las literaturas hispanoamericanas", lo que equivale a decir que negar la originalidad de la literatura hispanoamericana sería rebajar la literatura española al nivel de la hispanoamericana.

¿Y en qué estriba, entonces, el llamado americanismo, tanto en la literatura como en la vida? Para Unamuno el americanismo es lo que da personalidad al hispanoamericano, es la "fisonomía moral —mental, ética, estética y religiosa— que hace al americano americano y al argentino argentino". Le interesa que cada nación, cada pueblo, cada hombre, sea él y no otro. El espíritu de cada nación hispanoamericana debe tener un sello propio y, sobre todo, debe guardarse de no afrancesarse. Como se ve, la americanidad consiste, para Unamuno, en seguir la huella del hispanismo. Esto implica el estar alerta para no

[1] Ver *Revista Iberoamericana,* III (1941), 19-37.

dejarse guiar por los franceses, ni por los germanos, ni por los anglosajones. La leyenda del latinismo es perniciosa para Hispanoamérica.

El americanismo, por otra parte, también es extraño a las civilizaciones y culturas nativas de América. ¡Paradoja unamunesca! Los criollos son tan extraños a estas civilizaciones como lo son los españoles. América fue descubierta por españoles, y española fue la cultura que se implantó. La historia de Hispanoamérica es un capítulo de la historia de España.

Para conservar esta originalidad, esta americanidad, los hispanoamericanos deben, en primer lugar —aunque parezca perogrullada— dejarse de imitar y, sobre todo, dejarse de imitar a Francia; si han de imitar, les conviene más imitar a Inglaterra. Cuando interpreten su propia historia deben dejarse de hacerlo a través de teorías europeas. Las naciones jóvenes que prosperan en riqueza y en cultura tienen la tendencia de adoptar los mejores progresos de Europa. El peligro aquí consiste en confundir los valores. El progreso material no es progreso, aunque así lo parezca a pueblos nuevos, consejo que ya había sido oído en América, de labios de un americano insigne, el autor de *Ariel.* "La prosperidad material, sin contrapeso, amenaza desnaturalizarnos y convertirnos en verdaderos salvajes bizantinos".

En conclusión, podemos decir que Unamuno en su aspecto de americanista peca, por un lado, de falta de conocimientos de las culturas indígenas americanas y la gran transformación que la cultura española sufrió para poder adaptarse al medio ambiente americano. Su pintura del criollo resulta una réplica del andaluz. Unamuno creía —y aquí puede ser disculpado, estando entonces los estudios de Henríquez Ureña todavía en el tintero— en el supuesto andalucismo de América. Por otro lado, tenía ciertos prejuicios que le hacen exagerar ciertos aspectos de la vida americana: su francofobia le hace exagerar el peligro del afrancesamiento; su falta de interés en lo estético le hace no apreciar como es debido a los poetas modernistas; su idea de que los hispanoamericanos carecen de imaginación le hace dar mayor valor del que tienen a historiadores y otros escritores en prosa, muchos de ellos de segundo y tercer orden.

Mas no nos olvidemos de aplaudirle su gran interés —para su época— en lo americano, su valor para decirles las verdades

a los americanos quisquillosos en sus propias revistas y periódicos, su gran amor hacia esa América de sus cuidados. Al dejar la crítica de la literatura hispanoamericana en *La Lectura* tan temprano, cuando Hispanoamérica no había producido sus grandes obras, la América de lengua española perdió un gran crítico, pero el mundo ganó un gran ensayista. Unamuno estaba llamado a hacer frente a problemas de mayor empuje. Pero su semilla dio fruto; España abrió los ojos y se dio cuenta del problema americano. Otros críticos siguieron en sus pasos, aunque no hayan llegado a igualarle.

(Nota: Las citas no identificadas son de Unamuno y proceden de sus obras "La voz baja de Amado Nervo", en *Obras completas de Amado Nervo,* VII, Madrid, 1927; *Contra esto y aquello,* Madrid, 1912; *La Lectura,* VI, 1906; *Ensayos,* VII, Madrid, 1918).

Dimensión Imaginaria

LA PALOMA Y EL LEOPARDO

O LO HUMANO Y LO INHUMANO EN LA OBRA DE FEDERICO GARCÍA LORCA

Por *Gabriel PRADAL*

"Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde"

F. G. LORCA: *Llanto por I. Sánchez Mejías.*

DE la teoría del "arte puro", del "arte por el arte", dice Federico que "sería cruel, si no fuera, afortunadamente, cursi".[1] Todo Federico está en estas palabras. El de la sensibilidad atormentada de sus primeros poemas como el de la protesta humana del poeta en Nueva York, como el de un teatro cuya misión esencial es, según su autor mismo, comunicarse con los demás.

Contra ese "arte por el arte", crea un realismo especial que llega a ser la única explicación de la mayor parte de sus procedimientos poéticos. Realismo que, lo mismo puede observarse en la elección de su vocabulario y de sus imágenes de tipo folklórico; que en su hermosa serie de temas realistas que se enfrentan todos con problemas éticos o materiales de la existencia. En ellos el tema esencial es el problema de la justicia, es decir, el problema central del *realismo ético.* Por ello, la visión lorquiana del mundo es dualista: combate eterno de luz y sombra, de humano e inhumano. Lo que en su *Llanto* ha llamado él mismo: la paloma y el leopardo.

---

1 "Diálogos de un caricaturista salvaje", Interview de F. G. Lorca con Bagaría, en *El Sol,* Madrid, 1º junio 1936. (Esta interview, así como las siguientes, publicadas en *Blanco y Negro,* o *El Sol,* o *El Heraldo* de Madrid han sido recogidas por Mlle. Laffranque en el *Bull. Hisp.,* vol. LVI, pp. 260-300. Seguimos citando las primeras publicaciones por la importancia de las fechas).

En esa "trágica frontera" en que percibe el mundo Federico como "una tarde inmensa" (dice Jorge Guillén),[2] se desenvuelve un combate tremendo. Allí está la sombra ominosa de la muerte, de la que el poeta, como su Sánchez Mejías, sentía una "apetencia amarga", y, frente a ella, la protesta de la sensibilidad, que rechaza el horror físico de la descomposición y de la nada. Físico, porque "una idea se expresa y es posible porque tenemos cabeza y manos", porque "las criaturas no quieren ser sombras".[3] De este horror de la muerte da cuenta Federico en muchas ocasiones. Pero siempre incluyéndolo en el cuadro anchísimo de un drama: el juego trágico del duende o del torero, siempre en vilo, siempre luz y sombra, paloma y leopardo, humano e inhumano.

La angustia metafísica de sus primeros versos, la religiosa, la del tiempo, que le viene de Antonio Machado, la del "divino pecado", a la vez verlainiana y rubeniana, la angustia romántica de un universo parcialmente hugoliano... se van convirtiendo en la angustia exacta y material de las injusticias de la vida y del "torrente de lágrimas que nos rodea, producido por cosas que tienen remedio".[4] Y vemos entonces que lo que realmente le impresionaba en todas estas actitudes era el choque de una sensibilidad herida, que chocaban las cosas todas, desconsoladoras, de este mundo, las físicas y las metafísicas, las que tienen remedio y las que no lo tienen. Si en su obra (como en la de Manrique) culmina un "Llanto", ¿no será porque en ello está la idea total, el resumen de toda ella?

VIVÍA Federico en lo más real de la realidad. No es la falsa realidad de la costumbre, sino en la naciente realidad de lo insólito. Allí donde la metáfora es. Para él, la metáfora es realidad primera. Después vienen las explicaciones. Y a veces, la metáfora es precisamente la explicación:

"Abajo el mulo resoplaba. *Quiero decir que abría el girasol de su boca*".[5] Escribía así porque así le aparecía la realidad. Así también aparece la realidad a la gente de su tierra. Es más fácil decir en español: "tengo el alma en mi almario", o "bus-

[2] F. GARCÍA LORCA, *Obras Completas,* Madrid, 1954, p. LXXV.
[3] En *El Sol,* Madrid, 10 junio 1936.
[4] *Ibid.*
[5] F. GARCÍA LORCA, *Op. cit.,* p. 24 (nosotros subrayamos).

car tres pies al gato", o "se le pasea el alma por el cuerpo", o "aquí hay gato encerrado", que sus equivalentes lógicos. Federico había nacido en un cortijo granadino, y desde su infancia había vivido entre chiquillos desnudos de labradores y gitanos. La tierra lo había mecido con sus ritmos, y la vida con sus asombros. Nada en él podía ser extravital o irreal. Entre la hetiquez de tantos contemporáneos, el estilo de Lorca cobra una realidad casi brutal, una violencia chocante, que le daba aires de "enfant terrible", en los salones, allí donde no se le llama al pan: pan, y al vino: vino.

Pero Federico tiene su manera de llamarle al pan: pan y al vino: vino. Por eso es poeta — y recordemos que es el poeta quien aguza la flecha del lenguaje, que es nuestro mayor contacto con la realidad. Porque el lenguaje es un "cementerio de imágenes" y al despertar la imagen o la metáfora, el poeta alcanza la realidad, explica el lenguaje. En la técnica poética de Lorca, el deseo de expresar lo lleva hasta la imagen lúdica que ya casi no parece ni siquiera imagen, pero que sigue expresando una realidad, a veces brutal, casi fuera de los límites de la expresión.[6]

Era la vida lo que se trataba de definir en el arte. La vida, "con todo su drama y confusión".[7] Desde sus primeros versos publicados, en que el poeta se propone representar "la imagen exacta de mis días de adolescencia", el "reflejo fiel de mi corazón", el poeta se preocupa de la realidad. Y añade aún, que ese "reflejo fiel", recuerdo de una "infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega, sobre un fondo de serranía", está "teñido del matiz que le prestara, al poseerlo, la vida palpitante en torno".[8] Para Federico, el mundo exterior existe.

A ESA experiencia viva de la que el poeta quiere dar un reflejo fiel, viene a unirse el conocimiento de un tesoro folklórico inmenso. Puede llegarle a través de Antonio Machado, de Lope, de Garcilaso, o de Góngora, cuyo "método para cazar

6 Hemos definido la imagen lúdica en nuestro artículo "Las cosas de Federico", *Cuad. Amer.* v. LXXI, p. 271-280.

7 F. G. LORCA, in *Three Trag. of Federico G. Lorca,* N. Y., 1947, p. 3.

8 F. G. LORCA, *Op. cit.*, p. 97.

y plasmar las imágenes" tanto se parece al de Federico. Pero sobre todo a través de ese mundo abigarrado de una infancia andaluza, y de la experiencia vital de ser, como él afirma, "español integral". Y ya desde su primer libro se entrega al folklore. Un folklore perfectamente asimilado, consustancial, atávico. Canciones infantiles como la del "jardín de Cartagena", o "la viudita del conde Laurel", o la de "Me casó mi madre chiquitita y bonita"... O continas como la del gavilán con cuatro uñas de gato... Federico empieza a hacer poesía utilizando el material verbal de su infancia.

Y a lo largo de toda su obra sigue Federico utilizando la imagen popular. En su conferencia sobre *La imagen poética en don Luis de Góngora,*[9] nos dice cómo el pueblo ha hecho las imágenes "buey de agua", "lengua del río"... y las equipara a las imágenes lingüísticas como "alero". Y se entusiasma con ello hasta utilizarlas en cuanto puede: en el *Romance de Thamar y Amnón* saca a relucir un "desnudo en el alero", como si el deseo de utilizar esta palabra no le hubiera permitido reservarla para mejor ocasión. En el *Romance del Emplazado* habla de los "densos bueyes del agua". Y en el mismo romance, de un "rumor de rosa encerrada", que es una variación sobre el tema popular del "gato encerrado".

Los temas se repiten, incansablemente, mostrando la evolución de una angustia. Angustia representada por la veleta que abre su *Libro de Poemas,* por el *Caracol Aventurero* del segundo poema del libro, cuyas meditaciones metafísicas volverán en *El Maleficio de la Mariposa,* por ese "vago temblor de estrellas" en el corazón... Vago temblor en que se mezclan las influencias literarias con la angustia auténtica del cotidiano fluir de pequeños dolores. ¡Que estremecimiento en ese "gira, corazón; gira, corazón" del primer poema del *Libro de Poemas!* Y pronto aparece el tema de la primera gran injusticia que observa: el de doña Juana la Loca, "princesa enamorada y mal correspondida", tema que reaparecerá en *Doña Rosita la Soltera* por ejemplo, o el de "la mártir andaluza" de su elegía de 1918 (tenía el poeta veinte años) en que se une la injusticia de la virginidad:

> Tu cuerpo irá a la tumba
> intacto de emociones.

---

[9] *Id.,* pp. 67-90.

a la de la infecundidad,

> Nadie te fecunda. Mártir andaluza

cuya expresión culminará en *Yerma.* Ambos poemas se caracterizan por la amargura de un destino que no llega a realizarse, de una teleología frustrada.

> Y sin embargo, estabas para el amor formada
> hecha para el suspiro, el mimo y el desmayo.

o en el segundo:

> Tus besos debieron ser bajo una parra. . .
> . . . .
> Te vas por la niebla del otoño, virgen
> como Inés, Cecilia, y la dulce Clara,
> siendo una bacante que hubiera danzado
> de pámpanos verdes y vid coronada.

Y lo más importante es que no se trata solamente de Inés, Cecilia, y la dulce Clara y tantas otras, sino de un drama simbólico:

> Eres el espejo de una Andalucía
> que sufre pasiones gigantes y calla. . .

Símbólico y general como el drama de las mujeres en los pueblos de España que se proponía describir en *La Casa de Bernarda Alba.*

En el teatro de Federico, se trata pues de los mismos problemas. En forma caótica primero, como los instrumentos de la orquesta ensayándose antes de empezar el concierto. Se pierden primero en el amaneramiento poético-adolescente del *Maleficio de la Mariposa.* Sin embargo, entre cierta sensiblería romántica ("Por qué os causan repugnancia algunos insectos limpios y brillantes. . . Por qué, a vosotros los hombres, llenos de pecados y vicios incurables?")[10] alguna preocupación esen-

[10] *Id.*, p. 578.

cial, material, se abre paso entre los versos en agraz. ("Pues decidle a un hambriento esas frases").[11] Tampoco faltan algunas tentativas más realistas de pitorrearse de sus insectos ("Inútil es deciros que el enamorado bichito se murió").[12] Pero sólo en el realismo encontrará su verdadero sentido humorístico, como su verdadera poesía. En medio de la violencia del vocabulario popular de los *Títeres de Cachiporra,* o, más tarde, del *Retablillo de Don Cristóbal.*

Los Títeres de Cachiporra podrán parecer, que duda cabe, una simple "farsa guiñolesca", sin más. Y ya es mucho: porque precisamente en eso se halla el secreto que acaba de descubrir Federico. Pero dejemos que nos lo diga él: "... un día vi por el agujerito de la puerta una estrella que temblaba como una fresca violeta de luz. Abrí mi ojo todo lo que pude —me lo quería cerrar el dedo del viento— y, bajo la estrella, un ancho río sonreía surcado por lentas barcas. Entonces yo avisé a mis amigos, y huímos por esos campos en busca de la gente sencilla, para mostrarles las cosas, las cosillas y las cositillas del mundo..." Se trata casi de un arte poético. A partir de este momento el teatro de Federico se dirige al pueblo.[13]

Hasta qué punto Federico define a su teatro, nos lo demuestra el curso de este teatro mismo, sin olvidar la gran experiencia poética de "la Barraca" que es su creación personal. Por si fuera poco, en 1935, dice Federico: "En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo... Particularmente, yo tengo un ansia verdadera por comunicarme con los demás. *Por eso llamé a las puertas del teatro,* y al teatro consagro toda mi sensibilidad".[14]

Por ese ansia de comunicarme con los demás Federico se obstina en hablar la lengua de todos. Cuando reaparece el guiñol, en 1931, en su obra, nos declara sin rodeos que "el poeta... ha interpretado y recogido de labios populares esta farsa de guiñol". Y añade: "El guiñol es la expresión de la fantasía del pueblo, y da el clima de su gracia y de su inocencia".[15] Ahora bien, esa gracia y esa inocencia no bastan, en el

---

[11] *Id.,* p. 611.

[12] *Id.,* p. 578.

[13] Es el descubrimiento que hacía Víctor Hugo en 1835: "Antes el poeta decía: el público; hoy día el poeta dice: el pueblo". V. Hugo, Preface d'*Angelo.*

[14] En *El Sol,* Madrid, 10 junio 1936 (nosotros subrayamos).

[15] F. G. Lorca, *Op. cit.,* p. 927.

teatro de Federico, para escondernos la lucha de la paloma y el leopardo, gracias al crudo realismo de los muñecos de madera.

La primera indicación, que sorprende a Federico mismo, de dónde llevan estos juegos con temas transcendentes, le aparace cuando se representa, en 1927, en el teatro Fontalba de Madrid, *Mariana Pineda.* El tema es histórico, la gran prueba del escritor realista. Federico le llama: *Romance popular en tres estampas.* El estar escrito en verso no le quita a lo popular, puesto que se trata de un "romance". Además, tan fundado está en lo folklórico, que tiene un prólogo formado por algunos fragmentos del mismo romance popular que todavía se cantaba mucho en Granada por aquellos tiempos. Al público le entusiasma sobre todo el tema político de la libertad, Mariana mártir de la libertad, ejecutada por haber bordado una bandera republicana, bajo la monarquía. En 1927, bajo la dictadura de Primo de Rivera, la monarquía no ha dejado de ser odiosa. La representación de *Mariana Pineda* da lugar a demostraciones públicas. Lo mismo ocurre cuando se representa en Barcelona, en diciembre de 1935, *Doña Rosita la Soltera,* que no era sino una descripción lírica y crítica de la vida de la clase media en Granada. Esa Granada de que había de decir poco después que era "una ciudad pobre, acobardada; una tierra del chavico" donde se agita actualmente la peor burguesía de España".[16] R. M. Nadal dice que a Lorca le molestaron aquellas reacciones. Sin embargo, también en el 1925, en una representación especial de *Yerma,* en el Teatro Español, en Madrid, el poeta se muestra, según sus propias palabras, "ardiente, apasionado creyente en el teatro de acción social", y añade que "el teatro es uno de los instrumentos más útiles y expresivos para construir un país", y "el barómetro de su grandeza o de su decadencia". Federico sabía lo que estaba haciendo.[17] Marianita Pineda muere mártir del amor más que de la libertad. Pero el público tiene razón: amor o libertad, tanto da.

---

16 En *El Sol,* Madrid, 10 junio 1936.

17 Como prueban admirablemente sus declaraciones a la prensa de aquella época. Mlle. M. Laffranque que ha publicado esos documentos en el *Bulletin Hispanique* añade con mucha razón que "estos textos revelan, en varios grados, pero con un conjunto concluyente, que las preocupaciones y las teorías estéticas del poeta, están constantemente unidas durante este período a sus preocupaciones sociales". *Bull. Hisp.,* v. LVI, p. 262 (traduzco yo).

En el gran mito de la paloma contra el leopardo, la libertad y el amor luchan juntos. *Y ese es el sentido, precisamente, del romance popular, histórico,* que quiere revivir Federico. Mariana Pineda identifica amor y libertad al identificarse con ambos:

> Amas la Libertad por encima de todo,
> Pero yo soy la misma Libertad. Doy mi sangre,
> que es tu sangre y la sangre de todas las criaturas.

Y también:

> ¡Yo soy la Libertad porque el amor lo quiso!
> ¡Pedro! La Libertad por la cual me dejaste.

¡Claro símbolo, y admirable advertencia que los lectores no dejaron de olvidar! De ese malentendido, de esa falsa separación entre temas afines nacía la idea falsa de seguridad que tenían los amigos de Federico al empezar la guerra: "En caso de revuelta, si hay un solo español que se salva, será Federico".[18] No: la lucha era entre lo humano y lo inhumano. El amor, y la libertad, y Federico, eran beligerantes del mismo lado.

También se ensayan los instrumentos en el teatro de tipo superrealista, y también se transparenta el drama humano, con una violencia inaudita que es la violencia de la sensibilidad herida. No sólo la incoherencia de *Así que pasen Cinco años,* o de *El Público* nos recuerda la incoherencia dramática del *Poeta en Nueva York,* sino hasta la expresión de un dolor infinito e inefable. En el primero un niño muerto, que no quiere ser enterrado y comido por los lagartos, y un gato asesinado a pedradas por los chicos comparten la escena con varios personajes para los que el amor, la juventud, la vejez, parecen otras tantas maldiciones. Y en *El Público* hay un enfermero que viene a ofrecer a su víctima un vaso de hiel, y que promete volver a

[18] Bajo la influencia de los del "arte por el arte" se llegó a creer que el arte era tan pequeño que nunca bastaría a suscitar tanto odio. Reducir el arte a esta pequeñez, y al poeta a un papel de pobre hombre, quizá sea el mayor triunfo que han tenido los enemigos del espíritu. Bien claro queda que Federico no se prestaba a esta añagaza.

las ocho, con el bisturí para ahondarle la herida del costado. En lo grotesco, el drama de la Pasión parece exasperarse.

Pero Federico no piensa nunca al superrealismo como algo fuera del realismo, sino como un método para alcanzar mejor, más profundamente la realidad. No se trata nunca de evadirse. La angustia real y realmente expresada del *Romancero Gitano,* sigue siendo real, pero más aguda, más intensa, en los poemas del *Poeta en Nueva York.* Lo otro hubiese sido un fracaso. Al tema del gitano (la primera minoría oprimida que le ha sido dado ver) ha sucedido el tema del negro americano.[19] Pero además, el dolor nuestro de cada día, los panoramas de ojos abiertos y de amargas llagas encendidas, el dolor de los animales, los insectos, el agua que no desemboca, las monedas en enjambres furiosos que taladran y devoran a niños abandonados... "Arquitectura extrahumana y ritmo furioso, geometría y angustia. Sin embargo, no hay alegría, pese al ritmo. Hombre y máquina viven la esclavitud del momento. Las aristas suben al cielo sin voluntad de nube ni voluntad de gloria".[20] Todo ello exasperado por su sensibilidad de español y de "hombre del sur": "Nadie puede darse idea de la soledad que siente allí un español, y más todavía un hombre del Sur. Porque si te caes —por ejemplo— serás atropellado, y si resbalas al agua arrojarán sobre ti los papeles de sus meriendas".[21] Y en medio de esas columnas de cieno, de esa aurora que nadie recibe en la boca, la muerte se agazapa, aúllan los perros asirios y las ninfas del cáncer bailan, mientras se aproximan las hierbas con sus atroces espadas de saliva... Federico no se duerme, no se

[19] "Yo quería hacer el poema de la raza negra en Norteamérica y subrayar el dolor que tienen los negros de ser negros en un mundo contrario". *Blanco y Negro,* Madrid, 5 marzo 1933. Él atribuye su interés a ser granadino. "Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de los perseguidos. Del gitano, del negro, del judío..." "Estampa de García Lorca", *Gaceta Literaria,* Madrid, 15 enero, 1931, p. 7. ¿Seguiría dando las mismas razones para sus declaraciones de 1936? "Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. El chino bueno está más cerca de mí que el español malo. Canto a España y la siento hasta la médula; pero antes que esto soy hombre del mundo y hermano de todos. Desde luego no creo en la frontera política". En *El Sol,* Madrid, 10 junio 1936.

[20] En *Blanco y Negro,* Madrid, 5 marzo 1933.

[21] *Ibíd.*

aleja del mundo: tampoco olvida que muchos de estos males "tienen remedio", y denuncia a los culpables:

Yo denuncio a toda la gente
que ignora la otra mitad.

y su indignación se yergue, se hace agresiva de puro dolor:

Os escupo en la cara.

¿Realista? El poeta no nos deja olvidarlo. Aquí no hay fantasmas:

No es el infierno, es la calle,
no es la muerte, es la tienda de frutas.

Y vuelve el tema de la paloma:

El hombre que desprecia la paloma debía hablar,
debía gritar desnudo entre las columnas,
y ponerse una inyección para adquirir la lepra.

Y vuelve el tema del amor, con su corola de significaciones políticas:

Pero el viejo de las manos traslúcidas
dirá: Amor, amor, amor,
aclamado por millones de moribundos;
dirá: Amor, amor, amor,
entre el tisú estremecido de ternura;
dirá: paz, paz, paz,
entre el tirite de cuchillos y melones de dinamita;
dirá: amor, amor, amor,
hasta que se le pongan de plata los labios.

Amor que está, nos dice Federico:

en las carnes desgarradas por la sed,
en la choza diminuta que lucha con la inundación;
el amor está en los fosos donde luchan las sierpes
del hambre,
en el triste mar que mece los cadáveres de las
gaviotas.

Mientras tanto, la multitud orina, vomita, vacila insomne "como recién salida de un naufragio de sangre":

> Porque queremos que el pan nuestro de cada día
> Flor de aliso y perenne ternura desgranada,
> Porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra
> que da sus frutos para todos.

La última lección de Federico está sin embargo, en el teatro. Su importancia bien nos la dice la ya citada frase: "... al teatro consagro toda mi sensibilidad", que es de junio de 1936, es decir, de la época de su muerte.

"Mi trayectoria en el teatro... yo la veo perfectamente clara. Quisiera terminar la trilogía de *Bodas de Sangre, Yerma,* y *El drama de las hijas de Loth.* Me falta esta última. Después quiero hacer otro tipo de cosas, incluso comedia corriente de los tiempos actuales y llevar al teatro temas y problemas que la gente tiene miedo de abordar. Aquí, lo grave es que las gentes que van al teatro no quieren que se les haga pensar sobre ningún tema moral". Y afirma: (esto es en 1934): "Lo de la decadencia del teatro, a mí me parece una estupidez". Porque, dice también, "yo espero para el teatro la llegada de la luz de arriba, siempre, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio de butacas, todo estará resuelto".[22]

Para llegar a este resultado, Federico se entrega a un arte realista sin dejar de ser poético. Ha comprendido que el teatro se dirige al pueblo. Sobre todo después de la experiencia importantísima de *La Barraca.* La poesía es otra. En *Bodas de Sangre* (que sin embargo está fundada en un hecho real contado por los periódicos) o en *Yerma,* a pesar del realismo violento de los hechos y de las situaciones y del lenguaje de los personajes, se introducen elementos líricos que pudieran hacer sonreír a ese "hambriento" que, desde *El Maleficio,* no ha dejado de obsesionar a Federico. Nos cuenta su hermano Francisco que "el éxito obtenido por una escena que pudiéramos llamar lírica en el segundo acto de *Yerma,* la escena de las lavanderas, cuando se representó la obra en Madrid, siempre le pareció a Federico un éxito indeseable".[23] Cuando se ensayaba *La Casa*

---

22 *El Sol,* Madrid, 15 diciembre 1934.

23 Fco. G. Lorca, in *Three Tragedies of F. G. Lorca,* N. Y., 1947, p. 19 (traduzco yo).

de Bernarda, un testigo, Rodolfo Salazar, nos dice que Federico repetía obstinadamente: "Ni una gota de poesía! ¡Realidad! ¡Realismo¡".[24]

Véase la transición. Antes traducida "a lo poético":

> . . . Cuando sobre el tallo de la noche vea
> abrirse el dorado girasol del cielo. . .
>
> *(Mariana Pineda)*

> Abajo el mulo resoplaba. Quiero decir que
> abría el girasol de su boca.
>
> *(Santa Lucía y San Lázaro)*

Antes buscaba la imagen; ahora la elude sabiamente, la remplaza con la imagen tremenda de la expresión realista. Recuérdese al Mairena de Antonio Machado, pidiendo a su alumno (señor Pérez), que traduzca "en lenguaje poético", la frase:

> Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa

y Pérez escribiendo en la pizarra:

> Lo que pasa en la calle.[25]

Lenguaje poético, sin duda alguna. Machado también, el Machado de los últimos tiempos, se ha dado cuenta de ello, quizás más que nada al enfrentarse con la copla popular. Y esa copla popular, Federico la llevaba en la sangre.

Los procedimientos puramente poéticos pueden ser admirablemente realistas, de un *realismo formal.* ¿Qué es la imagen lúdica sino realismo, construcción artística hecha con pedacitos de realidad cotidiana? ¿Y qué mejor ejemplo de *realismo en la forma* que el entrecortamiento, la incoherencia alucinada del *Poeta en Nueva York?* Al teatro se añade la poesía brutal de la expresión popular. Si suprimimos las escenas puramente

[24] R. SALAZAR: "Un drama inédito de Federico García Lorca", en *Carteles,* La Habana, 10 abril 1938. Recuérdese también la advertencia que abre el libro *(La Casa de Bernarda Alba):* "El poeta advierte que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico".

[25] A. MACHADO: *Juan de Mairena,* Buenos Aires, 1943, v. I, p. 7.

líricas (sobre todo las escritas en verso) la verdadera, la intensa poesía de *Bodas de Sangre* o de *Yerma,* no sólo no se pierde, sino que hasta luce más. Después de leer frases de auténtica poesía popular como:

> Mis muertos llenos de hierba, sin hablar, hechos polvo; dos hombres que eran dos geranios... Los matadores, en presidio, frescos, viendo los montes...

cuando llegan escenas con diálogos entre una luna y una mendiga, ambas simbólicas, con su vocabulario lleno de cisnes y metales soñolientos... nos sentimos traicionados casi, impacientes de oír de nuevo el cálido diálogo realista. Casi pasa lo mismo en *Yerma,* aunque allí la fusión es más acabada: la poesía está más en la prosa realista que en los versos. Eso quiere decir Federico al regocijarse de la ausencia de poesía en *La casa de Bernarda,* en que todos los elementos son poéticos, pero de una poesía *fundamental.* Federico mismo explica esto admirablemente. "Yo he abrazado el teatro porque siento la necesidad de la expresión en la forma dramática. Pero por eso no abandono el cultivo de la poesía pura, aunque ésta igual puede estar en la pieza teatral que en el mero poema".[26] Pero, sobre todo en sus declaraciones a Felipe Morales en 1936: "El teatro fue siempre mi vocación. He dado al teatro muchas horas de mi vida. Tengo un concepto del teatro, en cierta forma personal y resistente. *El teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana.* Y al hacerse habla y grita, llora y se desespera. El teatro necesita que los personajes que aparezcan en la escena lleven un traje de poesía y al mismo tiempo que se les vea los huesos, la sangre. Han de ser tan humanos, tan horrorosamente trágicos y liados a la vida y al día con una fuerza tal, que muestren sus traiciones, que se aprecien sus dolores, y que salga a los labios toda la valentía de sus palabras llenas de amor o de ascos".[27]

El mito de la paloma y el leopardo, como el mito de Osiris, es trágico. "El optimismo es propio de las almas que tienen una sola dimensión; de las que no ven el torrente de lágrimas que nos rodea, producido por cosas que tienen remedio".[28] En

---

26 *El Sol,* Madrid, 15 diciembre 1934.

27 "Declaraciones de García Lorca sobre teatro", en *El Heraldo de Madrid,* Madrid, 8 abril 1936.

28 *El Sol,* 10 junio 1936.

ese torrente de lágrimas se ahoga Federico. Ya había dicho en otra entrevista con *El Sol* de Madrid, en 1934, escogiendo entre las víctimas de la injusticia a los pobres. (Esos pobres de quienes dice Bernarda Alba que: "son como los animales; parece como si estuvieran hechos de otras sustancias"). "Yo siempre soy y seré partidario de los pobres. Yo siempre será partidario de los que no tienen nada, y hasta la tranquilidad de la nada se les niega". Y profetiza: "Nosotros —me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases acomodadas— estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo". También dice: "En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas". Admirable profecía de una filosofía no pervertida en las aulas, que es como una respuesta al problema de Federico. A esa revolución telúrica se entrega Federico, por lo que tiene de justa: "A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí tu dolor y tu sacrificio, aquí la justicia para todos. . . Y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo".[29]

Telúrico es también el deseo de no morir, el ansia de fecundación, el misticismo maternal, el amargo sabor de la muerte y del amor. . . hasta un catolicismo fundado en la resurrección de la carne. Telúrico es el mito de la paloma y el leopardo.

En esa lucha, la respuesta de Federico es clara: "Ningún hombre verdadero cree ya en esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango hasta la cintura para ayudar a los que buscan las azucenas". Porque: "el dolor del hombre y la injusticia constante que emana del mundo, y mi propio cuerpo, y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas".[30]

Federico, personalmente, se entrega a este combate con tal generosidad que la angustia misma de su tema le impide escribir: "Ahora estoy trabajando en una nueva comedia. Ya no será como las anteriores. Ahora es una obra en la que no puedo escribir nada, ni una línea, porque se han desatado y andan por los aires la verdad y la mentira, el hambre y la poesía. Se me han escapado de las páginas. La verdad de

---

[29] *El Sol,* Madrid, 15 diciembre 1934.
[30] *El Sol,* Madrid, 10 junio 1936.

la comedia es una problema religioso y económico-social. El mundo está detenido ante el hambre que asola a los pueblos. Mientras haya desequilibrio económico, el Mundo no piensa. Yo lo tengo visto. Van dos hombres por la orilla de un río. Uno es rico, el otro es pobre. Uno lleva la barriga llena, y el otro pone sucio el aire con sus bostezos. Y el rico dice '¡Oh que barca más linda se ve por el agua! Mire, mire usted el lirio que florece en la orilla'. Y el pobre reza: 'Tengo hambre, no veo nada. Tengo hambre, mucha hambre'. Natural. El día que el hambre desaparezca va a producirse en el Mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la Humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución".[31]

31 *El Heraldo de Madrid,* Madrid, 8 abril 1936.

EL TEATRO ÉPICO — BERTOLT BRECHT

"LA BUENA MUJER DE SETZUÁN"

Por *Allan LEWIS*

EL caos que siguió a la Primera Guerra Mundial liberó a todas las artes, encauzándolas hacia la búsqueda frenética de nuevos modos de expresar un mundo en desequilibrio. La civilización que desde el Renacimiento, se había venido construyendo con dolorosos esfuerzos, se tambaleaba en el momento de su mayor productividad, víctima de sus mismas exigencias interiores. La organización social no se acoplaba al progreso técnico; los titanes de la industria se destruían unos a otros tratando de eliminar a sus competidores en un mercado saturado de productos. Sobrevino en consecuencia una pérdida terrible de vidas y de fe. Como resultado de una economía mundial altamente interdependiente, la guerra terminó sin victoria, y tanto los conquistadores como los conquistados acabaron débiles y gastados; cada vez se hacía más difícil animar a seguir el combate a gente agotada y decepcionada. Los inflados presupuestos de defensa, aunque proveían un amortiguador contra el desempleo y los dividendos rebajados, además de una salida para el creciente progreso técnico, significaban que la próxima guerra, todavía más destructiva que las anteriores, estaba preparándose. La Revolución Rusa había arrancado la sexta parte de la superficie de la tierra del control capitalista, comprimiendo la lucha imperialista hasta hacerla alcanzar una tensión explosiva. Mientras tanto, las naciones pequeñas se animaron al ver la división de las grandes potencias, y sacudieron el yugo de la intervención extranjera.

La confianza en una manera de vida declinaba, y las artes, no amparadas ya por ningún orden social establecido y carentes de una filosofía directriz, se atomizaron en búsquedas interminables y desorientadas tras la certeza. Las barreras habían desaparecido y el artista estaba libre, pero confundido. Sin aceptar

ninguna tradición buscó refugio en lo que le pareció más cómodo o más tangible; el pasado, la Iglesia o la forma pura; o jugó con lo abstracto para aislarse de la realidad; o hizo una resignada confesión de confusión e indiferencia, y habló de la generación perdida compadeciéndose a sí mismo; o atacó lo que prevalecía aún, tal como si, habiendo abandonado la fe, no pudiese encontrar a ninguno que la poseyera. Algunos grupos de ingenio y de transición, cada uno proclamando su eterna perfección: el cubismo, el futurismo, el surrealismo, el constructivismo, tuvieron su momento de gloria, sus discípulos y sus manifiestos. La época era desquiciada, y algunos charlatanes irresponsables con excesivas pretensiones, se convirtieron en guías: pero en el ambiente había tendencias manifiestas que presagiaban ya la gran batalla del futuro.

Ataque al realismo —"El regreso a lo eterno"

EL teatro realista (sus triunfos recientes todavía) era particularmente vulnerable. Prohijado por Zolá y perfeccionado por Ibsen, el realismo psicológico había traído al teatro un interés por las cuestiones sociales. Con Chéjov y con Shaw, además de un conjunto de autores inferiores a éstos, los residuos románticos y neo-clásicos experimentaban un severo retroceso. Pero estuvieron lejos de ser extirpados por completo. Sólo esperaban el momento propicio para reafirmarse nuevamente. Ibsen mismo había sentado ejemplo con su deserción del realismo por incursiones en lo irreal y en lo desconocido, al igual que Maeterlinck y Yeats. Ahora, el deseo de olvidar los desagradables recuerdos de la guerra daba ímpetu al concepto de que el teatro no podía ser jamás la vida misma, ni aspirar a serlo, puesto que siempre es un momento artificial, preconcebido: el hogar de la ilusión. Pirandello añadió que el actor no podría ser jamás la persona que representaba, ni recrear las crisis emotivas que sólo se viven una vez. El único realismo veraz sería la reproducción grabada de parlamentos y acciones dentro de la vida diaria, lo cual vendría a resultar anti-dramático y aburrido.

El realismo era otra forma de engaño, pero esta vez se autoengañaba, rehusándose a reconocerlo. Las palabras de Evreinov fueron proclamadas y repetidas. En el momento del fracaso de la revolución de 1905, cuando la reacción triunfante

intentó ignorar la crueldad de los acontecimientos, Evreinov había declarado, que si la verosimilitud era la meta del teatro, entonces los muebles debieran ser muebles auténticos de la época que representara, que debiera prescindirse de los bastidores y utilizar como escenario el lugar en que se desarrollara la acción, que los actores debieran hablar el idioma de la nacionalidad que representaran, y que la cuarta pared debiera construirse ¡aislando al público! Se insistía en que el teatro debía ser un templo, un refugio de "el sentido olvidado del mito" un sitio donde fuera posible "olvidar lo incidental y volver la memoria una vez más hacia lo eterno".[1]

El Teatro épico se une a la lucha: "Tenemos que ir a otra parte"

Estas pretensiones se habían escuchado ya con anterioridad; pero ahora el realismo encontraba un elemento en abierta oposición: algunos de sus aliados más incondicionales de la izquierda política, que clamaban que una situación revolucionaria demandaba un teatro revolucionario; que el contenido social de Ibsen, si alguna vez fue actual, había sido desviado por Strindberg hacia el estudio de casos introspectivos y psicopáticos; que lo que se necesitaba era un realismo más científico y selectivo; que las supersticiones del templo debían ser sustituidas por los hechos del foro. No fue sino hasta los años 1930 y siguientes, cuando la Unión Soviética, después de una década de experimentos alocados, encontró acomodo en el realismo *socialista,* aceptándolo como un procedimiento permanente. Pero el campo de batalla más intenso, donde la lucha social, desnuda, áspera y violenta reflejaba a todas las clases del mundo occidental, fue la Alemania de la República de Weimar.

La derrota de los ejércitos del Káiser dejó a una nación, dedicada a la ciencia y a su propia superioridad, convertida en un campo perfecto y propicio para la competencia de valores. El socialismo, guiado por un poderoso movimiento sindical, y el nazismo, subsidiado por las finanzas internacionales, lucharon por el control eventual. En el teatro, casi al mismo tiempo, Friedrich Wolf, ferviente izquierdista, presentó *Los marineros de Cattaro,* un apóstrofe lírico a los marineros amotinados en la

[1] Citado de *The Development of the Theatre,* Allardyce Nicoll, N. Y., 1937.

Armada Austriaca y a su martirio en aras de la libertad, mientras que Hans Johst dedicaba su obra *Schlageter* a Adolfo Hitler, una obra en la que se apuntaban las líneas que más tarde se atribuirían a Goering: "Cuando escucho la palabra cultura, le quito el seguro a mi revólver".

Bertolt Brecht resumió toda su actitud diciendo, "el Drama, desde Diderot hasta Ibsen, constituye una época completa, y ahora tenemos que ir a otra parte no sólo por haber agotado los recursos de la técnica, sino también porque el hombre y la sociedad han cambiado".[2] El resultado de esto fue *el teatro épico,* del que Brecht fue el líder teórico, y cuya rápida expansión en la Alemania anterior a Hitler ocasionó la más minuciosa revisión de los valores dramáticos.

El significado del término "épico"

El título "épico" resulta por completo erróneo, pues provoca referencias inapropiadas. El término se deriva de la división aristotélica de la Literatura en tres estilos: épico, lírico, y dramático. La intención del teatro épico fue la de ser esencialmente narrativo, de relatar sucesos, utilizando el teatro como un medio más efectivo de presentación. Fue así, desde el principio, una combinación de lo dramático y de lo narrativo. Brecht, en su tiempo uno de los poetas germanos más distinguidos, combina lo lírico también, fundiendo así los tres elementos y haciendo cualquier definición del teatro épico como tal, carente por completo de significado. La función principal del término es establecer una forma teatral distinta, para distinguirla de lo romántico o de lo realista.

El propósito del teatro "épico" fue presentar hechos históricos, una exposición de temas contemporáneos en que el público se sintiera impulsado a colocarse "en un extremo", a juzgar los sucesos. Y ese juicio era estar del lado del pueblo contra sus explotadores. Fue un teatro-tribunal, un teatro-arma, un teatro utilizado como vehículo de educación de las masas.

El concepto del teatro como vehículo de educación no se origina con Brecht y sus discípulos. Desde su mismo principio en las tribus primitivas, el teatro tuvo inmediatamente un propósito didáctico, y fue utilizado para transmitir la herencia

---

2 Citado de un artículo de Eric Bentley en la revista *Theatre Arts,* Sept., 1944.

cultural y el conocimiento de las artes prácticas. La danza, el ritual o el canto ceremonial, ejecutado en común o por seleccionados expertos, fue una educación visual y oral en su nivel más director y primitivo. Conforme la sociedad avanza en la división del trabajo y la complejidad de la interrelación de sus clases, esta inminencia social es menos evidente, pero la esencia de todo drama es el conflicto de la moral, dentro de la cual deben hacerse las decisiones de la comunidad o del individuo. Escoger entre el bien y el mal no es sólo la historia básica, sino quizá la historia única de toda literatura; y en el teatro, el autor señala preferencias. Éstas son la historia del hombre y la historia del teatro. En la sociedad griega, Eurípides es un decidido propagandista de una moral más democrática, mientras que Aristófanes predica las delicias de una aristocracia pasada. En la Edad Media, el teatro es una educación religiosa que se desarrolla cuando el descuento de la Reforma fuerza a la Iglesia a tomar un papel más activo en la manutención de sus adictos. En el Renacimiento, Hamlet es el clásico ejemplo del hombre joven que, colocado en la encrucijada, apresado entre el código feudal del honor (tan evidente en Lope de Vega) y en el raciocinio de la causa, se convierte en discípulo de la inactividad, inocuo escritor perpetúa el "tabú", alimenta los mitos o aboga por la moral establecida.

El teatro épico es nuevo y diferente en sus funciones en un momento crítico de la historia, por su énfasis en la masa, mejor que en el individuo, por su uso de los más variados aparatos técnicos, y por su franca intención de servir como medio de educación partidarista.

Los precursores

MUCHOS experimentos contemporáneos prepararon el camino para la llegada del teatro épico, particularmente la restauración de Georg Büchner, quien había muerto en 1837 a la edad de 24 años, pero que había sido completamente olvidado en la época del "sturm und drang" de los románticos. Ahora se le resucitaba y se le representaba en toda Alemania, ejerciendo una influencia poderosa en los rebeldes del teatro, pues en sus dos obras: *Mozzec,* musicada por Alban Berg, y *Danton's Tod* (La muerte de Dantón), elaboradamente representada por Max Reinhard. Büchner, un representante del movimiento

renovador alemán, había sido no solamente un ferviente agitador movido por la democracia, sino que había utilizado secuencias efectivas de escenas instructivas y cortas.

La expansión del expresionismo, la inmediata a las obras fantásticas de Strindberg, rompió similarmente con los más rígidos convencionalismos teatrales. En la Alemania de pre-guerra, esto fue evidente en la obra distinta de Walter Hasenclever y en las abstracciones espectrales de Franz Wedekind. En 1920 aparecieron las obras de Georg Kaiser, cuyos *Gas I* y *Gas II* fueron documentos antibélicos precisos, intelectuales y constructivistas. La escena se llenó de plantas industriales extrañas y superrealistas, y el fondo se formó de distorsionados mapas de producción, salpicados de tinta roja. En el mismo año apareció Lion Feuchtenwenger con su *Thomas Wendt,* en que un poeta se convierte en líder revolucionario, y que ejerció influencia inmediata en los primeros trabajos de Brecht. A esto siguió el brote explosivo y lírico y la sensibilidad espiritual de Ernst Toller, cuyas obras expresionistas fueron una continua demostración de la necesidad de un mundo más humano y pacífico.

Estos precursores contribuyeron a la formación del teatro épico pero el factor aislado más importante fue el auge de los movimientos de los sindicatos establecidos. La labor organizada había desarrollado por años un programa de educación intensiva, un aspecto del cual fue una forma de "La comedia del arte". Los miembros de los sindicatos, con nada más que unas cuantas líneas escritas, posaban como espectadores casuales en las "colas" formadas ante las panaderías, entre las multitudes que esperaban el paso del autobús, en otras reuniones cualesquiera, y señalaban la necesidad de la acción de las clases trabajadoras sobre los diferentes aspectos de la vida social. Los trabajos y las piezas más formalmente escritas se presentaban en las reuniones habituales de los sindicatos. De esos principios se elevó el "teatro del trabajo", del que Karlheinz Martin en 1918 fue un pionero con su *Die Tribüne;* pero el trabajo más notable fue el desarrollado por Erwin Piscator.

"Piscatorizando" una obra

DESPUÉS de sus primeros éxitos en Koenigsberg, Piscator fue nombrado director de teatro por el *Volksbühne,* el centro

de educación sindical; pero él se mantuvo en constante desacuerdo con la línea seguida hasta entonces por el liderato, que insistía en dar a los trabajadores solamente los clásicos del pasado, basándose en la idea de que el teatro era "cultura destinada a las masas" y de que la cultura significaba herencia literaria. Piscator, sintiéndose frente a una guerra inminente, frente a la revolución, a las huelgas y al creciente desempleo, quiso que el teatro tomase papel activo. En 1924 había escrito: "Lo más importante no son las relaciones del hombre consigo mismo ni sus relaciones con Dios, sino sus relaciones con la Sociedad".[3] Su oportunidad llegó en 1927, cuando rompió con el *Volksbühne* y tomó por su cuenta el viejo y distinguido Theater-am-Nollendorfplatz.

La noche del estreno marcó una huella en la historia del teatro. La reputación de Piscator como favorecedor de lo inusitado fue un reto para los adictos a las noches de estreno, de modo que los sombreros de copa y los vestidos elegantes se mezclaron con las camisas rasgadas y los suéteres remendados de los jóvenes trabajadores, que tenían asientos de "suscripción" y que por tanto tenían derecho a los mejores lugares. La obra fue una adaptación de la novela checa *El buen soldado Schweik,* que describía las experiencias de un soldado campesino atrapado en las ineficaces estupideces de la guerra. Piscator había transformado drásticamente el antiguo marco del teatro. Las escenas rápidas, cortas, se levantaron de la orquesta, fluyeron de los laterales y de los pasillos; placas, señales, gráficas y postes, indicaban lo que iba a pasar en la escena; se pasaron películas en una pantalla, interrumpiendo el desarrollo de la acción, pero proveyendo una mayor información sobre el desarrollo del drama; una banda movediza transportaba a Schweik de una a otra escena de batalla. El éxito de la producción fue discutible, pero Piscator se mantenía firme. La Guerra había sido presentada sin sobre-tonos histéricos: se habían expuesto sus hechos, científicamente, y el público había recibido una lección profunda sobre la cual era posible basar la acción política. De cualquier modo, había sido una fiesta para los técnicos.[4]

Tan violentamente creció el debate entre los abogados de

---

[3] ERIC BENTLEY, *The Playwright as Thinker,* N. Y., 1946, p. 252, uno de los pocos libros que tienen algo sobre Brecht.

[4] Cf. *New Theatres for Old,* MORDECAI GORELIK, N. Y., 1945, capítulo IX.

la puerta escénica simple y los que proponían el teatro épico, que el nombre de Piscator se llegó a identificar con los excesos de la mecánica. En su crítica del *Galileo* de Brecht, en 1948, George Jean Nathan, el suavizado iconoclasta que siempre fue un conservador de corazón, usa el apellido "Piscator" en un sentido despectivo:

> Y si tal obra fuera puesta en escena, ofrece desde luego la oportunidad de "piscatorizarla", disfrazándola con linternas, transparencias, magnavoces, sinfonolas y la más variada escenografía, hasta que fuese casi imposible el reconocerla. El público parece entusiasmarse con ello...[5]

La escena quedaba lista para Bertolt Brecht.

El hombre Brecht

El hombre con quien el título "épico" está más lógicamente asociado es Bertolt Brecht, poeta, dramaturgo y teorizante. Piscator, exiliado después de la subida de Hitler al poder, perdió su entusiasmo y decayó en la rutina de la enseñanza académica. Brecht, sin embargo, a pesar de catorce años de forzosa residencia en el extranjero, nunca cesó de buscar nuevos horizontes en el teatro, ni dejó de escribir sus obras.

Brecht nació en Bavaria en 1898, estudió para médico, y sirvió en el cuerpo médico en la Primera Guerra Mundial. Su reputación como poeta había quedado ya establecida, pues a la edad de 22 años ganó el codiciado Premio Kleist por su primera obra, *Tambores en la noche.* Trabajó con Piscator en el Schiffbauerdam Theatre, donde su *Ópera de los tres centavos, basada* en *La ópera del vagabundo* de John Gay y musicada por Kurt Weill, alcanzó las cuatrocientas representaciones y recorrió triunfalmente todo el territorio alemán. Weill y Brecht colaboraron repetidamente, como en *La subida y la caída del Estado de Mahogany,* obra en la que el dinero sólo es prueba de la supervivencia, así como en una ópera de carácter simplemente educativo: *Der Jasager und der Neinsager* (El que dice "no", y el que dice "sí"), basada en un texto japonés. Hans Eisler escribió la partitura para *Die Massnahme* (traducido

[5] *Theatre Book of the Year,* George Jean Nathan, N. Y., 1948.

como *El expediente)*, que trata de un asesinato político, y en la cual el teatro se convierte en un juzgado para que los jueces tomen asiento entre el público. Durante su exilio, Brecht escribió un análisis devastador sobre la mentalidad nazi en su *Vida privada de la raza superior.* Era indiscutiblemente el genio excepcional del teatro alemán cuando se vio obligado a abandonar Alemania en 1934. Vivió en Dinamarca, Finlandia y los Estados Unidos, hasta su regreso a Suiza, en 1948, y después a Berlín, donde fue encargado del que fuera Teatro de Max Reinhardt, en el sector Oriental hasta su muerte en agosto de 1956.

A pesar de sus obras, Brecht es poco conocido en México y en los Estados Unidos. Las pocas y esporádicas representaciones de sus obras han sido desafortunadas. En 1931, el "Theatre Union" fracasó con *La madre,* una adaptación de Brecht sobre la novela de Gorki, y Charles Laughton, a pesar de sus magníficas intenciones, dio una equivocada interpretación de *Galileo.* Ha habido algunos intentos fuera de Broadway, incluyendo *El círculo de tiza caucasiano,* por el Teatro Hedgrow. Pero Brecht merece un estudio más extenso. Hemos escogido por ello una sola obra, *La buena mujer de Setzuán,* para analizarla detalladamente, no sólo por estar traducida al inglés en una edición fácil de adquirir, sino porque representa la madurez, mejor que las pretensiones excesivas, del teatro épico.

LA BUENA MUJER DE SETZUAN

Prólogo: "Sólo los dioses pueden ayudarnos"

LA escenografía y los personajes son chinos, pues Brecht había quedado profundamente impresionado por la sencillez y la capacidad simbólica del teatro oriental. El artista chino se ha superado siempre con su facilidad para decir tanto con tan poco: unas cuantas palabras, unos cuantos signos, y por sobre todo, el actor nunca se ve envuelto emocionalmente en su papel. Permanece apartado de él, para proyectar su interpretación. Setzuán es un lugar ya alcanzado por el mundo occidental, y hasta la fecha en él se suscitan problemas de índole europea. De este modo los trajes y la escenografía pueden representar dos civilizaciones a la vez, y la moraleja de la obra estará más

desapasionadamente enfatizada al trasladarse, de grandes ciudades industriales de Occidente, al mencionado Setzuán.

Los cambios en el tiempo y el lugar a través de la obra se indican por medio de proyecciones, efectos de luz, carteles, o simplemente por comunicación directa con el público.

El prólogo se inicia con Wang, el vendedor de agua, presentándose ante el público en un parlamento que constituye una obra maestra de irreverente ironía:

> WANG: Vendo agua aquí en la ciudad de Setzuán. Es un negocio muy difícil. Cuando el agua escasea, tengo que caminar mucho para poder encontrar una poca. Y cuando abunda, mi negocio se hunde. Pero en nuestra provincia no hay nada extraordinario acerca de la pobreza. Se dice comunmente que sólo los dioses pueden ayudarnos todavía...

Wang ha oído decir a un comprador de ganado que los dioses están por llegar a Setzuán de visita, y principia a buscarlos. Vemos pasar una serie de distintas personas:

> WANG: No pueden ser esas personas que veo desde aquí: esas vienen en busca de trabajo. Tienen las espaldas deshechas a causa de tanto cargar bultos. Ese individuo tampoco puede ser un dios, pues tiene tinta en sus dedos. Cuando mucho será empleado en las oficinas de la fábrica de cemento. Tampoco aquellos caballeros me parecen dioses. Más bien parecen ser de esas gentes que se pasan la vida criticando a los demás, y eso no podría hacerlo un dios. ¡Pero miren a esos tres! Se ven bien alimentados y no tienen facha de trabajar en nada. Además tienen polvo en sus zapatos, lo cual significa que vienen de muy lejos. Tienen que ser dioses.

Wang se presenta ceremoniosamente ante los dioses, quienes le piden que les encuentre un lugar donde pasar la noche. Wang se apresura a hacerlo, yendo de puerta en puerta, suplicando a los transeuntes, ¡pero nadie quiere recibir a los dioses! Sólo la prostituta, Shen Te, ofrece su humilde casa. Los dioses parten a la mañana siguiente, satisfechos de haber encontrado una buena persona, ya que ésa ha sido su misión al venir a la tierra. El mismo aguador los ha defraudado, pues al ofrecerles una bebida, pudieron descubrir que la taza tenía un fondo

falso. Shen Te, a pesar de lo que los dioses le han aconsejado, no tiene confianza en sí misma y les grita: "¿Cómo puedo ser buena cuando todo es tan caro?" Los dioses, a pesar de que les está prohibido "mezclarse en asuntos económicos", deciden que Shen Te tendría una oportunidad mejor si "fuera un poco rica". Así pues, le pagan generosamente el alojamiento, a pesar de que, considerando su profesión, "tal acción podría ser mal interpretada".

El cuerpo de la obra: ¿Cambiar la naturaleza humana o... cambiar el mundo?

EL resto de la obra (diez escenas y un epílogo), es la historia de Shen Te en su etapa de riqueza. Siete de las escenas son acompañadas por un breve interludio. En cinco de éstos, los dioses regresan para ver qué curso ha tomado su misión, y en otros dos, Shen Te relata al público los problemas que su nueva posición le ha originado. Ha comprado una tabaquería y se ha convertido por ello en miembro de la clase propietaria. Los pobres se aprovechan de su bondad y la explotan sin piedad, durmiendo en su casa y robándole sus provisiones. Los antiguos propietarios la estafan, el carpintero la engaña. Se ha visto obligada a pagar un alquiler exorbitante y el local ha resultado otra estafa. Se siente incapaz de pagar sus deudas, pero continía siendo generosa y buena. Su caridad es su ruina. Por eso inventa un primo, Shui Ta, quien el público sabe que es la misma Shen Te con una máscara (el extremo opuesto de su carácter), para poder sobrevivir así en el mundo de los negocios. Puesto que tiene que enfrentarse al mundo con bondad, su máscara es su más despiadado antagonista. Es su maldad la que expulsa a los pobres de la tienda; la que reduce las deudas contraídas con los proveedores, la que niega el arroz a los hambrientos, y, finalmente, la que arregla el matrimonio de Shen Te con un rico panadero.

Todo iría bien, de no ser por la aparición del amor. Shen Te, que reaparece cuando todo ha sido arreglado por su primo ficticio, se enamora de un joven piloto, Yang Sun, a quien ha conocido en un momento en que había resuelto suicidarse. Dice Yang Sun:

Soy un piloto, y también el tonto más grande de la tierra, pues

he leído todos los libros sobre la aviación en la escuela de Peiping, y me he saltado la página en que se dice que nadie necesita ya más de los pilotos.

En el interludio, Wang dice a los dioses que Shen Te sigue siendo buena, y que se la conoce como "El Ángel de los Barrios", pero que su primo, un "hombre de negocios muy respetable", es duro y cruel, y responsable de todos los actos perversos cometidos; a lo cual los dioses, perplejos, preguntan: "¿Qué tienen que ver los negocios con una vida digna y honesta?"

Ya como prometido de Shen Te, Yang Sun le pide dinero a Shui Ta, quien rechaza sus peticiones, pero ella al fin accede, a pesar de que comprende que su amante la quiere por su dinero, y lo dice así al público:

No pude resistir su voz y sus caricias. Las cosas malas que dijo a Shui Ta, no sirvieron de nada a Shen Te. Hundiéndome en sus brazos pensé: los dioses querían que yo actuara conforme a mi propia personalidad.

El amor de Yang Sun le quitaría todo su dinero y eso le impediría ayudar a otros, cosa que ella se sentía impulsada a hacer allí donde veía miseria y cobardía. Cuando el barbero le hiere la mano a Wang, ninguno se atreve a avisar a la policía. Shen Te canta disgustada:

¡Infelices!
¡Su hermano ha sido asaltado y ustedes cierran los ojos!
Lo golpean, y él grita, y ustedes guardan silencio.
La bestia vaga hambrienta, escoge su víctima y ustedes dicen:
"No nos hace nada, porque no demostramos descontento".
¿Qué clase de ciudad es ésta? ¿Qué clase de gentes son ustedes?
Cada vez que se comete una injusticia, debía levantarse una revolución...

Su matrimonio no llega a realizarse. Al regresar a su tienda Shen Te descubre que está encinta. Se siente feliz. Canta y baila con su futuro hijo. Wang, el vendedor de agua, entra trayendo consigo a un mendigo que necesita la ayuda de ella. Dice Shen Te: "Un poco del mañana requiere un presente", y cuando ve que el niño hambriento busca su comida en la basura, se horroriza y se dirige al público nuevamente:

¿Cómo tratan ustedes a los de su casta?
¿Es que no tienen piedad para el fruto de su vientre?
¿Es que no sienten compasión por ustedes mismos, infelices?

El pensamiento de que su propio hijo pueda enfrentarse a un destino semejante es para ella decisivo. Nunca más será buena. No más generosidad. Solamente pensará en sí misma y en su hijo:

Lo he visto, y de hoy en adelante, quedo divorciada de todos.
...Lo que he aprendido en mi escuela, poco a poco,
Con puñetazos y engaños,
habrá de servirte a ti, ¡hijo mío!
Seré buena contigo, y una tigresa, una bestia salvaje,
con todos los demás...

Nuevamente recurre a Shui Ta. Éste expulsa a los pobres, se convierte en un prominente industrial, en el Rey del Tabaco, que explota a sus trabajadores exigiéndoles lo humanamente imposible y pagándoles salarios insignificantes, y que contrata al oportunista Yang Sun como gerente de su fábrica.

Shen Te va a tener su hijo. Los mercados de Shui Ta se extienden más y más cada día. Hay una escena en la que Yang Sun escucha los sollozos de una mujer. Parecen provenir de la trastienda. Yang Sun reclama a Shui Ta el tener encerrada allí a su prima. Se llama a la policía, y Shui Ta es llevado a la corte para responder a los cargos que se le atribuyen sobre Shen Te.

La escena final es el juicio. Los dioses son los jueces. Los pobres atestiguan la bondad de Shen Te. Los ricos atestiguan la respetabilidad de Shui Ta. La muchedumbre grita exigiendo que se le explique por qué su amiga y benefactora, Shen Te, ha tenido que abandonar la ciudad. Shui Ta grita: "Porque ustedes la hubiesen destrozado". Pide que la corte se disuelva y, al quedar solo con los jueces, confiesa todo lo sucedido. Él es Shen Te. Los dos son una misma persona:

Ustedes me ordenaron ser buena, y a pesar de eso, vivir,
y eso me obligó a dividirme en dos mitades, como si un rayo
(me hubiese alcanzado.
Cuando fui injusta, adquirí poder y conocí carne buena...
Y sin embargo deseé ser un Ángel de los Barrios...

Ser buena significaba la pérdida de todas sus propiedades; ser egoísta y aprovecharse de los demás significaba construir un futuro para su hijo. La mujer se encuentra ahora atrapada en un dilema de carácter moral. ¿Pueden ayudarla los dioses? Pero ellos mismos están confundidos. Acompañados por una música suave, se elevan hacia el cielo en una nube color de rosa. Shen Te les suplica:

> ¡No me abandonen! ¡No se marchen! ¿Cómo enfrentarme a los dos ancianos que han perdido su tienda, y al vendedor de agua con su mano tiesa? ¿Y cómo defenderme del barbero a quien no quiero, y de Sun, a quien amo? Y llevo en mí a un niño. Pronto nacerá un niño que querrá comer. ¡No puedo quedarme aquí!

El pueblo, sus explotadores, no tardarán en entrar. Pero los dioses, alegremente, le responden:

> puedes hacerlo. Sé buena solamente, y todo se solucionará.

Shen Te suplica:

> Pero yo necesito a mi primo.
> PRIMER DIOS: No muy seguido...
> SHEN TE: ¡Por lo menos una vez a la semana!
> PRIMER DIOS: ¡Una vez al mes! ¡Es suficiente!

Shen Te levanta los brazos en desesperación mientras los dioses desaparecen sonriendo, saludando y cantando.

Para asegurarse de que la lección expuesta en la obra es clara, el actor aparece para decir el Epílogo:

> ...Nosotros también nos sentimos decepcionados. Consternados, vemos bajar el telón sin que la trama haya tocado a su fin. En su opinión, entónces, ¿qué es necesario hacer? ¿Cambiar la naturaleza humana... o cambiar al mundo? ¿Bueno? ¿Cuál? ¿Creer en dioses mejores y más poderosos, o... en ninguno? ¿Cómo pueden los mortales ser buenos y ricos a la vez? Tiene que haber un final, tiene que haberlo, y será el final apropiado a nuestra obra. Damas y caballeros, ¡ayúdennos a buscarlo!

La moral del teatro épico: "La tentación de la bondad es terrible"

En *La buena mujer de Setzuán,* como en todas las obras de Brecht, el mensaje es directo y está lleno de significado. No es posible ser bueno y vivir, además, en el mundo de los negocios. Ser bueno significa la pérdida de lo poco que uno posee. El conflicto entre la ética burguesa y la moral cristiana es irreconciliable. Los dioses no pueden brindar su ayuda, y en parte son culpables, pues ellos han dado el dinero a Shen Te; y aun ellos admiten la ambivalencia del pecado: el primo es necesario cuando mucho una vez por mes; tanto como ir a la iglesia los domingos con el fin de pagar los pecados que se cometen en los otros seis días. Todo lo que los dioses pueden hacer es repetir frases huecas: "Sé buena y todo se solucionará". El remedio no descansa en el regazo de los dioses, pero sí en las manos de los hombres. Sólo hay un recurso: cambiar la moral. Pero para hacer eso es necesario cambiar al mundo. Nuestra moral aceptada, confinada su texto, suena convincente: practicada en el mundo real, en un mundo de relaciones sociales, es hipocresía. El público se irá a casa persuadido de la necesidad de tomar parte en la reorganización de la existencia social. Precisa y objetivamente, Brecht ha construido su tesis; no es posible ser dos personas a la vez (capitalista y santo) en un mundo que se encuentra dividido.

Las relaciones sociales han corrompido aun a los pobres, quienes son omnívoros como los mismos ricos, cuando no se ven necesitados. Sin embargo, Brecht rechaza cualquier doctrina sobre el pecado original. El hombre es esencialmente bueno, no por bendición divina, sino por la necesidad de convivir. Brecht exterioriza su optimismo en la siguiente frase irónica: "La tentación de la bondad es terrible".

El texto en el teatro épico: "Y el valle para aquellos que lo riegan"

El teatro, así, no es un lugar de "estricta diversión", ni una evasión de la realidad, sino un Juzgado de la realidad que allí se concentra. Brecht se vale de la escena de un juicio en muchas de sus obras, porque el momento contiene todos los elementos teatrales, y a la vez es tan artificial. Puede ser recons-

truido sin las presunciones ilógicas del realismo. En *El círculo de tiza caucasiano,* el juez Adzak dispone qué madre habrá de tener al hijo, así como quién le dio el ser, o quién lo cuidó y amó más. En *El juicio de Lucullus,* escrito para su transmisión radiofónica, todos aquellos a quienes el general romano oprimió durante su vida, enjuician su destino después de su muerte. En *El expediente,* el público mismo culpa a cuatro organizadores comunistas, quienes reportan a la Comisión de Control del Partido porque el expediente requería la muerte de un joven revolucionario que ha fracasado en su misión. El teatro es un tribunal en el que se llega a conclusiones intelectuales.

Las obras de carácter épico son así "moralidades" pertenecientes a una época científica que rige, fría y lógicamente, cualquier decisión por llevarse a cabo. El texto épico es una acumulación de sucesos reales, una demostración de tipo escolar, y su impacto teatral puede ser tan estimulante como revelador. Así, en la *Vida privada de la raza superior,* una escena como la de "Los dos panaderos" (incluida aquí en su integridad) resulta sorprendente por su solidez, su exposición interior de las ideas nazis, su presentación desapasionada, su poder dramático. Fuera de la escena se escucha el rodar de un cañón:

Como langostas venimos hambrientos
A devorar la comida de campos enteros,
Pues en vez de mantequilla
Nos han dado cañones,
Y con el pan cotidiano
Hemos mezclado: salvado.

Las luces iluminan el patio de una prisión. Los hombres caminan dando vueltas alrededor de un círculo. Un inmenso cartel indica el tiempo y el lugar: Landsberg, 1936 — un retroceso a los primeros días de Hitler. El cañón se mueve en el presente: es la conquista que avanza, pero los superhombres son como cadáveres que vuelven a vivir sus propios errores. Cada vez que el círculo se mueve hacia el frente, los dos panaderos se dirigen la palabra. Un silencio; los presos se mueven en círculo; y entonces viene un susurro:

PRIMERO: ¿También tú eres panadero?
SEGUNDO: Sí, y tú?

PRIMERO: También. ¿Y por qué te encerraron?

SEGUNDO: ¡Cuidado! (El círculo se mueve nuevamente). Porque no puse ni salvado ni papa en el pan. ¿Y tú? ¿Hace mucho que estás aquí?

PRIMERO: Dos años.

SEGUNDO: ¿Y por qué estás aquí? ¡Cuidado! (El círculo se mueve nuevamente). Porque yo *sí* le puse salvado al pan. Hace dos años, eso era considerado un crimen, todavía. ¡Cuidado! (Oscurecimiento. Se escucha el cañón).

Como Ibsen, Brecht expone la incapacidad de la moral burguesa para funcionar. Brecht, como Brand, no transigirá. Pero Ibsen quisiera que su pueblo renovara su integridad inicial, viviera honestamente y se olvidara de las ilusiones. La suya es la fe basada en la confianza en el mundo burgués. Para Brecht, ésta es la ilusión máxima. La deshonestidad es fundamental, inherente a las relaciones que se llevan a cabo entre las distintas clases sociales. En *La ópera de los tres centavos,* con sus alegres canciones coloquiales y con la música vivaz y satírica de Kurt Weill, llegamos a un punto más allá de Ibsen. El texto original de John Gay en el cual se basa la obra de Brecht, fue un ataque al estilo grandilocuente de la ópera, a su rebuscamiento insulso y a sus héroes pomposos y aristocráticos. En Brecht, MacHeath (el asaltante de camino) y sus cómplices no son el enemigo sino el arquetipo de la moral burguesa aceptada. La única objeción a MacHeath consiste en que él es abiertamente lo que otros ocultan. Él es el ejemplo perfecto de la clase media, y en la escena en que el capitán de policía asiste a la boda, dos amigos se reúnen públicamente: la ley, y aquel que puede servirse de ella mejor para su propia ventaja.

Al final, MacHeath no es ahorcado, sino elevado a la nobleza, y la reina le otorga una renta de diez mil libras al año. El espíritu de la clase media no debe ser destruido ni humillado; se incorpora a la dignidad de los nobles.

Ibsen podría rededicar la moral burguesa a elevadas soluciones. Brecht la volvería a colocar con una nueva moral basada en una sociedad re-construida. Las líneas finales de "El círculo de tiza caucasiano" anuncian:

... lo que es, será para aquellos que lo merecen; así los niños para aquéllas que los quieran, las carretas para las que las conduzcan mejor, y el valle para aquéllos que lo riegan para que rinda frutos.

El escritor de teatro al estilo épico: "Las imágenes informativas del mundo"

El escritor convencional, con la arrogancia del individualismo romántico del siglo XIX, se ve a sí mismo como creador del mundo. Solo con sus caracteres, moldea su universo. Para el épico, esto es una indicación de la absorción del autor consigo mismo. El escritor no puede crear al mundo; puede darle "imágenes informativas"; él es un observador de los sucesos, y su tarea no es identificarse con los caracteres, sino retratarlos en sus movimientos sociales externos. El interior emotivo del individuo es de poca consecuencia. Lo que importa es la masa, de la cual el individuo forma parte, y en la que un vasto número de debilidades individuales puede tornarse cualitativamente en una fuerza social. La meta por alcanzar es un alejamiento del carácter individual; no la identificación, sino la forma abstracta de las relaciones, como en las matemáticas. Esta es la meta suprema del mundo científico moderno —el matemático y el poeta, disciplina y la belleza.

Cualquier escritor (decía Brecht), puede provocar las emociones del público mediante el acostumbrado "suspense" e histeria, clímax y crisis, todo esto técnicamente calculado, y la catarsis resulta entonces un impedimento para pensar. Hoy las masas se encuentran en conflicto. El teatro épico enfoca un análisis de la sociedad, de las fuerzas sociales, de la historia, y de las lecciones que de ella se desprenden. ¡Cuánto más dramático es aislar la emoción de modo que la mente llegue a formar un juicio!

El escritor no necesita limitarse por la forma convencional de la obra de tres o de cinco actos. La división en actos tiene influencia sólo en el acostumbrado desarrollo y suspenso de la trama. El teatro épico prefiere escenas, cada una completa en sí misma, cada una un poema, un retrato, una contribución a la vida toda, y hace da la obra una serie de narraciones. El molde rígido, neo-clásico, con su veneración por las tres unidades, tanto como la liberalidad técnica de Shakespeare, abren el camino

a una sucesión de episodios. El estilo épico pretende ser más realista que el realismo mismo, puesto que se refiere a la vida misma y utiliza el suceso de actualidad. Como dijo Piscator:

> Ya no más el individuo con su destino privado y personal, sino la edad misma, el destino de la masa, constituye el factor heroico de la nueva dramaturgia.[6]

La producción al estilo épico: "El drama puede utilizar acotaciones también"

Si tal acercamiento fuera didáctico solamente, la respuesta de Brecht sería que tal es precisamente su intención. El crítico está identificando inconscientemente la educación con el aburrimiento. Para Brecht, la educación puede ser la experiencia teatral más satisfactoria, dado que el escritor usa su arte y habilidad para obtener ventaja del rico medio de las artes teatrales. La producción induce al ingenio del director y del equipo técnico, no a crear estados de ánimo ni a aumentar la participación emocional, sino a mejorar el procedimiento de educación. Debe practicarse una visión complicada, tanto como al escuchar, de modo que el suceso se ofrezca no linealmente, sino en una sucesión compleja de escenas capaces de afectar nuestros sentidos. No expuesto a la emoción, el público está más alerta, mentalmente. El técnico, valiéndose de todos los recursos del teatro moderno, juega un papel muy importante en la representación.

Las obras escenificadas en este estilo requieren música, luz, sonido y aparatos de proyección: una exhibición compleja de los medios de comunicación pública, rompiendo las limitaciones del teatro común y corriente y en lo que toca a tiempo y a espacio. Como la poesía épica, el teatro épico es cinematográfico más que teatral; una gráfica, transparencias, proyecciones, un cartel, un anuncio, pueden alterar el local; una pantalla puede bajar en cualquier momento y en ella proyectarse películas, lo cual da a la historia pasada una posibilidad futura; una banda movediza puede transportar a Schweik a través del campo; una canción puede contener un comentario filosófico. Todo resulta una especie de montaje viviente, una serie de abstracciones para fortalecer lo específico, una literarización del

[6] *Op. cit.*, Bentley, p. 252.

teatro. En las palabras de Brecht: "el drama también puede usar acotaciones:

Los guardianes de la tradición teatral quedaron naturalmente asombrados ante la confianza que el teatro épico ponía en la mecánica.

> ...y las obras que serían más o menos aceptables si fueran escenificadas en la forma tradicional, resultan ridículas al ser escenificadas y dirigidas por medio de máquinas estereoscópicas, radios, películas, magnavoces, plataformas, coros, números de revista, etc., lo cual resulta un verdadero manicomio.[7]

Brecht respondía que hay muchos rincones en el templo que todavía están oscuros, y que una vez que el público se acostumbra a la técnica del montaje, el resultado no es distraer sino intensificar la atención: los periódicos cobran vida. El ojo y el oído están entrenados para asistir al veredicto mental.

Para la puesta escénica al estilo épico, el teatro convencional resulta pasado de moda. Valter Gropius, entre otros, diseñó un proyecto para encontrar los requisitos fundamentales: "...contiene, entre otras cosas, una arena que gira y que puede usarse como escenario giratorio; otros dos escenarios frente al público, una pasarela que llega hasta el público, y paredes en las que pueden proyectarse películas". En Moscú, Okhlopokov escenificó *La madre* (no la versión de Brecht) utilizando una plataforma central en el centro del pasillo, rampas anchas que se extendían en cuatro direcciones, y un balcón circulando los muros, y allí, en todo este espacio, tomaba lugar la acción, a veces simultáneamente. Lo único que hacía falta eran asientos giratorios para los espectadores, de modo que pudieran girar ¡adecuadamente a los sucesos!

La actuación épica: "Un contacto recíproco entre el actor y el espectador"

Los problemas de escenificación del teatro épico son sencillos si se comparan con los del actor, sobre todo por el factor humano. Los actores, apenas rescatados del exhibicionismo histórico, de la gesticulación y de la entonación pomposa de la escuela romántica, se han convertido ahora en fieles discípulos

---

[7] *Op. cit.*, NATHAN, p. 179.

de lo introspectivo, de las imágenes psicológicamente desarrolladas del realismo. Este procedimiento sobre la madurez de la actuación como un arte de estudio, reproduciendo el efecto ilusorio de actualidad aun en escenas agrupadas, ha surgido desde hace mucho tiempo y continúa siendo muy difícil. Antoine y Brahm y Stanislavsky tuvieron que encontrar pacientemente nuevos patrones de actores. En línea con lo avanzado de las ciencias modernas humanas, ellos formularon un método que daría al buen actor las bases del carácter, las fuentes del conflicto interior, fuerzas ocultas emotivas que se elevarían hasta alcanzar su crisis lógica, y un estudio detallado del papel que se va a representar. Ahora, cincuenta años después de que los actores del Saxe-Meiningem se lanzaron a modificar el estilo predominante de actuación, el teatro épico lo rechaza y Brecht ha tenido que reeducar al actor del sistema Stanislavsky.

Para un actor, dice la épica, pensar que puede revivir la vida de otro es un engaño. Lo que sucede es que el actor se mezcla emocionalmente con el personaje en tal forma, que se va incapacitando para interpretar el papel, para hacer su propio juicio. El actor del sistema Stanislavsky lucha por alcanzar una identificación con el público (o *Einfühlung)* para penetrar en los corazones de los espectadores. Brecht aboga por el *Verfremdung,* por un "contacto recíproco entre el público y el actor", en el que el ideal lo constituya la penetración del actor en la mente de los espectadores. El actor no debe pretender ser el personaje. Las crisis emotivas se viven en un momento determinado, y sólo una vez; jamás se repiten. El actor absorto en "la verdad psicológica", está demasiado distraído para percatarse de la "verdad social".

Lo mismo sucede con el autor. Muchos dramas destinados a la crítica social se preocuparon tanto por el drama personal de los personajes como individuos, que las fuerzas sociales, las que controlan estas situaciones humanas, se perdieron. El tema social se diluyó en "sobre-tonos patéticos". El complejo de Edipo dominó tanto a Arthur Miller que casi lo hizo eliminar el comentario social de *La muerte de un viajante.* La política cedió ante la pasión en *The Searching Wind* de Lilian Hellman. *Golden Boy* de Clifford Odets intentó ser un documento del mundo contemporáneo, y para ello relataba la historia del artista que, tentado por el bienestar económico, se vende como el más codiciado premio (el peleador). Pero la fuerza crea-

dora quedó transformada en destrucción animal, y lo que en un principio era un tema original, se convirtió en una intriga individual en la que las causas sociales se ignoran, y en la que el destino de Joe y Lorna se consuma en un accidente automovilístico que da el pie para un final melodramático.

El amor romántico, el corazón de la mayor parte de nuestra literatura, puede ser utilizado, bajo condiciones existentes, para pervertir los hechos objetivos. Así Brecht, en el amor de Shen Te por Sun, no enfatiza su carácter posesivo, para hacer notable su instinto de conservación anti-social.

El teatro épico no debe provocar una tensión emotiva en el público, puesto que ello impediría la absoluta comprensión de su mensaje. Igual que en la alta comedia de Moliere, el actor debiera permanecer a un lado del personaje y evocar una risa desapasionada que penetre más profundamente en las enfermedades sociales. El público no se identifica con el Sr. Jourdain o con Orgón. El actor épico debe evitar "el naturalismo y la estilización", todo amaneramiento, y adaptarse al carácter de la obra, ser plástico y sutil; nada ostentoso ni artificial, ni pretender ser otra persona. El actor debe seguir siendo él mismo. El efecto se obtiene no por el suspenso ni el clímax de la escena principal, sino por la acumulación de evidencias, como sucede en *Una tragedia americana* de Dreiser, o en el film soviético *Potemkin.* La adoración de la pequeña alma individual ha degenerado. "Cualquier tonto sabe cómo estar triste y cómo compartir un sufrimiento".

Para el actor entrenado en la tradición del teatro de Arte de Moscú, éste es un problema molesto. Es un actor esencialmente revolucionario. Orgulloso de haber evitado los clichés del romanticismo, ha sido encauzado en la búsqueda de la "verdad interna" y ha descubierto que su propio "ego" ha sufrido poco en el proceso. La épica ignora las pretensiones personales y la mentalidad predominante. Así, en los EE. UU. cuando el Proyecto de Teatro Federal ofreció en 1935 *Triple —A Plowed Under* (su primer periódico viviente autorizado, y un ejemplo de teatro épico), los actores rehusaron continuar con los ensayos. Reclamaron que la obra *no* era un drama, que su trama no evolucionaba, y que no les daba oportunidad de construir un carácter. Hallie Flannagan, la directora general, tuvo que usar todo su poder persuasivo, unido al de sus asociados, para convencer a los actores de que debían permanecer con ellos hasta la noche del estreno. Si la producción fracasaba,

si era rechazada por el público y la crítica, el proyecto se abandonaría por completo. *Triple-A* fue un éxito completo, y se constituyó en una de las aportaciones memorables del teatro americano, ¡ante el asombro de la compañía!

Antes de este incidente, el "Theatre Union" (uno de los primeros grupos norteamericanos dedicados a integrar un público de obreros) tuvo dificultades serias con Brecht durante la producción de *La madre,* su adaptación de la novela de Gorki. La obra fracasó igual que dos años antes había sucedido con *La ópera de los tres centavos.* El teatro y Brecht estaban siempre en mutuo y constante desacuerdo. Los actores y los directores querían un suspenso creciente y un desarrollo psicológico. Brecht se rehusaba. El resultado fue que no hubo ni lo uno ni lo otro: ni épico, ni Ibsen. Los actores, incapaces de guardar sus distancias, insistieron en sobrecargar su actuación con tonos emotivos. La culpa la tuvo Brecht también, por ver en la historia de Pelagea Vlassova un símbolo de pura enseñanza. El personaje es demasiado enternecedor, demasiado central, demasiado humano para prestarse a las miras de Brecht. Okhlopokov en Moscú tuvo más éxito con su propia adaptación, pues nunca abandonó la figura principal de la madre.

Más recientemente, después de intentarlo en Los Ángeles, Charles Laughton, quien nunca ha dejado de representar al Capitán Bligh, llevó el *Galileo* de Brecht a Nueva York, para ser recibido con asombro y desconcierto. Laughton fue elogiado por su actuación "expansiva", lo cual era completamente opuesto a lo que Brecht había escrito. La obra constituye un estudio del hombre sujeto a toda clase de presiones, sosteniendo sus convicciones científicas a pesar de su propia debilidad y confusión; un kaleidoscopio de conflictos sociales. Laughton dio el drama psicológico de una sola persona.

De acuerdo con las especificaciones épicas, los actores y los directores deben dar énfasis al fondo intelectual y social.

La influencia del teatro épico

La influencia del teatro épico ha sido más amplia de lo que generalmente se cree, a pesar de que el nombre "épico" y sus líderes sean poco conocidos. En los Estados Unidos, por ejemplo, el teatro épico fue utilizado por instituciones tan diferentes como el Sindicato Internacional de Costureras y el Ejército

de los EE.UU. Las costureras, siempre líderes en asuntos sindicales, abrieron su teatro propio en 1937 y presentaron inmediatamente *Alfileres y agujas,* una revista musical que ofreció una serie de sucesos cotidianos vistos a través del ojo del obrero. Fue un intento fresco, original y estimulante, no sólo para los miembros del sindicato, sino para el público común a Broadway. En March Field, California, durante la última guerra, un grupo de artistas profesionales, actores y directores, trabajando con la Escuela de Ingenieros en camouflage de aviación, conscientes de que sus compañeros se dormían al recibir la educación militar, compusieron un espectáculo educativo usando canciones y bailes, escenarios movibles, sátira inteligente, que no sólo tuvo a los soldados interesadísimos, sino que salió en gira por todo el Oeste, como un verdadero éxito teatral.

Entre los escritores las operetas de Marc Blitzstein, algunas de las obras de Paul Green y Thornton Wilder, *Esperando al Zurdo* de Odets, y *Enterrad a los muertos* de Irwin Shaw pertenecen al estilo épico. En Inglaterra, pueden mencionarse las obras de W. H. Auden y Christopher Isherwood, que fueron discípulos del estilo épico en sus principios, en su período social más cínico. En los campos radiofónicos y cinematográficos, la épica ha logrado notable influencia, pues ha encontrado una máxima libertad técnica. "La marcha del tiempo", presentación dramática de actualidades patrocinada por la revista *Time,* merece ser mencionada. El teatro, como tal, está demasiado ligado a sus limitaciones tradicionales.

El teatro épico está todavía en su infancia y, como muchos niños precoces, ha sido culpado de exageración y pedantería. Brecht ha sido criticado por ignorar el carácter, por eliminar la poesía, por estar absorbido en temas, por ignorar a la gente, por dar consejos teóricos que él mismo ha violado en sus propias obras. El mejor teatro épico, a pesar de sus frecuentemente histéricas requisiciones, ha tomado parte de lo emocional y de lo convencional, más de lo que él mismo admite; pero de cualquier manera, ha sido un momento estimulante de la historia del Teatro. Cuando la humanidad se enfrenta a una época de crisis, el teatro épico devuelve a la escena su derecho a participar activamente en el juicio de sus problemas. Su madurez habrá de suavizar este estilo teatral, y lo hará mezclarse con las formas existentes. De cualquier modo, ha abierto un camino y ha sentado un precedente.

EL ENSAYO EN LA LITERATURA ECUATORIANA ACTUAL

Por *Alfredo PAREJA DIEZCANSECO*

QUE haya gente que confunda, y no alejada totalmente de razón, el Ensayo con otras formas de la expresión literaria, se explica por la extensión y ductilidad del género. Pero no se explica, y mucho menos se justifica, que haya quienes pretendan llamar Ensayo a lo taciturno de un trabajo monográfico o den gratuitamente su jerarquía al brevísimo artículo de crítica circunstancial, y no que éste o aquél no sean útiles y a veces necesarios, mas cada cosa debe quedar en su lugar, porque hay también gacetilleros que se dicen ensayistas por sólo escribir elogios o diatribas en estilo rococó y abundantes de ramplona sabiduría de diccionario.

Vale, pues, elucidar previamente un poco la cuestión. De otro modo, nos pesaría llenar páginas enteras con la bibliografía de lo mucho que en nuestro país pretende ser Ensayo y lo poco que realmente llega a serlo.

Por otra parte, no debiera importarnos la disputa de si el Ensayo reune o no condiciones de género literario independiente, pero, como algunas voces autorizadas no lo han creído así, conviene despejar en lo posible lo indeterminado de su definición, que es un resultado de la libertad con que por fortuna el "ensayismo" invade diversos dominios del conocimiento.

Habría por lo pronto que acogerse a la prueba evidente: el Ensayo existe. Dicha esta perogrullada, y añadida la de que con ese nombre es conocido desde hace un buen trozo de tiempo, ha de señalarse enfáticamente que sería grave desacato atribuirle equivalencias de artículo crítico, de monografía, de crónica o de tratado didáctico. Sobre todo porque la madurez y elevación de su estilo lo hacen indispensable para el tratamiento de los conflictos de la vida espiritual contemporánea y le dan esa maravillosa facultad de rebasar los circunspectos límites

de otras formas del ejercicio literario, artístico, filosófico o científico.

Véase el caso del pensamiento filosófico. Es opinión admitida la de que los tratados de rigor sistemático sirven hoy sólo para la didáctica escolar y no para la creación: no gozan ya del viejo crédito que la inocencia les otorgaba cuando teníase una seguridad invariable en los cuadros de valores permanentes o cuando la ciencia no se aventuraba aún sino por los campos que alcanzaba el ojo terrenal. El mundo físico y la materia como cosa son hoy más problemas que tangibilidades, la historia humana es ya un cuento que trasciende la pequeñez del globo y, en la época que nos toca vivir, las conjeturas sobre el universo, la estética o la conducta han llegado a una admirable libertad de movimientos, debido, en parte, posiblemente a que la cultura se ha extendido y se extiende cada vez a mayor número de gentes, y, sin duda alguna, a que las modernas especulaciones de la física teórica han conmovido de raíz ese amable consuelo con que, por lo general, quería la metafísica explicarnos los misterios de la vida o del espíritu. La misma lógica duda hoy de su viejo formalismo axiomático y de que sus proposiciones se deriven sin más del principio de contradicción, o lo que es igual, del de identidad, y duda porque sus constantes no viven ya de la rígida deducción que la geometría terrestre le prestaba. Ya no es la lógica, como alguna vez se creyera, el exclusivo instrumento de la verdad, sino para aquél que "ha supuesto que...", aunque conserva y ha perfeccionado la proporción escultórica y etérea de las matemáticas y de los absolutos, pero sólo con probabilidades de certidumbre, con aproximaciones estimativas de eso que tan relativamente se suele llamar verdad o verdadero. Hoy se experimenta, más que se deduce, se inventa incesantemente en persecución de autenticidades fugitivas y no con aseveraciones previas tan semejantes a las de la revelación teológica cuando no responden a la comprobación de la ley establecida.

Inseguridad, se dirá. Pero en ella vivimos esta época, y para curarla sólo queda el recurso de no dejarse vencer por el temor y de saber indagar con la poderosa esperanza moral que vive en la idea de la libertad. No habrá por eso error en decir que grandes pensadores modernos, como Unamuno, Ortega y Gasset, Santayana, Francisco Romero o Bertrand Russell son, más que filósofos "a la antigua", de sistemas concluyentes,

ensayistas de la filosofía. Son como los problemas de nuestra época quieren que sean.

Por parecidas razones, otras preocupaciones de la inteligencia —la literatura, el arte, la economía, la política, la sociología o la historia— demandan también la forma creadora del ensayo, sin que por ello quiera decirse que no se valgan del tratado científico o de la obra artística pura cuando así lo exigen la necesidad didáctica de la ciencia o la circunstancia subjetiva del artista.

Y bien, si los ortodoxos de la definición limitadora y precisa de los géneros tuvieran la razón, un Ensayo de tema filosófico sería sólo un estudio de determinada parcela de la filosofía, y otro, por ejemplo, sobre literatura, no más que una apreciación crítica acerca de tal o cual problema literario. No haría entonces ninguna falta el género moderno por excelencia, el Ensayo, cuya propia naturaleza le libra de límites contables y lo dilata por diversos territorios de la cultura, aunque, como es obvio, concentre su atención preferentemente en uno solo. Si así no fuera el Ensayo, no habría manera de aprovechar, con tan feliz resultado para el conocimiento, la generosa flexibilidad que el juicio personal aporta a la eficacia de una demostración. Sobre todo, no se tuviera, en estos "tiempos revueltos", mejor recurso para satisfacer, siquiera en parte, el ansia de unidad que el hombre, conturbado por la multitud y la dispersión de los problemas, experimenta como una necesidad primaria.

Los temas de que trate un Ensayo pueden ser muchos; la coherencia, es obvio, una sola. ¿Y qué es hoy lo que no es o debiera ser coherente, pese a la fragmentación que la febril actividad moderna provoca? Dígase lo que se diga, el especialismo es útil para la producción mecánica en serie, mas no, por suerte, para la distribución de los bienes del espíritu, y mucho menos en una época como la nuestra tan angustiosamente urgida de unidad frente a la catástrofe moral que la conmueve.

A esa necesidad que la cultura tiene de coherencia, responde, a no dudarlo, la forma expresiva del Ensayo. A la verdad, y por el camino de la sabia sencillez, todos los problemas humanos se resumen en uno: el de ser hombre frente al mundo; el de saber serlo. Para esta convicción humanística —en el sentido eterno y fecundo del humanismo—, el vuelo personal y la libertad formal del Ensayo no tienen sucedáneos. Porque el

Ensayo —escrito así, con letra capital, pues de hacerlo con letra menor, podría suponerse en nuestro idioma apenas una tentativa de principiante— sobrepasa y supera las restricciones pedagógicas del tratado didáctico, la frialdad de la exposición científica, el aburrimiento del análisis minucioso, la brevedad unilateral del artículo, lo desabrido y mohoso de la erudición, los peligros de la confusión entre técnica y cultura, y, en fin, los de cualquier enjuiciamiento que no se inspire en el aliento creador de la totalidad humana.

Aun juicios de apariencia contradictoria pueden ser materia del Ensayo, pero, eso sí, todos conducentes a la sugestión que coordina, inquieta y mueve a procurar la validez de las soluciones. A este respecto, tampoco debe olvidarse que el Ensayo, además, y como forma estilística especialmente, es un arte de sugerir, de orientar el pensamiento por entre la espesura de la moderna sabiduría, claro que sin la precisión de la didáctica, pero asimismo sin los riesgos que la ortodoxia de la demostración puede acarrear hasta el extremo de que el error aparezca artificiosamente convertido en certeza. En casos así, lo sugerente es mejor que lo conclusivo.

El signo histórico de nuestro tiempo es la ansiedad porque se establezca algún orden superior que remedie en algo la fatiga de los incesantes descubrimientos de la técnica, compense de alguna manera el desequilibrio anímico producido por una multitud acosadora de urgentes problemas contrarios y salve al hombre de la derrota que se advierte en el embrutecedor monopolio de las relaciones materiales. Orden superior, entiéndase bien, no de naturaleza teológica ni política, sino de profunda convicción en las leyes de la intimidad humana y de la humana libertad, un orden capaz de encontrar una conducta, un estilo de vida que reivindique los privilegios del espíritu y consiga la unidad de lo disperso. Nadie sabe adónde se hallará la solución de la angustia, pues todavía nos encontramos, después de las dos grandes guerras mundiales en el período de la búsqueda y la agitación, pero, por lo menos, ha de saberse que el único método apropiado de la meditación debe ser fluyente y activo como la existencia de nuestros días, y, al mismo tiempo, ordenador inflexible del empirismo alógico y fortuito que parece ser el sello de la vida moderna, tan rica, por otra parte, en posibilidades nunca antes imaginadas.

Si creemos que nada en la vida tiene final ni es categórico,

que las fronteras de la noción de eternidad se han desplazado de la compleja organización individual a las fuentes primarias del ser vivo y a lo cósmico, si todo parece no tener epílogo de remate, por lo menos en las profundidades del deseo y hasta donde alcance la audacia del pensamiento, hemos de creer también, que los sistemas, con recetas trascendentes para curarlo todo, hace mucho tiempo que perdieron la confianza humana, desde que nos enteramos, primero con una sorpresa aterradora y luego con alegría, de que el propósito de las causas finales no hacía otra cosa que desviar y endurecer el corazón del hombre.

Traer el más allá al más acá, es la arriesgada empresa a que se ha comprometido el espíritu de nuestra época. Que pueda o no lograrlo, queda en la región de las preguntas que nunca se satisfacen plenamente. Lo que vale es el denuedo y la decisión, esa maravillosa condición humana insobornable de "trabajar aún para lo incierto". Y de hacerlo con fe, con la esperanza arrancada de la propia desesperación traída por el engaño, para que la indagación en el misterio sea libre de los malentendidos del fanatismo; los principios morales, entorpecidos por los codiciosos del poder, reivindiquen su imperativo, si no categórico, armónicamente ajustado cuando menos al deseo de justicia y al saludable apetito de la naturaleza; y la revisión de los valores se haga, si debe hacerse, con la certidumbre de que el hombre puede ser menos infeliz en la tierra de de su cuerpo.

Para empresa semejante, impuesta por el drama contemporáneo, tal vez el Ensayo sea el mejor instrumento de interpretación y de iluminación, el hilo que necesita el laberinto de la época. La animación de su estilo presto a acomodarse a la circunstancia vital; su calidad emocional y lírica; su categoría estética de libertad; su poderosa facultad de reflexión sin estorbos; todo conduce a creerlo así. Porque vivimos años en los que, a trueque de fracasadas promesas metafísicas, teologales o políticas, quédale al hombre la única alternativa de seguir intrépidamente buscando la más certera posibilidad de su reconstrucción moral, de continuar infatigablemente en pos del más fructuoso caso de lo probable, según pueda ir obteniéndolo la eficacia de su inteligencia y la valentía de su corazón.

Si no es así la vida contemporánea, así debiera ser.

Lo que se tiene dicho nos lleva a otra proposición. Quede, antes, bien entendido que hacer Ensayo es filosofar, en el sentido de pensar, de buscar sabiduría y conocimiento, cualquiera que sea el tema de la meditación. Pero, como género literario, si así lo queréis, y es como el autor de estas notas lo prefiere, se distingue, entre otras cosas, por el esfuerzo personal de interpretación, por la manera individual de sopesar asuntos, manejándolos con un lenguaje poético capaz de convertir la enseñanza en placer. Pues todo lo que aleja del rigor didáctico y es expresado con las palabras que entienden los hombres, es siempre poético. De todos modos, el Ensayo es una revelación estética que transforma en belleza casi plástica la aridez de los problemas. Y no hay que olvidar que la penetración estética en lo desconocido es el medio más seguro de descubrimiento. Para ello, su método ha de ser menos objetivo que subjetivo.

Hasta el valor etimológico de la palabra autorizaría a confirmar la potencia de creación individual que se advierte en el Ensayo, si es que, para esta coyuntura, hiciera alguna falta la etimología. Con efecto, *exagium* —estimación, valor, tasa— viene de *ex-agere,* que da la idea de esfuerzo y actividad personales, de obrar, de impulsar, de tratar. Sin que sea necesario hacer mucha violencia sobre el significado, empeño personal de sopesar y estimar algo en un tratado. Y esto vale decir crear, pero adviértase que la sola crítica no siempre es creadora. Lo es cuando se eleva al ensayismo.

En la condición personal o subjetiva del género va su hermoso estilo de confesión. Confesarse es procurar enfrentarse con sinceridad a la circunstancia objetiva. Y en la flexibilidad que emplea, su apetito y potencia de abarcarlo todo, que es otra de las razones para que se lo confunda con distintos medios escritos de la expresión y se quiera tomar rábano por hojas al afirmarse que si un Ensayo trata, por caso, de literatura, no es Ensayo sino crítica literaria.

Y no es así. Ya sabéis que no siempre un solo tema es objeto del Ensayo, y que, cuando lo es, la comunión con otros lo refuerza y lo profundiza. Muchas veces, es tanta la libertad de acción del Ensayo, que se toma la de andarse sin reparos por varios problemas a un tiempo, para comprender mejor el que ha preferido ponderar, sopesar. Habría, entonces, que volver al derecho la afirmación enemiga y decir: cuando la crítica se toma esa libertad, ya no es crítica sino Ensayo.

Precisamente, por esa libre y fecunda disposición de transitar varias caminos sin perderse, es el Ensayo un género de preferencia apto para buscar la unidad en lo disperso, elevada e imperiosa necesidad que el sentido universal y apurado de las actuales formas de vida impone al pensamiento. Acaso sea ésta la más admirable de las virtudes del género, dentro de la corriente tumultuosa de la impaciencia humana y del ritmo de la veloz y proteica condición problemática de la vida contemporánea.

No quedarán, por lo menos, dudas de que el Ensayo, por la agilidad de su estilo y gracias al personal fervor del ensayista por comprender la totalidad de las preocupaciones humanas, tiene la preeminencia en el impulso *in extenso* de la cultura moderna.

El Ensayo, hasta cierto punto, es una forma de expresión de muy antiguo conocida y ejercitada. Sin que haga falta buscar sus orígenes en épocas anteriores a la antigüedad clásica, no sería muy aventurado creer, por ejemplo, que el poeta Platón, tan enemigo de los poetas como desvergonzadamente partidario del totalitarismo de Estado, se valió de modos, aunque rudimentarios, parecidos al estilo ensayístico. Y que Séneca, Plutarco, Cicerón, fueron ensayistas. Hasta el déspota Julio César, por consolar tal vez su genio de la crueldad, hizo Ensayo de la crónica histórica en los "Comentarios a la Guerra de las Galias".

Pero no hace falta acudir con más nombres al tedioso y común recurso de las citas. Lo mismo pasó con la novela. La vieja epopeya no deja de serlo, aunque su técnica —así también con el Ensayo— haya sido muy otra, adecuada a la época, y desde luego muy inferior a la moderna. Numerosas obras antiguas de ficción son novelas, pero no en el sentido y magnitud de las de hoy. Ambos géneros, novela y Ensayo, llegan a la madurez siglos más tarde, cuando ya había transcurrido el tiempo necesario para que se formase un nuevo pensamiento y se adoptase una nueva actitud ante la vida, después de que el impulso de una razón vital y una razón histórica movieron al hombre por las audacias de los grandes descubrimientos, así de espacios geográficos como de maravillosas geografías del espíritu.

El Ensayo, por eso, empieza a ser plenamente lo que es hoy

durante el Renacimiento. Pruebas al canto, Maquiavelo y Erasmo. Y luego, en las puertas de la modernidad, los dos maestros inolvidables, Montaigne y Bacon. En Montaigne, demoledor magnífico de la vanidad dogmática, se goza del encanto de la confesión personal y de la emoción subjetiva que posee el Ensayo; en Bacon, se aprende la severa austeridad crítica del género y su buen sentido pragmático.

Pero adviértase que la novela y el Ensayo son los dos géneros representativos y substanciales de nuestra época. ¿Y cuál la razón? Ha de ser la de que ambos han logrado, más que ninguno otro —en arte o en tarea filosófica— la maestría técnica, el aliento y el vuelo adecuados para resumir, agitar y penetrar en la terrible necesidad de síntesis que el ser humano padece en estos días de lucha a muerte entre la máquina y el espíritu, entre el despotismo y la libertad.

Ya en el XIX, no se alcanza a nombrar a los grandes novelistas y ensayistas. Es el siglo, dicho sea de paso, pero con oportunidad, del que todavía vivimos, no obstante haber sido calificado de estúpido por un ilustre reaccionario enfurecido. Y bien, recordemos, un poco al azar, ensayistas como Macaulay, Carlyle, Emerson, Ramón y Cajal, Angel Ganivet, Azorín, Unamuno, Eugenio d'Ors, Benedetto Crose —que no creía en el Ensayo como género y no hizo otra cosa en su vida—, Renan, Bergson, o Federico Amiel, unos en las postrimerías de la pasada centuria, otros en el radiante y promisor amanecer de la actual. En lo que hace a España, es la generación del 98 la que, con el gran Ensayo como herramienta, salva a la Península de esa anorexia casi senil en que, a causa del oscurantismo, había caído la inteligencia, y en la que hoy ha vuelto a precipitarse por obra del militarismo eclesiástico del falangismo. En América Latina, por fortuna, la inspiración renovadora que trajo el género ensayístico a finales del XIX ha continuado con mejor y más afinado procedimiento para la interpretación y rehabilitación de nuestra realidad. Pero esto será visto después.

Por ahora, una advertencia, si no necesaria, tampoco sobrante: no se ha pretendido decir que, en los últimos cien años, el Ensayo haya adquirido, al par que su madurez de estilo, su pureza como género. La novela, sin serlo completamente hoy, por causa de su perspicaz comprensión de los más diversos problemas humanos, puede, empero, llamarse un género puro. El Ensayo, no. Y es mejor que no lo sea, pues en no serlo radica

su mayor validez, su aptitud de extenderse por todos los dominios del sentimiento y la sabiduría.

Y vayamos a lo nuestro.

Conocido es el desdeño con que algunos observadores tradicionales miraron la formación del pensamiento latinoamericano en los albores del siglo xx, porque por estos sitios no había filósofos. Sin embargo, es evidente que América Latina tiene en formación —formado ya— un pensamiento homogéneo, una manera de apreciar la vida y de vivirla, un estilo de la existencia. No importa que haya tiranuelos y déspotas en algunos de nuestros países; no interesa volver a la cándida apreciación de nuestra afortunadamente ya sólo parcial barbarie política. La verdad es que, desde los días de Bolívar a los nuestros, el espíritu latinoamericano ha dado al mundo un generoso aporte, no sólo para la elaboración de un nuevo y más justo derecho público, sino para la certidumbre de que la libertad es el más preciado y constante de los bienes humanos.

Que nuestra conducta de mestizos apurados por llegar a la integración de nuestra cultura en lo universal nos haya hecho vivir con frecuencia en el sobresalto de la contradicción y en la negación de nuestro propio espíritu, no es otra cosa que el síntoma de la lucha, la revelación del esfuerzo que hacen nuestros países por conocerse a sí mismos y crear, en lo posible, la historia futura en una faena común que bien pudieran imitar antiguos y civilizados pueblos de Europa, desangrados por la desunión, la dictadura y la deformación ideológica. Si la comparación entre lo mal hecho y lo bien hecho, entre la perfidia política y la organización democrática alcanzada, fuere desfavorable a América Latina, entonces habría razón para creer que vivimos de ficciones. Pero la realidad de verdad, la constante íntima del mundo americano es, sin duda, tonificante y aleccionadora.

Queríamos decir que habíase desdeñado a América Latina por su pobreza de pensamiento filosófico original. No es nuestro Continente —heterodoxo por naturaleza— una tierra en la que florecieron filósofos. Acaso, precisamente porque empezó a vivir con plenitud sus propias realidades, salvadas ya de la imitación plebeya, cuando los sistemas metafísicos perdían su vigencia. Eso mismo explica que los pensadores latinoamericanos hicieran lo suyo con el magnífico instrumento del Ensayo, gé-

nero ya en madurez de forma y de profundidad en los días en que nuestra América alcanzaba la voz adulta para expresarse.

Que no se nos diga entonces que somos pueblos incultos porque no tenemos filósofos. En el sentido clásico del concepto, gracias sean dadas de que no los tengamos. En el otro, en el que vale como esfuerzo vital y dinámico por comprendernos y comprender a los demás, sí que contamos con ilustres pensadores, que son Ensayistas. No olvidéis que el Ensayo, por su fuerza expresiva, su libertad formal y su dúctil manera de resumir y unificar, es apto especialmente para la revisión, para el descubrimiento. Nada hacía más falta a América que revisar su vida, que hacer el inventario de lo que le dejó el polvo de la retórica de imitación y encontrar en la interpretación de los misterios de su ancho universo las posibilidades de su porvenir. Seguramente por eso es que el Ensayo latinoamericano es más interpretativo que especulativo, pues las sutilezas de la perfección cultural europea apenas si nos han tocado a la ligera. Sea como sea, el Ensayo se ha convertido en una forma típicamente americana de investigación.

Por el Ensayo la inteligencia latinoamericana ha podido comunicar los criterios que la inspiran, darles solidez y hacerlo con elevada emoción estética o con penetrante profundidad de pensamiento. Son ejemplos de ello, durante la segunda mitad del XIX, Sarmiento, Martí y nuestro Montalvo. En acercándonos a nuestros días, los ensayistas —pensadores forman una legión admirable en América: Rodó, Euclides da Cunha, Zum Felde, Vasconcelos, José Carlos Mariátegui, Alfonso Reyes, Eugenio María de Hostos, Alcides Arguedas, Gilberto Freyle, Francisco García Calderón, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Sanín Cano, Medardo Vitier, Jesús Silva Herzog, Daniel Cossío Villegas, Mariano Picón Salas, Haya de la Torre, Luis Valcárcel, Manuel González Prada, Benjamín Subercaseaux, Jorge Mañach, José Luis Romero, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Alberto Sánchez, Rómulo Betancourt, Leopoldo Zea . . .

SI hacemos la indispensable excepción de Juan Montalvo, maestro y creador del género en el Ecuador, no ha sido nuestro país pródigo en ensayistas. No sabría el autor decir exactamente por qué. Tal vez porque la especulación de las ideas

no ha marchado parejamente con la forma literaria, con el buen escribir, pues el ensayista, según nuestro juicio, ha de ser fundamentalmente escritor y el Ensayo una categoría estética. Los que saben alemán dicen que Kant escribía horriblemente mal, pero nadie se atrevería a poner en tela de juicio su genio de filósofo. En cambio, Bergson, siendo tan filósofo como el germano, fue un extraordinario estilista, y bien puede considerársele entre los cultivadores del gran Ensayo. Bueno, aquí tampoco hemos tenido filósofos, y no es esto lo que quería yo decir, pero el ejemplo pudiera aplicarse a tratadistas de derecho, a historiadores, a investigadores de la sociología o a eruditos como Remigio Crespo Toral, aunque este autor, sin embargo, puede ser considerado dentro de la tendencia ensayística. Mas, inmediatamente antes de los últimos doce años, que es el período que con precisión me toca señalar, es decir, desde que, por suerte para la cultura de mi país y para su reputación reivindicada de la mediocre cursilería —hasta en lo cursi se puede no ser muy mediocre—, se organizó la Casa de la Cultura Ecuatoriana; pues decía que antes de estos años quien es en verdad el Ensayista completo, de hondura crítica y perfección estilística, es Gonzalo Zaldumbide, hace tiempo desafortunadamente silencioso. Y tal vez, por esos días, pueda recordarse a Alfredo Espinoza Tamayo, en lo breve, pero extraordinariamente acertado de sus grandes atisbos de Ensayos educacionales y sociológicos.

No solamente es que nuestro país no ha sido pródigo en Ensayistas, como decía hace un momento. Tampoco, para ser veraces, lo es ahora. Por lo menos, hay pocos escritores que hacen Ensayo. Y aunque hubiera muchos, no ha de convertirse este artículo en catálogo de nombres, ni ha de condescender en la ubicación inexacta y contradictoria con todo lo que antes se dijo que el Ensayo era y exigía.

Hemos de recordar, pues, solamente algunos autores, siquiera como indicación de lo que en nuestros días se viene logrando en el género.

Como crítico literario, de bella prosa elevada a indagación ensayística y como sagaz y penetrante explorador de nuestra intimidad americana, Benjamín Carrión es, sin duda, el escritor mayor. Lo atestiguan, entre otros, estos libros: *Los Creadores de la Nueva América* y *Mapa de América,* modelos intachables de pensar en grande y generosamente sobre nuestro destino de

pueblos nuevos, recién incorporados al pensamiento universal, sin las limitaciones de la mezquindad patriotera ni la cicatería envidiosa de los balbuenas. La biografía de *Atahuallpa* es, al mismo tiempo, el más hermoso y bien realizado ensayo que se haya hecho en el país sobre los orígenes de nuestra vida, un libro que, por cuya concepción, belleza de forma y valentía de verdad, ha ganado el valor perdurable. *El Nuevo Relato Ecuatoriano* es la indagación más completa, hasta la fecha de su publicación, de la literatura narrativa del Ecuador contemporáneo. Y su *San Miguel de Unamuno* y *Santa Gabriela Mistral,* dos magníficas profesiones de fe lírica y, por lo mismo, profundas, en los valores del espíritu libre y en los de nuestra raza. Los numerosos artículos críticos con valor de Ensayo, que Benjamín Carrión tiene publicados en revistas, obviamente no pueden ser mencionados aquí.

Otro escritor hecho para el Ensayo y en el Ensayo es Raúl Andrade, cuyo estilo alcanzó rápidamente la maestría en libros como *Gobelinos de Niebla, El Perfil de la Quimera* o *La Internacional Negra en Colombia,* y en crónicas que aún no tiene reunidas en volumen. Sagacidad, perfección de forma, certeza en el señalamiento crítico, valentía en la definición, encontraréis en esas obras de Andrade, principalmente dedicadas a evocaciones literarias y a la elucidación política.

José de la Cuadra, nuestro mejor relatista, prematuramente fallecido, sólo escribió un libro de Ensayo: *El Montuvio Ecuatoriano,* investigación severísima de un problema humano que era el de sus preocupaciones, cuando nos contaba sus hermosos cuentos o novelas cortas sobre el habitante del litoral, y prueba evidente de todo lo que, en el género, pudo haber hecho De la Cuadra de haberle sido la vida menos breve.

En el análisis profundo y exhaustivo de la realidad de nuestro país, nadie ha llegado a tanta autoridad como el maestro Pío Jaramillo Alvarado. Nadie ha estudiado, por ejemplo, la realidad indígena como él en su ya clásico libro *El Indio Ecuatoriano;* nadie ha dicho cosas más veraces sobre problema de tanta magnitud. En *La Presidencia de Quito* —y también en *La Nación Quiteña*—, Jaramillo Alvarado ofrece la más completa y meditada apreciación de los orígenes y formación de lo que hoy es El Ecuador. Y en *Tierras de Oriente,* una desapasionada y auténtica versión de aquella zona desconocida y misteriosa.

Otros de los escritores de primera línea en el Ensayo, especialmente dotado por la seriedad de la investigación y la elevación del estilo, es Leopoldo Benites. Es autor de dos libros de indispensable lectura al que quiera conocer la aventura amazónica y el proceso histórico de la formación nacional ecuatoriana, así como sus más urgentes problemas: *Los Argonautas de la Selva* y *Ecuador, Drama y Paradoja.* El primero se acerca más a la literatura de leyenda y de exaltación lírica. El segundo, a la enseñanza de lo que es el país y al consejo de lo que debe hacerse para resolver sus contradicciones y necesidades.

Isaac J. Barrera es más historiador que ensayista. Sin embargo, su *Historia de la Literatura Ecuatoriana* en cuatro volúmenes tiene mucho del género. Y lo domina, por ejemplo, en libros como *Rocafuerte, Quito Colonial* o en su reciente *De nuestra América.*

El novelista Ángel Felicísimo Rojas ha escrito, como De la Cuadra, un solo libro de Ensayo, un Ensayo cabal, de forma ajustada y ágil y de juicio extraordinariamente sobrio: *La Novela Ecuatoriana.* Sin extensión de volumen, y como prólogo a *La Isla Virgen,* de Demeterio Aguilera Malta, publicó también en opúsculo unas acertadas *Consideraciones sobre el Significado de la Novela,* que merecen pertenecer al género.

Nuestro gran poeta, Jorge Carrera Andrade, es autor de dos excelentes Ensayos: *Rostros y Climas* y *La tierra siempre verde.* Y otros dos poetas ecuatorianos, Alejandro Carrión y Jorge Enrique Adoum, de inteligencia y estilo especialmente aptos para el Ensayo, han publicado hasta hoy, el primero, *Los Compañeros de don Quijote,* varios estudios críticos fundamentales acerca de la poesía colonial quiteña y numerosos artículos de forma ensayística, ya en el enjuiciamiento literario, ya en la polémica política; y de Adoum, acaba de aparecer, después de algunos años de su breve y hermosa *Antología del Río Guayas,* un magnífico libro de análisis de la *Poesía del Siglo XX.*

En evocacionaes de carácter histórico, y con innegables condiciones de ensayistas, han destacado Alfonso Rumazo González, con dos libros de mérito singular, *Manuelita Sáenz, la Libertadora del Libertador* y una biografía de Simón Bolívar; Francisco Guarderas, con sus *Mis Epocas* y *El Viejo de Montecristi,* vida de Eloy Alfaro; y Enrique Garcés, en varios trabajos, y especialmente en su relato sobre la existencia del héroe indio *Rumiñahui.*

Dos notables críticos del arte colonial quiteño, José Gabriel Navarro y el P. José María Vargas, han realizado su obra con orientaciones al Ensayo; y, aunque tiene más de erudito que de ensayista, hay que recordar los estudios humanísticos del P. Aurelio Espinoza Pólit.

Pero son muchos más los que se hallan en constante tarea creadora: ensayistas de tanta calidad como Augusto Arias, Fernando Chaves o César Andrade y Cordero. De otros, cuya inclinación a investigar con seriedad problemas nacionales y a dar a sus estudios críticos categoría ensayística, me vienen a la memoria los que mejor conozco: Alfredo Pérez Guerrero, Luis Bossano, Eduardo Salazar Gómez, Gabriel García Cevallos, Darío Guevara, Luis Monsalve Pozo, Gonzalo Rubio Orbe o Víctor Gabriel Garcés, los tres últimos dedicados especialmente a cuestiones indígenas. En lo que la mujer ecuatoriana ha aportado al género de la crónica-ensayo, vale el nombre de Piedad Larrea Borja.

Y con esto, hago gracia al lector de no seguir dando nombres. Seguro estoy de que he olvidado algunos acaso con más o mejor obra de la de uno que otro de los señalados. Las citas no tienen importancia: valen sólo como ejemplos y responden, desde luego, al conocimiento personal de mis lecturas, que no pretenden haberlo conocido todo.

Sin embargo, creo sinceramente que mayor debiera ser la producción nacional en este género. Y, por cierto, mejor también. Y, aunque como excusa valiera invocarse que estamos al comienzo de una nueva edad cultural, gracias a las oportunidades editoriales que, desde hace doce años, ofrece la Casa de la Cultura Ecuatoriana, tampoco debe simularse el daño que hace la hojarasca ni olvidarse que no todo lo que suele llamarse Ensayo corresponde a tan exigente forma de la expresión. Cualquier injustificada benevolencia equivaldría a disminuir la jerarquía de un género de elevadísima dignidad intelectual, cada vez más necesario para comprender nuestra realidad y evaluar nuestra historia, no precisamente ni sólo la que escarba cosas en el pasado, sino la que tenemos que construir para el futuro dentro de la gran comunidad de nuestro continente mestizo.

CRÍTICA DE ARTE, DE BAUDELAIRE A MALRAUX

Por *Juan* *DE LA ENCINA*

Así titula su último libro Felipe Cossío del Pomar. Y del título puede intuirse en parte el campo nada restringido, amplísimo, que abarcan o acotan las páginas de esa obra. A la primera ojeada, pudiera suponerse que se trata de una historia de la crítica de arte de todo un siglo, o sea del lapso que corre entre la crítica magistral de Baudelaire a la no tan magistral, más bien rapsódica, aunque excelentemente informada, de Malraux.

Y, en efecto, algo de eso, y aun mucho, hallaremos en ese libro; pero, al mismo tiempo, el autor, tal vez sin intentarlo del todo o mejor dicho, intentándolo deliberadamente a medias, nos presenta un cuadro, trazado a grandes, precisos y sintéticos rasgos, del desarrollo y cambios de la pintura en el tiempo que limitan la aparición y trabajos de los dos citados críticos.

Aunque se haya trabajado no poco sobre esa materia —en muchas ocasiones de una manera harto superficial y palabrera— es labor ardua y difícil la que se ha echado sobre sus espaldas Cossío del Pomar porque sólo un hombre, un crítico, que ha viajado tanto como él, que ha visto tanta pintura de la más variada índole y que posee tan vasta y rica información —tanto visual como literaria— puede realizar empresa semejante.

Con la simple lectura del índice —la obra se compone de XV capítulos, o mejor, ensayos— puede formarse el lector una idea de la amplitud de conocimientos y experiencias artísticas que una obra de este tipo requiere. Trata, pues, con firmeza de juicio y seguridad de estilo de la crítica de arte en relación con la literatura, de la crítica de los literatos —que, en general, rechaza, y no sin razón—, de la revolución artística que impulsara con sus escritos Apollinaire, de Breton como poeta del Suprarrealismo, de Francia y el arte intelectual, de los conceptos

pictóricos de Renoir y Andrés Lothe, del viaje de Gautier por España, tan lleno de precisas intuiciones, vigentes aún hoy día, si bien no todas, de la literatura en la pintura inglesa, de la filosofía en el arte alemán, de la crítica y museos de Norteamérica, del arte hispanoamericano y de su crítica, del arte y la revolución en México —análisis muy justo y lleno de simpatía—, etc., etc. El cuadro, como se ve, es vastísimo.

Aparte de sus juicios personales, expuestos con claridad y elegante precisión, Cossío del Pomar se sirve de los ajenos, ya sean de críticos o de artistas, y de ese modo da color histórico a su obra, al mismo tiempo que vemos surgir los que pudiéramos llamar conceptos permanentes del arte. Siguiendo en el texto esos juicios y apreciaciones de críticos y artistas, puede advertirse cómo a medida que vamos acercándonos a nuestra época la crítica va perdiendo severidad y fuerza; va, más de prisa que lentamente, agonizando. Los mismos juicios de los artistas van perdiendo no sólo profundidad, sino amplitud y validez. Se van encogiendo, lo mismo que se ha encogido el arte. Y no hablemos de la crítica sostenida por el poderoso mercader de obras de arte de nuestros días, porque ella, con cierta apariencia o barniz de crítica, no tiene mucho más valor como tal que la publicidad de un producto industrial más o menos refinado.

Ya Lionello Venturi, en su Historia de la Crítica de Arte, acaso demasiado sucinta, hace notar la decadencia que sufrió la crítica francesa después de 1870. Y esto sucedió poco más o menos en todas partes, excepto en Alemania, donde la crítica y la historia artísticas y la Estética tomaron un vuelo y un vigor inusitado hasta que cayó sobre aquel país y el mundo la sombra venenosa y mortífera del nacional-socialismo.

En nuestras horas puede decirse que ya no existe... salvo raras excepciones que no son del caso citar y que en el libro que reseñamos pueden verse. Está al servicio del "marchante", que es el que paga y con su dinero hace el buen y mal tiempo, o del artista, que por eso mismo, por el servilismo del crítico, tantas veces ignorante, o, lo que quizá sea peor, ignorante a medias, no la respeta, si bien la teme, y la toma como puro y simple reclamo.

Y la crítica es necesaria. Muy especialmente en nuestros días. Desde la primera Gran Guerra, y aun algo antes, al arte parece en general haber entrado en barrena y, en ocasiones, di-

jérase que se halla en manos de expertos charlatanes y mistificadores. Habiéndose perdido el sentido de la orientación firme y segura, se ha echado desesperadamente en brazos de los "ismos" y éstos han proliferado con más abundancia que la mosca tsetsé, productora de la enfermedad del sueño en las tupidas selvas africanas.

La crítica, por su parte, y no menos que los artistas, se entregó y se entrega a esos multitudinarios "ismos", y, en lugar de analizarlos y ver lo que tienen de positivo y negativo —más de esto que de aquello— sigue su corriente con una delicia entre arrogante y anodina, por no emplear vocablos más fuertes. Si tantos artistas han tomado el camino del más insolente reclamo de sí mismos, como judío en zoco marroquí, se debe no poco a que una crítica seria y bien informada no les ha dado el alto.

El público tampoco... aunque murmure por lo bajo. Pero la verdad es que, a pesar de tantas y tantas publicaciones artísticas, ese público cada día que pasa tiene menor sensibilidad para la percepción de los valores genuinos del arte. De ahí que sin más siga inconscientemente los caminos que le marcan los gerifaltes de la propaganda publicitaria. El snobismo, sin el menor atisbo de reflexión crítica, en muchísimas ocasiones da la pauta. En ciertas clases, en las cultas y semi-cultas, los entendidos disminuyen vertiginosamente, mientras crece en igual medida el número de los snobs... por definición desprovistos de juicio.

Si se atiende a la sanidad y seriedad del arte, cada día que pasa se hace más necesaria la "resurrección" de la crítica. "Siempre he creído en la eficacia y la necesidad de la crítica de arte" —escribe Cossío del Pomar. "Su intervención en la historia de las creaciones artísticas, aclara y precisa el proceso formativo del gusto y las inclinaciones estéticas de una época". Nada más justo. Ahí está la clave del valor y la función de la crítica y eso es lo que está faltando desgraciadamente en nuestros días. Cossío del Pomar, como yo en tiempos en que ejercía la crítica artística, tiene como modelo de críticos de arte al poeta Baudelaire —intachable y casi infalible crítico. En él se dio a la par la capacidad para la teoría —de la que usó parcamente— y una sensibilidad exquisita y profunda para la percepción de los valores específicos del arte. En una palabra: fue un crítico completo, pues precisamente lo que hace al crítico es esa conjunción de facultades.

Oigamos en este punto al autor del libro que reseñamos, ya que la pintura que nos hace del verdadero crítico, o mejor dicho, del *crítico* a secas, pues no hay en puridad otra clase, me parece atinadísima. Distingue entre el mero erudito y el crítico y entre el estético filosófico —de esos que teorizan sin conocer a fondo el arte— y el crítico. Tal distinción es conveniente y necesaria. "Por más sólida que sea la erudición —escribe—, por escrupulosos los métodos empleados y minuciosa la investigación del crítico, esto no bastará para descubrir lo específico y situarlo en una escala de valores". Bueno es poseer esa erudición y dominar esos métodos; pero para ser crítico y ejercer la crítica con tino es menester algo más: "conocer la obra de arte hasta el punto de reproducirla; analizarla hasta llegar a consecuencias infinitas, hasta proyectarla en el campo sin tiempo de la belleza". La exigencia es grande, casi inaccesible, y, sin embargo, los pocos grandes críticos que en el mundo han sido —tan pocos como los grandes artistas— se han acercado considerablemente a semejante exigencia.

Y añade nuestro autor: "No basta, pues, para ejercer la profesión de crítico despertar la admiración del público presentando un simple resumen axiológico donde lo que cuenta no es el objeto exterior sino la disposición de la conciencia que valora. Tampoco se trata de sostener teorías basándose en condiciones estrictamente sociológicas, en motivos ideales superiores o en sistemas filosóficos, políticos o religiosos".

Todos esos motivos pueden entrar, y han entrado constantemente, en el campo del arte, pero no son, ni pueden ser, lo específico del mismo, porque "todo eso queda en la superficie", si bien, añado por mi parte, tales motivos pueden ser, y de hecho lo han sido, acicate poderoso en la creación artística. Pero no es ésta ocasión de analizar ese punto.

Y sigue diciendo Cossío del Pomar: "El desarrollo de las leyes estéticas obliga al crítico a utilizar su propia linterna para llegar al fondo de las obras" —sin semejante intuición, ¿quién puede ser crítico?—: "las intenciones, las significaciones interiores, el escrúpulo que ha detenido al artista o la tenacidad que lo ha impulsado a continuar la obra de arte". Con estas palabras entramos en el estadio escabroso y difícil de la psicología de la creación artística y del artista mismo. "Determinar en qué grado —agrega Cossío— este proceso emana del sujeto o cuando es el reflejo de la naturaleza o de los fenómenos

sociales". En este punto el autor parece tomar decididamente la posición de Bernard Berenson, apoyándose en esta cita que es toda una definición justa y precisa: "El estudio del arte —dice Berenson— si pretende ser algo distinto de una fantasía de aficionados, deberá ceñirse, ante todo, al estudio de las ideas específicas que entraña la obra de arte". En mi concepto, quien no siga esta norma, podrá ser lo que se quiera, pero no crítico de arte. Y lo peor es que pocas veces se sigue con estricta sujeción... sobre todo cuando, como en nuestra época, se charlotea tanto sobre purismo artístico, que no siempre se entiende en forma recta.

Cossío del Pomar nos advierte muy discretamente —y yo estoy de acuerdo con su advertencia— que "al crítico —diría yo también al artista— que se basa sólo en teorías, en sistemas políticos o en descubrimientos científicos de última hora, desdeñando lo que verdaderamente importa de la obra de arte —descubrir la belleza o crear la representación estética del mundo visible— le será fácil traicionar al artista. Concluirá por armar —se han dado muchos casos— complicada andamiería en torno del proceso creador, desvirtuando los valores formales, vale decir, plásticos, dinámicos, espaciales y cromáticos que forman la teoría que siempre debe acompañar al verdadero carácter de la obra de arte".

De esa suerte, esa clase de crítica de arte, "tejerá en torno de clásicos, románticos o modernos una red de valores especulativos que convertirán la simplicidad de la emoción estética en proceso intelectual de proposiciones y contraposiciones. Se confundirán virtuosidad y oficio, invención y creación, literatura y pintura". Ejemplos de esta clase de crítica especulativa pueden citarse en abundancia. Sin embargo, hay casos, en que ese tipo de crítica ha realizado obras extraordinariamente agudas, verdaderas obras maestras en su género, como *Modern Painters* o *The Two Paths,* de Ruskin, hoy tan poco leído, por culpa de su manía sermoneadora y sus arbitrariedades, *The Renaissance,* de Walter Peter, y tantas obras de críticos y estéticos alemanes, que suelen ser los que más se distinguen en ese género de crítica conceptual y filosófica, como el *Rembrandt —Ein kunstphilosophischer Versuch—* o *Zur Philosophie der Kunst,* de Georg Simmel.

Ante esa clase de crítica filosófica, que parece tomar el arte en cierto modo como pretexto o trampolín de sus divaga-

ciones, Cossío del Pomar reacciona como pintor que es. Se atiene a los problemas específicos de su arte, y, aunque alguna que otra vez hace una leve escapada a los otros, pues su información es amplia, generalmente y a todo lo largo de su libro muestra decidida simpatía por los críticos que se atienen sin desviarse a esos problemas. De ahí su acatamiento crítico a Baudelaire, a Lothe, pintor y crítico excelente, y a los conceptos pura y exclusivamente pictóricos de Renoir. El pintor hace aquí la selección tanto o más como el crítico y el historiador. Nótese que a los dichos conceptos de Renoir dedica todo un capítulo, el V, y otro tanto, capítulo VI, a los ensayos críticos —de amplísimo criterio y atinadas observaciones— de André Lothe, crítico verdaderamente moderno, a quien su calidad de pintor no impide, como a tantos otros, rebasar el marco especial de su obra pictórica, para ver con claridad en el complicado complejo del arte del siglo XIX y lo que va corrido del XX.

No sé si influye en ello mi inveterado gusto por la obra de Augusto Renoir, en lo que coincido cabalmente con el autor que voy comentando, pero me parece que el ensayo dedicado a los conceptos del gran pintor francés es el mejor y más jugoso, o, por lo menos, uno de los mejores y más jugosos, de *Crítica de Arte*. ¿Y qué pintor, verdadero pintor, no ha de gozar leyendo las conversaciones de Renoir con el "marchante" que lanzara a Cézanne a los grandes mercados artísticos del mundo, Ambrosio Vollard? Porque Renoir es un puro pintor que aborda cara a cara, sin tapujos ni trucos de prestimano, los problemas de su arte y, cuando habla de ellos y de éste, lo hace sólo como pintor, sin buscar apoyo o esconderse en el burladero de las cuestiones extra-artísticas que hoy traen enloquecido al mundo. "Un hombre —dice Cossío— de pinceles más que de libros. Sus conceptos clarísimos sobre el arte nos llevan al hecho tangible; plantea en la vida el problema de la pintura y lo resuelve como si fuera un matemático ante el pizarrón". "Porque la pintura para Renoir es un lenguaje propio en un campo de experimentación técnico". "Plantado en sus propias convicciones, artesano inflexible, de robusto espíritu formado al contacto de los grandes maestros, usa una coraza contra lo novedoso y las efímeras doctrinas de pintores sin consistencia".

Hoy que, en virtud de la anarquía traída al arte por los innumerables "ismos", se olvidan tanto los artistas del dominio

del propio oficio, estas palabras de Renoir, citadas por nuestro autor, debieran estar grabadas en los talleres de los artistas jóvenes. Decía Renoir a Vollard: "Puesto que la ciencia —se refiere a la de la pintura, claro está—; puesto que la ciencia se adquiere, es absurdo no hacer lo posible por obtenerla. Hay que mantener juntas, en mutua cooperación, tres cualidades esenciales: dotes, gusto y ciencia, aunque en realidad —rectifica— éstos no son sino puntos de partida, cualidades potenciales. Producen efecto cuando el pintor hace uso de ellos. La calidad del efecto estará con el mayor o menor esfuerzo del pintor. Este esfuerzo de albañil lo realizará el que lleve dentro la 'llama sagrada' que se manifiesta por el amor a la pintura".

En un mundo de prisa loca, como es el nuestro, en que todo tiende, y cada día más, a despacharse con velocidad supersónica, esta llamada conjunta al esfuerzo artesano y a la "llama sagrada" es lo único que tal vez pueda sacar al arte de la postración en que ha caído o está cayendo. Acaso no sea del todo tarde y acaso sí lo sea. No acierto a decidirme y menos a dictar la ardua sentencia. Quédese para los profetas de toda clase que tanto abundan en nuestra época. El primer paso sería la reacción contra el snobismo de lo novedoso. El arte actual padece más que nunca de esa fiebre maligna. Necesitará por lo pronto para reanimarse, como hizo Renoir, "usar una coraza contra lo novedoso y las efímeras doctrinas de pintores sin consistencia".

Es este nuevo libro de Cossío del Pomar —*Crítica de Arte, de Baudelaire a Malraux*—, tan rico y variado en puntos de vista, está tan nutrido de juicios atinados, que se hace imposible seguirlo paso a paso en un escrito como éste. Como queda dicho, abarca todo el panorama del arte desde la segunda mitad del siglo XIX a nuestros días turbulentos y temerosos de catástrofes inauditas. Quien lea con atención en sus páginas oirá voces críticas muy variadas, todas ellas sustanciosas, pues su autor ha sabido seleccionarlas con exquisito acierto; unas son de índole positiva; otras, negativa. Las pocas citadas pertenecen a las afirmativas.

Veamos ahora algunas de las otras. Son especialmente dos catilinarias contra el arte actual, salidas de la pluma y verbo de dos italianos célebres, el uno, gran escritor, Papini, el otro pintor original y excelente, Giorgio de Chirico. Canta éste la palinodia, entona el "mea culpa", pero echando el muerto

a los otros. En realidad, con esas virulentas reacciones contra los "ismos" del arte, originados aproximadamente en la primera década de nuestro siglo, termina el libro.

¿Coincidirá Cossío del Pomar con esas dos diatribas panfletarias? No me atrevería a decir que sí, porque es artista y crítico mesurado, imparcial y sereno; pero, desde luego, aunque en su amplísimo criterio son acogidas con benevolencia comprensiva hasta las más extremosas manifestaciones del arte contemporáneo, su actitud estética, sus gustos e ideales de pintor, le apartan con gesto delicado de toda anarquía, impreparación y extremosidad inoperantes. Es probable que no rechace en bloque los conceptos de Papini y de Giorgio de Chirico, que en parte los admita; pero sí —esto es para mí indudable— rechaza la acrimonia y virulencia del lenguaje desmesurado de los dos. Porque ha llegado a ese momento de completa madurez en el que tanto el crítico como el artista proceden con objetiva ecuanimidad. La violencia crítica... pase en la juventud... ¡Pero Papini y Chirico no eran ya jóvenes al escribir sus agresivas críticas!... ¡Bah!... ¡qué le vamos a hacer!... cada cual es como Dios le ha hecho.

Para Papini, el arte agoniza, falto de ambiente genuino y por la misma disposición adversa de nuestra época. Dice: "A pesar de las apariencias en contrario, los hombres pierden más y más el afecto hacia las pinturas, las esculturas y la poesía". A mí, me parece que está en lo cierto, "porque los seres humanos ahora han puesto su corazón en cosas completamente diversas: en máquinas, descubrimientos científicos, riquezas, dominio de las fuerzas naturales y las extensiones de la tierra. Ya no sienten el arte como una necesidad vital, espiritual, como sucedía en los siglos pasados". A pesar del ruido que mete el arte, no me atrevería a objetar estos conceptos. "Por hábito o snobismo se vive todavía en el pasado, pero la inmensa mayoría, tanto de la clase elevada como de la inferior, no siente una sincera y cálida pasión por el arte, al que considera a lo más como una expansión, una diversión o un ornato". Ortega y Gasset era de esta misma opinión. Véase su *Atonía Artística.*

"Papini —arguye Cossío del Pomar— vuelca su alma desilusionada en supuestas confesiones de Picasso". Le atribuye estas cínicas palabras: "¿Qué puede hacer un artista que, como me ha sucedido a mí, ve con claridad ese fin próximo? Sería un partido demasiado duro cambiar de ocupación, y además,

peligroso desde el punto de vista alimenticio". Así, no le quedan "más que dos caminos: procurar divertirse y procurar ganar dinero". Porque "para un pintor —hace decir Papini a Picasso— la celebridad significa ventas, ganancia, fortuna, riqueza. Ahora, como ya lo sabe Ud., soy célebre y soy rico. Mas cuando estoy a solas conmigo mismo no tengo valor para considerarme un artista en el sentido grande y antiguo de la palabra". La diatriba sube de punto, es implacable e inmisericordiosa. ¿A qué seguir citándola? Con todas sus caídas *deliberadas,* es excesivo negar la capacidad artística de Picasso. No toda su obra —en mi sentir— tiene el sabor de lo duradero, pero una parte de ella sí que lo tiene, y ello no es poco, dicho sea con respeto a la sombra y memoria del acrimonioso Papini.

Vamos ahora con de Chirico. No es más suave. "Chirico —nos recuerda Cossío— que ha sido uno de los más audaces representantes de la pintura moderna, ha tomado también el paso cansino, el ritmo prudente de una mente arrepentida". Perteneció al grupo de los artistas superlativamente alabados por aquel ingenioso retórico —más que crítico— que fue Apollinaire. Le paga echándole la culpa del desorden que sufre el arte. Excesivo reproche. Por influyente que sea un poeta metido a crítico no tiene, a mi juicio, poder para tanto. Y sabido es que Apollinaire se asesoraba en materia de arte de sus amigos pintores. En realidad fue su vocero. El desorden vino de ellos, de los artistas, y los críticos —fue su inexcusable pecado— no hicieron sino seguir —en tono apologético— el rumbo que les marcaron. Apollinaire, como los otros.

Chirico ataca furibundo a Cézanne, Van Gogh, Lautrec, Rousseau, el aduanero, porque, a su juicio, "fueron tan incompetentes como los actuales vanguardistas, con la diferencia en favor de éstos, que la enfermedad que sufren es de origen hereditario". No es cosa de transcribir aquí sus ex-abruptos. A Picasso le reconoce talento, pero, para él, no pasa de ser un artista "que no ha hecho en el fondo sino jugar a los toros con la pintura". No deja de haber su parte de verdad en esta acusación. Pero la "bestia negra" de Chirico, como de Wlaminck, es Matisse, al que llama impostor. "El hecho de que semejante falsario —dice— goce hoy del crédito que en su época se concediera a Rubens o a Goya, por ejemplo, ilustra suficientemente acerca de la mentalidad crítica contemporánea". Y así sigue la retahila...

Descartando la violencia de la expresión y lo excesivo de la crítica, desprovista de matiz y, en ocasiones, de justicia, hay que reconocer que Giorgio de Chirico levanta su voz airada en nombre del gran arte, porque quiere "que la pintura vuelva a ser sentida y comprendida por el hombre moderno, por el pueblo, al cual quiere arrebatársele la capacidad y disfrute del goce artístico. La bestezuela modernista ataca a los ojos del público. Hay que arrojarle ácido bórico a la cara. Es peor que la conjuntivitis". Bien... pero de Chirico se ha olvidado entre tanto que él pertenece al grupo de los artistas y tendencias que tan descompasadamente fustiga.

Tal vez sea demasiado pronto para hacer un balance justo de lo que haya de positivo y negativo en el arte de los años transcurridos del siglo XX. La diatriba, como la apología, tiene sus puntos de crítica, pero no es crítica en sentido estricto —crítica histórica. Intenta Cossío del Pomar al comienzo del último capítulo de su libro hacer objetivamente ese balance y llega a una conclusión un tanto escéptica, porque escribe: "En busca de la 'verdad' hemos recorrido países y hemos preguntado a filósofos, poetas, escritores y pintores. Hemos excursionado por ciudades; desde Moscú a Nueva York. Nos hemos detenido a conversar con los existencialistas envejecidos de *Deux Magots,* con los comensales en la *Buca* del Signori Lapi, de Florencia, con los cosmopolitas de Greenwich Village. Hemos leído libros, hojeado revistas y revisado diarios... Y oyendo un día una opinión y al día siguiente la opinión contraria, llegamos a nuestros días sin saber quién está en lo cierto".

Triste conclusión, pero honrada y cierta, reveladora de la situación caótica por que atraviesa el arte, reflejo vivo de la época desconcertada en que se produce.

MANUSCRITO EN EL ESPEJO

Por *Martha MOSQUERA*

Los últimos días del año 1950, los "affiches" que cubrían los muros de la estación de Retiro celebraban, en Buenos Aires, la llegada del "Circo de Will". La "troupe" se había hecho popular por un número de acrobacia, que consistía en la pantomima de un paracaidista luchando en el espacio por llegar a tierra. Ellie, "la partinère" del acróbata, era quien sostenía la red en un eje de la carpa, sentada en un trapecio, para que la red pudiera simbolizar el paracaídas. El "Circo de Will" se había formado después de la guerra, en Londres. Lo organizó Luciano Falco (muchacho argentino, nacido en Palermo, hijo de inmigrantes italianos, que hizo la guerra como voluntario, en Italia).

El jueves 22 de diciembre entrevisté a Luciano Falco. En aquella época yo escribía en *Clarín.* Habitualmente, hacía la crónica de deportes, pero a veces redactaba gacetillas de teatro, en una sección que se llamaba "Entreacto". Me fui del diario a las siete y media. Bajé por las calles pegajosas y húmedas. Caminé por Moreno, por la Avenida Nueve de Julio, por Corrientes, y luego por Florida. Al llegar a la Plaza San Martín, un aire opaco y húmedo y el olor de las magnolias resbalaron entre las primeras estrellas. Bajé la barranca y vi las luces y los mástiles, en el fondo del puerto. El humo de las chimeneas se estiraba sobre los techos. En el fondo de las calles angostas moría la barranca; allí era donde se dibujaba el río como una franja temblorosa y plateada. Oí las campanadas de la Torre de los Ingleses, que marcaban las ocho. Entre esas campanadas, el ruido de la ciudad, entubándose en alguna calle angosta, se parecía al grito de un hombre.

A través de las galerías precarias y oscuras del circo, busqué el camarín de Luciano Falco. Era la última puerta del lado izquierdo. De alguna manera me sorprendí cuando abrí la puerta. No sé, si fue, en razón de la claridad de la habitación, o a

causa del enorme espejo que estaba colocado en el fondo, enfrente de la puerta que yo acababa de abrir. Me sorprendí porque me vi, insólitamente, reflejado en ese espejo, junto a Luciano que estaba ocupado en pintarse una máscara sobre la cara. Los ojos de Luciano me miraron con un brillo lejano, desde el fondo del espejo. Conversamos algunos minutos, mientras retocaba su máscara con lápices de colores. Ellie (la partinère) de Luciano abrió la puerta como un diablo joven buscando un pote de crema plateada para hacer resaltar sus párpados. Ellie y Luciano actuarían inmediatamente; en la primera parte del programa antes del entreacto. Yo conversé algunos minutos con el acróbata. Hablamos del circo, de la guerra, del número que lo había popularizado que él llamaba "El paracaídas y el guerrero". Después nos despedimos. Luciano desapareció por las galerías opacas.

Todos esperábamos, sentados en las gradas, a Luciano. Ellie estaba sentada en un ángulo con una red plateada y azul. La luz señalaba a los acróbatas, en lo alto de la carpa como si fueran dos ángeles vestidos de negro. Estaban a quince metros del suelo balanceándose en el aire. Ellie seguía a Luciano, imitándole. Después se quedó fija en un ángulo para que el acróbata se lanzara a su juego. Luciano se fue enredando en la red mientras complicaba la prueba con saltos geométricos. Lentamente, esos saltos preparaban el dibujo del salto mortal que sobrevendría. Todos mirábamos a Luciano como si acaso fuera a morir. Los tambores seguían el dibujo del cuerpo del acróbata con ruidos hondos y los platillos de cobre aplastaban esos sonidos. Yo temía que los tambores y los platillos se equivocaran. Temí que Luciano se equivocara. Pensé que no había red. Pensé que no existía la destreza. Mi temor prosperó. Distraje mi miedo mirando un farol esférico, donde el juego se reflejaba. Esto me ayudaba a no sentir el peligro y a ver aquellos saltos de Luciano como si se tratara de algún acontecimiento lejano. Tenía la impresión de que la lucha del acróbata, con Ellie era una lucha de bañistas bajo del agua. Luciano giró y volvió a girar cinco veces sobre la barra del trapecio. Se balanceaba para medir el espacio con su cuerpo. Repitió alguna figura regular y prometió el dibujo que había trazado en el aire. Todos lo mirábamos con curiosidad. A causa del juego que hacía la luz sobre la superficie del farol, los cuerpos de Luciano y de Ellie parecían cada instante más diminutos y azules. Contrariamente, sobre el muro, las sombras eran inmensas. El efecto

me resultaba extraño y me distraía de la sensación de vértigo. Pensé que Luciano era un pez que se bañaba en un acuario, cuando le veía reflejado sobre el farol plateado. Y cuando miraba su sombra tenía la impresión de que era un gigante inmortal.

Luciano giraba en el espacio. Los tambores, los cobres y los trapecios estaban de acuerdo. Fugazmente, tuve la impresión de que todo aquel espectáculo estaba muy cerca de mí. En ese preciso momento el trapecio quedó solo, balanceándose en el aire. Luciano esperaba con las manos tendidas que llegase aquel otro trapecio que Ellie tendría que soltar, en un momento indicado por Luciano. Deliberadamente, la orquesta señaló el vacío entre las manos del acróbata y la barra. Un golpe de platillos y de una corneta de cobre marcó el final de la prueba. Todos celebramos a Luciano y a Ellie, y el salto se volvió a repetir.

Con exactitud Luciano, nuevamente, dibujó los mismos riesgos en el espacio. Esta vez evité ver su imagen reflejada en el farol. Tal vez estuviera buscando ver de verdad un espectáculo. Sé que Luciano se precipitó en el vacío; se estrelló contra la pista. Cayó a mi lado, sobre un sol hecho con tizas de colores sobre las tablas. Tendido en el suelo, Luciano parecía un hombre pequeño y solitario.

A la mañana siguiente, arrastrado por la curiosidad o por un sentimiento de cortesía volví al circo. No tardé en dar con algunos de los muchachos que formaban la "troupe" del Circo de Will. Todos estaban asombrados y tristes. Hablé, largamente, con Ellie y le entregué el artículo que había aparecido esa misma mañana en el diario. Conversamos un buen rato. Prometí ir a la función del domingo siguiente, con la intención de encontrarla a la salida.

Desde entonces prosperó mi amistad con Ellie. Aquella primera cita se estrechó con otras. Nuestros paseos siempre eran los mismos. De esta manera nos fuimos enamorando, a través de caminatas por las calles del barrio Sur y de Palermo y mirándonos en la cara, cuando nos sentábamos en los cafés de la Plaza Italia.

Sé que Ellie se convirtió en un ser indispensable para mí. Después de conocerla, confieso que todas las cosas amargas de la vida, me parecieron soportables. Era como si cada mañana me despertara más contento, después de haberla conocido. Vi-

vimos durante algunas semanas juntos. Aquellos días me resultan inolvidables. Pero como todas las cosas que se parecen a mi felicidad, no duran mucho tiempo, nos separamos el día que el "Circo de Will" dejó Buenos Aires para continuar su gira. Recuerdo que ayudé a Ellie a preparar su equipaje. Yo sé bien que los dos estábamos secreta, profundamente tristes. La ayudé, sin entusiasmo, a arreglar las cosas. Rodeados por los baúles y las valijas, nos besábamos. Ellie, mecánicamente ordenó sus trajes y algunos papeles en un portafolio. Entre esos papeles habían una serie de anotaciones que pertenecían a Luciano Falco. Ellie me entregó esas notas, explicándome que nunca las había leído, porque desconocía el español. Después guardó en las maletas los potes de crema y los lápices de maquillaje; entre otras cosas recuerdo que Ellie guardó un cuchillo con el cual Luciano afilaba los lápices de maquillaje y que yo había visto sobre la mesa del camarín, la noche que lo entrevisté. Sé que en un principio no presté mayor atención a los papeles de Luciano Falco. Me incomodan los papeles y evito leer manuscritos. Me fatiga, especialmente, la escritura de la gente que no conozco. Además he abandonado la literatura y casi no leo otra cosa que no sean diarios. El periodismo me ha ido enredando en su trama.

La separación con Ellie, me resultó durante los primeros días intolerable. Casi, no conseguía despertarme del peso de la tristeza que padecía durante todo el día y que luego crecía durante la noche, mientras soñaba con Ellie. Era como si, en aquellos primeros días, no supiera por qué me levantaba. Mi nostalgia fue aumentando. Sin la compañía de Ellie, la vida se me antojaba parecida a un recuerdo. En Buenos Aires es indispensable estar enamorado. Y cuando uno no tiene mujer, las calles parecen inútiles.

Confieso que debí esforzarme para olvidarme de la soledad. Comencé por ir al diario por las tardes; luego pasé el día entero en los talleres para olvidarme de Ellie, aturdiéndome entre el ruido de las máquinas. Alguna noche, recuerdo, llevado por la tristeza y los inevitables recuerdos, releí cartas de Ellie. Esa noche leí el manuscrito de Luciano, que hasta ese momento había evitado simplemente, porque me resistía enterarme de algo que sería inevitable saber. El manuscrito después de una primera lectura despertó en mí cierta sorpresa. Sé que había temido, porque sospechaba hasta ese instante, la exis-

tencia de una vida amorosa entre Ellie y Luciano Falco. Desconcertado, al no encontrar ningún dato vinculado a una intimidad amorosa entre ellos, pasé el manuscrito a máquina y arriesgué su lectura entre la gente de la redacción. El manuscrito de Luciano Falco adolece de toda suerte de defectos. Éste es el primer motivo por el que evito su transcripción. Las páginas comienzan en un tono quejoso: "Sé que me aliviará escribir, pero sé, igualmente, que sólo descansaré cuando muera". Luego una serie de descripciones inmóviles continúan las notas de Luciano como un decorado de la ciudad de Buenos Aires, donde se narra la historia de la sumisión y la dependencia que tuvo un hombre para con su cuchillo. Luciano había recibido un cuchillo como regalo, cuando era chico. Con ese cuchillo había jugado al "cow-boy" con los muchachos del barrio, imitando héroes de películas mudas del Western, que a veces veía en los cines de Palermo. Con ese cuchillo Luciano se dejó admirar por los compañeros de colegio y en la edad en que los muchachos se hacen hombres, fue popular en una pelea de prostíbulo en la calle Guatemala, donde como diría Borges "historió la cara" al hijo de la patrona, en un patio rosado con olor a parra. Desde entonces había aprendido Luciano, que cuando se tiene un arma en secreto se le promete una muerte.

La lectura del manuscrito es penosa. Hay páginas que llegaron a conmoverme. En otras páginas admiré las descripciones de Italia con menor entusiasmo que aquellas otras del barrio de Palermo. Verdaderamente, no he llegado a descubrir las razones por las cuales Luciano Falco se alistó en calidad de voluntario, en el ejército italiano. Cuando habla de la guerra y todo cuanto dice referente a la experiencia de las batallas, parece irreal, y de algún modo parece la afirmación de un autómata. A veces afirma que la guerra es indispensable a los hombres. Otras veces explica que es el deporte más completo.

En el manuscrito Luciano anota sus experiencias día a día. Relata su viaje y se extasía en alguna descripción de paisaje: "A pesar de la transparencia de la noche, del canto de los grillos, oculto en la colina, del aire que hacía temblar los lirios y las estrellas, sé que todo estaba tan próximo como las luciérnagas al aire oscuro. Cuando recuerdo la noche que maté a Will Macy con el mismo cuchillo con el que había jugado, se me achica el corazón. Desde entonces no puedo olvidar el

brillo de la hoja. Desde entonces tengo miedo y no puedo dormir. Aún siento en mi cara el aire celeste de la mañana que movía los pinos. Maté a Will en una colina, donde había lirios violetas, en la época en que florecen las plantas de junio. Después de acuchillarlo, todo se modificó para mí. Es como si el tiempo se hubiera detenido, en un decorado. Hasta el canto de los pájaros tiene una implacable fijeza, desde entonces. Todas las cosas se terminan pareciendo a esa noche, en que decidí clavar el cuchillo en Will".

Desde ese instante la angustia de Luciano progresa, hasta que una serie de acontecimientos posteriores, parecen irse enlazando y precipitan al personaje en una continua desesperanza.

Tengo la impresión después de haber leído las notas de Luciano, que éste estaba como encerrado en un dibujo, cuya totalidad desconocía. Tengo la impresión que Luciano nunca tuvo exacta claridad, ni conciencia de sus actos.

Con inocencia a veces Luciano habla de Will Macy. Explica que lo ayudó a desligarse del paracaídas, cuando cayó en el campo enemigo. Luciano le hizo beber alcohol y luego, una vez que Will se hubo repuesto, Luciano comenzó a conversar con él como si hubiesen sido amigos de toda la vida. En ese instante el bosque, según deduzco por las descripciones del texto, estaba oscuro y la sombra de alguna rama de pino temblaba sobre el rostro de Will. Los dos hombres hablaron como si no fueran dos guerreros enemigos. Estaban como distraídos de la guerra. Hablaron de lugares lejanos. Will recordó a Inglaterra, recordó Londres, recordó Chelsea. Luciano habló de Buenos Aires, y del Río de la Plata. Hablaron de los reinos y de las repúblicas, del heroísmo y del coraje. Will, con pasión, recordó su barrio y pronunció el nombre de una calle. En ese momento, recuerda Luciano, a Will se le habían llenado los ojos de lágrimas. Luciano confiesa que en ese encuentro con Will, él se sintió desarraigado y perdido como un fantasma en el campo. Fue a través de ese diálogo que se le achicó el corazón y de alguna manera el coraje. Fue como si hubiera descubierto que la victoria, no era una cosa indispensable". Porque, cuando yo me embriago —exclama Luciano— creo que en el mundo no hay amigos, ni enemigos. Siendo el mundo como una cosa aplastada. Y es en ese momento cuando me siento parecido a Dios".

Luego, por la lectura del texto deduzco que Will y Luciano

siguieron bebiendo. Todo ocurrió, según parece, muy lentamente. Will era un tipo despreocupado de la Historia. Luciano afirma que "era naturalmente valiente". La guerra para Will resultaba ser una parte de su vida y una etapa de un destino común. Para Luciano, por el contrario, la guerra era una experiencia aislada, voluntaria y oscura. Una suerte de castigo que él mismo se había impuesto. No sé por qué culpa.

Durante la conversación sostenida entre Luciano y Will (paracaidista británico) Luciano llegó a conocer los proyectos de Will, que la guerra había frustrado. Will había querido organizar en Londres con Ellie Macy y un grupo de amigos, un circo. "Pero la guerra, que siempre cambia las cosas —había afirmado Will— acabó con mi proyecto". A esta altura del manuscrito, Luciano, con torpeza de colegial dibujando en una pizarra algún objeto que no recuerda con claridad, relata algo de la vida de Willy Macy. Concluye diciendo: "Todas las calles se confunden, desde entonces, en mi recuerdo. El mundo es un punto diminuto, donde a menudo sorprendo a los otros hombres y me reconozco en ellos. Y a veces pienso en el barrio de Chelsea. Antes me resultaba difícil imaginarlo, pero ahora ya sé que existe, porque parece ser que todos los barrios verdaderamente existen".

Llegado a este punto del manuscrito, Luciano explica que la voluntad de Will se había confundido con la suya. Era como si después de haberlo asesinado, el mundo hubiera tenido otras proporciones. Desde entonces afirma Luciano: "el mundo se me antoja un decorado inmóvil". No supo las razones por las cuales había querido deshacerse de Will; tal vez porque lo aliviaría el hecho de matarle, cuando descubrió que de algún modo sus rostros se parecían. Todo había ocurrido entre los jacintos, las anémonas, los narcisos, los junquillos que perfeccionaba el verano, entre un aire liviano. Según deduzco por las frases: "Sentí que el cielo era hondo. Sentí que mi cuchillo era liviano. Entonces imaginé que podría hacer una herida y que tal vez esa herida llegaría hasta el cielo".

Desde ese instante la soledad de Luciano se acentúa. La acción del relato se va perdiendo: Las páginas se van llenando de metáforas y con el correr de los días se convierten en una suerte de delirio. En ese delirio pareciera que Luciano se hubiera identificado con el destino de Will y que de alguna manera lo continuara.

Me resulta prácticamente imposible seguir la acción del diario de Luciano, después del episodio vinculado a la muerte de Will. Desde ese instante, el relato tiene una misteriosa claridad en las imágenes pero no en la acción. Los personajes que aparecen se diluyen y se alejan como en la vida onírica. El relato continúa entre descripciones minuciosas, donde Luciano describe su viaje a Inglaterra, sus paseos por Londres, la busca del barrio y la busca de la casa de Will. La amistad con la familia de Will Macy y su amor misterioso y confuso por Ellie, con la cual no llegó a tener ninguna intimidad amorosa. Todo este fragmento del manuscrito parece un viaje de Luciano por la eternidad, entregado al remordimiento. Lentamente, Luciano organiza el circo. Su manera de actuar es la manera de un autómata. La vida se le antoja el infierno; es como si estuviera condenado a no poder entregarse a nada ni a nadie. Es como si después de haber asesinado a Will, Luciano no pudiera incorporarse a los paisajes que lo circundan. En medio de esta angustia progresa la acción del relato al cual pone punto final con estas líneas: "Siempre me siento como perdido, deambulando sin poder olvidarme de algo que desearía no recordar. Algo que se parece a la fuerza de mi brazo derecho y al tamaño de la noche".

Verdaderamente, no puedo explicarme la psicología de Luciano. A menudo, en la redacción, he tratado de ordenar sus notas. No puedo llegar a ninguna definición. Sé que Luciano fue un muchacho que vivió su coraje como lo hubiera vivido cualquier muchacho de barrio, en alguna pelea de almacén. Sé que Luciano no fue un demente, porque detrás de esas páginas presiento una confesión dolorosa. Esto lo confirmo, algunas veces, cuando camino por Palermo, por aquellas calles que hace años bajaban al río, esas calles que estaban cerca del Maldonado. Porque es en Palermo, donde aún siento mi vida. Es verdad que a veces me olvido de mi barrio. Yo que cuando era joven hablé del coraje. Es, tal vez hoy, que todo se me antoja una leyenda. Simplemente, porque la vida se me ha ido metiendo en el recuerdo. Porque hay que olvidarse de las cosas para recordarlas. Además las esquinas dejan de ser importantes, cuando uno se hace hombre. Por otra parte uno se enamora y desea quedarse con las mujeres para siempre. Fue en barrio de Palermo, donde aprendí a enamorarme. Fue allí que enumeré las noches y donde vi las mejores magnolias y las mejores higueras creciendo entre el cielo y los patios. Fue en Palermo,

donde conocí los prostíbulos y los patios rosados; donde aprendí a buscar a las mujeres para esconderme en ellas. Ya no puedo olvidarme de los techos grises de las galerías, ni de la sombra de los parrales, cuando amanece. Porque confieso, que a mí también se me achica el corazón como a Luciano. Esto me ocurre, cuando paseo por las calles de Palermo y recuerdo algún poema de Borges o de Carriego. Porque a veces las cosas son inevitables y los destinos se parecen. Yo también estoy enamorado de Buenos Aires. Pertenezco al barrio de Palermo. He nacido en la calle Medrano. Y cuando me pierdo por aquella calle, que tal vez acaba en la pampa, comprendo a Luciano Falco. Y entonces de esa calle, desde la calle Medrano, me entrego al Universo (dolorido mosaico irrefutable), donde cada hombre crea un destino sin proponérselo, distraídamente, a través de la ventura incansable de los espejos.

Libros y Revistas

LIBROS

DANIEL COSÍO VILLEGAS, *La Constitución de 1857 y sus críticos,* Edit. Hermes, 202 págs., México-Buenos Aires, 1957.

Daniel Cosío Villegas analiza la Constitución de 1857 a través de dos de sus más preocupados críticos; Justo Sierra y Emilio Rabasa; valiéndose para ello de sólidos conocimientos históricos y de minuciosos enfoques jurídico-políticos. El libro está dividido en ocho títulos que concatenan perfectamente el tema que se propone, no obstante que cada uno es un ensayo cuya comprensión no urge de los demás.

Cualquiera de ellos, por la valentía de conceptos en su contenido político, se presta a especulaciones o comentarios. En *Justo Sierra a solas,* la exposición se inicia planteando ligeras interrogantes sobre la personalidad de Benito Juárez, relacionada con una interpretación de liberalismo. Dice Cosío Villegas que el intento de pretender adorar a Juárez sólo con "una buena dosis de jacobinismo", conduce a "una autorización para borrar a Juárez de la brevísima lista de héroes nacionales sin comprometer con ello la rectitud patriótica de quien lo haga". Por otra parte, el autor hace notar que existiendo voces aseguradoras de que Juárez pierde la simpatía popular, debido a que la iglesia lo señala como ateo o como anticlerical, algunos sedicentes partidarios suyos inducen a que, correspondiéndole su juego a la iglesia, se le presente como piadoso y tolerante. "Políticamente —asienta Cosío— quiere decirse que no hay que usar a Juárez para combatir a la iglesia católica, primero, porque ésta ha vuelto a ser intocable, y segundo, porque quien la toca, pierde, como ha perdido el gran Juárez su sitial heroico".

De lo anterior, Cosío desprende que la "Historia debería ponerlo todo en su punto", doliéndose de que los historiadores en casos como el de la Reforma, hayan perdido el interés de orientar con su palabra. En cuanto al Congreso Constituyente de 1856 y su consecuencia, la Constitución de 1857, el autor expone que han tenido más críticos que apologistas desde el lado del partido conservador y de la iglesia, los cuales, dejándose llevar por la pasión, "le atribuyeron todos los males del país: su atraso, su pobreza y su ignorancia". En cambio, del lado liberal, los críticos han sido más juiciosos y sinceros, destacándose entre ellos Justo Sierra y Emilio Rabasa.

Justo Sierra a solas es un título en el que Cosío presenta los altibajos políticos y personales del maestro; aquí vemos a Sierra junto a José María Iglesias en contra del presidente Sebastián Lerdo de Tejada; le vemos luego dirigiendo apasionadamente el periódico oficial rebelde; su apoyo a Porfirio Díaz; su papel como periodista, dentro del cual "alcanzó una posición que sólo Zarco había tenido antes y nadie ha tenido después"; sus búsquedas constantes respecto a su pensamiento político, como aquella de ubicar al periódico que dirigía en un marco 'liberal-conservador', siendo "esa dualidad un tema que sin fatiga repasaba: como no entendía la libertad sino dentro del orden, era

conservador; pero también liberal porque el orden consistía en un impulso normal hacia el progreso"; en fin, vemos a Justo Sierra en sus grandes aciertos y en sus bondadosas equivocaciones, como digna introducción a los títulos siguientes donde aparecerá en unión de Emilio Rabasa, y rodeado de los nombres que se relacionan con el tema respectivo.

Y en efecto, como es su propósito, Cosío Villegas en adelante liga constantemente los nombres de Sierra y Rabasa como críticos de la Constitución de 1857, procurando resaltar las aportaciones que en este terreno hicieron cada uno, y asentando, de una vez por todas, "que Sierra es uno de los primeros críticos, por no decir el primero, y también que ha logrado hasta ahora la crítica más acabada".

Cosío hace ver la diferencia de que mientras Sierra elaboró sus materiales entre la prisa periodística y el sobresalto de la discusión política, oposicionista a quienes entonces veneraban la Constitución, Rabasa trabajó los suyos con la calma necesaria y sin que nadie le discutiera acaloradamente, puesto que en 1912, "el descrédito de la Constitución de 57 era completo". Sin embargo, también señala, que si bien es cierto que dicha situación así como su sapiencia jurídica, le llevaron a realizar una crítica "más orgánica y mucho más técnica", Rabasa, treinta y cuatro años después de la de Sierra, no aborda ningún punto más de los que éste ya había abordado, haciendo la salvedad el autor, de que "es muy posible que Rabasa desconociera las críticas de Justo Sierra, pues hasta 1948 no se recogieron en forma de libro, y antes, en consecuencia, sólo podía consultarse en *La libertad* misma, faena ésta siempre fatigosa".

Para Cosío Villegas, como ya se dijo, Sierra supera a Rabasa, y aunque a ratos, este último le lleve a reconocerle méritos y calidades, no puede olvidarse del primero. Cosío, refiriéndose a Rabasa, escribe: "Fue un buen escritor: correcto, claro y brillante, de tantos hallazgos verbales como Justo Sierra, por ejemplo, tan convincente como él y más sobrio".

J. M. Ots Capdequi, *El Estado español en las Indias,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 202 págs., México 1957, Sec. Obras de Historia.

Debidamente corregida y aumentada, se presenta en esta tercera edición el panorama de la nueva modalidad de vida que América adquirió durante el período colonial.

En un primer capítulo se habla de la situación jurídica imperante en estas tierras, de las leyes que se formularon, adaptables para el conglomerado nativo y para los hijos de Castilla; asimismo, se narran las expediciones que pasaron a constituir fructíferos negocios, pues los aventureros, que casi siempre costeaban sus viajes, hicieron una empresa comercial de las "capitulaciones" que les otorgaba el reino.

En otro capítulo se tratan las *Instituciones sociales*, de las que no se pudo obtener ningún beneficio para los conquistados, como era el propósito que las animaba; igualmente, se aborda el problema de la esclavitud abierta y la disimulada (encomiendas, misiones, corregimientos, etc.).

Al pasar a *Las instituciones económicas*, Capdequi dice que las normas concernientes a ellas, no siempre se observaron estrictamente, dado que la

ambición superó al humanismo y a la sumisión a la corona, por lo cual se explotó sin medida la minería, la agricultura, el comercio y la navegación. En resumen: "Las colonias hispanoamericanas fueron consideradas como un simple mercado complementario de la economía peninsular".

El capítulo *Gobierno y administración,* presenta la peculiar organización de los derechos y las obligaciones, así como la escisión de los funcionarios en dos clases: "burocracia profesional" (Oidores, Oficiales de la Real Hacienda, etc.), y "burocracia política" (Virrey, Gobernadores, Corregidores, etc.). Enseguida, Ots Capdequi se refiere a *Las instituciones del derecho privado,* aparece el matrimonio con base en el régimen matrimonial español, pero adquiriendo modalidades y características propias de la unión entre creyentes y no creyentes, o peninsulares y nativos, además de comprender problemas como el de los hijos naturales abandonados. Otro inciso de este capítulo quinto, *Condición jurídica de la mujer,* trata la condición legal de la mujer española, quien estando casi nulificada como persona civil ya que las leyes de entonces no le prodigaban ningúna atención especial, dependía totalmente de los padres o del marido. Paralelamente, se hace notar la elaboración y modificación repetidas de las leyes en favor de la mujer indígena, las cuales, por desgracia, no fueron observadas con apego a un criterio justo a la hora de su aplicación. En cuanto al derecho de sucesión, Capdequi analiza sistemáticamente las diversas formas que se adoptaron, para asegurar que los bienes se sucedieran en la persona o personas que se creían más adecuadas.

Los dos últimos capítulos cubren *El derecho de propiedad* y *El derecho de obligaciones;* el primero, enumerando varios aspectos, va desde los oficios vendibles hasta las encomiendas, y puntualiza asuntos de importancia sobre los derechos de nativos o criollos, de peninsulares y hasta algunos de tipo intelectual.

MANUEL LAMANA, *Otros hombres,* Editorial Losada, S. A., 242 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956, Colec. Novelistas de España y de América.

Javier es el personaje con que se introduce al lector al ambiente de la novela; ambiente de terror y de lucha, de calles grises y cielos nebulosos, de pensamientos desesperados en las cabezas de los hombres; Javier mismo, piensa: "Medio millón, o un millón, o dos millones de habitantes, son otros tantos niños que juegan o lloran, son otros tantos hombres que se aman o se odian o que van a trabajar, o que no pueden dormir, por la noche, porque el insomnio de las preocupaciones se ha apoderado de ellos. Son miles y miles de obreros con boinas y alpargatas y tartera de aluminio medio vacía, son miles y miles de señoritos con cuello planchado y con sombrero; son miles y miles de seres indeterminados, vagamentes concebibles, hartos, ansiosos, pálidos, apresurados, ruidosos. Son miles y miles de jóvenes marcados en los callos de las manos por el trabajo de todos los días, o de manos finas, nerviosas. Todos se mezclan, andan, comen. Pero se ignoran".

Es el ambiente de España después que las fuerzas republicanas fueron derrotadas, cuando aún grupos de universitarios alzaban su voz a través de actividades clandestinas. Javier es un joven displicente en su desenvolvimiento externo, aunque su mundo mental esté colmado de ricas meditaciones y de su interior broten las observaciones que más propias del personaje, parecen del

autor de la novela. Lamana es quien lleva a Javier a intervenir en la lucha clandestina, y Lamana también es quien hace que Javier nos relacione con otro personaje de vida propia: Rivas, formándose de inmediato el contraste entre los dos jóvenes militantes. Cuando la jauría del hombre que ha usurpado el poder apresa a los revolucionarios, Javier escapa y Rivas es encarcelado; el primero, sigue siendo un dedicado a sí mismo, el segundo, en la prisión, se desplaza en una forma casi heroica, con él, Lamana da un personaje de tipo humano, de gran calidad física aun para la tortura y los vejámenes anteriores al encierro. "Algunas veces le esposaban con las manos a la espalda y le ponían de cara a la pared... Cuando así le trataban, le pegaban menos.... le asestaban un golpe cuando se les ocurría. Siempre, lo peor era cuando se le clavaban las esposas en las heridas frescas de las muñecas". No se trata de un superhombre, porque tal composición sería ajena a la realidad, no, Rivas es el hombre que siente miedo, que tiembla, que tiene extravíos de conciencia, que llora, sangra y se orina cuando lo patean. Sin embargo, Javier abre y cierra la novela, la finaliza con su posible suicidio. Al fugarse Rivas se pone en contacto con Javier; juntos llegan a París. Se reorganizan los españoles en el destierro. Javier se aleja en medio de conflictos sentimentales e ideológicos, y su humanidad cobra fuerza —¡lástima!— mediante una debilidad: la cobardía; pero eso, cuando Rivas lo llama, responde: "¿Cómo quieres entonces, que me integre en un grupo? Hay una soledad física, que era mi soledad de antes. Todavía podía luchar. Tal vez admitiera entonces un algo en común. Después he pensado, creo que he pensado. Mi soledad de ahora es, permíteme, metafísica. La palabra no la tenemos nosotros, yo por lo menos. La tienen los americanos. Y si alguien se la puede quitar son los rusos. Depende de quien corra más". En cambio, Rivas, prosigue en la lucha por España. Lamana, en páginas finales, le pone en los labios estas palabras: "Un diálogo que nos permita encontrar unos ideales por encima de las ideologías políticas... A mí me parece que en lo que a España respecta, tendremos que ver el fracaso de la República... Pero, sobre todo, no especular en el vacío. El peor mal de los españoles es no saber hablar. O nos callamos o damos gritos. Y así no se ventila nada".

Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges,* El Colegio de México, 190 págs., México, 1957.

Hace treinta y cuatro años apareció el primer libro del argentino Jorge Luis Borges, fue un libro de poemas: *Fervor de Buenos Aires,* en adelante, de su pluma brotarían las manifestaciones del cuentista y del ensayista, conquistando un puesto de primera fila entre los escritores hispanoamericanos.

Ana María Barrenechea, manejando copiosa bibliografía y sirviéndose de una introducción a su trabajo, ensaya sobre la irrealidad en la obra de Borges, enfocando su atención hacia los temas siguientes: *El infinito, El caos y el cosmos, El panteísmo y la personalidad, El tiempo y la eternidad,* y *El idealismo y otras formas de la irrealidad.*

Borges para satisfacer los imperativos de su mundo creador, se vale de todos los juegos que puede prestarle la imaginación y de todos los elementos materiales y abstractos a su alcance; para sus elaboraciones lo mismo le sirven los espejos y los sueños que los datos históricos y los filosóficos; por ello, a

veces pierde el límite de la creación y de la recreción, cosa que parece no interesarle puesto que es el enemigo de las delimitaciones temporales y espaciales. Del universo, lo único que llega a interesarle es la riqueza que puede sugerirle el caos impuesto por una desintegración fantástica, y la concepción estremecida de su inabarcable infinito, ante el cual, construye verdaderos remolinos de angustia, una angustia de menor consistencia que la kafkiana, ya que ésta surge de la desesperación de un hombre en desacuerdo con la sociedad de su tiempo, mientras que la de Borges es el fruto de su discrepancia con la realidad física: "El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges".

Quizás algún concepto nuestro sobre Borges no marcha de acuerdo con los de Ana María Barrenechea, mas ello carece de importancia, porque lo esencial en este caso, es reconocer que en el escritor argentino hay un posible maestro dentro del género que cultiva, cuyas repercusiones le colocan a la altura de los grandes creadores europeos de literatura fantástica. Ana María Barrenechea, con su interpretación del pensamiento de Jorge Luis Borges, a más de los méritos de su investigación, traza una ruta para quienes deseen acercarse en forma estudiosa a un escritor de complejidades geniales.

JACQUES LUSSEYRAN, *Y la luz se hizo,* Edit. Goyanarte, 222 págs., Buenos Aires Argentina, 1956.

Tres años más tarde a la aparición de este libro en París, Estela Canto ha hecho la traducción con la que se publicó el año pasado en nuestra lengua.

El autor, profesor de la Sorbona, sin antecedentes literarios para nosotros, viene precedido de significativos méritos humanos. Lusseyran, quien perdió la vista a la edad de siete años, ha escrito una autobiografía novelada, en la cual nunca llega a vislumbrarse la derrota ni la desesperación, como podría suponerse. Al contrario, en las formidables descripciones de Lusseyran, aparece siempre un optimismo inesperado. En contraste a su carencia de órganos visuales, el narrador juega constantemente con la luz, a tal grado que podríamos asegurar que la luminosidad es casi un personaje; además, no se trata de un poco de luz muda, no, es una luz musical.

Jacques Lusseyran describe, sin complejos, todas las sensaciones y conocimientos que ha percibido desde el día que perdió la vista; relata su contacto con los compañeros de escuela, con la naturaleza, con la literatura, con la música, etc., hasta llegar al momento en que se constituye jefe de un amplio grupo de jóvenes que militan en la resistencia francesa contra los invasores alemanes. Para mejor entender la voluntad y la superación de este ciego musical y luminoso, haremos algunas transcripciones de sus palabras. Actualmente, dice: "Todavía no lo creo. Se me dijo que estaba ciego: de esto no tuve experiencia. Era ciego para los otros. Yo no lo sabía, nunca lo he sabido, salvo como una concesión que les hago". Más adelante, cuando sólo a prueba lo admiten en la escuela, expresa: "Comprendí en seguida que se exigía de mí más que de ningún otro. No podía permitirme ser mediocre. El término medio me quedaba prohibido. Adquirí conciencia de ello y esa conciencia pesó sobre todos mis estudios como una ley arbitraria y triste. Tenía que ser excepcional". Luego, respecto a un muchacho epiléptico que le cuenta su desdicha, escribe: "Detestaba en él el ser sombrío en que se había convertido y su deseo de huir del sufrimiento. Yo no le perdonaba que me hubiera mostrado una imagen de la desdicha

que, probablemente, no hubiera conocido sin él. Seguramente también lo amaba, pero no por sí mismo: amaba en él al hombre, encogido, ya casi ausente... Y comprendí que la decadencia de un ser empezaba el día mismo en que ya no teníamos el derecho de hablar sobre él con él mismo". Alguien, refiriéndose a su ceguera, le dijo: "De todos modos tú no puedes saber si estamos serios o no. Y tú no tienes derecho a discutir la guerra". Lusseyran se empeñó en conocer mejor a ese alguien, y ahora dice que: "Algunas semanas después era amigo íntimo de mi contrincante. Hoy en día es el único amigo que me ha quedado en Toulose; un amigo generoso, fiel, maravillosamente activo y cordial".

VICENTE T. MENDOZA, *Glosas y décimas de México,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 372 págs., México, 1957, Colec. Letras Mexicanas.

Ciento ochenta y cuatro décimas y glosas divididas en treinta y nueve títulos que a su vez comprenden un sinnúmero de temas, integran la selección del material que para este volumen realizó Vicente T. Mendoza; dicha selección viene precedida de un estudio introductorio, tendente a documentar e informar al lector en forma clara y sencilla.

El origen de la décima se encuentra en España a fines del siglo XV y comienzos del XVI, pasando a América durante la época de la colonización. "Dos corrientes pueden apreciarse dentro de la tradicionalidad de la décima en México. La primera es de origen clásico, traída al país por los eruditos desde los primeros años del régimen hispánico, ya fuese por los evangelizadores o por los frailes doctos que formaron el cuerpo de maestros en nuestra naciente Universidad; la segunda, de origen popular, aportada por los soldados y oficiales de los regimientoes que enviara Carlos III, en el último tercio del siglo XVIII, para reforzar las milicias de la Nueva España".

Vicente T. Mendoza expone que para la selección aquí presentada se sirvió de dos fuentes: la impresa y la oral. En esta última fuente, la décima ha sido alterada en cuanto a las reglas retóricas y la expresión puramente formal, todo lo que se compensa al observar que se ha enriquecido con modismos y voces propias de cada región nuestra, dándole carácter nacional.

"Este trabajo —advierte Mendoza— aspira sólo a reunir en un cuadro coherente los diversos tipos de décima que existen en México, desde aquellos producidos en el período colonial español hasta los que en la actualidad utiliza nuestro pueblo en sus diferentes manifestaciones vitales... En la visión panorámica que entrega este material desfilan los sucesos de la vida colonial tal y como la sociedad de entonces los percibía... el lector encontrará en un desarrollo cronológico las décimas históricas desde las décadas del coloniaje español hasta nuestros días, pasando a través del siglo XIX con todas sus alternativas".

ELVIO ROMERO, *El sol bajo las raíces,* Edit. Losada, S. A., 142 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956, Colec. Poetas de España y América.

Romero es uno de los poetas jóvenes americanos que no necesita presentación, de donde se deduce que su juventud anda lejos del concepto inmadurez. En este tomo, el poeta paraguayo recoge la producción poética que abarca del año 1952 al de 1955.

La poesía de Elvio Romero es clara, directa en su expresión de temática humana, y en cuanto a forma, se inclina la mayoría de veces hacia el verso libre; y decimos la mayoría de veces, porque hay otras en que se manifiesta mediante versos endecasílabos perfectamente acentuados:

Abrid el pecho al corazón, hermanos,
que el corazón trabaje a cada hora,
que se cubra de sol dando a la aurora
la misma claridad que a vuestras manos.

En momentos como los actuales, cuando la poesía está saturada de símbolos que la tornan inalcanzable, o de sencillez que la vuelve negación de su sentido artístico, poemas equilibrados como éstos de Romero, hacen pensar que entre la eclosión de abstracciones y el cartel político, existe un justo medio, donde rige el principio estético predominante en todo arte, que puede enfrentarse a cualquier crisis poética. Elvio Romero logra ese justo medio de que hablamos; logra el equilibrio de la sencillez y de lo bello. Veamos:

Tienes, patria, las manos de madera,
todo el herido cuerpo de madera,
madera y resplandor;
el sudor como lluvia de madera,
de madera los huesos, de madera
dispuesta a resonar.

Jorge Luis Borges, *Manual de zoología fantástica,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 160 págs., México, 1957, Colec. Breviarios.

Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero reunen en este tomo ochenta y dos títulos sobre otros tantos animales fantásticos. Labor que acredita hondos conocimientos en la materia y minuciosa investigación de autores y mitologías.

Cada denominación zoológica está ampliamente tratada dentro de los límites que puede exigir un manual. A veces para no caer en reiteraciones expositivas, se recurre a la cita precisa o se sintetizan las versiones en la forma más adecuada.

En esta paciente recopilación los autores hacen notar las latitudes posibles, reales u oníricas, donde los habitantes de su zoología tuvieron origen. Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero, en el prólogo del tomo, asientan: "no pretendemos que este libro, acaso el primero en su género, abarque el número total de los animales fantásticos. Hemos investigado las literaturas clásicas y orientales, pero nos consta que el tema que abordamos es infinito".

Carlos Sánchez Viamonte, *Los derechos del hombre en la revolución francesa,* Edición de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de México, 318 págs., México, 1956.

Carlos Sánchez Viamonte, cuya obra y personalidad se manifiestan a través del prólogo escrito por Mario de la Cueva, realiza un profundo estudio del significado universal de los derechos del hombre, y en especial, de los redactados para la Constitución francesa después de la revolución de 1789.

Partiendo de que todo derecho tiene como base la libertad, Sánchez Viamonte analiza este último concepto en dos acepciones de lengua sajona: *liberty* y *freedom,* diciendo que la primera encierra el significado clásico de libertad, y la segunda "es el hecho más sensacional para la historia jurídico política de la humanidad porque en ella aparece el hombre como entidad jurídica protegida institucionalmente aun frente a la autoridad". *Freedom* es "la libertad concreta", y *liberty,* la abstracta. Enseguida, el expositor habla de la posible influencia de la revolución norteamericana sobre la francesa, asentando que Francia, en "la transformación política, jurídica y social de la humanidad civilizada", dio el fundamento filosófico, y Estados Unidos el derecho positivo. Sánchez Viamonte hace historia de los antecedentes de la Revolución francesa, investigando al final, en distintos textos, la palabra garantía y dando sobre ella su propio punto de vista jurídico.

El resto del libro contiene, transcripciones, índices de discursos, proyectos, sesiones, y demás material complementario al trabajo del autor.

Luis Abad Carretero, *Niñez y filosofía,* El Colegio de México, 336 págs., México, 1957.

Este libro de sugestivo título, comprende un conjunto de ensayos de temas variados, escritos con naturalidad y conocimiento de los asuntos tratados. Una primera parte del volumen se integra con dieciséis ensayos, mientras la segunda reune semblanzas de escritores notables de México y comentarios a libros de autores mexicanos.

En el ensayo que da nombre a la obra se hace una evocación filosófica de la niñez; Abad Carretero revive sus años pasados en Almería, los paseos por un río cercano, y toda una serie de sucesos que redondeando la época infantil se prestan a interpretaciones filosóficas de su vida. "Había siempre en mí —dice Abad— como una protesta por aquella vida tan radicalmente uniforme. Sentía admiración por lo nuevo, por lo que daba un sesgo diferente al vivir diario, y a pesar de mis pocos años, aquella estrechez me anonadaba. Por eso cuando veía aquel tren que por el negro ojo del túnel desaparecía hacia otro mundo, me sentía lleno de infinita tristeza. Para mí aquel túnel era como lugar de prueba y símbolo de lucha. Ser libre pensaba, poder ser dueño de mí, entrar en un ambiente diferente donde se viviera de otra manera, haciendo cada cual lo que le viniera en gana".

El mismo interés que despierta *Niñez y filosofía,* despiertan los ensayos: *La idea de justicia en el Quijote, Del psicoanálisis a la psicología analítica* y *El diálogo telefónico.* De la segunda parte nos parece prudente objetar, que algunos trabajos son más bien producto de la amistad que del reconocimiento, y que comparados con los que se dedican a pensadores de la importancia de Jesús Silva Herzog, José Gaos y Leopoldo Zea, se vuelven aún más pequeños que los personajes a que se refieren.

Víctor Alba, *Esquema histórico del movimiento obrero en América Latina,* Edit. Costa-Amic, 156 págs., México, 1950, Colec. Panoramas.

Considerando que el movimiento obrero en nuestra América tiene gran

importancia política, social y económica, el aparecimiento de trabajos como el presente, y dada la escasa bibliografía sobre el tema, debe saludarse con entusiasmo, pues facilita el conocimiento de dicho asunto, sus repercusiones en la vida de nuestros pueblos y su papel en el presente y en el futuro. Sin embargo, la misma escasez de bibliografía, a veces hace que los autores incurran en error, por ejemplo, este de Víctor Alba anota fechas y apreciaciones muy discutibles, así como generalizaciones bastante superficiales, datos todos que cualquier lector de nuestros países podría contradecir, para el caso, no estamos de acuerdo con Alba de que en El Salvador, a principios de la cuarta década del presente siglo, se masacraron 15,000 campesinos, ya que aun sin cifra oficial, se han hecho cálculos que nunca aceptan menos de 25,000 y que consideran arriba de 30,000 los sacrificados.

Pero aparte de lo anterior, también no se puede estar de acuerdo con Víctor Alba en su versión sobre la caída del régimen democrático de Guatemala, versión que coincide con la del Departamento de Estado, no obstante que acerca de dicho derrocamiento existe —ahora sí— copiosa bibliografía, pues sólo *Cuadernos Americanos* ha editado dos títulos (libros de Cardoza y Aragón y Guillermo Toriello) que son decisivos para acercarse a la verdad de lo sucedido.

En la parte final de su ensayo, Alba escribe sobre el futuro del movimiento obrero y lo que considera debe ser su función; varias tesis son aceptables, pero otras como esa del "panamericanismo obrero" y de que la industrialización de nuestros países, sólo es posible con capitales extranjeros, nos parecen poco acertadas; la industrialización, por ejemplo, puede alcanzarse mediante las inversiones de la burguesía nacional. La parte más interesante del libro de Víctor Alba, es la que se refiere a los datos estadísticos sobre nuestro desenvolvimiento económico y a las condiciones de vida de nuestros pueblos.

MIGUEL BUENO, *Las grandes direcciones de la filosofía,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 236 págs. México, 1957, Publicaciones de Diánoia.

En este volumen se estudian las corrientes filosóficas de más importancia, la *realista,* la *idealista,* la *cultural,* la *vital* y la *metódica,* partiendo desde sus raíces griegas. Lo notable en este trabajo de Miguel Bueno, es la claridad de estilo y la docta manera de ir explicando los problemas de cada una de las "direcciones" tratadas.

Bueno, con la autoridad que le ha dado el estudio, y la experiencia obtenida como catedrático de la disciplina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, se detiene a desentrañar el significado de los términos filosóficos. Así cuando dice: también hay que distinguir el concepto filosófico del 'idealismo' de la acepción que tiene en la vida cotidiana, cuando alguien dice que es 'idealista' porque mantiene ciertos 'ideales' entendiendo por ideal la norma que se refiere a la conciencia ética. Una persona es idealista —de acuerdo con esta acepción— si dirige su conducta a tono con sus propias convicciones. En cambio, un filósofo es idealista —en el verdadero sentido del término— si coloca una *idea racional* como eje de toda su filosofía".

SALVADOR CALVILLO MADRIGAL, *Dilucidario,* Edit. Los Presentes, 122 págs., México, 1956.

El relatista se ha lanzado con dieciséis títulos a dilucidar otros tantos problemas, valiéndose de artículos y ensayos que a veces dan la impresión de haber sido meditados, y a veces, en cambio, manifiestan la urgencia por la entrega.

De todos modos, si bien algunos temas parecen no haber sido redondeados, los títulos en general mantienen una preocupación, la de Calvillo por acercarse al hombre y sus problemas, para ello se sitúa en distintos ángulos: anecdótico, histórico, político, social, etc., fortaleciendo sus puntos de vista con las opiniones de otros autores, traídas a los trabajos mediante citas oportunas. No obstante la severidad ensayística que Calvillo Madrigal muestra al principio de ciertos temas, siempre termina dejándose dominar por el relatista de méritos que hay en él.

EDUARDO NICOL, *Metafísica de la expresión,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 422 págs., México, 1957, Sec. Obras de Filosofía.

El filósofo catalán Eduardo Nicol, da a los estudiosos mexicanos un quinto libro, en el cual analiza minuciosamente la crisis de la metafísica tradicional al par que coloca los cimientos de una *metafísica de la expresión.*

Eduardo Nicol dice: "Al examinar las posibilidades de una metafísica de la expresión, y las razones por las cuales la tradición la desdeñó implícitamente, hemos tenido que revisar los fundamentos de esa tradición. La posibilidad de una restauración de la metafísica, y a la par de una fundamentación fenomenológica (ontológica) del conocimiento, se vio que residía precisamente en esa metafísica de la expresión que nos habíamos propuesto como objetivo. El dato primero con el que contamos, o sea la aprehensión del ser, implica ya el concurso de la palabra dialogada, y toda palabra es expresión; por otra parte, el llamado sujeto de conocimiento es identificado él mismo primariamente también, como ser de la expresión".

Cinco lustros empleó el Dr. Nicol en la preparación de este enjundioso libro, el cual, seguramente, será bien acogido entre los amigos de la sabiduría.

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA, *La enmascarada,* Edit. Canata, 260 págs., La Paz, Bolivia, 1956.

Fernando Díez de Medina reafirma su talento con este tomo, cuyas páginas reunen trece cuentos, cada uno de los cuales contiene "el secreto de disparar la flecha, lo suficiente para que no se pierda en la bruma, lo preciso para que no se arrastre por la hierba".

Lo fantástico *(La enmascarada,* que da título al libro), las pasiones humanas *(El llano blanco),* y otros aspectos humanos incluyendo la justicia social *(Una tarde de abril),* o el humor fino *(Rivalidad),* sostienen una perfecta armonía emocional en quien lee este conjunto de cuentos. Para lograr tal resultado, Díez de Medina unió la sensibilidad, el conocimiento del tema y el dominio absoluto del lenguaje, por ello, también, cuando surge la narración, se

lleva al lector por caminos que satisfacen siempre la imaginación y que alientan la vida por la ausencia de situaciones negativas.

Pedro Muñoz Amato, *Introducción a la administración pública,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 216 págs., México, 1957, Sec. Obras de Economía.

El primer tomo de esta materia fue publicado en 1954. El presente es el segundo tomo, y encierra tres capítulos *(Cómo se humaniza la administración personal, Educación y adiestramiento,* y *El sistema de mérito para el servicio público)* más dos apéndices *(Ley y reglas de personal del Estado libre asociado de Puerto Rico,* y *Estatuto de servicio civil de la República de Costa Rica).*

Considerando que todo servicio público es auxiliado por elemento humano, y que el mayor rendimiento de dicho servicio ante la sociedad depende de las condiciones vitales en que se encuentren empleados y funcionarios, Pedro Muñoz Amato sostiene que a éstos debe valorárseles en la "significación global de sus personalidades", conforme a su actuación social tanto dentro de su labor como fuera de ella; asimismo, Muñoz Amato habla de los factores externos e internos que afectan la psicología del trabajador en detrimento de su labor. En síntesis, para alcanzar el posible perfeccionamiento de la Administración Pública, debe cuidarse con esmero al personal que la sirve.

Santiago Monserrat, *Interpretación histórica del Quijote,* Edit. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 198 págs., Córdoba, Argentina, 1956.

Más de la mitad de las páginas de este volumen comprenden el título del ensayo que le da nombre, el resto, encierra seis ensayos adicionales: *Arte y temporalidad, Arte y tradición, Sentido y fin de la biografía, Síntomas de la nueva poesía, Notas para una estética de cine,* y *Franz Kafka y el oscuro presente.*

Monserrat, para su análisis histórico del *Quijote,* divide su estudio en tres partes. En la primera, acepta la clásica obra como resultante del momento crítico-histórico de España, cuando "lo práctico se va imponiendo a lo ideal" y los dos personajes principales de Cervantes reencarnan en las dos clases básicas, de las que al ascender una y mezclarse con la otra, resultarán los cimientos de una sociedad posterior. Sancho representa a la burguesía y Don Quijote a la nobleza, pero el primero no suplanta al segundo, sino que hereda la tradición de "justicia y amor que constituye el norte del caballero inmortal".

En el segundo subtítulo, Monserrat se detiene en consideraciones sobre las dos segundas partes del *Quijote:* la auténtica y la de Alonso Fernández de Avellaneda. Refiriéndose a Cervantes llega a la conclusión de que éste concibió su obra de una vez y dividida en dos partes. Sin embargo, cree que la segunda es el reverso de la primera, y que corresponde al "glorioso fracaso" del pueblo español el cual despierta de su sueño primero, a la vez que Cervantes "comprueba la inutilidad práctica de los ideales extremados... y se burla de ellos para consolarse y consolar a España". La individualidad del *Quijote* representa la colectividad española, y la amargura de Cervantes es la amargura de España.

En la tercera y última parte del ensayo de Monserrat, éste analiza los elementos claves para la "interpretación genuina" del *Quijote;* dichos elementos,

son: *moral,* el ideal y el idealismo representados por Don Quijote; *histórico,* la proyección en él de la sociedad de su época, y *estético,* la belleza relacionada con el personaje; elemento éste que no puede ser opacado por los dos anteriores, ya que de no haber belleza, no hubieran alcanzado validez los otros elementos substanciales que conforman esta obra de arte.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR, *Correspondencia diplomática franco-mexicana,* El Colegio de México, 426 págs., México, 1957.

Antecedentes a esta clase de trabajo, son los relativos a correspondencia entre España y México, y Washington y México. La del presente fue tomada directamente del archivo del Ministerio de Negocios Extranjeros en Francia, lugar a donde se trasladó Ernesto de la Torre Villar para el desempeño de su labor, consistente en complementar la documentación respectiva con prólogo, texto y notas, aparte de la fundamental selección.

La correspondencia diplomática entre Francia y México, recogida en este volumen, abarca los años de 1808 a 1839. Un índice de documentos, elaborado cuidadosamente, con notas sintéticas y traducciones, cubre gran parte del voluminoso tomo; dichos documentos aparecen en su clasificación original, indicando si son de propiedad personal u oficial.

El autor de tan minucioso trabajo, consideró sin duda de verdadera importancia, dar a conocer ya las *Memorias de las revoluciones de México* y la *Noticia histórica acerca de la República de México.* También se incluye un apéndice conteniendo listas de ministros franceses y mexicanos ante los dos países. Por todo lo anterior, el fruto de la dedicación de Villar es esta valiosísima aportación al estudio de las relaciones internacionales, basándose en acontecimientos de la propia historia mexicana.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS de la Universidad Nacional Autónoma de México. Director: Justino Fernández, Vol. VI, Núm. 25, 1957, México.

Con justicia, los integrantes del *Instituto de investigaciones estéticas,* dedican este número de sus *anales* en *homenaje* al Dr. Manuel Toussaint (fallecido el 22 de noviembre de 1955), quien fuera, durante veinte años, Director de dicho Instituto. Los trabajos que aquí se incluyen inician una serie de los mismos, tendentes a analizar y criticar la vasta obra con la que el maestro Toussaint aportara valiosamente a diversos campos de la cultura, y cuya "mayor contribución" es la referente "al estudio de nuestro Arte Colonial, en el que fue la máxima autoridad, todavía no superada".

Justino Fernández, al tratar *El pensamiento estético de Manuel Toussaint,* dice: "Su obra significa en ese proceso histórico la afirmación definitiva del arte de la Nueva España, al que da el sentido de mestizo, para no perder la raíz indígena, y al mismo tiempo ve en él surgir y triunfar la personalidad propia de México. Esto le fue revelado por su sentido estético, como sucede cuando el arte encuentra un intérprete sensible, de espíritu amplio y comprensivo".

Francisco de la Maza, al escribir sobre *Manuel Toussaint y el arte colonial en México,* afirma: "fue lo que se llama un 'polígrafo'. La palabra es fea pero nos señala su cualidad de escritor fecundo y variado, sin limitaciones, abierto a la cultura. Fue poeta y literato, crítico e historiador, historiador de ideas, de hechos, de detalles y de teorías; historiador de arte como cima y apogeo de sus desvelos y entusiasmos, pero igual sabía de novela que de teatro, de poesía que de filosofía del arte, de crítica literaria como de crítica plástica".

Raúl Flores Guerrero, presentando *La visión arquitectónica de Manuel Toussaint,* asevera: "La arquitectura es para él algo que tiene vida propia, perdurable, secular; algo que está más allá de la disposición armónica de una fachada, el ritmo inalterable de unos arcos y la colocación bien lograda de una cúpula; algo, en fin, que trascendiendo los límites del nombre o de la personalidad del artista o del arquitecto creador, es el grandioso testimonio de la manera de ser y de actuar, de sentir y de pensar, de todo un pueblo".

Pedro Rojas, glosando el libro *"La catedral de México" de Manuel Toussaint,* expone: "Con Toussaint, un gran monumento, que está ahí, mudo ante fieles y espectadores de nuestro tiempo, recupera la vida y al conjuro del cuidadoso investigador se levantan los acontecimientos, los materiales y las personas".

Elisa Vargas Lugo, en *Manuel Toussaint y la pintura colonial,* asegura: "El estudio de la pintura colonial fue el aspecto del arte novohispano, que interesó sobre todos, de manera especial y personal, a don Manuel Toussaint".

José Rojas Garcidueñas, exponiendo a *Toussaint en las letras,* dice: "que no se tendría nunca una visión apropiada ni podría formular un juicio acertado de Manuel Toussaint sin conocer y reconocer lo que produjo en el campo de lo literario ya como investigación y crítica, ya como impulso a la difusión, ya como obra de invención y particular creación".

Luis Reyes de la Maza, en su *Manuel Toussaint y su literatura infantil,* escribe: "al internarse en géneros que nunca había tratado antes, logra una de las mejores narraciones infantiles digna de figurar al lado de las que la tradición ha hecho clásicas, como son las de Andersen, Perrault y Grimm".

Vicente T. Mendoza, recordando *El papel de Manuel Toussaint en el folklore,* explica: "el autor ordena y clasifica y en esto estriba su aportación al folklore, pues al hacerlo pone en su verdadero sitio cada tema, comprobando de paso su tradicionalidad".

Enseguida, se reproduce la contestación de Manuel Romero de Terreros al discurso de recepción de Manuel Toussaint en la Academia Mexicana de la Historia Correspondiente de la Real de Madrid, verificada el 10 de febrero de 1949. Y finalmente, Clementina Díaz y Ovando, en *Manuel Toussaint, historiador,* escribe: "también podemos advertir al través de su obra la amplitud de su criterio no sólo documental sino interpretativo y poético, cualidades todas que hacen al verdadero historiador".

CRUZ DEL SUR, Edita y distribuye Librería Cruz del Sur. Año III, Núm. 32, febrero, 1957, Caracas, Venezuela.

Sin lugar a dudas, lo sobresaliente de este número es la traducción del *acto único* del dramaturgo alemán Bertolt Brecht, muerto el año pasado a la

edad de cincuentaiocho, después que desde 1918, con su *Tambores en la noche,* había venido ganándose la atención del público europeo. Cuando la muerte sorprendió a Brecht, su genialidad —pues no se puede hablar de teatro moderno omitiendo su nombre— campeaba humildemente por todos los teatros de Europa, haciéndose ovacionar al paroxismo por un público que sin distinción de clases, e identificándose emocionalmente con sus obras, recordaba con pavor los estragos que le habían causado dos guerras mundiales.

La traducción publicada aquí pertenece a Nicolás Curiel, quien se basó en la versión italiana de Ruth Galloni; entregándonosla en español con el título: *Los fusiles de la madre Carrar.* Esta *madre Carrar* en mucho nos recuerda la *madre coraje* que en México, Margarita Nelken, tradujera como *Ana la valor.* El desarrollo del acto que nos ocupa está ubicado en España. "Una noche de abril de 1937, en una casa de pescadores de Andalucía". La madre ha perdido hace algún tiempo a su esposo en la contienda; por esa experiencia amarga cuida que sus hijos Juan y José no marchen al frente. Desde la ventana de su casa vigila la barca de Juan que anda pescando, mientras adentro, discute con José, quien desea partir hacia el campo de batalla, acerca de los inconvenientes de la guerra y el derramamiento de sangre. "Somos —le dice— gente pobre y los pobres no podemos darnos el lujo de la guerra". El hermano de la madre, Pedro, llega en esos instantes, va en busca de los fusiles que ella esconde y que guarda desde la muerte de su esposo. Entre los nuevos diálogos que surgen, Pedro reclama a su hermana que Juan esté pescando en lugar de estar en el frente; la mujer, mientras amasa la última harina de que se dispone en el hogar, responde: "Dios ha dado oficios a los hombres. Mi hijo es pescador". Pedro le pide los fusiles. La madre los niega. Él sugiere llevarle a sus hijos. Ella entonces suplica airada: "Deja en paz a mis hijos, Pedro! He dicho a los dos que me mataré si se van". El hermano le explica: "...no combatir, significa combatir a favor del enemigo". La madre replica: "Quien a hierro mata a hierro muere". Detrás de la puerta se oyen voces. Después se abre la puerta y entran tres mujeres, con las manos en cruz sobre el pecho, murmurando el Ave María. Se apoyan a las paredes, y dos pescadores entran llevando sobre una vela ensangrentada a Juan muerto... *Primer pescador:* Ha sido una de sus guardacostas. Al pasar le dispararon con las ametralladoras... *La madre:* No puede ser! Es un error! Había ido a pescar!... *Pedro* (a los pescadores): ¿Estaba solo? ¿Ninguna otra barca estaba afuera?... *Segundo pescador:* Ni siquiera le preguntaron nada. Le lanzaron sus faros encima y después su farol cayó en la barca... *La madre:* Verdaderamente. No son hombres. Es lepra y debe quemarse como lepra (A las mujeres que rezan, gentilmente): Les ruego que se vayan. Tengo mucho que hacer... (La gente sale. Cuando quedan solos la madre recoge la vela y la mira. La arrastra hacia el fondo y cubre al muerto. En ese momento el rumor de los cañones, inesperadamente, se oye más cerca) *José:* ¿Qué pasa?... *Pedro* (agitadísimo): Cayeron. Debo ir rápido... *La madre* (caminando hacia el fondo, y fuerte). Saquen los fusiles. Prepárate, José. El pan está listo también... (Mientras Pedro saca los fusiles, ella mira el pan, lo pone fuera del horno, lo envuelve en un trapo y se aproxima a los dos. Coge uno de los fusiles). *José:* ¿Quieres venir tú también?... *La madre:* Sí, por Juan... (Se van hacia la puerta).

Revista Mexicana de Sociología, Director: Lucio Mendieta y Núñez. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma, Año XVIII, vol. XVIII, Núm. 2, mayo-agosto 1956, México.

Característico en esta revista es la selección que, para cada número, hace de los materiales adecuados a su especialidad. En el sumario del presente aparecen trabajos rubricados por firmas de prestigio, y cuyas exposiciones son de tal interés, que resulta difícil inclinarse por determinado autor. Sin embargo, forzando un tanto dicha dificultad, llaman la atención para comentar y transcribir, las colaboraciones de Aldo Solari, de la Universidad de Montevideo, y de Joseph S. Roucek, de la Universidad de Bridgeport.

Este último, exponiendo *Algunos aspectos de la sociología política,* hace ver que en los Estados Unidos, la ciencia política "en cuanto disciplina académica" ha tenido como una de sus características preponderantes, entender como hechos concernientes a ella, sólo aquellos que caen en la órbita legalista o jurídica. De tal manera que desconoce o aísla situaciones reales y de contenido político como las huelgas, en lugar de considerarlas como "fenómenos que precisa estudiar y describir". Roucek agrega, que "por todas estas razones es por lo que el estadounidense medio, lo mismo que el científico estudioso de la política, insisten en considerar a la política toda como un proceso esencialmente pacífico que busca reconciliar intereses conflictivos dentro del marco de las instituciones gubernativas".

Las clases sociales y su gravitación en la estructura política y social del Uruguay, es el trabajo que corresponde a Aldo Solari, quien haciendo interpretaciones sociológicas de tipo nacionalista, piensa en las proyecciones que éstas puedan tener "para la Sociología General y, en particular, para la Sociología Política". Solari, rebate la afirmación de que en el Uruguay no existen clases sociales, dice que ella está sostenida sobre falsos argumentos, uno de los cuales es el principio político de que *todos los hombres son iguales ante la ley,* principio que si bien es aplicable en sociedades europeas a partir de la Revolución Francesa, no del todo puede extenderse al Uruguay donde existe una composición numérica de las clases que denota estas expresivas diferencias: las clases proletarias, urbanas y rurales, 600,000 personas; las clases altas (o burguesía), 100,000 personas, las clases medias, casi 2.000,000 o 75% de la población total; ahora bien, su situación económica, dada la carencia de datos exactos relacionados con las diversas clases, puede entreverse cuando Solari escribe que "1,150 personas poseen, de acuerdo al último censo agropecuario, la tercera parte de toda la superficie explotada del país, o sea, casi 6 millones de hectáreas. En el otro extremo de la escala, el 70% de los propietarios, no alcanzan, juntos, al 10% del área total".

En este número hay trabajos de: Luis Recaséns Siches, Juan Roura Parella, Armond Fields, Feliks Gross, Óscar Uribe Villegas, Raúl Benítez Zenteno, Lucila Flammand, María del Carmen Ruiz Castañeda y Jorge Martínez Ríos.

Cuadernos Hispanoamericanos, Revista Mensual de Cultura Hispánica, Directores: Marqués de Valdeiglesias y Luis Rosales. Núm. 83, noviembre 1956, Madrid, España.

Aparte de lo bien escrito del ensayo, por la importancia que tiene para

México y lo mexicano, comentamos la *Interpretación de México* de Claudio Esteva Fabregat, quien haciendo un recuento histórico que parte del siglo x, interpreta, más que a México, al mexicano. Naturalmente, no se puede estar de acuerdo en todo con lo dicho aquí por Esteva Fabregat, pero sí son transcribibles muchos juicios suyos, así cuando después de recordar las penalidades que sufrió el mestizo, asegura que "ha llegado dominándola... a conquistar la vanguardia en la historia mexicana". Agregando: "La teoría del mexicano de hoy es sólo en cuanto sea teoría del mestizaje. Esta es la fórmula profunda, la que encuentra realmente al ser en su verdadero centro. Cuando el mexicano es mestizo es cuando es". Esteva habla del *Dilema intelectual,* llamando *intelectual de acción* al antropólogo mexicano que "ha visto al hombre nacional en la perspectiva de la acción, porque ha entrado en la subjetividad del problema, viviéndolo". En cambio, contraponiéndolo a otro tipo de intelectual, sostiene que "cuando el mexicano ha sido explicado filosóficamente, ha perdido desarrollo, se ha quedado en puras accidentalidades".

En este número hay trabajos de: Luis Farré, Javier Irastorza, Pedro Caba, Manuel Alcántara, Elisabeth Mulder, Darío Suro, Jorge C. Trulock, Gonzalo Puente Ojea, Manuel Orgaz y Tomás Salinas.

América Indígena, Órgano Trimestral del Instituto Indigenista Interamericano, Director: Manuel Gamio. Vol. XVII, Núm. 2, abril 1957, México.

La Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura (México, 18 a 26 de septiembre de 1956), en lo tocante al analfabetismo, dio pie a un editorial bien fundado, donde se da a entender que como siempre en estas asambleas, "son interesantes las consideraciones y recomendaciones expuestas... pero con frecuencia unas y otras resultan inoperantes en considerable proporción, pues no se indica la manera de darles aplicación práctica y efectiva, por lo que son objeto de múltiples y a menudo equivocadas interpretaciones".

En este número hay trabajos de: Thales de Azevedo, Miguel León Portilla, Paul H. Ezell, George Yamada y Roberto Williams.

Sur, Revista bimestral, dirigida por Victoria Ocampo. Núm. 244, noviembre-diciembre 1956, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: María Elena Walsh, Albert Camus, Roy Fuller, F. S. de Mantovani, Alberto Girri, Virgil Thompson, Pierre Moreau, Jorge A. Paita, Jorge A. Capello, Luisa M. Levinson, Victoria Ocampo, Eduardo González Lanuza, Enrique Anderson Imbert, Mario A. Lancelotti, E. G. L., Alicia Jurado, Gustavo Ferrari, David Garnett, Eugenio Guasta, Emilio Sosa López, Héctor Óscar Ciarlo, Hugo Parpagnoli, Juan Pedro Franze, y M. A. L.

Ficción, Revista-libro bimestral, Director: Juan Goyanarte. Núm. 4, noviembre-diciembre 1956, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Roger Pla, Héctor Eandi, Juan Carlos Ghiano, María Angélica Bosco, J. C. G., Miguel Ángel Asturias, Ernesto Sa-

bato, Jorge D'Urbano, Jorge Aráoz Badí, Juan Pedro Franze, Romualdo Brughetti, Enrique Azcoaga, Adolfo Mitre, Omar del Carlo, Luis Pico Estrada, Estela Canto, F. J. Solero, Carlos A. Loprete, Hellen Ferro, E. D., y O. de C.

COMENTARIO, Revista trimestral, Publicación del Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información, Director: Máximo G. Yaguspy. Año IV, Núm. 14, enero-febrero-marzo 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: José Kaminker, Daniel D. Vidart, Francis Bertier, George Lichtein, Leo Heiman, José Barcia, José Isaacson, B. González Arrili, R. Cansinos Assens, Gregorio Sapoznikow, David Daiches, Armando J. Cobo, Elsa Jascalevich, F. J. Solero, Lucilo Ortiz, Enrique Labrador Ruiz, Hugo Lentz y Jean Duvignaud.

REVISTA DE HISTORIA, Publicación trimestral, Director: Enrique M. Barba. Núm. I, Primer trimestre 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Andrés R. Allende, Luis V. Sommi, Ataúlfo Pérez Azuar, Olegario Becerra, Emilio Fermín Mignone, Dardo Cúneo, Juan Carlos Ghiano, Julio R. Payró, José Babini, Norberto Rodríguez Bustamante, Roberto Etchepareborda, Máximo P. Butta, Sergio Bagú, Ricardo M. Ortiz, Leoncio Gianello y Julio César Jobet.

CORDILLERA, Revista boliviana de cultura, Director: Fernando Díez de Medina. Año I, Núm. 3, noviembre-diciembre 1956, La Paz, Bolivia.

En este número hay trabajos de: César Armando Gómez, Fernando Díez de Medina, John Pudney, Jesús Silva Hérzog, Germán Arciniegas, Humberto Guzmán Arze, Ramón Sender, Carlos Manuel Muñiz, Federico Díez de Medina, Carlos G. de Saavedra, Aquiles Nazoa, Julia Elena Fortún de Ponce, Ernesto Giménez Caballero, Edmundo Valadés, Julio de la Vega, Huáscar Taborga, León Benarós, Raúl Calderón Soria, Antonio Mariaca y Armando Pacheco.

REVISTA DEL COLEGIO NACIONAL "BERNARDO VALDIVIESO", Publicación cultural de profesores y alumnos. Director: Dr. Gustavo A. Serrano. Octubre 1956-enero 1957, Loja, Ecuador.

En este número hay trabajos de: Gustavo A. Serrano, Germán Alejandro Carrión, Dr. Salvador Valdivieso Burneo, Carmen Acevedo Vega, Antonio Lloret Bastidas, Dr. Ezequiel Márquez Tapia, Prof. Lcdo. Jaime E. Costa, José María Sánchez Rodríguez, María Elena Cevallos, Alfredo Jaramillo, Justino Cornejo y Antonio Bolívar Mora.

Poesía Española, Director: José García Nieto. Núm. 62, febrero 1957, Madrid, España.

En este número hay trabajos de: Rafael Montesinos, Francisco Javier Martín Abril, Gerardo Diego, Juan Mújica, Gabriela Mistral, Carmen Conde, Stella Corvalán, Matilde Lloria, Jean Aristeguieta, José Ramón Medina, Francisco Pérez Estrada, Manuel García Viñó, Jesús Pardo, Alfonso Martínez Garrido, Mariano Altemir, Manuel G. de Andrés, Jean-Claude Ibert, José Miguel Naveros, Fernando Allué y Morer, J. R. Masoliver, Luis Jiménez Martos, y Teresa Barbero.

Clavileño, Revista de la Asociación Internacional de Hispanismo, Director: Francisco Javier Conde. Año VII, Núm. 42, noviembre-diciembre 1956, España.

En este número hay trabajos de: Gerardo Diego, Guillermo Díaz-Plaja, Ricardo Gullón, José Luis Cano, José García Nieto, Rafael de Penagos, Eloy Benito Ruano, Antonio Gallego Morell, Francisco Garfias, Adriano del Valle, Alfredo Carballo Picazo, José Ares Montes, M. F. A., y Alberto Gil Novales.

Papeles de Son Armands, Revista mensual, Director: Camilo José Cela. Año II, Tomo IV, Núm. XII, marzo 1957, Madrid-Palma de Mallorca, España.

En este número hay trabajos de: Camilo José Cela, Guillermo de Torre, Juan Marichal, Pablo Antonio Cuadra, María Villángómez, José Agustín Goytisolo, Lorenzo Villalonga, y F. M. Lorda Alaíz.

Humanidades, Revista de la Universidad Pontificia de Comillas. Vol. VIII, Núm. 16, 1956, Santander, España.

En este número hay trabajos de: D. Mayor, Menéndez y Pelayo, José Sola, Félix Sánchez Vallejo, Primitivo Rojo, y J. Manuel Fernández.

Revista Hispánica Moderna, Publicación trimestral fundada por Federico de Onís, Director: Ángel del Río. Año XXIII, Núm. 1, enero 1957, Columbia University, Nueva York, Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Iván Schulman, Manuel Durán, Ana María Barrenechea, Concha Zardoya, Marta E. Morello, Allen W. Philips, Gustavo Correa, Esperanza F. Amaral, Helena Percas, Víctor M. Valenzuela, Ernesto G. da Cal, A. del Río, Rosalie Clorinda Meola, Alberto Machado da Rosa, Carlos Blanco Aguinaga, Mireya Jaimes-Freyre, Emilio González, Gregory Rabasa, Anthony Tudisco, Amelia Agostini, María Soledad Carrasco Urgoiti, y John L. Hubbell.

HUMANISMO, Revista de insobornable orientación democrática, Dirección: Raúl Roa e Ildegar Pérez Segnini. Año V, Núm. 42, marzo-abril 1957, México.

En este número hay trabajos de: Volga Marcos, Herbert Matthews, Miguel Bueno, Alberto Leiva, Lázaro Cárdenas, Fedro Guillén, José Ferrer Canales, Antonio Espina, Alberto Rimbaud, Luis Molina Parrado, Nicolás Guillén, Pedro Duno, Ramiro Cardozo, Simón Alberto Consalvi, Harri Kantor, y J. M. Siso Martínez.

METÁFORA, Revista literaria, Directores: A. Silva Villalobos y Jesús Arellano. Año III, Núm. 13, marzo-abril 1957, México.

En este número hay trabajos de: Francisco González Guerrero, Elías Nandino, Juan Meléndez de Espinosa, Olga Arias, Margarita Paz Paredes, Dora Isella Russell, Miguel N. Lira, Rubén Salazar Mallén, Carlos Ramón Gutiérrez, A. Silva Villalobos, Rosario Castellanos, Jesús Arellano, E. O. S., y Galván Corona.

UNIVERSIDAD, Órgano de la Universidad de Nuevo León, Director: Fidencio de la Fuente Olivares, Núms. 14-15, abril 1957, Monterrey, México.

En este número hay trabajos de: José Luis Martínez, Alfonso Rangel Guerra, Sergio Fernández, José Rojas Garcidueñas, Felipe Sánchez de la Fuente, Arturo Elizondo García, Carlos Canseco Jr. y Neyda Leal Marroquín.

ÁGORA, Revista Universitaria, Director: J. Antonio Navarrete R. Año II, Núm. 7, abril-junio 1957, Querétaro, México.

En este número hay trabajos de: Felipe González Cordero, J. Antonio Navarrete, Lic. Ernesto Zepeda Vásquez, Lic. Miguel Gutiérrez G., Francisco Cervantes Vidal, Francisco Galerna, y Rubén Torres Morales.

KHATARSIS, Responsable: Jorge Cantú de la Garza. Núms. 13-14, octubre-noviembre 1956. Monterrey, México.

En este número hay trabajos de: Hugo Padilla, Rafael Estévez, Jorge Cantú de la Garza, Salomón González Almazán, Jorge Albero, Rubén Bureta, y Ario Garza Mercado.

CANTERA, Revista de Cultura, Director: Raúl Arreola Cortez. Tomo I, Núm. 6, enero 1957, Morelia, Mich., México.

En este número hay trabajos de: Raúl Arreola Cortez, Eduardo Pérez Tabasco, Juan Marinello, Gabriela Mistral y Rubén Martínez B.

ARMAS Y LETRAS, Boletín mensual de la Universidad de Nuevo León, Director: Fidencio de la Fuente: Año XIV, Núm. 1, enero 1957, Monterrey, México.

En este número hay trabajos de: Octavio Paz, Franz Bouchspies, Walt Whitman, Alfonso Gutiérrez Hermosillo y Enriqueta Ochoa.

ASOMANTE, Directora: Nilita Vientós Gastón. Año XII, Vol. XII, Núm. 4, octubre-diciembre 1956, San Juan, Puerto Rico.

En este número hay trabajos de: Federico de Onís, José Gaos, Margoth Arce de Vásquez, Domingo Marrero, Emilio S. Belaval, Julia Córdova de Braschi, G. I. Geers, María Teresa Babín, Ricardo Gullón, Esteban Salazar Chapela, Pedro Juan Soto, José Emilio González, y Manrique Cabrera.

RUMANÍA DE HOY. Núm. 2, 1957, Bucarest, R. P. R.

En este número hay trabajos de: Costin Murguescu, Andrei Velescu, S. Milorian, César Petrescu, N. Moraru, Tudor Mihail, A. Marinescu, Ana María Cordescu, N. Valmaru, Agustín Popo, Demostene Botez, V. Cornescu, M. Iván, y Eftimie Ionescu.

REVISTA NACIONAL DE CULTURA. Editada por el Ministerio de Educación, Año XIX, Núm. 119, noviembre-diciembre 1956, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Guillermo de Torre, Fernando Díez de Medina, Isaac J. Pardo, Juan B. Plaza, Ramón de Garciasol, Plá y Beltrán, María Rosa Alonso, Morita Carrillo, Clara Vivas Briceño, Palmenes Yarza, Pura Vásquez, Luis Reissig, José Antonio Rial, Manuel Pérez Vila, Juan de García Vaca, Rafael Ángel Insáusti, José Ramón Medina, Pedro Pablo Paredes, Jean Aristeguieta, René L. F. Durand, Wesley G. Woods, Rafael Rodríguez Delgado, Hermann Garmendia, Domingo Casanovas, Óscar Rojas Jiménez, Félix Guzmán, Sergio Alves Moreira, y Alfonso Rumazo González.

CULTURA UNIVERSITARIA, Revista bimestral publicada por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, Director: Israel Peña. Núm. 59, enero-febrero 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Guillermo Morón, Carlos Bousoño, Pascual Plá y Beltrán, R. Hernández H., Luis Ma. Olazo, Hesnor Rivera, Néstor Leal, Ignacio de la Cruz, Laureano Sánchez, César David Rincón, Atilio Storey Richardson, Miyo Vestrini, Régulo Villegas, Ermilo Villa, Eduardo Morike, René L. F. Durand, Eduardo Arroyo Alameda, Adriano González León, y Edmundo J. Aray.

REVISTA SCHELL, Director: José Ramón Medina. Año VI, Núm. 22, marzo 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Luis Felipe Ramón y Rivera, Guillermo Heiter, Ramón de Garciasol, Tomás Pérez Tenreiro, Manuel Rivas Lázaro, Ignacio Zuloaga, Natalio Dobson, José García Nieto, Plá y Beltrán, Rafael Insáusti, Eugenio de Bellard Pietri, Hernán Oropeza, Fernando Guerrero Matheus, y Francisco Alejandro Vargas.

CIENCIA Y CULTURA, Revista de la Universidad Nacional de Zulia, Director: Dr. Germán Briceño Ferrigni. Año I, Núm. 4, octubre-noviembre-diciembre 1956, Maracaibo, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Dr. Darío Parra, Dr. José Domingo Leonardi, Dr. Héctor Cuenca, Dr. Julio Arraga Zuleta, Prof. Hermes Estrada López y Dr. Francisco Esparza Núñez.

CUADERNOS DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA. Revista bimestral, Núm. 24, mayo-junio 1957.

En este número hay trabajos de: Américo Castro, Luis Araquistáin, Pedro Vicente Aja, Salvador de Madariaga, Luis Ibarra, Miguel de Unamuno, Mauricio Edgar Coindreau, Juan García Atienza, Armand Pierrehal, Gyorgy Paloczi-Horvath, Ernesto Halperin, P. y R. Gosset, François Bondy, I. Iglesias, E. Gironella, Norman Podhoretz, Herbert Passin, José Rovira Armengol, César Alvajar, Luis López Álvarez y Stefan Baciu.

ANHEMBI, Director: Paulo Duarte. Año VII, Núm. 77, Vol. XXVI, abril 1957, São Paulo, Brasil.

En este número hay trabajos de: Roger Bastide, Isabel, Condessa D'eu, J. Carvalhal Ribas, José Bento, Luis Washington Vita, José Aderaldo Castelo, Wilson Martins, y Eunice Breves Duarte.

HISPANIA, A Teachers Journal. Vol. XL, Num. 2, May 1957, Connecticut, Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Aurelio M. Espinosa Jr., Benjamín M. Woodbridge Jr., Lurline V. Simpson, Myron A. Peyton, Walter J. Schnerr, Beth Noble, H. Ernest Lewal, John Esten Keller, Cyrus C. de Coster, E. Lewis Hoffman, W. F. Smith, J. Donald Bowen, Robert P. Stockwell, Jack Emory Davis, James C. Mc Kegney, Dwight L. Bolinger, Oscar M. Haugh, Robert G. Mead Jr., Marian Templeton, J. Schalmers Herman, Laurel H. Turk, y Marjorie C. Johnston.

BULLETIN HISPANIQUE. Paraissant tous les trois mois. Publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique, Tome LVIII, Num. 4, octobre-décembre 1956, Bordeaux, France.

En este número hay trabajos de: Ángela Selke de Sánchez, Yves Bottineau, Charles V. Aubrun, Robert Jammes, J. A. Maravall y Serafín da Silva Neto.

CONVIVIUM, Direttore: Giovanni Battista Pighi. Anno XXV, nuova serie, num. 1, gennaio-febbraio 1957, Torino, Italia.

En este número hay trabajos de: Rudolf Palgen, Klaus Heitmann, François Secret, Alfredo Rizzardi, Paolo Gonnelli, Gianvito Resta, Rodolfo Fantini, Leo Spitzer, Karl Ludwig Selig, Mario Saccenti, Luciano Anceschi, Guido A. Mansuelli, Alfonso Traina, Francesco Tateo, Luigi Negri, Martino Capucci, Mario Pazzaglia, Umberto Marcelli, Aldo Scaglione, Marco Boni, Ugo Gualazzani, Giovanni Batista Pighi, ed Ettore Cozzani.

PROBLEME ECONOMICE. Revista lunara. Anul X, Nr. 2, februaire 1957, Bucarest, Rumania.

En este número hay trabajos de: I. Vacarel, T. Hanciulescu, A. Iancu, O. D. Klinger, D. Dumitriu, M. Dima, M. Molnar, A. Berenyi, I. Buliga, Fl. Tudor, O. H. Ionita, y P. Brudaru O.

JORNADAS INDUSTRIALES. Órgano bimestral de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación. Director: Dr. e Ing. Santos Amaro. 4a. época, Núm. 52, enero-febrero-marzo 1957. México.

ANUARIO ESTADÍSTICO DEL COMERCIO EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS (1956). Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística, 1957, México.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, Directores: Samuel Barrientos Restrepo y José Ignacio González, Tomo XXXIII, Núm. 128, enero-febrero-marzo 1957, Medellín, Colombia.

En este número hay trabajos de: René Uribe Ferrer, Jean Tournés, Carlos E. Mesa, C. M. F., Rogerio Velásquez M., José Luis Santa Cruz, Juan Garganta, José Ignacio González, F. Gil Tovar, B. Mantilla Pineda, y Octavio Arizmendi Posada.

ESPIRAL. Revista mensual de Artes y Letras, Vol. VII, Núm. 66, abril 1957, Bogotá, Colombia.

En este número hay trabajos de: Walter Engel, Gabriel Giraldo Jaramillo, Marta Traba, Clemente Airó, Jaime Tello, Ricardo Gullón, José A. Hernández y Gil Gilbert.

CRÓNICA DE LA UNESCO. Boletín mensual publicado por el Centro Regional de la Unesco en el Hemisferio Occidental. Vol. III, Núm. 3, marzo 1957, La Habana, Cuba.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

Manuel Mesa A. — El país donde hoy es mañana.
Alfonso Reyes — Los nuevos caminos de la lingüística.
Guillermo Díaz Doin — Evocación de la Segunda República.
Fernando Díez de Medina — Insurgencia de la Nueva América.

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

Leopoldo Zea — Rusia al margen de Occidente.
Niccolá Abbagnano — El existencialismo como filosofía de lo posible.
Miguel Bueno — ¿Qué es una introducción a la filosofía?

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

La antigüedad del hombre americano.
Juan Comas — I. El hombre fósil en América.
Dick Edgar Ibarra Grasso — II. El paleolítico inferior en América.
Sergio Golwarz — Breve historia del diálogo.
Luis Leal — Unamuno Americanista.

D I M E N S I Ó N   I M A G I N A R I A

Gabriel Pradal — La paloma y el leopardo.
Allan Lewis — El teatro épico — Bertolt Brecht. "La buena mujer de Setzuán".
Alfredo Pareja Díez Canseco — El ensayo en la literatura ecuatoriana actual.
Juan de la Encina — Crítica de arte, de Baudelaire a Malraux.
Martha Mosquera — Manuscrito en el espejo.

LIBROS Y REVISTAS

Printed in Mexico